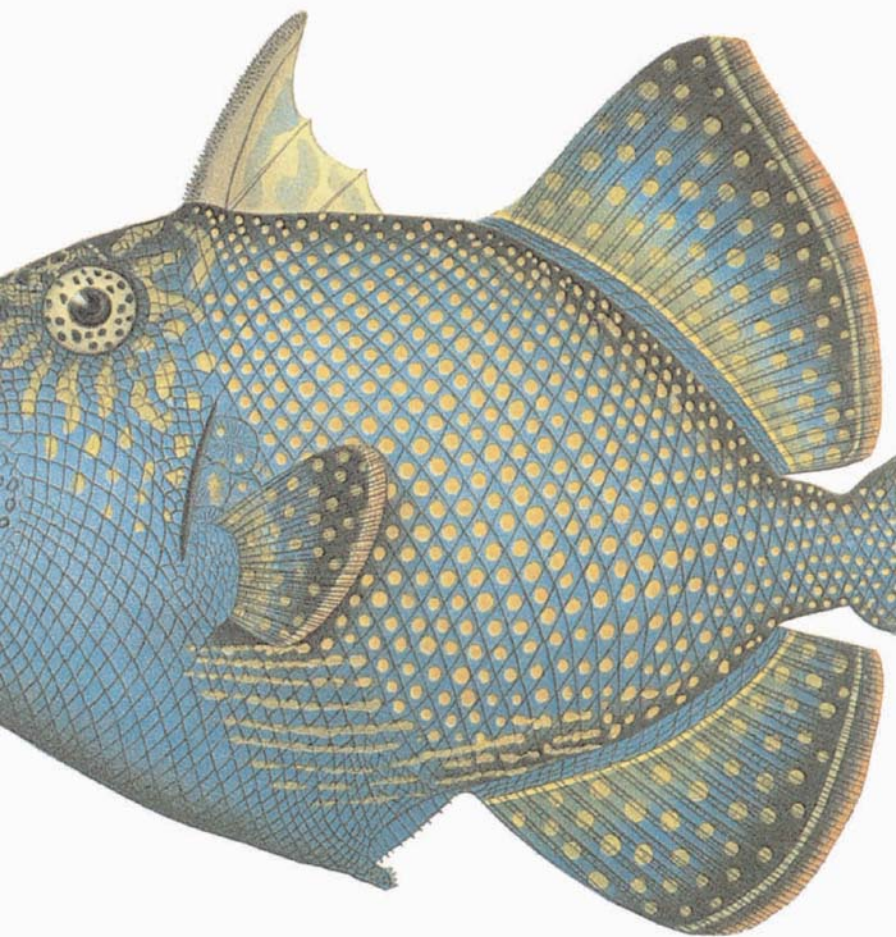


¿Pueden pensar
los asiáticos?



KISHORE MAHBUBANI



sociología
y
política

traducción de

ENRIQUE MERCADO

¿PUEDEN PENSAR LOS ASIÁTICOS?

por
KISHORE MAHBUBANI





siglo veintiuno editores, s.a. de c.v.

CERRO DEL AGUA 248, DELEGACIÓN COYOACÁN, 04310, MÉXICO, D.F.

siglo xxi editores argentina, s.a.

LAVALLE 1634, 11 A, C1048AAN, BUENOS AIRES, ARGENTINA

portada de marina garone

primera edición en español, 2002

© siglo xxi editores s.a. de c.v.

isbn 968-23-2386-x

primera edición en inglés, 1998

© 2000 times media private limited

primera edición publicada por times books international

un sello editorial de times media private limited

times centre, 1 new industrial road, singapore 536196

tel: (65) 213 9288; fax: (65) 285 4871, e-mail: te@tpl.com.sg

online bookstore: <http://www.timesone.com.sg/te>

título original: *can asians think?*

derechos reservados conforme a la ley

impreso y hecho en México / printed and made in Mexico

queda prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio mecánico o electrónico sin permiso escrito de la casa editorial

A la memoria de mi madre, Janki Mahbubani

PREFACIO

El 11 de septiembre de 2001 nació una nueva época. A diferencia de la guerra fría, la cual terminó con una exhalación, la nueva época dio inicio con un ruidoso estallido que se dejó oír en todo el planeta. Los actos terroristas de ese día fueron injuriosos y atroces, y el mundo hizo bien en condenarlos. En forma por demás trágica, también demostraron, no obstante, que el periodo de aislamiento ha concluido. Todos los estados, ricos y pobres, débiles o poderosos, son ya por igual moradores de un mundo cada vez más estrecho.

Nuestro mundo ha decrecido en tamaño, no en complejidad. Sociedades y civilizaciones que habían establecido escaso contacto entre sí han transitado inexorablemente a la interdependencia; hoy la vida de sus ciudadanos resiente los efectos de acontecimientos y tendencias surgidos al otro lado de océanos antes concebidos como vastos y seguros valladares. La necesidad de tacto y comprensión entre las culturas no había sido nunca tan grande como ahora, en especial a causa de la creación de nuevas coaliciones mundiales. Ésta es una de las razones de que, pese a haber sido escritos durante el decenio pasado, los ensayos contenidos en este libro sigan siendo oportunos. Su propósito es dar una idea de lo que piensan los miles de millones de personas que viven en Asia.

Un año antes, en agosto de 2000, leí sorprendido en el *New York Times* que el doctor Richard Nisbett, profesor de psicología de la University of Michigan, había descubierto en estudios de laboratorio que los asiáticos del este y los estadounidenses piensan de manera diferente. De acuerdo con ese investigador, los asiáticos “tienden a ser más ‘holísticos’, pues conceden mayor atención al contexto, toleran las contradicciones y dependen menos de la lógica, mientras que los occidentales son más ‘analíticos’: evaden las contradicciones, se concentran en objetos desligados de su contexto y dependen más de la lógica”.¹

¹ “Tomayto, tomahto, potayto...”, “The week in review”, *The New York Times*, 13 de agosto de 2000, p. 2.

No conozco en detalle el estudio del doctor Nisbett, y quizá sea muy pronto para arribar a conclusiones definitivas. Sin embargo, sus hallazgos parecerían confirmar una intuición derivada de mi experiencia: la de que asiáticos y occidentales piensan de manera distinta en relación con ciertos asuntos. Contrariamente a las verdades matemáticas, las verdades morales, así como algunos valores, no son invariables de una cultura a otra.

Al mirar atrás luego de haber cumplido medio siglo de vida, me doy cuenta de que he tenido la suerte de conocer muchas épocas y culturas. Nací en el seno de una familia india hindú (“sindhi”) asentada en Singapur. Mis vecinos eran familias malayas musulmanas. La sociedad era predominantemente china. Súbdito británico, más tarde me convertí en ciudadano malasio, y dos años después, en 1965, asumí la identidad nacional singapurense. Toda mi educación me fue impartida en inglés. Mi vida ha transcurrido así entre Oriente y Occidente. Las ideas expresadas en esta colección de ensayos son fruto de tal experiencia.

El título de este volumen —*¿Pueden pensar los asiáticos?*— no es de ninguna manera accidental. En realidad encierra dos preguntas. La primera, dirigida a mis coterráneos, es: “¿Pueden pensar? De ser así, ¿a qué se debe que las sociedades asiáticas hayan perdido mil años y se hayan rezagado de las europeas, a las que aventajaban notoriamente a finales del último milenio?” Ésta es la irritante pregunta a la que los dos primeros ensayos de este libro intentan responder.

La segunda pregunta, dirigida principalmente a mis amigos de Occidente, es: “¿Pueden pensar los asiáticos por sí mismos?” Vivimos en un mundo desequilibrado. Tras 500 años de predominio occidental, hoy el flujo de las ideas sigue siendo unidireccional: de Occidente a Oriente. La mayoría de los occidentales son incapaces de advertir que se han arrogado la eminencia moral desde la que predicán al mundo. Pero el resto de la humanidad sí se percata de ello.

De igual forma, los intelectuales occidentales están convencidos de poseer una cultura y mentalidad abiertas, autocríticas y —en contraste con las anquilosadas mente y cultura asiáticas— carentes de tabúes. Con todo, el descubrimiento más impactante de mi vida adulta ha sido la constatación de que también en la mente occidental existen tabúes. Durante el periodo de triunfalismo posterior a la guerra fría, el universo intelectual occidental se arropó bajo la quimera de la presunción moral.

Aunque ciertas partes de este libro (especialmente su información estadística) podrían parecer anacrónicas, considero que los argumentos expuestos en él siguen siendo válidos. Representan uno de los escasos antídotos contra la grata y almibarada complacencia de numerosos textos occidentales sobre temas contemporáneos. De ahí la oportunidad de esta obra. Varios académicos estadounidenses me han asegurado que mis ensayos llenan un vacío y sirven de contrapeso a los supuestos prevalecientes.

Si mi intuición es correcta, desde los albores mismos del nuevo siglo, y por primera vez en 500 años, atestigüaremos la circulación bidireccional de ideas entre Oriente y Occidente. El mundo será mejor cuando este último renuncie al criterio de que su civilización es la única universal. Y eso sólo ocurrirá si se atreve a admitir la posibilidad de que también su inteligencia está sujeta a limitaciones.

Este libro fue originalmente publicado en Singapur. En esta edición, tres nuevos ensayos —“El milenio perdido de Asia”, “¿El reposo de Occidente?” y “La ONU: ¿Organización auroral o crepuscular en el siglo XXI?”— sustituyen a igual número de aquella: “El fin de una época”, “El consenso de la región Asia-Pacífico” y “La ‘magia’ de la ASEAN”. Además, en la nueva nota introductoria de los textos de la edición anterior que he conservado en ésta incluí información sobre acontecimientos recientes. Luego de mucho pensarlo, decidí no poner al día este grupo de artículos. Es preferible que mantengan su coherencia contextual. Son los argumentos, no las estadísticas, los que deben ser sometidos a la prueba del tiempo.

Deseo insistir, por último, en que este volumen recoge exclusivamente mis opiniones personales. En consecuencia, por ningún motivo debe ser considerado como expresión de los puntos de vista del gobierno de Singapur.

INTRODUCCIÓN

¿Pueden pensar los asiáticos? A juzgar por la historia de las sociedades asiáticas en las últimas centurias, la respuesta debería ser “no” o, en el mejor de los casos, “no del todo bien”. Siglos después de que Portugal rasgó sus ajustadas vestiduras para implantar colonias en el mundo entero, de Brasil a Angola, de Mozambique a Goa, de Malaca a Macao, las sociedades asiáticas seguían hundidas en el estupor y el estancamiento, ignorantes de que las civilizaciones europeas —cuyo desarrollo hasta el siglo xv corrió más o menos a la par del de las asiáticas— habían dado un gran salto hacia delante. De las sociedades que tardan siglos en despertar no puede decirse que piensen muy bien. Sería ridículo que los asiáticos negáramos este penoso hecho histórico.

A fines del siglo xx todo indicaba que algunas sociedades del este de Asia seguirían el ejemplo de Japón y lograrían un desarrollo comparable al de las sociedades occidentales contemporáneas. Sin embargo, en una lamentable repetición de su historia, tropezaron de nuevo. Luego de haber trastabillado tantas veces en su empeño por alcanzar a Occidente, los asiáticos están obligados a pensar —y a hacerlo muy a fondo— en sus expectativas para el siglo venidero y el nuevo milenio. Uno de los propósitos esenciales de este libro es motivar a las mentes asiáticas a hacerse preguntas sobre su futuro. El primer ensayo, el cual da título al volumen, está dirigido a ellas. Su mensaje es simple: no crean que ya llegaron. Los rápidos avances económicos de varias sociedades del este de Asia bien podrían haber sido, en retrospectiva, la parte fácil. Reorganizar sus dimensiones social, política y filosófica será un desafío más arduo. Ese desafío ya está aquí.

Los ensayos restantes persiguen un público más amplio. Casi inmediatamente después de terminada la guerra fría, las capitales occidentales se complacieron en una actitud triunfalista. El comunismo había fracasado. Occidente había vencido. La humanidad había consumado “el fin de la historia”. En lo sucesivo, todas las sociedades del planeta, cualquiera que fuese su etapa de desarrollo social y económico, serían una réplica de las sociedades

democráticas liberales de Occidente. La exportación de la democracia occidental a las demás naciones adquirió visos de bien supremo e inevitable. No obstante, como señaló Robert Kaplan en *Atlantic Monthly* (diciembre de 1997), los resultados de la exportación global de la democracia distan mucho de ser ideales:

El derrumbe de la Unión Soviética no fue motivo suficiente para que [Estados Unidos] presionara a Ruanda y otros países a formar partidos políticos, justo uno de los propósitos primordiales de su política exterior tras la guerra fría, incluso en regiones a las que ésta apenas si había tocado. Aunque en grado variable, las naciones de Europa oriental liberadas en 1989 contaban con las precondiciones históricas y sociales tanto para la democracia como para la vida industrial avanzada: tradiciones burguesas, contacto con la ilustración occidental, altos índices de alfabetización, bajas tasas de natalidad, etc. El cometido de instaurar en ellas la democracia era razonable. Menos razonable es apuntar el arma a la cabeza de los pueblos en desarrollo para decirles: “Actúen como si la ilustración hubiera influido en ustedes de igual forma que en Polonia y la República Checa. Como si el 95 por ciento de su población estuviera alfabetizada. Como si no sufrieran sangrientos conflictos étnicos o regionales.”

A fines de 1997, ocho años después de concluida la guerra fría y extinguida ya la presunción del triunfo sobre la Unión Soviética, por fin era posible que pensadores valientes, como Robert Kaplan y Fareed Zakaria,¹ cuestionaran el valor y los resultados del intento de exportar la democracia. Pero en los primeros años del decenio de los noventa, durante los cuales fueron escritos algunos de los ensayos de este libro, el firmamento intelectual occidental no daba cabida a la refutación de ese designio.

Si puedo asegurarlo es porque en muchos de los encuentros con intelectuales occidentales en los que participé en ese periodo —de Williamsburg a Bruselas, de Harvard a Ditchley—, me vi en la difícil posición de ser la única voz que disentía de las opiniones imperantes entre los liberales occidentales en su momento de triunfo. Varios amigos asiáticos vivieron situaciones similares. Lo paradójico de ello es que la ortodoxia liberal occidental pretendía celebrar la existencia de voces discordantes, mientras que mi experiencia personal

¹ Fareed Zakaria, “The rise of illiberal democracy”, *Foreign Affairs*, noviembre-diciembre de 1997.

indicaba que tal tolerancia no regía fácilmente sobre las objeciones a los supuestos intelectuales básicos de la ortodoxia liberal.

Esos encuentros me convencieron de la necesidad de articular un punto de vista diferente. Mi primera respuesta al delirio occidental tras la guerra fría se publicó en *National Interest* en el verano de 1992, bajo el título “Occidente y los demás” (sonoro encabezado propuesto por Owen Harries, director de esa revista, a quien dejo aquí constancia de mi agradecimiento).

A ese ensayo le siguió “Vayan a Oriente, muchachos”, publicado en el *Washington Quarterly* en la primavera de 1994 y que mereció tanta atención como el anterior. Se trataba de una nueva versión de la ponencia titulada “Perspectivas del desarrollo político y la naturaleza del proceso democrático: Derechos humanos y libertad de prensa” que presenté en el simposio de la Asia Society sobre “Las perspectivas asiática y estadounidense en torno al capitalismo y la democracia” en enero de 1993.² Quizás esta ponencia contenga mi crítica más incisiva a la ortodoxia liberal. Por lo tanto, decidí incluirla aquí en su versión íntegra.

Vinieron después “Pol Pot: La paradoja de la rectitud” y “Los peligros de la decadencia: Lo que los de enfrente pueden enseñar a Occidente”, respuesta al famoso ensayo “¿Choque de civilizaciones?” de Samuel Huntington, publicado, para mi fortuna, en el verano de 1993. Aparentemente, mi respuesta circuló con casi igual amplitud que este ensayo. En el ámbito de la difusión de las ideas, es importante ser leído y tomado en cuenta.

Mis textos de principios del decenio de los noventa, junto con trabajos de índole similar de otros asiáticos, contribuyeron a abrir un pequeño nuevo capítulo en la historia intelectual, el cual dio en llamarse “debate sobre los valores asiáticos”.

Este término exhibía en sí mismo la incomprensión de nuestro mensaje en Occidente. Se dio por sentado que quienes impugnábamos las ideas sociales y políticas occidentales entonces en boga defendíamos la superioridad de los valores asiáticos, cuando en realidad nuestro argumento se reducía a que éstos no eran inferiores. Nuestro interés fue advertir la necesidad de un terreno menos desigual en el debate intelectual de los años noventa. Con la ventaja que ofrece la retrospectiva histórica, ahora es posible

² Si me atengo a su respuesta, mi argumentación impresionó vivamente a James Fallows, comentarista de esta ponencia.

asegurar que no nos propusimos hacer proselitismo en Occidente, sino reaccionar al proselitismo occidental.

Uno de los principales vicios de la campaña de exportación de los valores occidentales al concluir la guerra fría fue el supuesto de que para producir buenos resultados bastaría con las buenas intenciones. En mi ensayo sobre Pol Pot transcribí esta cita de Max Weber: “No es cierto que lo bueno sólo produzca el bien y lo malo el mal, sino que frecuentemente sucede lo contrario. Quien no ve esto es un niño, políticamente hablando.”³ La complejidad moral del traslado de los valores de una sociedad o civilización a otra estuvo ausente en las certidumbres morales de los intelectuales occidentales de entonces, aunque no de generaciones anteriores. Como apuntó Reinhold Niebuhr:

La fuerza misma con la que el mundo occidental ha extendido su poder más allá de un solo continente [...] nos ha comprometido en una vasta trama histórica en la que otras voluntades, encaminadas a oblicuas o contrastantes direcciones, inevitablemente estorban o contradicen nuestros más fervientes deseos. Esto nos impide imponer sin más nuestra vía, aun si, a nuestro parecer, conduce a la “dicha de la humanidad”.⁴

El debate sobre los valores asiáticos se aquietó al principiar el nuevo milenio. Las dos partes abandonaron la discusión con el resquemor de haber exagerado su postura. Tras el espectacular tropiezo de varias economías del este de Asia hasta entonces dinámicas, la parte asiática deploró haber perorado tan confiadamente el despuntar de la región.

Sin embargo, estos ensayos no persiguen finalidades de corto plazo. El logro por las civilizaciones asiáticas del mismo nivel de desarrollo que las occidentales es sólo cuestión de tiempo. Entre las nuevas mentes asiáticas privan la convicción y certeza genuinas de que el día del este de Asia ha llegado, aun si el área debe tropezar una o dos veces más antes de encumbrarse. Numerosos individuos originarios de las naciones de la zona se han formado en las más altas esferas de la civilización occidental, en los campos de la ciencia y la tecnología, los negocios y la administración, las artes y la literatura. La mayoría de ellos se ha beneficiado de ese hecho. Habiendo

³ Max Weber, *La política como vocación*, Filadelfia, Fortress Press, 1965, p. 49.

⁴ Reinhold Niebuhr, *The irony of American history*, Nueva York, Charles Scribner's Sons, 1952, cap. 4.

despertado ya, la inteligencia asiática no está dispuesta a dormir en el futuro próximo. La exitosa reanudación del desarrollo de las sociedades asiáticas dará origen a un nuevo discurso entre Oriente y Occidente.

Una vez iniciado ese discurso, el cual perdurará varios siglos, el debate sobre los valores asiáticos del decenio de los noventa representará sólo su primera fase. En varios de los gloriosos momentos de Occidente en las últimas centurias —durante el apogeo de la época colonial o a la conclusión de la guerra fría, por ejemplo—, emergió la idea de que la humanidad entera se acogería en definitiva a la civilización occidental. V. S. Naipaul, hijo asiático de Occidente, captó elocuentemente ese espíritu al aducir que la civilización occidental era la única civilización universal. Lo cierto es, sin embargo, que en los últimos siglos parecía inconcebible cualquier otra perspectiva. Quizá la principal contribución histórica del mal llamado debate sobre los valores asiáticos haya sido haber formulado la posibilidad de que otras civilizaciones, además de la occidental, aún pueden realizar aportaciones igualmente valiosas al desarrollo y crecimiento de la humanidad. Esa es una de las razones fundamentales de la publicación de este libro. Para garantizar su precisa inscripción histórica, todos los ensayos aparecen en su versión íntegra, motivo por el cual el lector encontrará repeticiones de ciertos argumentos esenciales.

Habiendo nacido como súbdito británico en Singapur y saludado de niño la bandera inglesa, he tenido la fortuna de experimentar personalmente los vaivenes de la historia, los que sin reparos demuestran que todas las naciones registran flujos y reflujos. La historia jamás se detiene (ni termina). En este cada vez más reducido globo nuestro, y conforme Oriente y Occidente se aproximan, la fricción directa entre muchas antiguas civilizaciones alcanzará grados nunca antes vistos en la historia humana.

Sería muy aventurado pronosticar las consecuencias de ese brusco roce. Por aterradora que parezca, la prefiguración por Huntington de un choque de civilizaciones debe tomarse en serio. Pero dado que, como ya he dicho, me tocó en suerte presenciar la elevación de la región Asia-Pacífico, sigo absolutamente convencido de que el futuro radica en la fusión de las civilizaciones. Intenté describir esa certeza en la conferencia que dicté en el congreso anual del International Institute of Strategic Studies (IISS) realizado en Vancouver en septiembre de 1994. Una versión modificada de mi

alocución se publicó en *Survival*, órgano de ese instituto, con el título “El ímpetu del Pacífico”, misma que reproduzco en estas páginas.

En los últimos años también me he ocupado de otros temas. Mi certidumbre de que la región Asia-Pacífico habrá de convertirse en el centro de gravedad de la economía mundial ha inspirado ensayos sobre diversos aspectos de la zona, entre ellos los artículos contenidos aquí: “Japón a la deriva” (escrito en Harvard) “y “Siete paradojas de la seguridad de la región Asia-Pacífico”.

Mi primer trabajo sobre la cuestión camboyana se publicó hace 15 años en *Foreign Affairs*. Lo excluí de este volumen a causa de que el capítulo de referencia de la historia camboyana se ha cerrado ya. Pero en el curso del decenio consumido en el debate sobre Camboya, país que se tornó moderna alegoría de la tragedia bajo el régimen de Pol Pot, descubrí otro insólito filón de la mentalidad occidental: la creencia en soluciones de blanco y negro a complejos asuntos morales. Escribí en respuesta a ello “Pol Pot: La paradoja de la rectitud”.

Puesto que soy de Singapur, este volumen estaría incompleto sin un texto sobre mi nación. La fortuna me deparó ser ciudadano de uno de los países en desarrollo más exitosos del mundo. Pese a ello, la prensa internacional no siempre ha reconocido debidamente los especiales logros económicos y sociales de Singapur. De ahí que haya aceptado gustoso la invitación del Foro de Davos a escribir un breve ensayo sobre el desarrollo de mi país.

En armonía con el espíritu del libro, decidí concluir con el tono provocador de “Los diez mandamientos para los países en desarrollo en los años noventa”, originalmente redactados para su presentación en una conferencia sobre desarrollo del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), pero posteriormente difundidos en inglés, francés y alemán. Sé bien que la brevedad es universalmente apreciada. Por lo tanto, pongo aquí punto final a este prefacio; los propios ensayos relatarán el resto de la historia.

¿PUEDEN PENSAR LOS ASIÁTICOS?

En junio de 1997 se llevó a cabo en Singapur la 7ª Conferencia Internacional del Pensamiento. En ella era inevitable la presencia de voces asiáticas. Cuando se me invitó a participar, en mi mente surgió de inmediato una pregunta: “¿Pueden pensar los asiáticos tan bien como otros?” Como más tarde descubriría, la respuesta a esa interrogante es compleja. Este ensayo representa mi primera tentativa en torno a ella. Su principal propósito era incitar un debate entre las mentes asiáticas. Con todo, es posible que pueblos de otros continentes no deseen plantearse interrogantes similares, como “¿Pueden pensar los europeos?” o “¿Pueden pensar los estadounidenses?” A continuación presento una versión puesta al día de mi intervención en esa conferencia, la cual fue publicada en National Interest en el verano de 1998.

Para mi sorpresa, sin embargo, este texto aún no ha suscitado en Asia un debate sobre el rezago de siglos de su civilización respecto de la europea. Entre las posibles explicaciones de ello sobresale, en mi opinión, la de que todavía no ha llegado el momento de que tal cosa ocurra. Salvo Japón y los “cuatro tigres”, la mayoría de las sociedades asiáticas no han alcanzado aún adecuados niveles de desarrollo. Cuando los consigan, la pregunta formulada en este ensayo saldrá insoslayablemente a la superficie.

Pero también me asombran las negativas reacciones occidentales al título de este trabajo, las que quizá se deban a que es políticamente impropio. No obstante, podrían deberse asimismo a que algunos occidentales preferirían que las sociedades asiáticas no se hicieran preguntas fundamentales sobre sí mismas y su futuro, dado el riesgo de que, de plantearlas, logren tanto éxito como las occidentales.

La mayoría de los intelectuales de Occidente rechazarían tal insinuación, mas no así los intelectuales asiáticos. Esta diferencia indica que en el mundo aún subsiste una profunda división intelectual por vencer.

Los sucesos del 11 de septiembre de 2001 en Nueva York podrían ofrecer entre sus resultados positivos la realización de mayores esfuerzos por ambas partes para eliminar la perdurable frontera entre Oriente y Occidente.

¿Pueden pensar los asiáticos? Esta pregunta es obviamente arriesgada. En la época de circunspección política en la que vivimos, basta imaginar el revuelo que provocaría si en Europa o África yo pregun-

tara “¿Pueden pensar los europeos?” o “¿Pueden pensar los africanos?” Es indispensable ser asiático para poder inquirir “¿Pueden pensar los asiáticos?”

Dada su delicadeza, permítaseme explicar tanto las razones como el contexto en el que formulo esta pregunta. En primer término, si alguien se propusiera plantear una única interrogante capaz de determinar el futuro del mundo, ésta bien podría ser “¿Pueden pensar los asiáticos?” En 1996, 3 500 de los más de 5 000 millones de habitantes del planeta eran asiáticos (es decir, representaban alrededor del 70% de la población mundial). De acuerdo con proyecciones conservadoras, en 2050 habrá 5 700 millones de asiáticos de los 9 870 millones de la población mundial, 374 millones de los cuales vivirán en América del Norte y 721 millones en Europa, lo cual significa que mientras que la población asiática aumentará, la de estas dos últimas regiones verá reducirse su proporción del 20 al 11% de la población mundial. Sobre Europa y, más recientemente, América del Norte, pesó en los últimos siglos el mayor segmento de la carga mundial para el avance de la civilización humana. Pero en 2050, cuando europeos y norteamericanos representen una décima y ya no una quinta parte de la población del mundo, ¿será justo que el 90% restante espere que esa décima parte continúen soportando esa carga? ¿Es realista suponer que el mundo podrá seguir descansando en los hombros de Occidente? Si la población asiática se duplicara en los próximos 50 años, ¿podrá asumir la proporción de la carga que en justicia le corresponde?

En segundo término, mi pregunta no cuestiona en absoluto la capacidad intelectual de los asiáticos en lo individual. Es indiscutible que éstos dominan el alfabeto, saben que 2 más 2 son 4 y juegan ajedrez. Pero la historia demuestra que no por el hecho de producir individuos brillantes, las sociedades dejan de experimentar numerosas desgracias y dislocaciones. El ejemplo clásico de ello es la sociedad judía, la cual ha aportado en proporción mayor número de mentes brillantes —de Einstein a Wittgenstein, de Disraeli a Kissinger— que cualquier otra sociedad. Pese a todo, como sociedad han sufrido mucho, principalmente en el último siglo, aunque no sólo en él. Me refiero al periodo del año 135, en que fueron obligados a salir de Palestina, a 1948, fecha de nacimiento de Israel. ¿A las sociedades asiáticas les aguarda un destino similar, o serán capaces de pensar bien y de asegurarse de ese modo un mejor futuro?

En tercer término, el periodo en el que es preciso ubicar esta pregunta no es de días, semanas, meses, años y ni siquiera decenios, sino de siglos, sobre todo a sólo dos años del inicio del nuevo milenio. Es muy probable que, como explicaré más adelante, el curso de la historia mundial en las próximas centurias dependa de cómo piensen y se comporten las sociedades asiáticas.

En un formato de opción múltiple, las tres posibles respuestas a la pregunta “¿Pueden pensar los asiáticos?” serían “sí”, “no” o “quizá”. Detallaré cada una de ellas antes de determinar la opción por elegir.

NO, LOS ASIÁTICOS NO PUEDEN PENSAR

Comenzaré por las razones a favor de la respuesta “no”, así sea sólo para refutar a quienes podrían aducir que la pregunta es manifiestamente absurda. Si nos sujetamos a la historia de los últimos mil años, podríamos argumentar muy persuasivamente que los asiáticos —esto es, las sociedades asiáticas— no pueden pensar.

Remitámonos a la situación de las sociedades asiáticas hace mil años, en 997. En ese entonces, chinos y árabes (es decir, las civilizaciones confuciana e islámica) iban a la cabeza en ciencia, tecnología, medicina y astronomía. Los árabes adoptaron de la India tanto el sistema decimal como los números 0 a 9, y aprendieron de los chinos a hacer papel. La primera universidad del mundo se fundó en El Cairo hace más de mil años, en 971. En contraste con ello, Europa se hallaba sumida entonces en lo que se ha denominado la “edad del oscurantismo”, iniciada con la caída del imperio romano en el siglo v. Como expone Will Durant en *The age of faith*,

Europa occidental era en el siglo vi un caos de conquista, desintegración y nueva barbarie. Aunque gran parte de la cultura clásica sobrevivía, si bien oculta en unos cuantos monasterios y familias, los fundamentos físicos y psicológicos del orden social habían quedado tan maltrechos que se necesitarían siglos para restaurarlos. El amor a las letras, la devoción por el arte, la unidad y continuidad de la cultura y la fertilidad del intercambio intelectual cayeron víctimas de las convulsiones de la guerra, los peligros del transporte, los apuros de la pobreza, el surgimiento de hablas locales y la desaparición del latín en Oriente y el griego en Occidente.¹

¹ Will Durant, *The age of faith*, Nueva York, Simon & Schuster, 1950, p. 450.

En tales circunstancias, habría sido absolutamente disparatado augurar que en el segundo milenio las civilizaciones china, india e islámica se escurrirían hacia las aguas estancadas de la historia mientras que Europa se convertiría en la primera civilización en dominar el globo entero. Pero eso fue justo lo que ocurrió.

El cambio no fue repentino. Aunque perdieron su primacía, las sociedades asiáticas más avanzadas mantuvieron hasta el siglo XVI una condición similar a las europeas, las que para entonces no daban claras trazas de que hubiesen de tomar la delantera. Su relativa debilidad era más evidente en esa época que su energía. Europa no era el área más fértil del mundo ni poseía una población particularmente numerosa, criterios importantes en momentos en que la tierra era la fuente primordial de la riqueza, tanto como la fuerza humana y animal lo eran del poder. Tampoco exhibía notorias ventajas en los campos de la cultura, las matemáticas, y la tecnología (como ingeniería y navegación). Era asimismo un continente sumamente fragmentado, dividido como estaba en diminutos reinos, principados y ciudades-estado. A fines del siglo XV se hallaba además en lo más álgido de su sangriento conflicto con el poderoso imperio otomano, el cual pretendía abrirse paso, al parecer en forma inexorable, hasta las puertas mismas de Viena. Tan perdurable fue esa amenaza que príncipes alemanes a cientos de kilómetros del frente adoptaron la costumbre de enviar tributos —*Türkenverehrung*— a la Sublime Puerta de Estambul.

Las culturas asiáticas gozaron de prosperidad en el siglo XV. La vibrante cultura china, por ejemplo, estaba muy desarrollada. A cargo de una administración jerárquica unificada, los instruidos burócratas confucianos habían dotado a la sociedad de coherencia y refinamiento sin paralelo. También la pericia tecnológica china era extraordinaria. La imprenta de tipos móviles había aparecido en el siglo XI. El papel moneda había acelerado el flujo comercial y el crecimiento de los mercados. Junto con la invención de la pólvora, la pantagruélica industria del hierro confirió a China enorme poderío militar.

Sorpresivamente, sin embargo, fue Europa la que floreció. A la ocurrencia de algo casi mágico en la inteligencia europea siguieron una oleada tras otra de progreso, del Renacimiento a la Ilustración, de la revolución científica a la industrial. Mientras que las sociedades asiáticas se enfangaban en el atraso y la osificación, las europeas —propulsadas por nuevas formas de organización económica, dina-

mismo militar-técnico y pluralismo político en el continente (si no es que también en cada país), así como por los desiguales albores de la libertad intelectual, notablemente en Italia, Inglaterra y Holanda— produjeron lo que habría podido llamarse el “milagro europeo”, de haber existido entonces una vigilante civilización superior para singularizar el suceso. Dada la ausencia en ellas de tales ingredientes decisivos, las sociedades asiáticas permanecieron aparentemente inmóviles mientras Europa avanzaba al centro del escenario mundial. La colonización, iniciada en el siglo XVI, y la Revolución industrial del siglo XIX consolidaron la dominante posición europea.

Originario de Singapur, con una población de 3 millones de habitantes, no deja de maravillarme que un Estado tan pequeño como Portugal, cuya población era entonces comparable en número a la nuestra, haya podido arrebatar territorios como Goa, Macao y Malaca a mayores y más antiguas civilizaciones. Pero aún más asombroso es que eso haya ocurrido en el siglo XVI. Los colonizadores portugueses fueron seguidos después por españoles, holandeses, franceses y, más tarde, británicos. A lo largo de ese periodo, de tres o más siglos, la postrada Asia fue rebasada y colonizada por sociedades de mucho menor dimensión.

Con todo, su colonización mental fue aún más penosa que la física. Gran número de asiáticos (incluidos, me temo, muchos de mis antepasados del sur) dieron en creerse inferiores a los europeos. Sólo esto puede explicar que apenas unos cuantos miles de ingleses hayan controlado a cientos de millones de personas en el sur de Asia. Si se me permite introducir aquí una controvertida idea, añadiría que esa colonización mental aún persiste, y que muchas sociedades asiáticas pugnan todavía por liberarse de ella.

Es realmente inquietante que aún hoy, en vísperas del siglo XXI y a 500 años del arribo a Asia de los primeros colonizadores portugueses, sólo una —repito, una— sociedad asiática haya alcanzado un nivel de desarrollo semejante al que prevalece en general en Europa y América del Norte. La inteligencia japonesa fue la primera en despertar en Asia, a partir de la restauración Meiji del decenio de 1860. El reconocimiento del desarrollo de Japón y su relativa aceptación como igual ocurrieron por primera vez en 1902, en ocasión de su alianza con Inglaterra.

Si las mentes asiáticas pueden pensar, ¿a qué se debe que hoy sólo una de sus sociedades esté en el nivel de Occidente? Concluyo así

mi explicación de la respuesta negativa a nuestra pregunta. Quienes deseen optar por ella, pueden proceder a hacerlo.

SÍ PUEDEN

Intentaré exponer ahora los argumentos de que pudiéramos responder “sí” a la pregunta “¿Pueden pensar los asiáticos?”

El primero y más obvio de ellos es el increíble desempeño económico de las sociedades del este de Asia en los últimos decenios. Aunque no del todo reproducido en el resto del área, el éxito de Japón ha generado ondas que bien podrían convertirse en marejadas. Seguido primeramente por los “cuatro tigres” (Corea del Sur, Taiwán, Hong Kong y Singapur), el éxito de éstos convenció a su vez a los demás países del sudeste asiático —y en especial a Indonesia, Malasia y Tailandia— de que ellos también podían conseguirlo. A esas naciones se ha unido recientemente China, hoy en posibilidad de competir con Estados Unidos y de convertirse en 2020 en la economía más grande del mundo. Lo sorprendente es el ritmo de ese desarrollo económico. Duplicar su producción económica consumió a Inglaterra 58 años (a partir de 1780), a Estados Unidos 47 (desde 1839) y a Japón 33 (a partir del decenio de 1880), en tanto que a Indonesia, Corea del Sur y China les significó 17, 11 y 10 años, respectivamente. En conjunto, las milagrosas economías del este de Asia crecieron más rápida y sistemáticamente que cualquier otro grupo de economías del mundo entre 1960 y 1990. En ese lapso, el índice de crecimiento anual per cápita de su ingreso real fue en promedio de 5.5%, superior al de todas las economías de América Latina y el África subsahariana, e incluso al de las economías de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE), de únicamente 2.5 por ciento.

Obtener buenas calificaciones en un examen no es cuestión de suerte; implica inteligencia y arduo trabajo. Lo mismo puede decirse del buen desempeño económico, sobre todo en la escala conseguida en Asia. Cabe destacar aquí que el ritmo y escala de la explosión económica asiática no tienen precedentes en la historia humana. El economista de más alto rango del Banco Mundial, Joseph Stiglitz, lo reconoció así en un artículo publicado en el *Asian Wall Street Journal*:

El “milagro” del este de Asia fue real. Su transformación económica ha sido uno de los logros más notables de la historia. El pronunciado incremento de su producto interno bruto se refleja en el mayor nivel de vida de cientos de millones de asiáticos, confirmado por indicadores como mayor esperanza de vida y mejor salud y educación, lo mismo que en el abandono de la pobreza por millones de asiáticos más, quienes llevan ahora una vida decorosa. Estas proezas son más reales y permanentes que la turbulencia económica que hoy sacude a la región.²

Los asiáticos del este han acrecentado adicionalmente su confianza gracias a su impresionante rendimiento académico tanto en universidades occidentales como propias, documentado en numerosos estudios. Muchos de los mejores estudiantes que egresan actualmente de las universidades estadounidenses son de origen asiático. La excelencia educativa es prerrequisito esencial de la confianza cultural. Para decirlo llanamente, muchos asiáticos han descubierto que su mente no es inferior. Los occidentales difícilmente pueden apreciar el valor de esa constatación, puesto que jamás han experimentado la sensación de inferioridad que aquejó a los asiáticos hasta fecha reciente.

La segunda razón a favor de la respuesta afirmativa a nuestra pregunta es el vital cambio hoy en marcha en numerosas inteligencias asiáticas. Los asiáticos creyeron durante siglos que su única posibilidad de progresar consistía en emular a Occidente. Yukichi Fukuzawa, ilustre reformador del periodo Meiji, emblematizó esa actitud al asegurar a fines del siglo XIX que Japón estaba forzado a aprender de Occidente para progresar. Los demás modernizadores asiáticos, como Sun Yat-sen y Jawaharlal Nehru, compartieron esa actitud. Hoy, por el contrario, las mentes asiáticas ya no se creen condenadas a imitar; saben que pueden hallar sus propias soluciones.

Este cambio ha ocurrido en forma lenta e imperceptible. Hasta hace unas décadas, las sociedades occidentales se ostentaban como el faro, el modelo viviente de la más exitosa versión de la sociedad humana: prósperas en lo económico, estables en lo político, justas y armoniosas en lo social, impecables en lo moral y, sobre todo, generadoras de las mejores condiciones posibles para el adelanto y prosperidad de sus ciudadanos en lo individual. No eran sociedades perfectas, pero sí evidentemente superiores, en todos los sentidos de la palabra, a cualquier otra. Hasta hace poco tiempo habría sido insensa-

² Joseph Stiglitz, *Asian Wall Street Journal*, 2 de febrero de 1998.

to, y en realidad inconcebible, que un intelectual asiático señalara: "Tal vez ése no sea el camino que deseáramos seguir." En privado e incluso en público, hoy piensan así muchos asiáticos.

Pese a todo, no cabe duda de que las sociedades occidentales siguen siendo más exitosas que las del este de Asia. Asimismo, sus universidades, cuadros intelectuales y ámbitos culturales mantienen grados de excelencia por encima de los de cualquier otra sociedad. Ninguna orquesta asiática rivaliza en calidad con las principales orquestas occidentales, si bien la música de Occidente se ha visto enriquecida por gran número de brillantes artistas asiáticos. Aun así, a Asia le alarma la escala y profundidad de los problemas sociales y económicos que afligen a las sociedades occidentales. Las de América del Norte sufren los efectos del relativo quebranto de la familia como institución; de la plaga de la drogadicción y sus problemas concomitantes, el crimen entre ellos; de la persistencia de guetos, y de lo que en general se considera el reblandecimiento de sus normas éticas. Información estadística proporcionada por el gobierno de Estados Unidos en relación con las tendencias sociales del periodo 1960-1990 dan constancia de ello. En ese lapso de 30 años, el índice de crímenes violentos se cuadruplicó, las familias encabezadas únicamente por el padre o la madre casi se triplicaron y el número de prisioneros estatales y federales se triplicó. A los asiáticos les inquieta asimismo el obstinado apego europeo a las redes de seguridad social, pese a la contundente evidencia de que éstas abruma ya a la sociedad y le producen una sensación de desaliento respecto de sus perspectivas económicas a largo plazo. Hace unas décadas, los asiáticos del este que visitaban América del Norte y Europa occidental envidiaban sus altos niveles y calidad de vida. No obstante la actual preservación de esos niveles, los asiáticos ya no juzgan que esas sociedades sean el modelo a seguir. Han comenzado a creer que pueden intentar algo diferente.

Una sencilla alegoría puede explicar a los occidentales lo que encontrarían en la mentalidad asiática. Ésta compartió hasta hace unos años el generalizado supuesto de que la senda de desarrollo de todas las sociedades culminaba en la meseta hoy ocupada por la mayoría de las sociedades occidentales. En su ascenso, así, por la escalera socioeconómica, todas las sociedades, salvo variantes menores, estaban llamadas a adoptar el modelo democrático liberal, el cual concede particular importancia a las libertades individuales. Hoy los asiáticos

siguen atentos a la meseta de satisfacción en la que las sociedades occidentales se alojan, pero perciben más allá de ella otras cumbres como destino deseable de sus sociedades. Esa meseta ya no es su destino final natural; ahora preferirían eludirla (para evitar los males sociales y culturales que padecen las sociedades occidentales) y llegar más alto en su búsqueda de una vida mejor. Este horizonte mental es de reciente aparición. Revela la nueva confianza de los asiáticos en sí mismos.

La tercera razón de la respuesta afirmativa es que ésta no es la primera ocasión en que las mentes asiáticas se despabilan. La elevación del nivel de vida de un creciente número de asiáticos por encima del grado de subsistencia les ha conferido la necesaria libertad económica para pensar, reflexionar y redescubrir su herencia cultural. Ello ha dado origen a una conciencia cada vez más aguda de que, como las occidentales, también sus sociedades poseen un rico legado social, cultural y filosófico que pueden revitalizar en beneficio de su evolución. La riqueza y profundidad de las civilizaciones india y china, por mencionar sólo dos, es del conocimiento de los eruditos occidentales, responsables en realidad de la preservación en los últimos siglos de los frutos de la civilización asiática, así como los árabes lo fueron de las civilizaciones griega y romana en los oscuros días de Europa. Museos y universidades de Occidente conservaron y cobraron incluso especial estima por las mejores muestras del arte y la cultura asiáticos en momentos en que las culturas de Asia se deterioraban. Ahora, en cambio, cuanto más profundo cavan en su herencia cultural, los asiáticos nutren en mayor medida su mente. Así, por primera vez en siglos asistimos a un renacimiento asiático. Quienes hoy visitan ciudades de la región —de Teherán a Calcuta, de Bombay a Shanghai, de Singapur a Hong Kong—, advierten en ellas tanto una recién desenterrada confianza en el futuro como un interés en la lengua y cultura tradicionales. El crecimiento económico y la disponibilidad de mayores ingresos permiten a los asiáticos invertir en la recuperación de la danza y el teatro antiguos. Lo que en la actualidad presenciamos, sin embargo, son apenas los embrionarios inicios de un gran redescubrimiento cultural, pese a lo cual los asiáticos sienten ya un claro y palpable orgullo por su cultura.

En pocas palabras, los asiáticos que quisieran dar apresurada respuesta afirmativa a nuestra pregunta tienen justificaciones más que sobradas para hacerlo. No obstante, yo les recomendaría reflexionar

en las razones a favor de la respuesta “quizá” antes de emitir un juicio definitivo.

LA RESPUESTA “QUIZÁ”

Pese a las penalidades derivadas de la crisis financiera de fines de 1997, la mayoría de los asiáticos se mantienen optimistas sobre su futuro. Tal optimismo es saludable. Empero, sería útil que aprendieran la lección que es posible extraer de la experiencia vivida por los europeos hace exactamente un siglo, cuando rebosaban optimismo. En su libro *Out of control*, Zbigniew Brzezinski describe la situación de entonces:

El siglo XX nació bajo el signo de la esperanza. Despuntó en condiciones relativamente benignas. Las principales potencias del mundo habían disfrutado en términos generales de un prolongado periodo de paz. [...] El 1 de enero de 1900 privó en las capitales más importantes un ánimo optimista. La estructura mundial de poder parecía estable. Los imperios acrecentaban su saber tanto como su seguridad.³

A pesar de esa gran esperanza, el siglo XX se convirtió, en palabras del mismo autor,

en el siglo más sangriento y abominable de la humanidad, de política torpe y monstruosas matanzas. La crueldad se institucionalizó a grados sin precedentes, y el exterminio se organizó con base en la producción en serie. El contraste entre la capacidad de la ciencia para el bien y el mal político que realmente se desencadenó es nauseabundo. Nunca antes la presencia de la muerte había sido tan ilimitada, nunca antes había consumido tantas vidas, nunca antes la aniquilación humana había sido perseguida con tanto ahínco en beneficio de metas arrogantemente irracionales.⁴

Una de las preguntas más importantes que los asiáticos deben formularse en la actualidad es muy sencilla: ¿alguna sociedad asiática, con la excepción de Japón (aceptado como miembro del club occidental), puede estar absolutamente segura de que habrá de desempeñarse tan bien como las avanzadas sociedades contemporáneas de

³ Zbigniew Brzezinski, *Out of control*, Nueva York, Charles Scribner's Sons, 1993, p. 3.

⁴ *Ibid.*, pp. 4-5.

América del Norte y Europa occidental? Si la respuesta es que ninguna, o incluso unas cuantas, la argumentación a favor de la respuesta “quizá” adquiere solidez.

Las sociedades asiáticas deben vencer aún grandes desafíos para conseguir el alto nivel de conquistas de las occidentales. El primer reto al desarrollo de cualquier sociedad es el económico. Hasta mediados de 1997, la mayoría de las sociedades del este de Asia creían dominar las reglas básicas de la economía moderna. Habían liberalizado su economía, alentado el flujo de la inversión extranjera y aplicado políticas fiscales de ahorro. El alto nivel del ahorro interno les otorgaba un cómodo margen de acción. Tras disfrutar durante decenios de sostenidos índices anuales de crecimiento del 7% o más, era natural que sociedades como Corea del Sur, Tailandia, Indonesia y Malasia creyeran haber descubierto el elixir mágico del desarrollo económico.

Los acontecimientos posteriores a la devaluación del baht tailandés el 2 de julio de 1997 demostraron que no era así. Lo más notable de esa crisis financiera fue que ningún economista previó su escala y profundidad. Economistas y analistas siguen en desacuerdo respecto de sus causas fundamentales. Puesto que, al momento de escribir estas líneas, la crisis no ha cesado, aún es muy pronto para emitir juicios definitivos sobre sus causas, pese a lo cual es posible elaborar algunas hipótesis.

En el frente económico se cometieron muchos errores. En Tailandia, por ejemplo, la decisión de mantener un tipo de cambio fijo entre el baht y el dólar no obstante la disparidad de tasas de interés entre ambas monedas, permitió a la comunidad tailandesa de negocios disponer de crédito barato en dólares estadounidenses y obtener altas tasas de interés en el baht tailandés. Esto condujo a su vez a la realización de sobreinversiones en Tailandia, en los mercados inmobiliario y bursátil. Todo ello era evidentemente insostenible. El Fondo Monetario Internacional (FMI) emitió discretas advertencias de lo que se avecinaba. Sin embargo, los débiles gobiernos de coalición de Tailandia se resistieron a administrar la amarga medicina necesaria para remediar la situación, dado que entre los destinatarios de ella se encontraban sus aliados financieros. Así pues, en ese país se combinaron factores económicos y políticos que precipitaron y prolongaron la crisis financiera.

Un nuevo y considerable factor complicó la situación: el empuje de la globalización. La principal lección que los gestores económicos

del este de Asia han aprendido de la crisis de 1997-1998 es que ya no son responsables únicamente ante los actores nacionales, sino también ante los mercados financieros internacionales y sus principales participantes. Esto no debió haber tomado por sorpresa a los asiáticos del este. Era una consecuencia lógica de la liberalización y la integración con la economía global. La integración ha rendido lo mismo beneficios (como el sustancial incremento del nivel de vida) que costos (como la pérdida de autonomía en la conducción económica). No obstante, hubo una ostensible renuencia a reconocer y aceptar la pérdida de autonomía. Ello quedó de manifiesto en el estado de negación que caracterizó a la reacción inicial a la crisis. A su vez, tal negación evidenció claramente el rezago psicológico del este de Asia en el enfrentamiento de las nuevas realidades.

Significativamente, las dos economías del este asiático, que luego de los arranques iniciales de negación admitieron sin remilgos la amarga medicina del FMI, son las que han avanzado con mayor celeridad en el desarrollo de clases medias dispuestas a adoptar la visión del nuevo universo global interconectado de la economía moderna. Aunque aún sujetas a serios desafíos económicos, las élites de Corea del Sur y Tailandia están ahora estrechamente vinculadas con las nuevas redes financieras. El nuevo ministro de finanzas de Tailandia, Tarrin Nimmanhaeminda, se desempeña con gran habilidad en todas las capitales financieras de importancia. Su acción es un indicador de la nueva mentalidad asiática en emergencia en el contexto de la globalización.

La crisis financiera de 1997-1998 también dio la razón a los chinos al haber traducido del inglés el término “crisis” con dos caracteres: “riesgo” y “oportunidad”. Es obvio que las sociedades del este de Asia han experimentado muchos momentos riesgosos. Pero si salen de la crisis financiera de 1997-1998 con reestructurados y revigorizados sistemas de conducción económica y administrativa, es probable que puedan contarse entre las primeras sociedades del mundo en desarrollar firmes sistemas de inmunidad para resolver los retos presentes y futuros de la globalización. Aun así, nada indica por ahora que tal hecho esté garantizado. Y esto refuerza en el frente económico la argumentación a favor de la respuesta “quizá” a nuestra pregunta.

En el frente político, la mayoría de las sociedades de Asia, las del este incluidas, tienen todavía un largo camino por recorrer para alcanzar la estabilidad y armonía de las occidentales. La mayoría de és-

tas (con la posible excepción de Irlanda del Norte) corren escaso riesgo de golpe de estado o guerra civil. Han adoptado variantes políticas del modelo democrático liberal, si bien los sistemas presidenciales de Estados Unidos y Francia difieren en amplia medida de los modelos westminsterianos del Reino Unido, Canadá y Australia. Esas modalidades políticas no son perfectas. Muchos de sus rasgos inhiben el progreso social, desde la existencia de camarillas de intereses creados hasta la práctica de desviaciones presupuestales con fines de patronazgo político. Podría afirmarse incluso que el desarrollo político de la mayoría de las sociedades occidentales se ha atrofiado. Pero lo ha hecho en niveles llevaderos. La mayor parte de sus ciudadanos gozan de seguridad, no temen a la opresión y están satisfechos con sus estructuras políticas. ¿Cuántas sociedades asiáticas podrían decir lo mismo? La respuesta es evidentemente que muy pocas. Y es igualmente evidente que no podrán decirlo en el futuro próximo, lo que también robustece a la respuesta “quizá”.

En el ámbito de la seguridad, la gran ventaja de las sociedades occidentales sobre el resto del mundo es que la guerra entre sí ya es cosa del pasado. Las razones de este hecho son complejas. Una de ellas es la conciencia de la afinidad étnica entre los pueblos occidentales, los que, sabedores de que el resto de la población mundial los rebasa en número, han generado un sentido de pertenencia a una civilización común. Hay que considerar asimismo el posible agotamiento tras haber librado tantas guerras en el pasado. Al contar el número de guerras —batallas verdaderamente feroces— que ingleses, franceses y alemanes han sostenido entre sí (incluidas las dos del siglo recién terminado), no deja de sorprender de cualquier forma la casi nula posibilidad actual de enfrentamientos bélicos entre el Reino Unido, Francia y Alemania. Esta notable hazaña representa un paso muy valioso en la historia de la civilización humana. ¿Cuándo habrán de darlo la India y Paquistán o Corea del Norte y del Sur? Si la respuesta es que no lo harán en el futuro próximo, ¿acaso no resulta razonable sugerir que tal vez las mentes asiáticas aún no han alcanzado un nivel comparable con el de Occidente?

Los asiáticos enfrentan asimismo imponentes desafíos en la esfera social. Mientras que las dislocaciones sociales provocadas por la Revolución industrial erradicaron las huellas feudales de las culturas europeas (lo que equivale a decir que la libertad social siguió en su caso a la económica), aún no queda claro si similares revoluciones económicas en el este de Asia tendrán los mismos efectos de libera-

ción social. Por desgracia, abundantes huellas feudales, en especial la subsistencia de clanes y el nepotismo, siguen impidiendo que en las sociedades asiáticas se implante una auténtica meritocracia, en virtud de la cual los ciudadanos puedan prosperar sobre la base de su capacidad, no de su nacimiento, relaciones o raíces étnicas.

Final aunque quizá primordialmente, todavía cabe preguntarse si las inteligencias asiáticas serán capaces de conjuntar la correcta combinación de valores que les permita tanto preservar algunas cualidades tradicionales (entre ellas el apego a la institución familiar, la deferencia por los intereses sociales, el ahorro, el conservadurismo en las costumbres sociales y el respeto a la autoridad) como adoptar los más apreciados valores occidentales (la priorización del logro individual, la libertad política y económica y el respeto al imperio de la ley y a las instituciones nacionales). Este reto es innegablemente complejo.

Una de las primeras (tal vez inevitables) reacciones de los comentaristas occidentales a la crisis financiera de 1997-1998 fue la de que ésta señalaba en esencia el fracaso de los valores asiáticos. Aun si sólo eso, esa precipitada reacción patentizó que el “debate sobre los valores asiáticos” de principios de los años noventa había tocado cuerdas muy sensibles en la mente y el espíritu occidentales. La intención de sepultar los valores asiáticos reveló que ese debate les causó honda contrariedad.

Pero sabemos que la verdadera prueba de la viabilidad y validez de los valores no ocurre en la teoría, sino en la práctica. Quienes pretenden establecer un vínculo causal directo entre la fidelidad a los valores asiáticos y el desastre financiero reciente se verían en dificultades al intentar fundar su parecer en una tesis empírica, en razón de las muy diversas respuestas de las sociedades del este de Asia a la crisis. Los esfuerzos democratizadores de Corea del Sur y Tailandia, dos de los tres países más profundamente afectados por la crisis económica (es decir, aquellos que han recurrido a la asistencia del FMI), gozaban del más alto aprecio en Occidente. Las tres economías abiertas menos dañadas por la crisis fueron Taiwán, Hong Kong y Singapur, las tres con sistemas políticos muy diferentes al de aquellas naciones. En pocas palabras, sería difícil establecer una franca correlación entre sistema político y vulnerabilidad financiera.

La única correlación realmente visible hasta el momento es la factible entre buen gobierno y resistencia financiera. El buen gobierno no se asocia con ningún sistema o ideología políticos en particular, sino con la voluntad y capacidad oficiales para desarrollar sistemas económicos, sociales y administrativos suficientemente flexibles para

enfrentar los desafíos de la nueva época económica hacia la que nos dirigimos. China es excelente ejemplo de ello. Sus líderes no persiguen el sistema político perfecto en teoría. Buscan diariamente soluciones pragmáticas para el persistente progreso de su sociedad. La población apoya tal pragmatismo, puesto que también ve llegado su momento. Los chinos han pugnado tradicionalmente por el buen gobierno, no por el mínimo gobierno. Reconocen el buen gobierno al experimentarlo. El hecho de que Japón —la sociedad del este de Asia más liberal y democrática a ojos de los occidentales— haya tenido tantas dificultades para adaptarse a las nuevas condiciones económicas demuestra que la apertura política no es necesariamente la variable clave por considerar.

Es vital que las mentes occidentales comprendan que el interés de los asiáticos en el redescubrimiento de sus valores no es sólo, y ni siquiera principalmente, una búsqueda de valores políticos. Representa en cambio un intrincado conjunto de motivos y aspiraciones: el deseo de rescatar el pasado, depuesto por el régimen colonial y el subsecuente predominio mundial de una *Weltanschauung* occidental; el intento de hallar el equilibrio correcto en la formación de la juventud a fin de que esté abierta al nuevo universo global de interconexión tecnológica sin perder por ello raíz y conciencia en las culturas de sus antepasados; la urgencia de definir su identidad personal, social y nacional en forma tal que favorezca su autoestima, de cara a la subconsciente admisión por sus antepasados inmediatos de su inferioridad ante los occidentales. En una palabra, la reafirmación de los valores asiáticos en la década de los noventa fue un complejo proceso de regeneración y redescubrimiento, inevitable aspecto del renacimiento de las sociedades.

También en este particular puede asegurarse que aún es demasiado pronto para determinar si las sociedades asiáticas tendrán éxito tanto en su integración al mundo moderno como en la reconciliación con su pasado. Ambos son retos colosales. Las inteligencias occidentales tienen a este respecto una notoria ventaja sobre las asiáticas, pues están convencidas de que su afortunado salto a la modernidad fue producto en gran medida de la compatibilidad de sus sistemas de valores con el universo moderno. En realidad, muchos occidentales creen (consciente o inconscientemente) que ninguna sociedad puede acceder al mundo moderno sin haber adoptado previamente los sistemas de valores de Occidente.

Sólo el tiempo dirá si las sociedades asiáticas habrán de ser capaces de incorporarse como tales al universo moderno, no como copia de las occidentales. Dada la imposibilidad de emitir por ahora un juicio terminante acerca de si triunfarán en ese empeño, éste es otro argumento a favor de la respuesta “quizá” a la pregunta “¿Pueden pensar los asiáticos?”

CONCLUSIÓN

Es indudable que el siglo XXI y el nuevo milenio entrañarán incontables desafíos para las sociedades asiáticas. En muchos sentidos, éstas han quedado a la zaga de las occidentales en los últimos 500 años. En ellas priva el enorme deseo de ponerse al día. Si lo consiguen, darán afirmativa respuesta a la pregunta “¿Pueden pensar los asiáticos?” Entre tanto, éstos se harían un gran favor si no olvidaran que sigue siendo válido formularse esa pregunta. Sólo ellos pueden responderla. Nadie más.

La celebración del fin del segundo milenio fue un acontecimiento europeo. Marcó un cambio significativo en el calendario de Europa, no en el de Asia. En el anterior fin de milenio, ocurrido en el año 999, las sociedades europeas se hallaban sumidas en el oscurantismo y tenían escasas esperanzas de avanzar. Pero avanzaron, con lo que condujeron a nuevas alturas el progreso científico y tecnológico y el desarrollo económico, social y político de la humanidad. Si Europa no hubiera tomado la delantera, hoy el mundo —y Asia con él, desde luego— seguiría hundido en el feudalismo. El milenio que acaba de concluir debería ser bautizado como “el milenio europeo”. Europa tenía sobrados motivos para festejar ese momento histórico.

Para los asiáticos, tal fecha hubo de ser, por el contrario, un momento de reflexión. Hace mil años, sus sociedades vislumbraban un panorama promisorio. China disfrutaba las mieles de la dinastía Song. En el sudeste asiático emergía una de las ciudades más grandes y activas del mundo: Angkor Wat. Pero pese a tan optimistas circunstancias, las sociedades asiáticas retrocedieron. Perdieron un milenio entero. Aun hoy, sólo una de ellas —la japonesa— está a la altura de las europeas.

Uno de los principales propósitos de mis textos es hacer ver a mis coterráneos que nunca antes habíamos dispuesto de mejor momento histórico para desarrollar nuestro potencial, así como instarlos a ser más resueltos en sus ambiciones y aspiraciones. Si logran actuar en común, las sociedades asiáticas podrían superar una vez más a otras sociedades.

Pero salir de mil años de estupor no será nada fácil. Para conseguirlo, los asiáticos tendremos que hacernos preguntas muy serias. Entre los objetivos de este ensayo está el de proponer algunas de las interrogantes que deberíamos plantearnos en el amanecer del nuevo milenio. ¿Cómo fue posible que perdiéramos el milenio pasado? ¿También perderemos el actual? ¿Cuáles son los principales desafíos que habremos de vencer en él? Escrito para la edición especial de AsiaWeek de enero de 2000, dedicada precisamente al nuevo milenio, en este ensayo detallé tres de esos desafíos.

“En este histórico momento en que la hegemonía europea se acerca rápidamente a su fin al tiempo que Asia cobra nueva vida y en el que podría afirmarse que entre los temas dominantes del siglo xx desta-

ca el del conflicto frontal entre Oriente y Occidente [...] el futuro apunta al Pacífico, hecho del que necesariamente deberían desprenderse todos los demás.”

¿Estas palabras son una muestra del triunfalismo asiático de mediados del decenio de 1990? ¡En absoluto! Fueron escritas en 1935 por el historiador estadounidense Will Durant. Tierra de promesas, Asia perdió sin embargo la mayor parte del siglo xx, e incluso del segundo milenio, en tanto Europa y, posteriormente, Estados Unidos se ubicaban en la vanguardia de las proezas humanas, colonizaban el planeta y asumían el control de la economía mundial. El horizonte había lucido de forma muy distinta en las postrimerías del primer milenio. Bajo la dinastía Song, China conquistaba entonces nuevas alturas. En el sudeste asiático surgía una de las ciudades más bulliciosas del mundo, Angkor Wat. Las sociedades india y árabe aventajaban a Europa en conocimientos. Asia siguió progresando, además, durante el par de centurias subsecuentes. Pero en los últimos 500 años dejó de aprender.

Para no perder el próximo siglo, los asiáticos debemos reanudar el proceso de aprendizaje que abandonamos en los cinco anteriores. Analizar implacablemente nuestro pasado. Entender la causa de que, por ejemplo, nuestros antepasados hayan sido colonizados por apenas un puñado de europeos. ¿Qué marchó mal? Debemos determinar asimismo qué marchó bien en Occidente. Muchos de nosotros queríamos atribuir el éxito de Europa a factores puramente materiales: su predominio científico y tecnológico o la superioridad de su armamento. No obstante, sería un error que nos atuviéramos a sus ventajas “tangibles” e ignoráramos las “intangibles”. Extraer las lecciones incorrectas sería peor para nosotros que no extraer ninguna en absoluto. Además, aprender las lecciones indicadas es crucial en el precipitado curso de la historia en el nuevo milenio. Hoy los cambios ocurren en forma cada vez más veloz. Las sociedades en poder de las ventajas competitivas adecuadas avanzarán más rápidamente que hasta ahora. Las que carezcan de ellas se rezagarán aún más.

Identificar los elementos intangibles del triunfo debería ser sencillo. Existen sociedades exitosas. Las prácticas óptimas son visibles. ¿Por qué no imitarlas? Asia ha imitado, e incluso perfeccionado, numerosos elementos tangibles. Pero quizá ni siquiera las sociedades exitosas conozcan los factores intangibles de su éxito. Su a menudo bienintencionado consejo para las sociedades en desarrollo es muy simple: los principales ingredientes del éxito son la democracia y el

libre mercado. No obstante, los experimentos de las naciones —algunas de ellas muy importantes— que pretendieron transitar aceleradamente a la democracia resultaron desafortunados en más de un caso. A las sociedades que adoptaron la economía de libre mercado sin contar con las estructuras institucionales indispensables para ello les sucedió lo mismo. Así, el éxito de los países desarrollados sólo es explicable si se atiende a principios más profundos. En un artículo tan breve como éste es imposible abordarlos todos. Por consiguiente, me limitaré a sugerir tres de ellos.

El primero es la meritocracia. Europa pasó en el siglo XIX de la aristocracia a la meritocracia gracias al exterminio del feudalismo por el capitalismo. Caracterizado por la “destrucción creativa”, éste generó nuevas élites. La democracia fue el proceso institucional complementario para la eliminación de las antiguas élites y el surgimiento de las nuevas. De este modo, capitalismo y democracia no fueron un fin en sí mismos (pese al culto ideológico de que hoy son objeto por muchas inteligencias occidentales), sino instrumentos que en la mayoría de los casos permitieron el ascenso de nuevos y talentosos individuos mientras impedían la perpetuación de las antiguas élites (a diferencia de lo ocurrido en Asia, una de las razones fundamentales de su fracaso). Las sociedades asiáticas despegarían si permitiesen la manifestación, florecimiento y guía de sus mejores inteligencias. Pero fuerzas sociales y políticas conservadoras se resisten al cambio, circunstancia en la que el desperdicio de gran parte del talento asiático se vuelve inevitable.

La globalización podría lograr lo que las esferas nacionales no han conseguido. Las nuevas fuerzas económicas que hoy surcan afañosamente Asia desentierran el talento de sus habitantes. Más de la mitad de los 500 000 ciudadanos extranjeros que estudian actualmente en Estados Unidos son de origen asiático. El sistema universitario estadounidense es el más meritocrático del mundo. El éxito en él de los asiáticos indica que es probable que Asia posea la mayor reserva de talento del orbe. El desplazamiento de parte de ésta al exterior representa evidentemente una pérdida para Asia. La mayoría de esos estudiantes no volverán pronto. Pero muchos terminarán por hacerlo. El milagro económico de Taiwán es producto en gran medida del retorno al país de estudiantes formados en el extranjero. También el explosivo crecimiento de la industria de *software* de la India se vio favorecido por el reflujo de su “fuga de cerebros”. Las corporaciones multinacionales —desde bancos y empresas consultoras hasta las

nuevas y dinámicas compañías de la tecnología de la información—aprovechan y capacitan asimismo al talento asiático, lo que bien podría convertirlas en el fermento que ponga fin a la larga agonía de las sociedades de Asia.

El segundo principio es la paz. Ésta escaseó, desde luego, durante gran parte del periodo comprendido por el crecimiento europeo. Tuvieron que ocurrir dos aniquilantes guerras mundiales, en cuyas irracionales batallas cayeron muchas de las mejores inteligencias de Europa, para que este continente renunciara a siglos de antagonismo. Una explicación simple de esas dos guerras podría ser el desfase temporal entre cambios materiales y mentales. Pese al drástico incremento de su capacidad destructiva, en la primera mitad del siglo XX aún persistían en Europa vestigios de la mentalidad feudal, para la que la guerra era un medio legítimo de acumulación de poder. Por paradójico que parezca, es probable que las armas nucleares hayan remediado ese desfase.

Algunas mentes asiáticas, las de políticos notables entre ellas, siguen aferradas a la época feudal. Conciben las relaciones internacionales como un “juego de suma nula”. Aún no han aprendido la lección que Japón y Alemania asimilaron tras la segunda guerra mundial: la de que poder y prosperidad pueden adquirirse por vías pacíficas. La dinámica política del oeste, sur, sudeste y noreste de Asia sería más armónica si los dirigentes de los países de la región se dieran cuenta de que, en el mundo moderno, la paz es condición esencial para el crecimiento y la prosperidad. Las guerras desvían recursos que podrían invertirse en actividades productivas y matan (literalmente) el talento. La paz procura lo opuesto. Una guerra entre dos grandes potencias asiáticas sería suficiente para hacer retroceder a Asia al siglo XIX. Los asiáticos deberíamos reparar en el juicio de Deng Xiaoping de que una de las mayores responsabilidades de las futuras generaciones de nuestro continente será resolver los problemas territoriales que aquél aún padece.

El tercer principio es la honestidad. Este trillado precepto permite llamar cortésmente la atención sobre uno de los fenómenos más vergonzosos de Asia: la corrupción. Las élites de las naciones exitosas se distinguen por su eficiencia: aportan a su sociedad más valor del que extraen de ella. Las de las naciones fallidas son corruptas. Sus actitudes feudales garantizan su sobrevivencia, así sea únicamente en forma parasitaria. La corrupción está presente en todas las sociedades asiáticas, democráticas o no (aunque también, por supuesto, en

las de otras partes del mundo). Para erradicarla es preciso vigorizar el imperio de la ley. Las nocivas repercusiones de la corrupción en Asia se deben particularmente a la dificultad para hallar evidencias que la confirmen, excepto en casos tan extremos como el de Ferdinando Marcos; así, prospera en todos los niveles. Sus costos, por lo demás, no son sólo económicos, sino también sociales y espirituales. El cinismo y desencanto que engendra han dado lugar en las sociedades asiáticas a un pertinaz círculo vicioso: ¿para qué empeñarse en cambiar cuando las esperanzas de que ese esfuerzo fructifique son inexistentes?

Esto apunta a la verdad más cruda entre las que los asiáticos estamos obligados a admitir: nuestras sociedades no deben su atraso al colonialismo ni a la desigualdad de las fuerzas económicas internacionales, pues lo cierto es que todas sus causas externas son periféricas (y con frecuencia benignas); los agentes reales de su rezago en los últimos 500 años respecto de las europeas hemos sido nosotros mismos.

No me gustaría terminar con ese tono pesimista. Asia todavía tiene esperanzas de cambio. La globalización, así como la creciente velocidad de las transformaciones que ésta entraña, generará nuevas élites en la región. Gran número de asiáticos se preparan ya intelectualmente, tanto en sus respectivos países como en el exterior. Los nuevos flujos globales de información abren los ojos de muchas personas en Asia, gracias a lo cual en este continente ha comenzado a descorrerse el “velo de la ignorancia” y se ha iniciado un nuevo proceso de aprendizaje. Todos estos factores brindarán grandes oportunidades a las sociedades asiáticas. Aun así, la primera lección que éstas deben aprender es la de cómo desarrollar, implantar y mantener los elementos intangibles del éxito: meritocracia, paz y honestidad (MPH, siglas que convendría tener presentes en estos tiempos de cambio acelerado).

LOS VALORES
ASIÁTICOS

OCCIDENTE Y LOS DEMÁS

El año que pasé en Harvard, de septiembre de 1991 a junio de 1992, me abrió los ojos en muchos sentidos. Entre los discernimientos más importantes que me fue dado obtener en ese periodo estuvo el de que quienes viven y piensan en Occidente ignoran el impacto que ejercen en el resto del mundo y lo que éste piensa de aquél. La mentalidad occidental cree comprender todos los mundos, puesto que está abierta a todas las ideas y no se niega a ninguna. El paradójico resultado de ese arraigado supuesto es que, en realidad, la mentalidad occidental desconoce los límites de su entendimiento y comprensión. Este ensayo, publicado en National Interest en el verano de 1992, fue un intento por ofrecerle nuevas perspectivas.

Dos de mis textos aparecidos hasta la fecha han alcanzado particular notoriedad: éste y mi respuesta al artículo “¿Choque de civilizaciones?” de Sam Huntington (véase “Los peligros de la decadencia: Lo que los demás pueden enseñar a Occidente”, páginas 98-104).

Al releer este ensayo ocho años después de su redacción, me asombra la celeridad con la que se materializaron algunos de mis pronósticos a largo plazo. Escribí: “El Mediterráneo ha dejado de ser para la población de África del norte la antigua línea divisoria entre civilizaciones y se ha convertido en un simple lago. ¿Qué ser humano no cruzaría un lago si con ello puede mejorar sus condiciones de vida?”

La migración ilegal a través del Mediterráneo equivalía entonces a un arroyuelo. Hoy es un río que alarma a los diarios europeos. ¿Cómo fue posible que no lo previeran? La muerte, a mediados de 2000, de 19 ciudadanos chinos que pretendían introducirse clandestinamente en Inglaterra dentro de un contenedor fue una comprobación más elocuente de mis argumentos de la que yo habría podido aportar.

Las conclusiones a las que llegué siguen siendo válidas. La imagen de la que me serví —la defensa de Singapur en la segunda guerra mundial con armas que apuntaban en la dirección equivocada— aún es idónea: en Occidente prevalece la tendencia a erigir murallas. Sin embargo, entre los embates unilaterales del poder político occidental y el mundo interdependiente e interconectado producido por la tecnología de Occidente se gesta hoy en día una contradicción inmensa. Espero que cuando ésta estalle haya quienes recuerden las tesis de este ensayo.

Occidente ganó la guerra fría, se dice, no a causa de su superioridad militar, sino de la fortaleza de sus instituciones sociales, económicas y políticas. De ahí que no sea de sorprender la celeridad con que emergió el nuevo consenso de que le basta mantenerse en la misma dirección tras la guerra fría. Al celebrar el triunfo de los valores de Occidente, Francis Fukuyama compendió el espíritu del momento. Para librarse del “pantano” de la historia, el resto del mundo tendrá que ajustarse y adaptarse a los usos y costumbres occidentales. Habiendo procedido en forma básicamente correcta y sin la perspectiva de amenazas inminentes, Occidente no tiene por su parte la menor necesidad de realizar ningún ajuste.

En este ensayo me propongo rebatir esos difundidos supuestos. Argumentaré que “sostener incólume el curso de los acontecimientos” no es una opción viable para Occidente; que si bien es posible que no se halle frente a ninguna amenaza militar inmediata, enfrenta en cambio serios y ascendentes riesgos de otro tipo; que no puede permitirse volver la espalda al Tercer Mundo con el expediente de que la guerra fría ha terminado; que en un mundo crecientemente estrecho y sobrepoblado en el que la población occidental constituye un porcentaje cada vez menor de la mundial, es urgente la aplicación de una estrategia totalmente nueva, y que tal estrategia no puede consistir en un decidido intento por exportar los valores occidentales a las naciones no occidentales, puesto que ello sólo tendría el efecto de agudizar problemas de suyo graves.

La acabada formulación de una estrategia sensata, tarea suficientemente difícil en las mejores circunstancias, será aún más laboriosa en las condiciones actuales, a causa de los hábitos adquiridos durante los largos años de la guerra fría. Existe el peligro real de una errónea identificación y definición de los problemas, y de que en consecuencia Occidente oriente sus miras estratégicas en dirección equivocada. Para alguien de mi generación, ese riesgo recuerda el famoso incidente de los cañones británicos en Singapur en diciembre de 1941. Mientras que las armas de esa fortaleza presumiblemente inexpugnable apuntaban confiadamente al mar, los japoneses arribaron por tierra, tanto en bicicleta como a pie, y conquistaron la isla con pasmosa facilidad. Esta analogía es particularmente oportuna, ya que uno de los más serios desafíos para Occidente en la nueva época también se presentará en bicicleta y a pie, o sus equivalentes: la inmigración masiva desde países del Tercer Mundo. La superioridad de la tecnología militar occidental será de escasa utilidad contra esos ejér-

bitos invasores, dado que llegarán en forma de individuos y familias pobres e indefensos, no responderán a órdenes ni comandantes y se filtrarán pausadamente a través de porosas fronteras.

Si esto ocurrirá y cuándo es sólo una de las dimensiones de una crisis múltiple, derivada de la combinación de una actitud occidental ante el Tercer Mundo fundamentalmente distinta y de conocidas pero insuficientemente comprendidas tendencias seculares.

EL REPLIEGUE DE OCCIDENTE

Durante las cuatro décadas de la guerra fría, ambos contendientes concedieron gran importancia al Tercer Mundo. Enfrascados en lo que concibieron como una pugna por el predominio mundial, ninguno creyó conveniente subestimar a ningún país, por pequeño, pobre o distante que fuera. Todo contaba; nada era irrelevante. Pese a que Occidente había desmantelado sus imperios coloniales, los estados tercermundistas resultantes de ello adquirieron mayor, no menor, importancia estratégica, especialmente para Estados Unidos. En razón de que las demás naciones ya estaban comprometidas con uno u otro bando, aquellos países fueron erigidos como la principal área de competencia: los corazones, mentes y territorios en disputa durante la guerra fría.

Aunque la mayoría de los países del Tercer Mundo pertenecían, al menos formalmente, al Movimiento de Países No Alineados, esta organización fue incapaz de proporcionarles efectiva seguridad. Así pues, tenían sólo dos opciones reales: identificarse en mayor o menor grado con el bando occidental o el soviético. De este modo, en el mundo se esparció un extenso sistema de benefactores y clientes, dotado de un complejo, si bien en gran medida tácito, conjunto de reglas. En tales acomodos, los estados del Tercer Mundo no fueron siempre objeto pasivo de la manipulación de las superpotencias, pues muchos de ellos se volvieron muy hábiles para explotar la guerra fría en su favor. Se trataba, no obstante, de un juego peligroso, dado que demandaba un cálculo muy preciso. Quienes decidieron participar en él repararon muy atentamente en la suerte que corrieron países como Camboya y Etiopía —dos vívidos símbolos de la tragedia del siglo xx— al hacer mal las cosas. Se percataron asimismo de que mientras los soviéticos mantenían en el poder a Mengistu en Etiopía, Occidente hacía lo propio con Mobutu en Zaire. Los impe-

rativos estratégicos de la época no toleraban ningún exquisito escrupulo moral.

Con el fin de la guerra fría, ese orden de cosas desapareció. Tras la disolución de la Unión Soviética, sus adeptos cayeron (como Mengistu) o se vieron arrojados, sin protección ni subsidios, a un limbo prolongado. También Occidente reestructuró sus prioridades. Renunció a su antigua compulsión a sostener a aliados deshonrosos en nombre de la seguridad nacional. La posibilidad de imponer más rigurosos requisitos de derechos humanos y rectitud democrática le permitió justificar el abandono, sin mayor sentimiento de culpa, de los aliados incapaces de transformarse en poco tiempo para cumplir las nuevas normas.

Más allá de los méritos éticos del uso y posterior repulsa de aliados, el súbito abandono lo mismo soviético que occidental de sus otrora naciones amigas del Tercer Mundo significó para éste un elocuente mensaje. Las reglas del juego habían cambiado; más aún, el juego mismo había cambiado. Los regímenes del Tercer Mundo descubrieron que su anterior "utilidad" había cesado y que Occidente mostraba ya escaso interés en su destino. Las consecuencias de ello no fueron del todo negativas. El fin de la rivalidad entre las superpotencias generó las condiciones necesarias para la conclusión de numerosos conflictos cuya permanencia se debía casi exclusivamente a la guerra fría, en naciones que iban desde El Salvador hasta Namibia, Afganistán y Camboya. Muchos regímenes dictatoriales desaparecieron. Esto no podía ser sino motivo de beneplácito. Sin embargo, la eliminación de las presiones de la guerra fría también dio lugar a la erupción de fuerzas hasta entonces contenidas en esas sociedades.

Para comprender la trascendente significación de la nueva tendencia occidental al repliegue y el abandono a sus propios recursos de la mayoría de las sociedades del Tercer Mundo (como resultado de lo cual, por ejemplo, numerosas embajadas occidentales fueron cerradas en África; los ingleses en particular cancelaron sus misiones en Burundi, el Congo, Gabón, Liberia y Somalia), considérese el hecho de que estas sociedades estuvieron sujetas a una extremada intromisión occidental desde los albores de la época colonial, en el siglo XVI. La actual tendencia occidental a desasirse del Tercer Mundo no representa entonces el fin de una injerencia de cuatro decenios, sino de cuatro siglos. Todos los procesos autóctonos sofocados y reprimidos durante centurias, a causa ya sea de presiones de las metrópolis

o del enconamiento en su contra de diversas fuerzas mundiales, podrían finalmente salir a la superficie. Para mantener bajo control esas fuerzas históricamente contenidas, el mundo occidental dejó tras de sí en el Tercer Mundo un tenue barniz de conceptos de soberanía nacional, nación-estado, instituciones parlamentarias y ciertos principios de derecho internacional.

Ciertamente aquellos procesos no permanecieron por completo oprimidos durante la guerra fría. Pero, al término de este conflicto, asistimos a su aceleración e intensificación, al punto de producir un cambio cualitativo. Las guerras tribales en África, la contienda étnica en Paquistán, la pugna entre hindúes y musulmanes en la India, el fundamentalismo islámico en Argelia: todas estas realidades podrían volver a ver la luz, y con mayor fuerza que en el pasado. La desintegración en 1991 de Somalia (uno de los estados de mayor homogeneidad étnica en África) no habría sido vista con indiferencia —mejor aún: no habría sido tolerada— diez años antes. Durante la guerra fría, el principal polvorín político del sur de Asia, atizado por las superpotencias, radicó *entre* la India y Paquistán. Hoy se halla *dentro* de la India y Paquistán.

UN MUNDO EN CONTRACCIÓN

En pocas palabras, es probable que la marcha atrás luego de siglos de intervención occidental en el Tercer Mundo conduzca a la aparición en éste de un caldero de inestabilidad. En antiguas épocas, la distancia geográfica habría alejado a Occidente de ese caldero. Paradójicamente, la tecnología occidental instaurada durante la guerra fría contrajo el mundo hasta convertirlo en una aldea global, poniendo fin así al aislamiento que la distancia y el tiempo proveían a Occidente.

Las redes globales de comunicación que conceden a Occidente un asiento de primera fila en explosiones como la de Tienanmen o la guerra del Golfo Pérsico tienen un efecto inverso igualmente espectacular. Poblaciones antes remotas de China, Asia central y el corazón de África cuentan ahora con una imagen clara de la abundancia y comodidades de que disfrutaban aun los ciudadanos ordinarios de las naciones occidentales. Carl von Clausewitz observó en cierta ocasión que “una vez abatidas las barreras —las que en cierto sentido consisten únicamente en el desconocimiento humano de lo posi-

ble—, es difícil levantarlas de nuevo”. Convendría tener presente este comentario en el contexto actual.

El efecto práctico de todo ello es el proceso de creación de un solo universo mental y una única sociedad global. De principios a mediados del siglo XX, las sociedades occidentales se empeñaron en eliminar las crasas desigualdades de los primeros años de la industrialización. Y en esencia lo consiguieron. No obstante, hoy tienen a su puerta a un proletariado mucho más numeroso, irresistiblemente atraído por su riqueza y oportunidades.

Los europeos occidentales han comenzado a comprenderlo. Si algo marcha mal en Argelia o Túnez, por decir algo, Francia resentirá inevitablemente las consecuencias. El Mediterráneo ha dejado de ser para la población de África del norte la antigua línea divisoria entre civilizaciones y se ha convertido en un simple lago. ¿Qué ser humano no cruzaría un lago si con ello puede mejorar sus condiciones de vida? En siglos anteriores, hombres y mujeres cruzaron océanos y montañas en busca de una vida mejor, a costa frecuentemente de terribles sufrimientos. Ese tránsito explica la amplia extensión geográfica de las sociedades “occidentales” más allá de sus orígenes en la Europa continental, y su actual difusión desde América del Norte hasta el sur de África, Australia y Nueva Zelanda. Hoy es mucho mayor el número de personas convencidas de que pueden seguir trayectos similares. Pese a que los actuales movimientos masivos son apenas el inicio de un desplazamiento más vasto, Europa occidental ya muestra signos de enorme preocupación por esta contingencia.

En 1990 la población europea constaba de 498 millones de personas, en tanto que la de África era de 642 millones; de acuerdo con proyecciones de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) basadas en la extensión media de la fertilidad, en 2050 habrá 486 millones de europeos (menos que en la actualidad, cabe notar) y 2 265 millones de africanos, proporción semejante a la actualmente existente entre blancos y negros en Sudáfrica. Dos naciones hoy en día de igual población revelan el significado de esa tendencia. A pesar de la inmigración neta, la población de Italia ha disminuido en los últimos años. La de Egipto crece a su vez en un millón de personas cada ocho meses. Italia reaccionó muy ásperamente a los balseos albaneses. ¿Cuánto más severamente respondería a los no europeos? Considérese este otro ejemplo: en 1960, la población combinada de Marruecos y Argelia equivalía a la mitad de la de

Francia; hoy una y otra son casi iguales; en 30 años, aquélla será del doble de la francesa.

Para decirlo llanamente, cuando, dentro de un par de decenios, Europa occidental se enfrente a desbordadas y crecientes masas empobrecidas en sus fronteras, se verá en esencia en el mismo aprieto estratégico de la acaudalada pero numéricamente muy inferior población blanca de la Sudáfrica actual.

Incluso Estados Unidos, separado por dos grandes océanos de los centros de acelerado incremento demográfico de Asia y África, no es inmune a este fenómeno. Como apuntó Ivan Head, "América del Norte aloja a una de las poblaciones nacionales de más rápido crecimiento en el mundo entero. México contaba en 1950 con 25 millones de habitantes. A fines de la década de los noventa tendrá 100 millones." Sin que obste para ello el magnético poder de la cultura popular estadounidense (que aun los franceses juzgan amenazante), algunas entidades del sudoeste de Estados Unidos se hallan en trance de convertirse en sociedades bilingües, a instancias del poderoso influjo del sur. ¿Cuánto tiempo falta para que la naturaleza de la sociedad y la cultura estadounidenses cambie en forma irreversible?

El término "explosión demográfica" se ha vuelto tranquilizadamente familiar, una frase hecha. Pero, como tantas otras, ésta también expresa una verdad vital. De 1750 a 1950, la población de los cinco continentes creció casi en el mismo índice. Después, el crecimiento demográfico del Tercer Mundo se apresuró drásticamente, a causa en gran medida de la difusión de los métodos occidentales de higiene y cuidado básico de la salud. El equilibrio poblacional entre Europa y América del Norte, por una parte, y el resto del mundo por la otra se ha alterado de modo irremediable. A principios del siglo XXI, 5 000 de los 6 250 millones de personas que, se calcula, integrarán la población mundial vivirán en el Tercer Mundo, en el cual acontecerá asimismo el 97% del incremento demográfico mundial.

Las cifras de población son importantes. Diferencias extremas en ellas producen el tipo de dilemas de seguridad que hoy encaran de diferentes maneras naciones como Israel, Mongolia, Nepal y la Sudáfrica blanca. Pero incluso en ausencia de esas convencionales amenazas a la seguridad, el desequilibrio demográfico, agravado por la desmesurada disparidad de los niveles de vida, será la causa fundamental de nuevas amenazas para Occidente, desde migraciones de pobres y desposeídos hasta daño ambiental, drogas, enfermedades y terrorismo.

EL IMPACTO DEL ESTE DE ASIA

La categórica imagen de un Occidente rico y un Tercer Mundo pobre se complica y confunde por efecto de la creciente importancia del este de Asia, la única región no occidental que ya se cuenta, o propende a hacerlo, entre las naciones desarrolladas. Aunque en Occidente hay para quienes el éxito económico de los países de esa zona, y en particular de Japón, representa un serio problema, en el amplio contexto de las relaciones entre Occidente y el resto del mundo debería vérselo sin duda como parte de la solución, puesto que los sobresalientes casos de Japón y las demás naciones del este de Asia han generado ondas de desarrollo en el Tercer Mundo que ninguna sociedad occidental había producido jamás.

Considérese esta gran singularidad histórica: ¿a qué se debe que decenios de proximidad y contacto con América del Norte y Europa occidental no hayan inspirado a ninguna de las sociedades vecinas de América Latina, Medio Oriente y África a aventurarse en el universo del libre mercado, pese a los obvios beneficios económicos de ello? ¿Por qué Japón es la única nación desarrollada que ha incitado la emulación?

La respuesta a estas preguntas es ineludiblemente compleja, pero uno de sus factores decisivos, largamente desestimado, es de índole psicológica. Sin que de ninguna manera Japón, nación asiática, se lo hubiera propuesto, su victoria en 1905 sobre Rusia, una potencia blanca, dio inmenso aliento psicológico al anticolonialismo. Si no la vasta mayoría, al menos las emergentes élites instruidas de los países no europeos concibieron por primera vez la posibilidad de que la subyugación colonial no fuera necesariamente una condición inmutable, un estado natural. La generación de Jawaharlal Nehru, muchacho entonces de 14 años de edad, recibió de ese modo un enorme estímulo.

Hoy, el éxito económico de Japón ejerce un impacto psicológico similar sobre sociedades en desarrollo del mundo entero, a las que gradualmente convence de que ellas también pueden acceder al universo desarrollado. Este salto psicológico es crucial. Hasta fecha reciente, la mayoría de las naciones del Tercer Mundo creían subconscientemente que la condición de desarrolladas estaba fuera de su alcance. Muchas de ellas piensan ahora de otro modo, luego de observar a Japón y sus vecinos.

Japón no se fijó tal propósito. La benevolencia para con el mundo no forma parte aún del carácter de los japoneses. Pero su buena fortuna persuadió a sus vecinos, desde Corea hasta Taiwán y Singapur, de que ellos también podían alcanzarla. El éxito de estas naciones ha tenido a su vez significativo efecto en China. El despegue económico de las provincias costeras chinas ha impedido a Beijing revertir el curso de la liberalización económica, y contribuido asimismo a convencer a Indonesia, la quinta nación más poblada del mundo, de acelerar su proceso de desregulación, lo que señala el desarrollo en el este de Asia de una nueva sinergia económica.

No obstante, tal efecto no se restringe a esa región. En gran medida inadvertidos, peregrinos de todas partes del mundo se han presentado en el este de Asia para observar y aprender. Turcos y mexicanos, iraníes y chilenos están fascinados con el éxito del este de Asia. Si esta región lo ha conseguido, ¿por qué ellos no habrían de hacerlo? Hasta hoy, ninguna nación islámica ha logrado modernizarse cabalmente. Pero si Malasia e Indonesia, dos países musulmanes distantes del punto de origen del islam, son efectivamente arrastrados por la ascendente marea económica de la región Asia-Pacífico —proceso que hoy se halla en plena marcha—, los vientos del mundo islámico ya no correrán del oeste al este de Asia, sino en la dirección contraria, lo cual representará un gran cambio histórico. Más tarde, también países como Argelia y Túnez podrían verse envueltos en ese proceso.

Vistas las cosas de esta manera, Europa y América del Norte podrían dejar de sentirse crecientemente amenazadas por el avance económico de Japón y beneficiarse en cambio de su progreso. La expectativa de desarrollo económico en la mente de miles de millones de personas permitiría frenar migraciones masivas. Temerosos de las migraciones del norte de África, los europeos occidentales deberían proceder a un replanteamiento estratégico fundamental y concebir el desafío del este de Asia bajo una nueva luz. El reto a corto plazo podría tornarse así en la salvación estratégica de largo plazo.

CABALLOS ECONÓMICOS, CARROS DEMOCRÁTICOS

Mientras las cifras se incrementan y la perspectiva de mayor pobreza e inmigraciones masivas asoma en el horizonte, la casi totalidad de

los occidentales que no se han vuelto completamente indiferentes al Tercer Mundo parecen obstinarse en conceder la primera prioridad a la promoción de los derechos humanos y la democracia. Por primera vez desde la descolonización, muchos países han sido amonestados en el sentido de que la asistencia para el desarrollo, incluso la procedente de instituciones multilaterales como el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), estará condicionada a adelantos en la democratización. Sin embargo, esta campaña a favor de la democracia y los derechos humanos en el Tercer Mundo podría resultar absolutamente contraproducente y socavar la seguridad occidental tras la guerra fría.

El desplome del comunismo ante la algarada de las democracias suscitó una poderosa descarga de confianza en los valores democráticos. Éstos comprimen la trama social y política de las sociedades occidentales, puesto que implican la participación de la ciudadanía en los asuntos nacionales, la que de este modo asume un compromiso con la sociedad. Los sistemas democráticos instan además a una circulación permanente dentro de las élites gobernantes, con lo que aseguran la infusión de nueva sangre e ideas a órganos decisivos. Lo mismo que su solidez moral, las ventajas funcionales de esos valores favorecerán la tendencia mundial a la democratización y el creciente respeto a los derechos humanos. Quienes no se sumen a esa tendencia se arriesgarán a sufrir a largo plazo los efectos de una pugna darwiniana entre sociedades. Japón, por ejemplo, podría mantener durante siglos la delantera respecto de China si ésta no adopta un sistema que le permita extraer y emplear su talento humano tan eficazmente como aquél.

Pese a todo, cabe preguntarse cómo trasplantar con tino la democracia a sociedades cuyos sistemas sociales y políticos han sido muy diferentes a aquélla a lo largo de la historia. La opinión que hoy prevalece en ciertos círculos políticos e intelectuales estadounidenses es que cualquier sociedad, China incluida, puede consumir esa transición en forma prácticamente inmediata. No obstante, la mayoría de las sociedades occidentales no dieron ese paso de la noche a la mañana a partir de sistemas tradicionales o semif feudales (como lo confirman los recientes ejemplos de España y Portugal). En su caso ocurrió primero el desarrollo económico, el que, al engendrar clases medias y trabajadoras con un interés creado en la estabilidad, impidió que políticos demagogos pretendieran capitalizar diferencias étnicas

o de otra especie. También las naciones del este de Asia con éxito en su transición a la democracia han seguido esa senda.

En la actualidad, Occidente alienta, y aun exige, el procedimiento contrario en el Tercer Mundo. Promueve la democracia *antes* que el desarrollo económico. Se funda para ello en el supuesto de que la democracia es trasplantable a sociedades con bajos niveles de desarrollo económico y que resienten profundas divisiones sociales en muchas vertientes, tribal, étnica y religiosa entre ellas. En una sociedad desarrollada e industrializada, un sistema democrático cuenta con el aval de la clase media establecida, la cual posee un interés creado en la estabilidad. En numerosos casos asiáticos y africanos, la ausencia de clase media provoca que la política nacional se descomponga en lealtades étnicas y tribales. Si esto desemboca a su vez en fatídicas guerras, ¿podría aducirse que la democracia produce siempre consecuencias benéficas?

En fecha tan lejana como 1861, John Stuart Mill afirmó que la democracia es “casi imposible en un país integrado por diferentes nacionalidades”. Antes incluso, en un artículo publicado en el *Federalist*, John Jay destacó el hecho de que los estadounidenses “descienden de los mismos antepasados, hablan el mismo idioma, profesan la misma religión, guardan los mismos principios de gobierno y son muy similares en sus usos y costumbres”. Agregó que en estricto sentido formaban “una confraternidad”, la cual “jamás se dividiría en antisociales, recelosas y aisladas soberanías”. A los antiguos teóricos de la democracia les asombraría sin duda la caprichosa idea del siglo xx de que la democracia es aplicable a cualquier sociedad, sin consideración alguna de su etapa de desarrollo y divisiones sociales internas.

Para evitar malos entendidos, permítaseme subrayar que de ninguna manera sostengo que los sistemas democráticos sean necesariamente contrarios al desarrollo de las sociedades contemporáneas del Tercer Mundo. En teoría, es posible alcanzar tanto democracia como desarrollo económico. En algunos casos es probable incluso que ello dé resultados efectivos. Pero un sereno y desapasionado análisis de las condiciones del Tercer Mundo indica que un periodo de gobierno fuerte y firme, comprometido con una reforma radical, podría ser necesario para romper el círculo vicioso de la pobreza, sostenido por estructuras sociales que dan cabida a intereses opuestos a cualquier cambio real. Japón creció después de

la segunda guerra mundial debido en parte a las amplias reformas socioeconómicas impuestas por el general Douglas MacArthur. Ningún gobierno democráticamente electo habría podido hacer lo que él hizo. En contraste con ello, la imposibilidad de Estados Unidos de ejecutar reformas socioeconómicas similares en Filipinas es una de las razones de que la economía de este país no haya alcanzado un desarrollo satisfactorio tras la guerra.

El caso filipino demuestra que, desde luego, un gobierno autoritario puede obstruir el desarrollo. Sin embargo, es igualmente cierto que algunos gobiernos de ese tipo lo han favorecido, como lo revela el contundente crecimiento económico de Corea del Sur y Taiwán en décadas anteriores. La explicación es simple: la variable decisiva en la determinación de la probabilidad de progreso de una sociedad del Tercer Mundo no es si su gobierno es democrático o no, sino si, para decirlo en palabras sencillas, posee un “buen gobierno”.

El “buen gobierno” es difícil de definir, en especial en el contexto estadounidense, en el que tal término entraña prácticamente una contradicción. En Estados Unidos, “buen gobierno” suele significar “el menor gobierno posible”. En cuanto a las sociedades del Tercer Mundo, sobre las que pesan ingentes demandas de desarrollo, los rasgos comunes de las aventajadas sociedades del este de Asia podrían aportar una útil definición de “buen gobierno”. Ellas son: 1] estabilidad política, 2] una sana burocracia basada en la meritocracia, 3] crecimiento económico con equidad, 4] prudencia fiscal y 5] ausencia relativa de corrupción. Con estos criterios en mente, sería posible que organismos multilaterales como el Banco Mundial elaborasen una definición operativa para determinar la idoneidad de los posibles países destinatarios de asistencia externa.

El efecto de esa reorientación de las políticas occidentales relativas al Tercer Mundo sería una menor atención al proceso al que los gobiernos deben su existencia y mayor atención a los resultados que obtienen. Si éstos derivan en una seria y sistemática mejora de las condiciones de vida de la población, quedarían satisfechas las consideraciones tanto humanitarias como pragmáticas en las que se sustentan las políticas occidentales: las humanitarias, en virtud del abatimiento del hambre y el suplicio, y las pragmáticas porque mejores condiciones significarían la reducción del flujo migratorio a Occidente.

Aunque las campañas a favor de los derechos humanos suelen valorarse como un bien moral absoluto sin limitaciones de ninguna es-

pecie, en la práctica los gobiernos occidentales se muestran prudentes y selectivos. Dada la suma importancia de garantizar el estable suministro de petróleo de Arabia Saudita, por ejemplo, no han intentado siquiera exportar a ese país sus normas de derechos humanos y democracia, puesto que saben que cualquier opción al firme régimen saudita sería lesiva para sus intereses.

La reciente experiencia argelina introduce una complicación adicional para los defensores occidentales de la democratización a ultranza. La democracia también es muy apta para develar el verdadero rostro social y cultural de una sociedad. Al implantar en Argelia valores modernos laicos, la élite poscolonial suprimió la herencia islámica, con una antigüedad de siglos en ese país. No obstante, ese legado ha vuelto a aflorar, como probablemente ocurrirá también en otras sociedades islámicas con elecciones democráticas. Si gobiernos elegidos por mandato popular impusieran leyes islámicas restrictivas de los derechos humanos (como sucede en Irán), ¿deberá respetarse su derecho a decidir sus prácticas y valores? La respuesta a esta interrogante no es fácil.

La reacción al golpe militar en Argelia ilustra la ambigüedad moral y política de Occidente. Formalmente, la mayoría de los gobiernos occidentales condenaron el golpe. En respuesta, sin embargo, a la pregunta formulada por ciudadanos de Francia, Italia y España acerca de si la democracia en Argelia es positiva para sus respectivas naciones, aquéllos terminaron por aceptar sigilosamente la asonada, azarosa pero pragmática decisión acorde con sus intereses. A ojos de numerosos observadores del Tercer Mundo, de esa pragmática aplicación de valores morales es posible deducir que, cínicamente, Occidente promoverá la democracia sólo cuando así convenga a sus intereses. Ese mismo cinismo podría imbuir —como casi sin duda ocurrirá— a las campañas de derechos humanos. ¿Occidente sería tan severo con el régimen de China si este país ocupara la posición geográfica de Turquía o México? De ser así, ¿se mostraría tan excitable con los probables millones de balseros chinos en caso de que el régimen de esa nación se viniese abajo y se impusiera el caos?

Piénsese en el caso de Perú. Como en Argelia, también en ese país la democratización sufrió recientemente un revés espectacular. A diferencia de Argelia, no obstante, a Perú se le castigó con sanciones. Los europeos calcularon juiciosamente que la imposición de sanciones deterioraría la situación socioeconómica argelina, de suyo

vacilante, y exacerbaría el flujo de refugiados. En consecuencia, no la aplicaron. Lejos, en cambio, de las sociedades occidentales, Perú recibió sanciones tan desestabilizadoras como habrían sido aquéllas y en condiciones socioeconómicas igualmente volátiles.

Los occidentales debían haberse preguntado: ¿qué tipo de gobierno autoritario persigue Alberto Fujimori? ¿Pretende convertirse en un remedo del dictador filipino Ferdinando Marcos y enriquecer sus arcas personales, o busca desesperadamente salvar a una sociedad al borde de una descomposición de grandes proporciones? ¿Estas cuestiones son realmente importantes? Curiosamente, pocas personas han reparado en el hecho de que si las actuales políticas occidentales hubieran regido en los decenios de 1950 y 1960, el espectacular crecimiento económico de Taiwán y Corea del Sur quizá se habría malogrado desde su concepción, a causa de la exigencia de dismantelar los gobiernos entonces vigentes.

En el caso de Perú, es motivo adicional de preocupación que las posibles consecuencias del derrocamiento del gobierno de Fujimori por efecto de las sanciones —el caos o una versión latinoamericana de polpotismo— podrían ser mucho peores para el pueblo peruano. Quienes apoyan tenazmente la imposición de sanciones a Perú deberían estar preparados para aceptar la responsabilidad moral sobre las repercusiones, buenas o malas, de esas medidas. De hacerlo, el mundo se evitaría la repetición de la experiencia camboyana, en la que quienes aprobaron el remplazo del régimen de Lon Nol se rehusaron a aceptar toda responsabilidad moral sobre el genocidio subsecuente. Si Occidente opta por la prudencia en el señalamiento de abusos a los derechos humanos cuando están de por medio sus intereses, ¿no debería ejercerla también cuando otros pueden verse afectados por sus campañas?

De cara a estas complejidades morales y políticas, los gobiernos occidentales harían bien en explicar a sus ciudadanos que la prudencia puede ser una consideración crucial en la promoción de los derechos humanos y la democracia. Lamentablemente, son prudentes en la práctica, pero incapaces de ser honestos con la ciudadanía. Desde el punto de vista filosófico, la prudencia no se alía con la promoción de la democracia; no es una virtud edificante ni atractiva. Aun así, los gobiernos occidentales deberían ser francos con sus ciudadanos, y no sólo por un prurito de honestidad, sino también por su propio interés.

Ningún gobierno occidental ha reconocido públicamente que pondera sus particulares políticas de derechos humanos y democracia

en relación con otros vitales intereses nacionales, pese a que todos ellos lo hacen. Alemania sostiene una férrea postura ante los derechos de los kurdos, pero Estados Unidos no. Este último país y el Reino Unido son muy estrictos con Muamar Kadafi, a diferencia de Italia. Tal patrón de incoherencias resta méritos a las políticas de derechos humanos para sus aparentes beneficiarios, las sociedades del Tercer Mundo, las que, en lugar de apreciar el valor moral de los gobiernos occidentales, advierten en ellos una pragmática y calculada aplicación de principios morales.

Las campañas de derechos humanos de gobiernos y organizaciones no gubernamentales occidentales han sido indiscutiblemente benéficas. Han generado, por ejemplo, un nuevo consenso mundial contra el retorno de violadores de los derechos humanos tan deleznable como Pol Pot, Idi Amín o Jean-Bédel Bokassa. Las víctimas de tales regímenes pueden suspirar aliviadas. De igual manera, el enérgico consenso internacional contra las escandalosas prácticas de tortura que prevalecían en muchas partes del mundo es un gran avance en la historia humana.

Pero desde el punto de vista de muchos ciudadanos del Tercer Mundo, esas campañas de derechos humanos tienden a ser grotescas. Consideran que su situación es equiparable a la de hambrientos y enfermos pasajeros de una embarcación saturada y agrietada, a punto de ser arrastrada por aguas turbulentas, en las que muchos de ellos perecerán. El capitán del navío suele ser rígido, a veces con razón y otras sin ella. A orillas del río, un grupo de opulentos, sanos y bienintencionados observadores se apresta a abordar la nave tan pronto como se percata de que un pasajero es flagelado o recluido, o incluso privado de su derecho a hablar, a efecto de protegerlo del capitán. Sin embargo, los pasajeros siguen hambrientos y enfermos. Todos aquellos que consiguen nadar hasta la orilla para arrojarlos en brazos de sus benefactores son inmediatamente devueltos al navío, sin que sus padecimientos básicos hayan sido paliados. Esta analogía no es en absoluto abstracta. Describe fielmente la situación de los haitianos.

A largo plazo, sería más razonable que Occidente alentara un más viable proceso de transición en las sociedades en desarrollo, para poner el caballo delante del carro: promover el desarrollo económico mediante el buen gobierno antes de promover la democracia. Esto no quiere decir que la comunidad internacional deba tolerar a dicta-

dores como Pol Pot o Idi Amín si acaso fomentan el desarrollo económico, sino que los gobiernos del Tercer Mundo deben recibir igual trato, realista y pragmático, que el que reciben los gobiernos de Argelia, Marruecos y Túnez de parte de los europeos.

La puesta en práctica de ese trastocamiento aparentemente simple sería muy difícil para la mayoría de los gobiernos occidentales. La promoción de la democracia suele implicar escasos costos o sacrificios. En cambio, la promoción del desarrollo económico comporta significativos costos, directos o indirectos. Lo benéfico para el Tercer Mundo a largo plazo (la promoción del desarrollo económico en primera instancia) podría resultar oneroso a corto plazo para las sociedades occidentales. La Comunidad Europea (CE), por ejemplo, tendría que dejar de subsidiar tan cuantiosamente a sus agricultores ineficientes. Pero si Occidente persiste en el camino fácil a corto plazo y en la promoción en primer término de la democracia, podría verse obligado a pagar un enorme costo a largo plazo, dado que los efectos del alto grado de pobreza e inestabilidad del Tercer Mundo llegarían hasta su puerta. Desafortunadamente, en un conflicto entre el corto y el largo plazos en la política democrática, aquél tiene siempre a prevalecer.

DEMOCRACIA CONTRA INTERESES EN OCCIDENTE

La partida de resolución de desafíos de las democracias occidentales es impresionante. A diferencia de Atenas, hasta ahora han triunfado tanto en la paz como en la guerra. Su elasticidad no debe subestimarse. Aun así, sería riesgoso suponer que carecen de defectos institucionales.

En ausencia de una clara e inminente amenaza, los gobiernos occidentales se ven en dificultades para convencer a la población de que, dada la seriedad de los retos posteriores a la guerra fría, debe aceptar penosos cambios y sacrificios. El problema no es la falta de liderazgo, sino la organización institucional de esas sociedades.

La resonancia mundial de los defectos institucionales de la democracia puede demostrarse con el ejemplo de dos elementos especialmente perniciosos para el mundo no occidental: el déficit presupuestal estadounidense y la política agrícola común (PAC) de la CE.

A pesar del amplio consenso en Estados Unidos a favor del control de los déficit presupuestales, el presupuesto de esa nación se ha

convertido en un monstruo que ninguna institución gubernamental es capaz de domar. La ley Gramm-Rudman fue un fiasco. El problema tiene su origen en defectos institucionales del sistema democrático. La abigarrada red de votos de las diversas camarillas ofrece a éstas el dominio absoluto del proceso de elaboración del presupuesto, lo que refrenda la perpetuación del cuantioso déficit.

Las camarillas privadas distorsionan en forma complementaria la competitividad económica de Estados Unidos, con ramificaciones que rebasan las fronteras estadounidenses. A principios de la década de los ochenta, por ejemplo, la industria automotriz de ese país solicitó —y, gracias a la intervención gubernamental, recibió— un respiro de la competencia japonesa, bajo la forma de restricciones voluntarias. Pero en vez de aprender de Japón e invertir en su competitividad, a lo largo de ese decenio la industria automotriz estadounidense siguió pagando altos dividendos a sus accionistas y gerentes. Por lo demás, tampoco se hizo el menor intento por verificar si aquella intervención pública había redundado en beneficio público o privado. El gobierno japonés interviene en la economía con un claro entendimiento de que los intereses nacionales de largo plazo descansan en el favorecimiento, no en el socavamiento, de la competitividad internacional de la industria. Tal cosa no sucede en cambio en Estados Unidos, cuyas instituciones gubernamentales responden a presiones específicas de intereses privados.

La PAC es otro monstruo nacido de los defectos institucionales de las democracias occidentales. En privado, ningún líder de la CE se halla en condiciones de defenderla. En público, ningún líder francés, español o italiano osaría criticarla, a riesgo de que su país se viera excluido de ella.

En vista de que absorbe más de dos tercios del presupuesto de la CE, la PAC representa un desvío de fondos que podrían destinarse a industrias más favorables para la competitividad comunitaria. Este factor también ha incidido negativamente en las negociaciones en el seno del Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio (General Agreement on Tariffs and Trade, GATT), puesto que las naciones ajenas a la CE se resisten a admitir gravosos cambios que los acaudalados países miembros de ésta no están dispuestos a asumir. ¿A cuenta de qué, por ejemplo, Indonesia, Brasil y Zaire —tres naciones que bien podrían formar un “cártel del oxígeno”— deben refrenar sus lucrativas actividades de deforestación cuando las ricas sociedades de la CE

no aceptan por su parte sacrificios de ningún tipo? Sólo el desconocimiento de esos problemas puede explicar que Occidente haya permitido en diciembre de 1990 el empantanamiento de las conversaciones de la Ronda de Uruguay del GATT. Esa paralización no hizo sino agravar seriamente las nuevas amenazas que aquejan a Occidente en la época posterior a la guerra fría.

Para impedir migraciones masivas de las sociedades pobres a las ricas, sería necesaria una pujante acometida de desarrollo económico en el mundo entero. Y el GATT es justamente uno de los instrumentos mundiales indispensables para activar ese impulso. Si todas las sociedades cumplieran las reglas de ese organismo, sería posible crear un único e inmenso mercado global con la participación de todas ellas, ricas y pobres. El GATT ya demostró su capacidad, pues ha permitido a una significativa porción de la humanidad —la población de Occidente— disfrutar de los más altos niveles de bienestar y riqueza de la historia. Para lograrlo, sencillamente procuró un “terreno de juego uniforme” en el que cada sociedad pueda explotar su ventaja económica comparativa. El impacto de ello en la productividad mundial ha sido considerable.

El estancamiento de la Ronda de Uruguay en diciembre de 1990 suscitó escasas protestas. Quizás el asunto fue visto como un mero problema “comercial”. La reunión de Bruselas fracasó a causa de que la Comunidad Europea deseaba proteger de la competencia mundial a algunas de sus industrias. Eso resultará fútil a la larga, puesto que el capitalismo es en esencia un proceso dinámico. Al pretender proteger sus industrias de la nueva competencia, Occidente intenta congelar un proceso que es imposible detener.

Dado el impacto histórico que ello ya ha tenido y su importancia para los problemas centrales del futuro inmediato, es incomprensible que el GATT no atraiga la atención de un mayor número de pensadores estratégicos. Es un error no otorgar a ese organismo la posición que merece. Al negar a las masas la oportunidad de elevar su nivel de vida, un retroceso del GATT al proteccionismo las forzaría a aporrear las puertas de Occidente.

La reorientación de la estrategia occidental tras la guerra fría es una tarea de grandes dimensiones, la cual precisa del tipo de liderazgo que Estados Unidos asumió tan decorosamente después de la segunda guerra mundial. Por desgracia, al término de la guerra fría el mando occidental se fracturó entre Estados Unidos, Europa y Japón, justo en el momento en que Occidente está más necesitado de lide-

razgo que nunca. Desafortunadamente, asimismo, hoy sus sociedades se hallan sujetas a intensas presiones para replegarse a su interior, precisamente cuando deberían volcarse al exterior. Habiendo producido una tecnología que ha llevado al mundo, con todos sus problemas y promesas, hasta su puerta misma, Occidente se ve fuertemente tentado ahora a cerrar esa puerta, tentación vana si la hay, pues él mismo ha creado un universo en el que la “interconexión” estará al orden del día.

El verdadero riesgo es que, a semejanza de los defensores de Singapur, Occidente se percate demasiado tarde de que, mientras se afanaba en vencer antiguos retos, los nuevos cobraron gigantescas proporciones.

UNA PERSPECTIVA ASIÁTICA SOBRE LOS DERECHOS HUMANOS Y LA LIBERTAD DE PRENSA

En enero de 1993, la Asia Society de Nueva York y tres instituciones singapurenses —el Institute of Southeast Asian Studies, la Singapore International Foundation y el Institute of Policy Studies— organizaron en Singapur un seminario sobre las “Perspectivas asiática y estadounidense del capitalismo y la democracia”. Fui invitado a exponer la perspectiva asiática sobre los derechos humanos y la libertad de prensa. Mi alocución sobresaltó a James Fallows, quien se encargó de comentarla. En ella detallé diez herejías que, en mi opinión, Occidente ha ignorado o encubierto, y añadí cinco principios que podrían conducir a un diálogo de iguales entre Asia y Estados Unidos. Puesto que aludí a numerosos tabúes, supuse que las publicaciones occidentales, amantes de la controversia, querrían dar a conocer el texto de mi conferencia. Pero ninguna se interesó en hacerlo hasta que el Washington Quarterly publicó valientemente una versión abreviada, con el título “Vayan a Oriente, muchachos”. La versión íntegra que aparece a continuación también fue publicada en Debating human rights, colección de ensayos coordinada por Peter Van Ness.

Éste es, sin duda, el texto más iracundo de cuantos he escrito. Si hoy lo elaborara, no emplearía el mismo tono. Cometí además otros errores: citar, por ejemplo, a un economista suizo según quien el problema de la deuda del gobierno de Estados Unidos era irremediable. Ese problema se resolvió en los últimos años. Contrariamente a todas las expectativas, la década de 1990 fue favorable para la economía estadounidense, y adversa para las asiáticas. El mundo ha cambiado en muchos aspectos.

Pese a ello, algunas de las realidades esenciales denunciadas en este artículo aún persisten. Las que llamé “herejías” en 1993 lo siguen siendo en la actualidad. Los periodistas occidentales continúan ejerciendo un poder absoluto en el Tercer Mundo. Más todavía, ese poder aumentó a fin de siglo, gracias a la renovada preponderancia de Estados Unidos. En ese país existen contrapesos informales sobre los medios de comunicación. Fuera de él, sus periodistas están libres de toda restricción.

Si se me permite una incómoda observación adicional, eso ha causado en Occidente graves distorsiones en lo que respecta a Asia. Los medios occidenta-

les sólo prestan oídos a periodistas occidentales. La condescendencia con la que muchos de ellos se refieren a Asia y los asiáticos contribuye a la perenne caricaturización de estos últimos. En el ámbito periodístico no existe aún un terreno de juego nivelado. Sería conveniente por ello que los jóvenes estudiantes occidentales leyeran este texto.

Me gustaría comenzar con una analogía, que quizá algunos de los presentes ya me hayan oído referir en otras ocasiones:

desde el punto de vista de muchos ciudadanos del Tercer Mundo, las campañas de derechos humanos tienden a ser grotescas. Consideran que su situación es equiparable a la de hambrientos y enfermos pasajeros de una embarcación saturada y agrietada, a punto de ser arrastrada por aguas turbulentas, en las que muchos de ellos perecerán. El capitán del navío suele ser rígido, a veces con razón y otras sin ella. A orillas del río, un grupo de opulentos, sanos y bienintencionados observadores se apresta a abordar la nave tan pronto como se percata de que un pasajero es flagelado o recluido, o incluso privado de su derecho a hablar, a efecto de protegerlo del capitán. Sin embargo, los pasajeros siguen hambrientos y enfermos. Todos aquellos que consiguen nadar hasta la orilla para arrojararse en brazos de sus benefactores son inmediatamente devueltos al navío, sin que sus padecimientos básicos hayan sido paliados. Esta analogía no es en absoluto abstracta. Describe fielmente la situación de los haitianos.¹

Éste es sólo uno de los aspectos absurdos de la combativa promoción occidental de los derechos humanos tras la guerra fría. Hay muchos otros. Sin embargo, cuando en seminarios recientemente realizados en la Harvard University intenté refutar la aplicabilidad universal de la democracia, los derechos humanos y la libertad de prensa, descubrí que estos valores se habían convertido en tabúes. Nadie podía cuestionar su mérito intrínseco. Peor todavía, mi insistencia mereció risillas, condescendientes miradas y la burla general. En el fondo parecía imperar el supuesto de que el verdadero motivo de que un asiático, y en especial un singapurense, impugnara esos conceptos era cubrir las fallas de su gobierno.

No obstante, hoy estoy tan convencido como entonces de que la belicosa promoción occidental en el Tercer Mundo de la democracia, los derechos humanos y la libertad de prensa fue y es un error

¹ Kishore Mahbubani, "The west and the rest", *The National Interest*, núm. 28, verano de 1992, p. 10.

colosal. Es improbable que esa campaña beneficie a los 4 300 millones de personas que viven fuera del mundo desarrollado, y quizá ni siquiera a los 700 millones dentro de él. Por el contrario, podría agravar, en vez de aliviar, las difíciles condiciones en las que subsiste la vasta mayoría de la población mundial.

Pero para presentar este central argumento a las mentes occidentales, antes es preciso eliminar las barreras por efecto de las cuales esos asuntos han devenido temas intocables en el discurso occidental. Un occidental debe reconocer en primer término que, cuando habla de estas cuestiones con un no occidental, se coloca consciente o inconscientemente en el púlpito. Si sirviera de consuelo, me apresuro a indicar que esa actitud no es nueva. Como lo señala el siguiente pasaje del *Dictionary of the history of ideas*, se remonta a muchos siglos atrás:

El concepto de despotismo surgió como una percepción distintivamente europea de los gobiernos y prácticas de Asia: los europeos eran libres por naturaleza, en contraste con el servilismo de los orientales. Barruntos de despotismo se han asociado frecuentemente con justificaciones, explicaciones o apremios de la esclavitud, la conquista y el dominio colonial o imperial. La atribución de despotismo a un enemigo podría tener como propósito movilizar a los miembros de una unidad política o demarcación regional. Así, los griegos asignaron a los persas el estigma de despóticos, tal como los autores cristianos harían después con los turcos. Por una ironía que los presuntos campeones de la libertad y sus historiadores no siempre han advertido, en más de un caso, como en el de Aristóteles, esas imputaciones dieron pretexto a los herederos de una tradición de libertad para sojuzgar a quienes nunca habían disfrutado de tan feliz condición.²

En los inicios del siglo XXI, esa actitud europea ante los asiáticos debe terminar. La premisa de superioridad moral debe desaparecer. Para que asiáticos y estadounidenses puedan dialogar fructíferamente, es preciso establecer un terreno de juego parejo. Ésa será mi primera meta en esta ponencia, en la segunda mitad de la cual expondré el punto de vista de un asiático acerca de los derechos humanos y la libertad de prensa.

² Melvin Richter, "Despotism", *Dictionary of the history of ideas* (ed. de Philip P. Wiener, Nueva York, Charles Scribner's Sons, 1973, p. 1).

UN TERRENO DE JUEGO PAREJO

La defenestración no es una experiencia agradable para nadie. Me disculpo de antemano de las molestias que mis comentarios puedan suscitar. Sin embargo, la brevedad me conmina a ser implacable. Con objeto de desembarazar a los temas de los derechos humanos y la libertad de prensa de su condición de tabú, enlistaré diez herejías que Occidente, incluido Estados Unidos, ha ignorado, encubierto o pretendido irrelevantes o intrascendentes en sus tratamientos de estas cuestiones. Si esas herejías poseen validez, espero que induzcan a los autores occidentales a aceptar que no poseen el monopolio de la sabiduría y la virtud y a ejercer cierto grado de humildad en sus disquisiciones sobre estos temas ante audiencias no occidentales.

Herejía 1: Los periodistas estadounidenses no practican la regla cristiana "Trata a los demás como deseas ser tratado por ellos".

De Gary Hart a Bill Clinton, en Estados Unidos se desarrolló una honorable tradición periodística según la cual las vilezas de los políticos son de interés público y deben ser expuestas con todo detalle. Pero quienes participan en esa tradición no se sujetan a la sentencia de Jesucristo de que "quien esté libre de culpa que arroje la primera piedra".

Hasta donde alcanzan mis limitados conocimientos, basados en mi breve estancia en Washington, ningún sector de la sociedad estadounidense, lo mismo el congreso que la prensa, está exento de vilezas de semejante índole. Bien se sabe que el poder es un afrodisiaco irresistible. Políticos y periodistas tienen igual dificultad para sortear las tentaciones que se cruzan en su camino. No obstante, las acciones del primero de esos grupos son consideradas inmorales y están sujetas al escrutinio público, mientras que las del otro se conciben como asuntos privados. Aun así, en la informal ley de la selva que impera en Washington (como en cualquier otra sociedad tribal), más de un periodista importante disfruta de mayor poder que un congresista, pese a lo cual unos y otros son sometidos a diferentes niveles de escrutinio.

La misma disparidad se aplica a las finanzas personales. Todos los aspirantes a políticos, incluso los pocos desafortunados que se hayan introducido en la política para prestar un servicio a la nación, están obligados a declarar cada centavo de su patrimonio financiero. En cambio, ningún periodista de Washington, muchos de los cuales go-

zan de ingresos muy superiores a los de la generalidad de los políticos, siente el deber moral de revelar su patrimonio, como tampoco de declarar los beneficios financieros que le reporta ocuparse del patrimonio financiero de un político en ciernes. Si fuera posible disponer de información exhaustiva acerca de los ingresos y patrimonio tanto de quienes toman decisiones de administración pública como de quienes intervienen indirectamente en ese mecanismo (cabilderos y periodistas por igual), es probable que se confirmara la existencia de un enorme desajuste financiero entre los políticos y quienes pretenden influir en ellos. Esa información también podría iluminar el motivo de que, pese a tantos debates racionales, se tomen tantas decisiones irracionales.

Herejía 2: El poder corrompe. El poder absoluto de los periodistas occidentales en el Tercer Mundo corrompe absolutamente.

El mayor mito acerca de la identidad de los periodistas es que son mártires, justicieros solitarios enfrentados a monstruosas burocracias para descubrir la verdad, a costa a menudo de grandes riesgos personales. Jamás comprendí ese mito durante mi estancia en Washington. Secretarios, senadores, representantes, embajadores y generales correspondían diligentemente las llamadas telefónicas de los periodistas, a quienes cultivaban además con ferviente asiduidad. No todos esos poderosos funcionarios eran tan hábiles como Henry Kissinger o Jim Baker para seducir a los reporteros, pero ninguno se habría atrevido a mandar al diablo a un periodista de un importante diario estadounidense. Eso habría sido tan inconcebible como intentar ejercer la disensión en la corte de Atila. Pese a todo, aún persiste el mito de que los periodistas están en desventaja.

Los resultados más crudos de ese mito se dejan sentir en el mundo en desarrollo. Los periodistas estadounidenses arriban a las capitales del Tercer Mundo sin despojarse de la ficción, profundamente arraigada en su inconsciente, de ser vengadores solitarios, en pugna en este caso con un malévolo y corrupto gobierno tercermundista. Jamás admitirían que en una capital del Tercer Mundo ostentan tanto poder como el que detentaban los procónsules coloniales en el siglo XIX. En ambos casos, el gobierno anfitrión no podía ni puede ignorar a tales emisarios, o de lo contrario ha de atenerse a las consecuencias. Al llegar a una capital del Tercer Mundo, el corresponsal promedio de un influyente diario occidental solicita entrevistarse desde luego con el presidente y el primer ministro, y quizá también

con el ministro de asuntos exteriores. Si, no lo permita el cielo, alguno de esos funcionarios se negara a recibirlo, ésta sería la reacción proverbial: “Puesto que reyes y presidentes del mundo entero suelen conceder entrevistas al *Guardian* (como lo demuestra la reciente entrevista exclusiva otorgada por el rey de Jordania), e incluso algunos de ellos escriben ocasionalmente en nuestras páginas (como es el caso del ex presidente soviético Gorbachov), cabe preguntarse cuál podría ser el motivo de que un gobierno no responda a nuestras solicitudes. No en vano somos el segundo diario nacional de mayor venta en el Reino Unido.” (Este extracto procede de una nota periodística real.)

Un periodista occidental reaccionaría con absoluta perplejidad si el corresponsal del *Times of India* en Washington, por decir algo, le solicitara en reciprocidad concertar una entrevista con un alto funcionario estadounidense. Si, tras rechazar naturalmente esa petición, se le exigiera una explicación de tal discordancia, negaría el compromiso de trueque con el argumento de que el *New York Times* (*NYT*), por ejemplo, es mejor periódico que el *Times of India*. Jamás admitiría que el primer ministro de la India no dudó en aceptar la solicitud del *NYT* a causa de que sabe que éste controla el acceso a las principales mentes de Washington. Lo más placentero de este caso es que el periodista del *NYT* nunca se verá precisado a consentir que saborea los deliciosos frutos del poder, puesto que éstos no llegan arropados con las distinciones de un cargo oficial.

Herejía 3: La prensa libre puede ser el opio de una sociedad.

Pese a que esta afirmación no es ni con mucho tan extravagante como el *dictum* de Marx de que la religión es el opio del pueblo, probablemente sería rechazada con igual celeridad con que la de Marx fue abominada en su momento. Los medios de comunicación estadounidenses se enorgullecen de la aptitud de su periodismo de investigación para descubrir la verdad tras los informes del gobierno, las grandes compañías y otras importantes instituciones. Jamás tolerarían la proposición de que son el opio de la sociedad estadounidense. Pero lo han sido.

En los últimos 20 años son detectables dos acontecimientos paralelos. En primer término, el periodismo de Estados Unidos se ha vuelto más agresivo que nunca. Kennedy fue el último presidente de ese país en ser tratado con guantes de seda; sus excesos sexuales eran bien conocidos, pero no se hicieron públicos. Desde entonces, nin-

gún otro presidente se ha visto libre de una cobertura noticiosa ilimitada, lo que da la impresión de que el gobierno se halla bajo total y minucioso escrutinio.

La tendencia paralela es que los últimos 20 años también han atestiguado el creciente deterioro del ejercicio gubernamental en Estados Unidos. Lyndon Johnson creyó que podía librar una guerra y promover una sociedad sana sin elevar los impuestos. Así fue como comenzó el proceso de indisciplina fiscal de ese país. Los errores de Richard Nixon son de sobra conocidos, lo mismo que los de Jimmy Carter. En los últimos 12 años, bajo dos gobiernos republicanos, Estados Unidos pasó de ser el mayor acreedor al mayor deudor del mundo. Un consultor suizo de inversiones, Jean Antoine Cramer, señaló recientemente: "El gobierno estadounidense tardó 150 años en acumular una deuda de 1 billón de dólares, pero sólo 10 años en cuadruplicarla. Con un PNB de 5.6 billones, la situación es irreparable. Los consumidores estadounidenses deben 7 billones, las compañías 5 y el gobierno 5." En el país de la prensa libre, ningún político se atrevería a decir la cruel verdad sobre los sacrificios necesarios para detener esa inmundicia. La consecuencia ha sido un gobierno irresponsable en una escala inconcebible y sin precedente en la historia. Igualmente monumentales son los problemas análogos de algunas de las mayores compañías estadounidenses, entre ellas corporaciones de prestigiosa posición financiera en el pasado, como Citicorp, General Motors e IBM, las cuales se hallan también bajo el estrecho escrutinio de la prensa.

Me sería imposible, aun si dispusiera de un día entero para hacerlo, demostrar que existe una relación causal entre una prensa libre más agresiva y un gobierno cada vez más ineficiente. Podría tratarse de una mera coincidencia. Después de todo, la prensa estadounidense no tiene parangón en lo que se refiere a la denuncia de los disparates de su gobierno. Es legítimo preguntarse, sin embargo, si acaso sus denuncias no han cumplido las funciones específicas del opio y creado la ilusión de que algo se hace cuando en realidad no se hace nada.

El símil de la prensa libre con el opio podría sustentarse con un ejemplo aún más atroz. Una de las hazañas de Estados Unidos posteriores a la segunda guerra mundial, de la que esa nación está particularmente orgullosa, es la emancipación política de los afroestadunidenses. La prensa desempeñó un importante papel en ello. Pero, ¿acaso los informes periodísticos acerca de esa supuesta

emancipación no fomentaron a su vez la ilusión de que los problemas fundamentales de los afroestadunidenses habían sido resueltos? Se buscó dar la impresión de que éstos gozaban por fin de condiciones de igualdad con el resto de los ciudadanos. Las puertas habían sido abiertas. Lo único que restaba hacer era cruzarlas.

Treinta años después de las célebres marchas a favor de los derechos civiles, ¿cuántas familias afroestadunidenses responderían que sí y cuántas que no a la pregunta de si su situación es mejor ahora que hace tres decenios? ¿Qué demostraron los magnos disturbios tras el episodio de Rodney King? Que, quizá, habría sido preferible dedicar a acciones los 30 años consumidos en discutir los problemas de los afroestadunidenses, durante los que se creó la ilusión de movimiento cuando es poco o nada lo que se ha hecho. ¿Es suficiente con que los medios estadunidenses digan: “¿Hicimos nuestro mejor esfuerzo”? ¿No sería mejor que se preguntaran si acaso no contribuyeron de alguna manera a ese fracaso?

¿La opinión pública nutrida por la prensa más libre del mundo es capaz de concebir tales interrogantes?

Herejía 4: Una prensa libre no necesariamente deriva en una sociedad ordenada.

Uno de los principales supuestos que rigen en Occidente es que una sociedad sana precisa de una prensa libre para evitar los abusos de poder. Que la libertad de información impide el mal gobierno. Que su ausencia provoca mayores abusos y mal gobierno.

Quizá sea cierto que una prensa libre puede inducir un buen gobierno. Pero lo contrario también lo es: una prensa libre también podría inducir un mal gobierno.

El sudeste asiático ofrece una desafortunada demostración de ello. El país de la región con mayor tradición de prensa libre (excepto por el interregno de ley marcial de Marcos) es Filipinas. Pero éste es también el miembro de la Asociación de Naciones del Sudeste Asiático (Association of South-East Asian Nations, ASEAN) cuya modernización y progreso económico han resentido mayores dificultades, lo que indica que una prensa libre no es condición necesaria ni suficiente para el desarrollo y el progreso.

La India y China representan dos grandes laboratorios sociales para juzgar qué prescripciones ayudarían a una sociedad a desarrollarse y prosperar. Esas dos naciones alojan en conjunto a alrededor de dos quintas partes de la población mundial; esto es, a dos de cada

cinco habitantes del planeta. Cada una de ellas ha seguido un derrotero político propio. Occidente aplaude la libertad de prensa de la India, y lamenta su ausencia en China. Sin embargo, ¿cuál de estos países registra en la actualidad un desarrollo más acelerado y tiene mayores probabilidades de ser el primero en modernizarse?

El reciente incidente de Ayodhya sacó a la luz una nueva dimensión de gran importancia para todas las sociedades del mundo. A fin de controlar las reacciones emocionales de la ciudadanía, los medios de comunicación de la India restringieron la transmisión y difusión de escenas de la destrucción de esa mezquita. Pese a ello, muchos hogares indios vieron esas imágenes en programas (transmitidos vía satélite o reproducidos en videocintas) de agencias noticiosas extranjeras, las cuales no están sujetas a ninguna restricción social, política o moral. Quienes propagaron tranquilamente esas escenas no tuvieron que asumir las consecuencias de aquellos hechos. Cómodamente sentados en Atlanta, Georgia, o Hong Kong, los tumultos desencadenados en la India por sus transmisiones televisivas jamás se aproximaron a sus residencias. Desafortunadamente, el personal de esos medios de comunicación no se detuvo a considerar si, pese a que su vida no estaba en entredicho, la ausencia de restricciones no podía acaso poner en peligro la vida de otros individuos.

Herejía 5: Al cubrir acontecimientos no occidentales, los periodistas de Occidente están condicionados tanto por los prejuicios como por los intereses de su región. El argumento de la "objetividad" de sus informes es una gran mentira.

Permítaseme citar tres reveladores ejemplos. El primero de ellos se refiere a la cobertura noticiosa del islam. Edward W. Said explicó en su libro *Covering islam*:

Nada es más difícil de admitir por la mayoría de los expertos académicos en el islam que el hecho de que sus palabras y actos se insertan sin remedio en un contexto profunda y, en ocasiones, ofensivamente político. En el Occidente contemporáneo, todo lo relativo al estudio del islam rebosa trascendencia política, no obstante lo cual casi ninguno de quienes se ocupan de ese tema, trátase de expertos o comentaristas, lo acepta públicamente. Dan por supuesto que la objetividad es inherente al discurso adquirido acerca de otras sociedades, pese a la larga historia —en todas las sociedades, lo mismo occidentales que islámicas— de recelo político, moral y religioso frente a lo ajeno, extraño o diferente. En Europa, por ejemplo, los orientalistas solían

estar directamente adscritos a las oficinas coloniales. Lo que ahora sabemos sobre la estrecha cooperación entre la academia y la conquista colonial militar directa (como lo ilustra el caso del venerado orientalista holandés C. Snouck Hurgronje, quien se sirvió de la confianza que supo ganarse entre los musulmanes para la planeación y ejecución de la brutal guerra holandesa contra el pueblo atjehnese de Sumatra) es muy demostrativo, pero también sumamente indignante. Aun así, hoy siguen menudeando los libros y artículos que se precian de la naturaleza apolítica de la academia occidental, los frutos de las investigaciones de los orientalistas y el valor del conocimiento “objetivo”. Al mismo tiempo, difícilmente cualquier experto en el “islam” no ha sido asesor e incluso empleado del gobierno, la iniciativa privada o los medios de comunicación de su país. Sostengo que esa cooperación debe admitirse y tomarse en cuenta, y no sólo por razones morales, sino también intelectuales.³

El segundo ejemplo atañe a la cobertura de la guerra de Vietnam por los medios de comunicación de Estados Unidos, cobertura a la que se le ha adjudicado tanta importancia que se le tiene incluso por “glorioso capítulo” en la historia del periodismo de ese país. A fines del decenio de 1960 y principios del de 1970, la opinión pública estadounidense se volvió contra la guerra al recibir los cadáveres de sus soldados. Estados Unidos se vio forzado a ceder. Los medios contribuyeron entonces a fabricar una justificación: su país estaba apoyando a los “malos” (los desvergonzados y perversos regímenes de Saigón y Phnom Penh) contra los “buenos” (los abnegados e incorruptibles revolucionarios de las selvas del norte de Vietnam y Camboya). Libros como *Fire in the lake*, exaltación de la revolución vietnamita, se convirtieron en la biblia de los reporteros estadounidenses. Cuando el último soldado de Estados Unidos salió de Vietnam, los periodistas se sintieron satisfechos y reivindicados.

Las subsecuentes victorias comunistas en Camboya y Vietnam expusieron la verdadera naturaleza de los revolucionarios. La historia del genocidio camboyano es bien conocida, como lo es también la de los miles de balseiros que perecieron en el Mar Meridional de China. La desgracia humana aumentó, en vez de disminuir, después de la revolución. Sin embargo, prácticamente ningún periodista estadounidense admitió la posibilidad de que se hubiera equivocado al citar *Fire in the lake* o al pronunciarse a favor del abandono de los regíme-

³ Edward W. Said, *Covering islam: How the media and the experts determine how we see the rest of the world*, Nueva York, Pantheon Books, 1981, p. xvii.

nes de Saigón y Phnom Penh. Puesto que habían cumplido sustanciales intereses estadounidenses al salvar vidas de sus compatriotas, no consideraron que hubiese la menor necesidad de sopesar las consecuencias morales de sus actos sobre vietnamitas y camboyanos.

El tercer ejemplo se refiere a la cobertura del episodio de la plaza de Tienanmen, acontecimiento chino que se convirtió en todo un suceso para los medios de comunicación del mundo entero. La versión esencial de los medios occidentales fue que se trató de una revolución de demócratas contra autócratas. La incesante repetición de la imagen de la réplica de la estatua de la Libertad brindó constancia gráfica de ello. Pero pese a la amplia cobertura de esos hechos, los medios occidentales jamás expusieron el punto de vista de la población. Pocos intelectuales chinos creen que su país esté preparado para la democracia. Temen al caos y la anarquía (recurrente enfermedad china) tanto como al retorno del totalitarismo maoísta. Lo ocurrido en Tienanmen fue en realidad la culminación de una batalla entre autoritarios duros y moderados. Los medios occidentales reportaron vívidamente la aparente victoria de la “línea dura”, pero no han dicho la verdad posterior: que los moderados han vuelto al poder.

Varios periodistas occidentales procedieron entonces con flagrante deshonestidad. Comían con un estudiante en “huelga de hambre” antes de realizar un reportaje sobre su caso. No actuaron además como observadores objetivos; aconsejaban a los estudiantes cómo comportarse. Pero, a diferencia de éstos, ninguno de ellos tuvo que enfrentar las consecuencias de lo ocurrido.

La comparación de los reportes sobre China de principios de los años setenta y noventa brinda un claro indicador de los efectos de los intereses estadounidenses en los periodistas. Cuando Nixon aterrizó en China en 1972, los medios estadounidenses vivieron un romance con un régimen que había asesinado a millones de individuos durante la revolución cultural. En el decenio de los noventa dieron en cambio tratamiento de paria a un régimen mucho más benigno, el cual había librado de la pobreza y la indignidad a millones de personas y las había enclavado en el camino del desarrollo.

Herejía 6: Los regímenes occidentales apoyan a gobernantes genocidas cuando así conviene a sus intereses.

En agosto de 1942, uno de los momentos más sombríos de la segunda guerra mundial, Churchill realizó un viaje secreto a Moscú para

llevar personalmente malas noticias a Stalin: los aliados no estaban preparados para un segundo frente en Europa. Stalin reaccionó furiosamente. Nancy Caldwell Sorel describe el último encuentro entre ambos:

Pese a que prevalecía el desacuerdo, Stalin suavizó su posición en la última noche, cuando Churchill fue a despedirse de él; [...] la reunión de una hora que éste había previsto se prolongó a siete. La conversación y el vino fluyeron copiosamente y, en un momento de inusual intimidad, Stalin admitió que ni siquiera las tensiones de la guerra eran comparables a la terrible batalla para imponer la política agrícola colectiva al campesinado soviético. Millones de *kulaks* habían sido eliminados. El historiador Churchill pensó en el *dictum* de Burke: “Si la reforma no se alía con la justicia, es mejor que no haya reforma.” Pero el político Churchill prefirió callar: la guerra demandaba unidad a toda costa.⁴

Esta anécdota incita una risilla maliciosa. ¡Qué astuto era Churchill! ¡Qué sagacidad la suya para no desagradar a Stalin con un sermón! Ni entonces ni hoy su prestigio ha decaído por el hecho de haberse asociado con un gobernante genocida. Pensemos ahora en la posibilidad de una situación idéntica entre otros personajes: Margaret Thatcher y Pol Pot. Dada su coincidencia histórica, habrían podido reunirse, pero desde luego jamás lo hicieron. Aun así, intentemos imaginar una posible reunión entre ambos, y la ocurrencia en ella de un lance que pudiera suscitar en nosotros una sonrisa socarrona. ¿Imposible? ¿Por qué?

Pensemos en ello. Hagámoslo profundamente, porque sólo de esa manera descubriremos, para nuestra sorpresa, que es posible que sujetos prudentes e informados ejerzan una doble moral. Si la regla que impidió toda reunión entre Margaret Thatcher y Pol Pot es “Jamás cruzarás palabra con un gobernante genocida”, esa misma regla habría debido prohibir un encuentro entre Churchill y Stalin. Como lo ha manifestado el filósofo inglés R. M. Hare, las reglas morales son inherentemente universalizables. Para no vernos obligados a censurar la reunión entre Stalin y Churchill (a quien ningún historiador ha condenado jamás, al menos hasta las últimas semanas), es preciso modificar esa regla, para que rece: “Jamás cruzarás palabra con un

⁴ Nancy Caldwell Sorel, “First encounters: Josef Stalin and Winston Churchill”, *The Atlantic Monthly*, noviembre de 1991, p. 141.

gobernante genocida, aunque circunstancias atenuantes podrían permitirlo.”

No es éste un simple cambio de matiz, sino un salto fundamental, el que se comprenderá mejor con el siguiente relato. Un hombre ofrece un millón de dólares a una mujer a cambio de pasar juntos una noche. Ella contesta:

—Por un millón de dólares, desde luego.

—¿Y si fueran cinco dólares? —pregunta él.

—¿Quién crees que soy? —responde ella, indignada.

—Eso ya lo sabemos. Sólo estamos negociando el precio.

Quienes excusan la reunión de Churchill con Stalin pero habrían reprobado sin demora toda reunión con Pol Pot, se colocan (en sentido figurado) en los zapatos de la mujer de esta historia.

En el caso de Stalin, la sobrevivencia de Inglaterra lo disculpaba todo. En el de Pol Pot no había, en cambio, ningún pretexto atenuante, puesto que de una reunión con él no era posible extraer ningún beneficio para los intereses vitales de Occidente. De ahí el total y absoluto repudio a cualquier contacto con Pol Pot y sus secuaces del Khmer Rojo. La tragedia de ello es que, al atenerse a la versión estricta de la regla sencillamente porque en esta instancia no estaban en juego sus intereses, Occidente no reparó en que, si hubiera sido tan flexible con el Khmer Rojo como Churchill lo fue con Stalin, habría podido mitigar los sufrimientos de los camboyanos.

Los gobiernos asiáticos que en los años ochenta intentaron establecer un acuerdo de paz con Camboya (pacto que necesariamente tenía que incluir al Khmer Rojo) fueron vilipendiados. Los diplomáticos estadounidenses habían recibido la instrucción de ni siquiera estrechar la mano de representantes del Khmer Rojo.

Las atrocidades cometidas en los últimos 12 meses por Radovan Karadzic y sus seguidores serbios (a plena vista de los medios de comunicación estadounidenses) ameritarían la inclusión de aquél en la liga de Pol Pot e Idi Amín. Pero hasta ahora ningún diplomático occidental ha vacilado en estrechar la mano de los representantes serbios. ¿Hay una norma para los occidentales y otra para los asiáticos?

Herejía 7: Los gobiernos occidentales sacrificarán plácidamente los derechos humanos de sociedades del Tercer Mundo cuando así convenga a sus intereses. El régimen de Myanmar (la antigua Birmania) desconoció los resultados de las elecciones democráticas de 1990 y reprimió brutalmente las subsecuentes manifestaciones populares. Myanmar fue

castigado con sanciones occidentales. Los gobiernos asiáticos fueron criticados por no sumarse entusiastamente a esa medida.

El régimen de Argelia desconoció los resultados de las elecciones democráticas de 1992 y reprimió brutalmente las subsecuentes manifestaciones populares. Argelia no fue castigada con sanciones occidentales. A los gobiernos asiáticos jamás se les ofreció ninguna explicación de esa obvia doble moral.

Pero también las razones de esa doble moral son obvias. El temor de que la imposición de sanciones acentuara la inestabilidad política argelina y empujara a miles de balseros a cruzar el ínfimo Mediterráneo impuso cautela y prudencia en los gobiernos de la Comunidad Europea (CE). Éstos no dudaron en cambio en criticar a los gobiernos asiáticos por ejercer igual prudencia por iguales razones en la aplicación de sanciones a Myanmar o China. Sea cual fuere el criterio en el que se funde, la doble moral es patentemente inmoral. ¿Cuántos diarios occidentales lo han señalado?

Herejía 8: Occidente ha utilizado como pretexto la comisión de abusos sobre los derechos humanos para abandonar a aliados del Tercer Mundo que ya no sirven a sus intereses.

Las “culpas” de Mohammed Siad Barre (Somalia), Mobutu Sese Seko (Zaire) y Daniel Arap Moi (Kenia) no son en absoluto recientes; ya eran bien conocidas en la guerra fría. Esos antes virtuosos individuos no se convirtieron al vicio el día en que ésta llegó a su fin. Sin embargo, la conducta considerada digna del apoyo occidental durante la guerra fría fue juzgada inaceptable en cuanto ésta concluyó.

Salta a la vista la satisfacción que hoy derivan los gobiernos, medios de comunicación y pueblos occidentales de la posibilidad de emplear al fin políticas “morales”. No obstante, eso no los ha llevado a admitir que durante la guerra fría hayan empleado (por estricta lógica) políticas “inmorales”. Nadie ha enunciado tampoco la pregunta de si acaso es “honorable” abandonar a aliados luego de haberlos utilizado.

Herejía 9: Occidente es incapaz de reconocer que la aplicación de políticas “morales” de derechos humanos puede tener consecuencias inmorales.

Al término de la Conferencia Internacional sobre Camboya (CIC), efectuada en París en agosto de 1989, el entonces ministro de asuntos exteriores de Vietnam, Nguyen Co Thach, insistió en que la declaración final contuviera un enérgico llamado al perentorio cese de

las políticas y prácticas genocidas del Khmer Rojo. Todos los presentes sabían que el verdadero propósito de Thach no era maniatar a Pol Pot —aquél ya había confesado al congresista estadounidense Stephen Solarz que, a diferencia de lo que afirmaba la propaganda oficial vietnamita, el objetivo de la invasión de Camboya no había sido proteger del tirano a la población—, sino provocar el fracaso de la reunión, dado el previsible rechazo de aquella exigencia por el Khmer Rojo. Lo cierto es que los vietnamitas no estaban dispuestos a renunciar al control de Camboya. Pese a ello, ningún funcionario occidental se atrevió a objetarlo, por temor a que Thach los exhibiera ante los medios de comunicación. A éstos les agradó por su parte la resuelta postura de Thach contra el Khmer Rojo, cuando en realidad había frustrado una conferencia con la que se habría conseguido la paz en Camboya. Desde el punto de vista práctico del camboyano común, sin embargo, el vigoroso consenso contra el Khmer Rojo resultó contraproducente, ya que impidió a las delegaciones occidentales denunciar la palmaria maniobra de Thach. Del bien (la condena de Pol Pot por los medios occidentales) se desprendió un mal (el fracaso de la conferencia). Con todo, no era la primera vez en la historia en que tal cosa ocurría. En su famoso ensayo *La política como vocación*, Max Weber apuntó: “...no es cierto que [...] lo bueno sólo produzca el bien y lo malo el mal, sino que frecuentemente sucede lo contrario. Quien no ve esto es un niño, políticamente hablando.”⁵

Un delegado occidental en verdad valiente, en la Conferencia de París, habría explicado a los medios occidentales que la participación del Khmer Rojo era indispensable para lograr un acuerdo de paz que pusiera fin al sufrimiento de los camboyanos. Pero a ningún líder occidental se le ocurrió siquiera hacerlo, dada la profunda animadversión contra el Khmer Rojo. Esto produjo una contradicción que podría haber interesado a los filósofos morales: el desprendimiento, a partir de una posición moralmente correcta (la exclusión del Khmer Rojo), de consecuencias inmorales (la prolongación de la agoría camboyana).

No fue ésa, de ninguna manera, la primera ocasión en que funcionarios occidentales se veían frente a dilemas morales de tal naturaleza. Señaló Max Weber: “Ninguna ética del mundo puede eludir el hecho de que para conseguir fines ‘buenos’ hay que contar en mu-

⁵ Max Weber, *Politics as a vocation*, Filadelfia, Fortress Press, 1965, p. 49.

chos casos con medios moralmente dudosos, o al menos peligrosos...”⁶ Desafortunadamente, hoy ningún estadista occidental tendría el valor de hacer esa afirmación, puesto que, en la época de “circunspección política” en la que vivimos, los medios occidentales lo desollarían. La rectitud ha degenerado en cobardía.

Herejía 10: En muchas sociedades, un gobierno imperfecto que comete algunas violaciones a los derechos humanos es mejor que ningún gobierno en absoluto. Desde el fin de la guerra fría se han disuelto al menos dos naciones-estado: Somalia y Yugoslavia. Ambas fueron útiles a Occidente en ese conflicto. Pero entonces las culpas de sus gobiernos fueron perdonadas. El resultado neto de su abandono (obrado en cada caso de manera distinta) fue un incremento de la desgracia humana. Un filósofo moral utilitarista podría argumentar sin el menor inconveniente que la situación previa de gobierno imperfecto era preferible a la actual, puesto que causaba menos desdichas.

La incapacidad de Occidente para aceptar ese hecho podría provocar la repetición de experiencias como las de Yugoslavia y Somalia. Piénsese en el caso de Perú. Frente a la amenaza de caos y anarquía, el presidente Fujimori impuso el estado de emergencia. Su valor fue digno de elogio. Pero dado que procedió en una forma inaceptable para Occidente —la suspensión temporal del régimen parlamentario—, los beneficios para el pueblo peruano fueron ignorados. Occidente sacrificó los intereses de los peruanos en aras de la preservación de su pureza ideológica.

Si las actuales prácticas punitivas occidentales contra gobiernos autoritarios hubieran estado en vigor en los decenios de 1960 y 1970, el espectacular crecimiento económico de Taiwán y Corea del Sur se habría frustrado desde su concepción, en vista de la exigencia de remplazar a los gobiernos entonces en funciones por regímenes menos autoritarios. Por el contrario, la tolerancia occidental de esos gobiernos, totalmente comprometidos con el desarrollo económico, permitió consumir los cambios económicos y sociales gracias a los cuales las sociedades de esos países se han vuelto más abiertas y participativas. Las lecciones del este de Asia son claras. No hay atajo posible. Para que una sociedad pueda acceder a las libertades sociales y políticas de las sociedades desarrolladas, antes es necesario que tenga éxito en el desarrollo económico.

⁶ *Ibid.*, p. 47.

No existe una opinión asiática uniforme sobre los derechos humanos y la libertad de prensa. Éstos son conceptos occidentales. Los asiáticos están obligados a reaccionar a ellos. Como cabe suponer, sus respuestas son muy diversas: van desde la total aceptación hasta el rechazo terminante. La comprensión de esas reacciones se dificulta adicionalmente por el hecho de que muchos asiáticos se sienten forzados a loar esos valores. Descendientes de la restauración Meiji en su creencia de que Japón debería ser más occidental que asiático, gran número de intelectuales japoneses, por ejemplo, proclaman su adhesión a los valores occidentales relativos a los derechos humanos, aunque, curiosamente, no están en condiciones de explicar los actos de su país en ese contorno durante la segunda guerra mundial. De Nueva Delhi a Manila, por mencionar sólo dos ciudades, en Asia proliferan los partidarios de tales valores. No obstante, éstos son escasamente conocidos, y menos aún comprendidos, en la mayoría de las sociedades asiáticas. La verdad es que, vasto como es y ocupado en retos más inmediatos, el continente asiático no ha tenido el tiempo ni la energía necesarios para abordar detenidamente esos asuntos.

En consecuencia, no pretendo hablar en nombre de Asia, aunque estoy cierto de que la mayoría de los asiáticos no considerarían ex-céntricas mis opiniones. Lo que persigo es un factible punto medio que permita a asiáticos y estadounidenses sostener un diálogo de iguales en el que los juicios de cada parte sean reconocidos como legítimos. Así pues, aventuraré cinco principios que podrían guiar ese diálogo.

Principio 1: respeto mutuo

El primer principio que deseo subrayar es el de que todo intercambio entre asiáticos y estadounidenses sobre el tema de los derechos humanos y la libertad de prensa debe basarse en el respeto mutuo. He visitado las oficinas de cuatro grandes diarios estadounidenses: *The New York Times*, *The Washington Post*, *Los Angeles Times* y *The Wall Street Journal*. Si, al salir una noche de ellas, uno se desviara un centenar de metros de su camino, pondría en riesgo su vida. Pese a ello, ningún directivo ni colaborador de esos diarios demandaría la restricción de los derechos civiles de los delincuentes comunes. Es-

timan que el peligro del crimen común es un precio aceptable a cambio del imperio de la libertad. Éste es un tipo de decisión social.

En Singapur es posible merodear de noche en cualquier dirección desde las oficinas del *Straits Times* sin arriesgar la vida. Esto se debe, entre otras cosas, a que ahí se recluye a delincuentes comunes y drogadictos, a menudo durante largos periodos, hasta conseguir su rehabilitación. El interés de la mayoría en disponer de calles seguras priva sobre otras consideraciones legales formales, aunque existen salvaguardas para impedir el confinamiento de individuos inocentes. Esta decisión social es de otro tipo. Permítaseme proponer que ninguna de ellas es intrínsecamente superior. Ambas sociedades asumen en cada caso las consecuencias de una decisión tomada por ellas. Agregaría de igual manera —con la esperanza de que esta afirmación no sea recibida con la usual sorna occidental— que una ciudad que prohíbe la venta de goma de mascar tiene tanto derecho moral a hacerlo como el que tiene cualquier otra a tolerar la venta de *crack* en las calles. Evitemos la automática y presuntuosa reacción de juzgar que una decisión es más ética que otra.

No deseo extenderme en este punto, pero me temo que a Occidente le será difícil aceptar la idea de que decisiones sociales y políticas distintas a las suyas merecen tanto respeto como las propias. El predominio occidental posee una antigüedad de 500 años. Al término de la segunda guerra mundial, la mayor parte de Asia, así como una gran porción del Tercer Mundo, ya estaba políticamente emancipada. No obstante, el proceso de emancipación mental tanto de los colonizados como de los colonizadores ha tendido a prolongarse. Esto explica que Chris Patten pueda presentarse en Hong Kong cinco años antes de la devolución de ésta a China para postular una forma de gobierno absolutamente inaceptable para los chinos. A los ingleses les enfadaría en extremo que un gobernante chino arribara a Irlanda del Norte e impusiera condiciones para la liberación de esa zona respecto del Reino Unido. Empero, no juzgan absurda su actuación en Hong Kong. Como tantos otros occidentales, creen tener derecho a imponer condiciones a los asiáticos.

Las conversaciones entre unos y otros serán finalmente equitativas cuando el este de Asia consiga incrementar su riqueza. Mientras tanto, foros como éste pueden abonar el terreno y generar un diálogo en el que prevalezca el respeto mutuo.

Principio 2: desarrollo económico

La preocupación fundamental de los propugnadores occidentales de los derechos humanos es eliminar abusos desmedidos y mejorar las condiciones de vida de los 4 300 millones de personas fuera del mundo desarrollado. No creo equivocarme al asegurar que —aun si se le ejecutara con estricto apego a sus preceptos, lo cual es improbable— la actual campaña occidental con ese propósito tendrá mínimas repercusiones reales en la vida de esos 4 300 millones de personas, aunque ciertamente conseguirá victorias simbólicas, como lo han sido hasta ahora la revolución de Aquino en Filipinas y el otorgamiento del premio Nobel de la Paz a Aung San Suu Kyi.

Sólo hay una fuerza capaz de “liberar” al Tercer Mundo. El desarrollo económico es quizá la fuerza más subversiva que haya surgido en la historia. Destruye antiguas estructuras sociales y abre camino a la participación de un mayor porcentaje de ciudadanos en las decisiones sociales y políticas. El Partido Comunista de China ya no podrá ejercer jamás el control totalitario de que dispuso en la época de Mao Tse-tung. Las reformas de Deng Xiao-ping han cancelado esa posibilidad. De ahí que si Occidente desea sepultar para siempre modelos totalitarios como el de Mao, debe apoyar sin reservas las reformas de Deng, aun si en ocasiones éste se ve precisado a actuar con dureza para retener el control político, pues de cualquier manera la tendencia fundamental de su régimen es clara. No es de sorprender que, tres años y medio después de Tienanmen, sean los autoritarios “moderados” y no los “duros” los que ostenten el poder en Beijing. Evidentemente, si el gobierno de Bush desea que en China prive mayor respeto a los derechos humanos, debe hacer todo lo que esté en su poder para acelerar el desarrollo económico de esa nación, no para retardarlo.

Lamentablemente, la promoción del desarrollo económico (a diferencia del fomento de la democracia y los derechos humanos) es difícil. Implica costos significativos, directos o indirectos, para las sociedades desarrolladas. Lo benéfico para el Tercer Mundo (la promoción del desarrollo) podría resultar dispendioso a corto plazo para las sociedades occidentales. La CE, Estados Unidos y Japón, por ejemplo, tendrían que suspender sus desmesurados subsidios agrícolas. Desafortunada y paradójicamente, la naturaleza misma de las sociedades democráticas occidentales (la cual impide a los políticos hablar de sacrificios) bien podría ser una de las mayores barreras

contra la efectiva difusión de la democracia y los derechos humanos en el Tercer Mundo, Asia incluida.

Principio 3: apoyo a los gobiernos en funciones

Los occidentales no deberían soñar siquiera en derrocar a la mayoría de los gobiernos actualmente existentes en Asia. Digo esto porque en la Harvard University presencié en fecha reciente el linchamiento del gobierno indonesio, durante un foro organizado por la Kennedy School of Government para discutir acerca de los penosos asesinatos cometidos en Dili en noviembre de 1991. Dos periodistas estadounidenses que habían atestiguado ese incidente relataron tan vívidamente sus impresiones que causaron furor en el público, con la ayuda de críticos izquierdistas del gobierno de Indonesia. A un apocado funcionario del Departamento de Estado le correspondió explicar el motivo de que Estados Unidos debiera seguir colaborando con el gobierno de Suharto. Si los ahí presentes hubieran tenido autoridad para deponer al gobierno indonesio, lo habrían hecho al instante, sin pensar en que las consecuencias de ello podrían ser terribles. No obstante, demandar la destitución de gobiernos imperfectos sin reparar en las posibles secuelas es precisamente la postura que asumen numerosos activistas de los derechos humanos. Tal vez por sí solos éstos no causen mayores problemas. Pero cuando acceden a puestos de influencia, el riesgo de que produzcan graves daños aumenta considerablemente.

Por lo que toca a Asia, exhorto a Estados Unidos a adoptar una perspectiva de largo plazo. Las sociedades asiáticas tienen una historia de cientos, si no es que de miles de años. No pueden cambiar de la noche a la mañana, aun si, por ejemplo, Fang Lizhi fuera elegido presidente de China. La experiencia de la presidenta Aquino debería ser una elocuente lección para quienes creen que con un cambio en la cima es posible reformarlo todo.

Lo que Asia necesita en su actual etapa de desarrollo son gobiernos comprometidos con un rápido desarrollo económico. Afortunadamente ya los hay, ubicados en un amplio espectro político: desde los regímenes comunistas de China y Vietnam y los militares de Tailandia e Indonesia hasta los democráticos de Corea del Sur, Taiwán y Malasia. Todas estas sociedades experimentan hoy un acelerado cre-

cimiento económico. Deben ser reconocidas y alentadas (así sea sólo para servir de modelo a las demás). Excesos esporádicos son indudablemente susceptibles de crítica, pero los gobiernos en cuestión no deberían ser inhabilitados en tanto la vida de su pueblo mejore. Sólo regímenes como los de Corea del Norte y Myanmar, los cuales han estancado a sus sociedades durante decenios, merecen rotunda desaprobación.

Principio 4: establecimiento de códigos mínimos de conducta civilizada

Para un activista occidental, la sugerencia de moderación al dirigir demandas de derechos humanos a sociedades no occidentales sería casi tan absurda como la idea de que una mujer pueda estar parcialmente embarazada. En lo que respecta a su actitud psicológica, tales activistas no se diferencian en nada de los cruzados medievales. Exigen total conversión. Pero su fanatismo puede ser muy pernicioso. Por desgracia, ningún gobierno ni medio de comunicación se atrevería a oponérseles, puesto que aquéllos operan en el excelso ámbito moral de las sociedades occidentales. Aun así, algunas de sus demandas serían inadmisibles en cualquier circunstancia. La mayoría de las sociedades asiáticas reaccionarían con azoro a la presencia de activistas de los derechos homosexuales en sus calles y, en caso de un plebiscito, votarían abrumadoramente a favor de la pena de muerte y la censura de la pornografía.

Sin embargo, tanto asiáticos como estadounidenses son seres humanos. Por lo tanto, pueden coincidir en normas mínimas de conducta civilizada deseables para ambas partes. Por ejemplo, tortura, esclavitud, matanzas arbitrarias, desapariciones a media noche, disparos contra manifestantes inocentes y reclusión sin previo procedimiento legal deberían eliminarse por completo. Estos derechos deben enarbolarse no sólo por razones morales. A su favor cuentan también profundas razones prácticas. Cualquier sociedad contraria a sus mejores y más brillantes ciudadanos y que los acribilla al manifestarse pacíficamente, como ocurrió en Myanmar, está condenada a fracasar. Las sociedades asiáticas no desean verse en la actual posición de Myanmar, una nación en disputa consigo misma.

Principio 5: que la prensa libre vuele con sus propias alas

Acerca, finalmente, del difícil tema de la libertad de prensa, permítaseme apuntar que ni Occidente en general ni Estados Unidos en particular deberían asumir por iniciativa propia el papel de guardianes de la prensa libre en el mundo entero. A cada sociedad le corresponde decidir primeramente si tener o no una prensa libre y, después, si estimular u obstruir su desarrollo.

No conozco todavía a ningún estadounidense que dude de las virtudes de la prensa libre, aun si es de la opinión de que los periodistas son la escoria del universo. El valor de la libertad de prensa es absoluto e inobjetable para los estadounidenses. La paradoja es que su certeza en las virtudes de la prensa libre los acucia a imponer ese concepto a sociedades no del todo convencidas de ellas.

Con el paso del tiempo, un proceso darwiniano establecerá si las sociedades con prensa libre descuellan sobre las que no la tienen. Hasta ahora, la historia del siglo XX demuestra que las sociedades con diarios libres, como el *New York Times* o el *Washington Post*, sobrepujan a las sociedades con *Pravda* e *Izvestia*. Es muy probable que este curso persista. De ser así, un número de sociedades cada vez mayor gravitará naturalmente hacia sistemas sociales y políticos capaces de contar con una prensa totalmente libre, con la esperanza de sumarse al bando triunfador en la contienda darwiniana entre sociedades.

Pero debe permitirse que cada sociedad tome esas decisiones en forma autónoma. No cabe temer el desconocimiento de las virtudes de los medios de comunicación estadounidenses. El mundo es cada vez más estrecho. También el cielo, como lo comprueba la proliferación de receptores de señales satelitales en ciudades de la India e Indonesia. Cadenas de televisión como CNN y BBC se hallan disponibles en cualquier parte del planeta, lo mismo que diarios como el *International Herald Tribune* y el *Wall Street Journal*. Que los méritos de esos medios hablen por sí mismos. Los medios de comunicación no deben recurrir al ejecutivo o al congreso para promover sus virtudes.

En pocas palabras, todo se reduce a vivir y dejar vivir. Si Estados Unidos está convencido de que sus sistemas de derechos humanos y libertad de prensa son los mejores para cualquier sociedad, debe permitir que las virtudes de esos sistemas hablen por sí mismas. Como en el mundo de las ideas, un sistema social con méritos auténticos volará con sus propias alas. La mayoría de los asiáticos ya conocen suficientemente esos sistemas para tomar sus propias decisiones. Es preciso permitirles que las tomen en paz.

POL POT: LA PARADOJA DE LA RECTITUD

*Es sin duda una curiosidad de la historia que Camboya, con apenas 7 millones de habitantes, haya producido uno de los seres más siniestros del siglo XX, casi comparable a Hitler y Stalin. El mundo entero aplaudió la deposición de Pol Pot por el ejército vietnamita en diciembre de 1978. Pero la decisión de éste de permanecer en Camboya como ejército de invasión y ocupación concitó un espinoso dilema moral: cooperar o no con Pol Pot para repeler la ocupación. La mayoría de los camboyanos y asiáticos del sudeste optaron por colaborar; pero pese a que fundaron su resolución en argumentos idénticos a los que indujeron a Churchill a asociarse con Stalin contra Hitler, todos los diarios y publicaciones occidentales de importancia la condenaron. En este ensayo intenté exponer las paradójicas consecuencias de tales posturas moralmente irreprochables, de moda entre los intelectuales occidentales en el decenio de los ochenta. Esa rectitud se disipó misteriosamente cuando éstos tuvieron que vérselas con situaciones de gran complejidad moral en sitios como Bosnia y Chechenia. Aun así, no dejó de sorprenderme que ningún gran analista occidental se haya atrevido a articular entonces juicios semejantes a los apuntados en este ensayo, originalmente publicado en *Terrorism* en 1993.*

En el verano de 2000 tuve la oportunidad de visitar Camboya, luego de 26 años de no hacerlo. La camboyana sigue siendo una sociedad pobre, marcada por el legado de innumerables guerras. Sin embargo, mi estancia coincidió con uno de los momentos más pacíficos y estables de que esa nación ha disfrutado en tres decenios. Fue muy alentador ver que ciudadanos ordinarios se empeñaban en rehacer su vida tras haber padecido tantos horrores.

La historia de Camboya no ha tenido un final feliz. Hun Sen salió fortalecido de la breve y ociosa pugna militar de mediados de 1997. El país carece aún de instituciones democráticas. La difícil cuestión de someter a juicio a antiguos líderes del Khmer Rojo sigue sin resolverse. Pero a pesar de la persistencia de muchos aspectos criticables, la imperfecta situación en la que Camboya se encontraba en 2000 es tal vez la mejor posible para la mayoría de sus habitantes.

No obstante, es muy probable que, deseosos de ajustar viejas cuentas y de contemplar un panorama absolutamente distinto, nada de esto satisfaga a muchos activistas occidentales de los derechos humanos. En un mundo ideal,

la imperfecta situación camboyana sería censurable; pero contra el telón de treinta años de guerra y terror, parece casi idílica. La pretérita paradoja acerca de los riesgos de no colaborar con el Khmer Rojo en la liberación del país ha sido remplazada por una nueva: la de la búsqueda de soluciones perfectas que ponga en peligro las soluciones imperfectas que ya han mejorado la vida de tantos camboyanos.

La intervención humanitaria estaba en boga a principios de 2000. Sin embargo, los casos de Somalia y Sierra Leona demuestran que ningún agente externo puede reconstruir a una sociedad dañada por dentro. El actual estado de recuperación de Camboya es aún muy frágil. Pero sólo los camboyanos pueden consumir esa tarea.

Cuando Winston Churchill decidió aliarse con Stalin contra su enemigo común, la sobrevivencia de Inglaterra lo disculpó todo. Treinta años después, Occidente se negó a aliarse con Pol Pot contra los vietnamitas, puesto que en esta ocasión no estaban en juego sus intereses vitales para excusar una relación tan flexible como la que Churchill estableció con Stalin. El caso de Pol Pot mereció la rigurosa aplicación de la regla “Jamás cruzarás palabra con un gobernante genocida”, y de ahí el absoluto repudio occidental a cualquier contacto directo con Pol Pot o sus secuaces del Khmer Rojo. La tragedia de ello es que, al atenerse a la versión estricta de la regla sencillamente porque en esta instancia no estaban amenazados sus intereses, Occidente no se detuvo a pensar si acaso no estaban en juego los del pueblo camboyano o si habría podido mitigar los sufrimientos de éste mediante la disposición a modificar su regla como lo hizo con Stalin.

Actitudes como ésta han causado grandes dificultades a los políticos occidentales (tanto en Europa como en América del Norte) en el caso de Camboya. Sus propuestas de soluciones pragmáticas al problema de esa nación (las que necesariamente *incluyen* al Khmer Rojo) han sido vituperadas por la prensa y los líderes de opinión en favor de políticas moralmente puras que *excluyen* al Khmer Rojo. Curiosamente, tales pruritos morales también se habrían opuesto a toda operación militar occidental contra el Khmer Rojo, y en especial a cualquier nueva intervención militar estadounidense en la península de Indochina, frente a lo cual uno se pregunta: si no es posible eliminar al Khmer Rojo, pero tampoco se le incluye en las soluciones, ¿cómo lograr un acuerdo de paz? Y sin un acuerdo de paz, ¿cómo po-

ner fin a la agonía de Camboya y garantizar su futuro como estado independiente?

NGUYEN CO THACH

Cuando, algún día, los historiadores dispongan de tan libre acceso a los archivos vietnamitas como del que ya disponen a los archivos soviéticos, podrán documentar el hecho de que los líderes vietnamitas —y en particular Nguyen Co Thach, brillante maquinador político— fueron sumamente hábiles para explotar al máximo actitudes occidentales como las ya referidas. Así lo hizo Thach, en efecto, en la Conferencia para la Paz en Camboya de agosto de 1989 en París. Es de dudar que esa conferencia hubiera tenido éxito de cualquier forma, puesto que el poder en Hanoi seguía en manos de líderes de línea dura. No obstante, Nguyen Co Thach eligió una astuta táctica para frustrar el encuentro, estratagema a la que Occidente no estaba en condiciones de oponerse: insistió en que en la declaración final se condenaran las prácticas y políticas de Khmer Rojo. Pero dado que éste se hallaba presente en la conferencia, tal pronunciamiento aseguraba el fracaso de la reunión, y la consecuente preservación por Vietnam del control de Camboya.

EL PAPEL DE LA OPINIÓN PÚBLICA OCCIDENTAL

El siguiente bien podría ser un fascinante tema de estudio para futuros historiadores: ¿por qué la opinión pública occidental no se dio cuenta de que su campaña moral contra el Khmer Rojo era utilizada con fines inmorales? Igualmente sorprendente es el hecho de que muchos occidentales hayan aceptado sin más el argumento del propio Vietnam de que él había sido el bastión contra el Khmer Rojo, cuando en realidad fue su intervención militar en Camboya a principios del decenio de los setenta lo que abrió paso a la toma del poder por Pol Pot, razonamiento este último que sería muy fácil documentar. La aniquilación del ejército de Lon Nol por el de Vietnam del Norte brindó efectivamente las condiciones necesarias para que las jóvenes y relativamente inexpertas fuerzas del Khmer Rojo se apoderaran de Camboya. El régimen de Pol Pot mereció los elogios de los vietnamitas hasta el momento mismo en que éstos invadieron Cam-

boya. Cuando derribaron a Pol Pot, instalaron en su lugar a antiguos cuadros del Khmer Rojo.

No cabe la menor duda de que Pol Pot y el Khmer Rojo tienen bien ganada la deshonra que pesa sobre ellos. Algún día habrán de ser llevados ante la justicia. Los vietnamitas le hicieron un gran favor al pueblo camboyano al derrocar a Pol Pot. Todo esto es absolutamente cierto. Pero también lo es que el único motivo de que los vietnamitas hayan invadido Camboya fue su deseo de consumir su antigua ambición histórica de establecer su hegemonía en la península de Indochina. En el decenio de los ochenta, muchos camboyanos temieron la desaparición de su país como nación independiente, y de ahí que hayan aceptado, no sin renuencia, el veredicto de Pol Pot de que sin el Khmer Rojo Camboya corría el riesgo de no sobrevivir al siglo xx, mismo riesgo en el que se había visto en el xix a causa igualmente del expansionismo vietnamita. Quizá la intención real de Pol Pot fue explotar en su beneficio el profundo temor de los camboyanos a la extinción de su país, pero entre las causas que le permitieron hacerlo estuvo la de que, ignorante de la historia de Camboya, Occidente haya insistido en reconocer al régimen de Hun Sen, impuesto por Vietnam. Para muchos camboyanos, aceptar la ocupación vietnamita equivalía a admitir la desaparición de Camboya. Ésa fue la razón fundamental de que hayan cooperado directa o indirectamente con Pol Pot.

En pocas palabras, los camboyanos que colaboraron con Pol Pot hicieron lo mismo que Churchill con Stalin: cooperar con un gobernante genocida en favor de la sobrevivencia nacional. Aun así se les vilipendió, y entre ellos al príncipe Sihanouk (aunque no a Hun Sen). Pocas personas se detuvieron a considerar que los camboyanos sintieran miedo de que en manos de los vietnamitas Camboya pudiera desaparecer como nación y los camboyanos terminaran como los kurdos. Muchos de ellos percibieron ese riesgo. Para no ir más lejos, los chams, grupo minoritario asentado en Camboya, habían sido arrastrados siglos atrás a esta nación, y arrebatados de su lugar de origen, por el expansionismo vietnamita. Los camboyanos no deseaban correr la misma suerte.

Desde el punto de vista de los camboyanos la feroz cruzada occidental contra Pol Pot y el Khmer Rojo entrañó demasiadas paradojas. Por una parte, mostró la enorme preocupación occidental por el destino de los camboyanos. Muchas de las personas que participaron en esa campaña tenían las mejores intenciones. Sin embargo, la obstina-

ción de eliminar a toda costa al Khmer Rojo (pero *sin* que mediara en ello la intervención militar occidental directa) impidió a numerosos occidentales advertir que su campaña era explotada por los vietnamitas, a quienes los camboyanos consideraban tanto o más peligrosos que el Khmer Rojo. En los editoriales de los diarios, la actitud fundamental hacia los camboyanos era: “Sí, Hun Sen es imperfecto, pero es el mal menor”, ante lo que un camboyano habría podido preguntar: “¿Acaso alguna sociedad occidental aceptaría que se le colonizara y se pusiera en entredicho su sobrevivencia?”

Para desgracia de los camboyanos, en la actitud occidental ante los vietnamitas se inmiscuyó un problema peculiar de la psique estadounidense: la resaca de la guerra de Vietnam. Las inveteradas dificultades de Camboya a causa del expansionismo vietnamita en Indochina (expansionismo tan natural como el de Estados Unidos en territorio mexicano) se entrelazó de alguna manera con el afán de numerosos ciudadanos de ese país de entender su participación en Indochina, y en especial sus impresiones sobre Vietnam.

Ésa fue la causa de que en Occidente no hayan aflorado las preguntas que los camboyanos se hacían. Éstos habrían podido inquirir, por ejemplo: ¿no habría sido preferible para Camboya que el movimiento estadounidense contra la guerra de Vietnam no hubiera tenido éxito? ¿Acaso eso habría impedido la existencia de Pol Pot? La historia de quienes guardaron silencio en el holocausto nazi ha sido ampliamente estudiada. Pero la de quienes provocaron los acontecimientos que desembocaron en el ascenso de Pol Pot al poder en 1975 no ha sido siquiera tocada. El tema es todavía demasiado delicado para abordarlo francamente.

De no haber existido la resaca de la guerra de Vietnam y de no haber intentado algunos occidentales justificar su apoyo en esa guerra a Vietnam del Norte, enemigo de sus países, ¿Occidente se habría atendido con tanta facilidad al argumento de Vietnam de que la causa de su presencia en Camboya era el deseo de salvar al pueblo camboyano del Khmer Rojo? Si se analizan desapasionadamente los sucesos de 1978-1979 que derivaron en la invasión vietnamita, resulta claro que Camboya fue rehén de una compleja lucha de poder entre la Unión Soviética, China y Vietnam. Pero en vez de reparar en el trance de quienes se hallaban atrapados de nueva cuenta en una lucha de gigantes, la mayoría de los medios de comunicación occidentales se limitaron a considerar la cuestión del Khmer Rojo, absolviendo así tácitamente la invasión vietnamita de Camboya. En

consecuencia, los camboyanos se vieron en una situación grotesca: mientras que los occidentales intentaban librarlos de pasadas penurias, se desencadenaba furiosamente un juego de poder del que Camboya era víctima y del que los medios de comunicación daban muy reducida cuenta.

EL ACUERDO DE PAZ DE LA ONU

Es casi un milagro que, a pesar de la tergiversación pública de algunos de los primordiales asuntos implicados, en octubre de 1991 se haya alcanzado un cabal acuerdo de paz en torno a Camboya. Como resultado de una de las mayores ironías de la historia del siglo XX, todas las naciones que pretendieron usar a Camboya como rehén —la Unión Soviética, China y Vietnam— cayeron en desgracia. A fines de 1991, ninguna de ellas deseaba mantener su influencia en ese país. La solución fue un acuerdo simple y brillante. Para salvar el honor (indispensable requisito asiático) ninguno de los principales protagonistas fue señalado como ganador. Con objeto de eludir a los dos reclamantes del liderazgo camboyanos, se creó un Supremo Consejo Nacional para que fungiera como depositario legal de la soberanía del país, en tanto que el poder real le sería entregado a un gobierno provisto por la Organización de las Naciones Unidas (ONU) y cuya función sería conseguir la vuelta a la normalidad para permitir la celebración de elecciones supervisadas por ésta. El fuego cesó tan pronto como se firmó el acuerdo. Todas las fuerzas militares en Camboya serían reagrupadas y acuarteladas, y el 70% de ellas ulteriormente desarmadas. El abastecimiento militar externo terminaría. Pero, sobre todo, dado que cabía esperar que en elecciones libres e imparciales los camboyanos no votarían por el Khmer Rojo (ya fuesen sus actuales o antiguos cuadros), éste tendría prácticamente vedado el retorno al poder, y seguiría el mismo destino de todos los demás partidos comunistas de los estados no comunistas del sudeste asiático: la putrefacción en la selva.

El acuerdo de paz fue un acontecimiento extraordinario, pues abrió un nuevo capítulo en la historia del sudeste de Asia al dar curso a la reconciliación entre los estados miembros de la Asociación de Naciones del Sudeste Asiático (*Association of South-East Asian Nations*, ASEAN) y los de la península de Indochina, enemistados largo tiempo atrás. Todos los países del área apoyaron el plan de pacificación. Lue-

go de su firma, sin embargo, el pueblo camboyano se descubrió víctima nuevamente de las contradicciones occidentales.

De conformidad con las disposiciones del acuerdo, dos delegados del Khmer Rojo volvieron a Phnom Penh en diciembre de 1991, pero fueron recibidos por manifestaciones públicas hostiles. Se desató la violencia. Uno de los delegados, Khieu Samphan, estuvo a punto de ser colgado. En sus informes y análisis de ese suceso, casi todos los medios de comunicación occidentales sostuvieron que tales manifestaciones habían sido *espontáneas*, y evadieron por tanto una pregunta obvia: ¿cómo había sido posible que en un país devastado por la guerra y la represión surgieran tan súbitamente manifestaciones espontáneas? Los editoriales lamentaron que el Khmer Rojo se empeñara en ofender al pueblo camboyano. En su edición del domingo 1 de diciembre de 1991, el *Washington Post* señaló, por ejemplo: "Olvidar el pasado es olvidar a los muertos. El pueblo camboyano no está dispuesto a hacerlo." Los diarios occidentales no osaron decir la verdad: el régimen de Hun Sen pretendía truncar un acuerdo que le afectaría tanto como al Khmer Rojo, puesto que a ambos les sería sumamente difícil triunfar en las elecciones supervisadas por la ONU.

Afortunadamente, la verdad emergió meses después. Una amplia investigación realizada por el *New Yorker* confirmó que aquel incidente había sido montado por el régimen de Hun Sen. Se decía en el respectivo artículo: "Aunque los camboyanos habrían tenido sobradas razones para encolerizarse y atacar la sede del Khmer Rojo, lo cierto es que en Camboya nada ocurre en forma espontánea."¹ El día anterior al retorno de Khieu Samphan se habían dispuesto carteles en la Universidad de Phnom Penh, elaborados por el ministerio del Interior del gobierno de Hun Sen, en los que se instaba a los estudiantes a manifestarse contra el regreso del Khmer Rojo. En el ataque contra Samphan sólo habían participado de 20 a 30 jóvenes, todos ellos de acento vietnamita. El número de policías y soldados era muy superior; pero en vez de preservar el orden, los policías se sumaron a los agresores. ¿Cómo fue posible que las docenas de reporteros occidentales ahí presentes hayan ofrecido una versión de los hechos tan descaminada? ¿Temieron favorecer al Khmer Rojo si revelaban la verdad? ¿Cómo fue posible que no comprendieran que las manifestaciones beneficiaban a los ene-

¹ Stan Sesser, "Report from Cambodia", *The New Yorker*, 18 de mayo de 1992, p. 48.

migos del proceso de paz, algo que, como se refirió en el artículo del *New Yorker*, resultó obvio en cambio para los estudiantes camboyanos? Sólo el *Economist* (7 de diciembre de 1991, p. 14) tuvo el valor de aseverar que quienes apoyaban el acuerdo de paz debían defender la presencia de los delegados del Khmer Rojo en Phnom Penh hasta la fecha de realización de las elecciones.

El peligro pasó. Los delegados del Khmer Rojo retornaron a Phnom Penh. Las fuerzas externas en pro de la paz en Camboya prevalecieron sobre el régimen de Hun Sen para que cesara en sus atropellos. El acuerdo de paz de la ONU siguió su marcha. Sin embargo, es más que probable que surjan aún otros riesgos antes de que la paz sea finalmente restaurada en Camboya.

Algunos congresistas estadounidenses han amenazado con suspender el financiamiento del plan de paz de la ONU, amparados en el argumento de que este plan confiere “legitimidad política y moral al Khmer Rojo” y de que “su éxito depende en exceso de la cooperación” del Khmer Rojo.² La intención de esos congresistas es librar del Khmer Rojo a los camboyanos. Pero si interrumpieran la asignación de fondos, el plan de paz se derrumbaría, se reanudaría la guerra y el Khmer Rojo se hallaría de nueva cuenta en su elemento. De cumplirse el propósito de aquellos congresistas de Estados Unidos, también esta vez una posición moralmente correcta se traduciría en desastre para los camboyanos. Elizabeth Becker ha tenido la prudencia de recordar que la victoria del Khmer Rojo fue producto de la decisión en 1975 del congreso estadounidense de “cancelar la asistencia al régimen de Phnom Penh” para “acelerar el proceso de paz de Camboya”.³ Los camboyanos ansían que el congreso de Estados Unidos no repita su error de 1975.

INDIGNACIÓN MORAL O TRATAMIENTO CLÍNICO

Cuando brota una nueva enfermedad o plaga, a causa incluso de la negligencia o connivencia humanas, toda indignación moral por su surgimiento suele ir acompañada de un desapasionado análisis clínico para determinar tanto su causa como su curación. El Khmer Rojo no es sino una plaga para la sociedad camboyanas. La indignación ya

² Elizabeth Becker, “Up from hell”, *The New Republic*, 7 de febrero de 1992, p. 33.

³ *Ibid.*, p. 36.

ha salido a relucir en este caso. Pero el análisis clínico aún no, lo que engendra una paradoja moral más. ¿Cómo es posible que los detractores del Khmer Rojo no se hayan dedicado a la búsqueda de soluciones para terminar con él?

La izquierda, tanto en su antigua como en su nueva versiones, fue la que más empecinadamente se opuso al análisis objetivo del Khmer Rojo, al grado de acusar de insensibilidad moral a quien osara intentarlo. Su virulencia no era gratuita. Ella es la primera interesada en presentar al Khmer Rojo como un fenómeno patológico anormal, en absoluto vinculado con los demás movimientos izquierdistas. Sin embargo, la verdad es que Pol Pot no personifica una dolencia irregular, sino que es la expresión más acabada de un mal muy común: la plaga del comunismo. El error fundamental de Pol Pot y sus colegas fue interpretar literalmente a Marx y Lenin. Entendieron como eliminación física de la burguesía, no en cuanto que fuerza política, el llamado de los fundadores del comunismo al exterminio de esa clase. En sus primeros años en el poder, se propusieron la orgullosa instauración en Camboya de la forma de comunismo más pura del mundo. Futuros e igualmente desapasionados análisis de los orígenes de Pol Pot demostrarán asimismo que éste jamás habría llegado al poder por sí solo. Arribó a Phnom Penh a cuevas de la revolución vietnamita, la que a su vez recibió inmenso apoyo de la Unión Soviética y China.

Pese a todo, un análisis objetivo en realidad ofrece esperanzas al pueblo camboyano, en al menos cuatro aspectos. En primer término, si efectivamente Pol Pot accedió al poder gracias a la ola comunista, sus posibilidades de recuperarlo son mínimas, puesto que esa ola ha retrocedido. Pol Pot y su movimiento sobreviven a la manera de las especies marinas varadas en charcos en la playa, lejos del borde del océano. Si la marea no vuelve para reclamarlos, vivirán en un medio hostil: el sudeste asiático. Éste ha experimentado ya numerosas oleadas del expansionismo comunista, con desbocados partidos comunistas en casi todas sus sociedades. Hoy las patéticas reliquias de aquéllos en Tailandia, Malasia e Indonesia son sólo meros despojos. El Khmer Rojo habrá de compartir ese destino. La marea de la historia está en su contra.

En segundo término, la correlación de fuerzas —para emplear una de las expresiones predilectas de los marxistas— que impulsó a Pol Pot a Phnom Penh es irreproducible. La nueva correlación de fuerzas favorece en cambio su extinción, así sea sólo por el hecho de que,

cada cual por sus propias razones, sus partidarios del decenio de los setenta —la Unión Soviética, China y Vietnam— anhelan la efectiva puesta en práctica del acuerdo de paz de la ONU. Tal correlación de fuerzas debe ser aprovechada por los ejecutores del acuerdo. La infracción de éste por el Khmer Rojo o el régimen de Hun Sen sería responsabilidad de sus respectivos protectores.

En tercero, si Pol Pot y su vástago, el régimen de Hun Sen, no representan sino diferentes facetas del régimen comunista, su conducta puede prevenirse. El comunismo no es un fenómeno nuevo. Disponemos de pruebas suficientes acerca de los métodos de que se vale para hacerse del gobierno. Según las reglas leninistas, la lucha por el poder lo justifica todo. La mentira y el engaño son, en ese contexto, recursos rutinarios. El Khmer Rojo y el régimen de Hun Sen lo confirmaron en los primeros días del plan de paz. El Khmer Rojo incumple el acuerdo al negar acceso a la ONU a territorios bajo su control. El régimen de Hun Sen, aunque dividido, lo incumple a su vez al dar rienda suelta a sus personeros para que eliminen o intimiden a quienes pretendan formar nuevos partidos políticos. Esto ha sorprendido a los medios de comunicación, cuando les bastaría con leer un libro elemental de tácticas comunistas para saber que era absolutamente previsible. La ONU debería servirse de especialistas en tácticas anticomunistas para anticipar el comportamiento político de los comunistas camboyanos. La mentalidad de éstos es más que conocida; por consiguiente, su conducta puede ser prevista.

En cuarto y último término, es preciso utilizar una estrategia inteligente contra el Khmer Rojo. Si éste percibe que el plan de la ONU será lanzado en su contra durante la etapa de ejecución, luchará sin cuartel como rata acorralada, lo cual sólo causará mayor derramamiento de sangre. Si, en cambio, se convence de que en la aplicación del acuerdo prevalecerán la justicia y la imparcialidad, es probable que conceda a aquél una oportunidad. A diferencia de Washington, los líderes del Khmer Rojo creen seguir gozando de apoyo político, al menos por dos razones: la suya es, según ellos, la agrupación menos corrupta de Camboya y pueden pasar por nacionalistas convencidos —como de hecho ya han intentado hacerlo— gracias a su férrea oposición a los vietnamitas.

Para prolongar la analogía de las especies marinas, no hay nada que las consuma más rápidamente que su exposición directa al sol. Por lo tanto, buscarán denodadamente rocas bajo las cuales ocultarse. La mejor táctica a seguir con el Khmer Rojo sería atraerlo desde

sus rocas al escenario político abierto, frente a la población cambojana y la comunidad internacional. Pero para que acceda a salir a la luz es indispensable generar una atmósfera de seguridad. La tímida reacción de la comunidad internacional a la tentativa de linchamiento de Khieu Samphan fue exactamente la señal contraria a la que el Khmer Rojo debería haber recibido, pues con ello se le hizo saber que la comunidad internacional no protestará enérgicamente cuando los demás involucrados infrinjan el acuerdo de paz. Con esta actitud no se conseguirá otra cosa que alejar al Khmer Rojo de la luz del sol.

A algunos de los funcionarios occidentales implicados en las operaciones de la ONU les será muy difícil conceder un trato imparcial al Khmer Rojo. Se sentirán casi irresistiblemente tentados a maniobrar en su contra o a guardar silencio en caso de que sufra agresiones del régimen de Phnom Penh. Pero nada sería más peligroso para la propicia culminación del plan de paz que la impresión de arbitrariedad en su puesta en práctica. Por ningún motivo se debe perder de vista que el mejor veneno contra el Khmer Rojo, garantía de su definitiva desaparición de la escena cambojana, es la abierta, imparcial y eficaz aplicación del acuerdo de paz de la ONU. Cuando todas las fuerzas armadas cambojanas sean desarmadas y acuarteladas y cuando los ciudadanos comprueben que pueden hablar libremente sin temer ser asesinados por los sicarios del régimen de Phnom Penh, emergerá una nueva química política en la escena cambojana. En el marco de esa nueva química política, la sociedad de Camboya se integrará a la tendencia mundial y rechazará toda forma de comunismo, lo mismo de la variedad Pol Pot que de la Hun Sen. Llegará así a su fin la anómala situación actual, en la que las fuerzas cambojanas más vigorosas y mejor financiadas son nada menos que los grupos comunistas.

CONCLUSIÓN

Durante 1992 y 1993 los cambojanos ansiaron y rogaron que el amenazado plan de paz de la ONU fuera exitosamente ejecutado y los libre de dos decenios de agonía. Su destino pende de esa triunfal ejecución. El hecho de que ésta no ocurriera arrebatará a los cambo-

yanos su última posibilidad de desembarazarse de decenios de sufrimiento.

En tales circunstancias, bien podrían plantear estas preguntas: ¿por qué la feroz campaña occidental contra el Khmer Rojo, que elevó en vida a Pol Pot a la altura de Hitler y Stalin, tuvo tan escasos efectos prácticos para el pueblo camboyano? ¿Por qué el problema camboyano tardó tanto tiempo en resolverse, pese a haber sido uno de los más vívidos símbolos de la tragedia del siglo XX en la mente occidental en una época de predominio de Occidente? ¿Por qué los gobiernos occidentales mostraron tanta renuencia a financiar las operaciones de paz de la ONU cuando ciudadanos y medios de comunicación estaban tan inquietos por la tragedia camboyana? Más todavía, justo en el histórico momento en que el capitalismo declaraba su victoria sobre el comunismo, las dos fuerzas políticas camboyanas mejor financiadas seguían siendo las comunistas: el Khmer Rojo, gracias a su acceso a las minas de diamantes de Pailin, y el régimen de Hun Sen gracias a su posibilidad de allegarse fondos por corruptas vías en Phnom Penh. ¿Por qué las dos agrupaciones no comunistas se toparon con tantas dificultades para obtener similares fondos en Occidente? ¿Cuál fue el beneficio ético de la defensa de causas morales sin prestar al mismo tiempo demasiada atención a las consecuencias de esa defensa? No es ésta seguramente la primera vez en que eso ocurre. En *La política como vocación* Max Weber sentenció: “cuando se trata de conseguir una finalidad de ese género en un combate ideológico y con una pura ética de la convicción, esa finalidad puede resultar perjudicada y desacreditada para muchas generaciones porque en su persecución no se tuvo presente la responsabilidad por las consecuencias. Quien así obra no tiene conciencia de las potencias diabólicas que están en juego.”⁴

Quizá la mejor respuesta que Occidente puede dar a todas esas preguntas sea cesar en su empeño de buscar soluciones moralmente puras a los problemas del pueblo camboyano y ocuparse en cambio de garantizar la plena y eficaz ejecución del plan de paz de la ONU. Cuando este plan se haga realidad, Camboya dejará de ser un símbolo de tragedia para convertirse en símbolo de la esperanza del siglo XX, y la conciencia occidental conseguirá sentirse totalmente aliviada.

⁴ Max Weber, *op. cit.*, p. 53.

LOS PELIGROS DE LA DECADENCIA: LO QUE LOS DEMÁS PUEDEN ENSEÑAR A OCCIDENTE

El ensayo “¿Choque de civilizaciones?” de Samuel P. Huntington, aparecido en Foreign Affairs en el verano de 1993, suscitó en Occidente una reacción contradictoria: por una parte, enorme interés e intensos debates, lo que reveló que Huntington había tocado una fibra sensible; por la otra, el generalizado rechazo de los círculos intelectuales. Cuando aquella publicación me solicitó un comentario de este ensayo, juzgué válido explicar una vez más que, pese a que Occidente se sienta amenazado por el resto del mundo, en realidad éste tiene mayores motivos para sentirse amenazado por aquél. Si debiera corregir este texto, una mirada retrospectiva me induciría a eliminar algunas de sus más afiladas aristas.

A fines del decenio de los noventa, y especialmente tras la crisis financiera del este asiático, todo indicaba que la tesis de Huntington caería en el olvido. Pero adquirió súbita vigencia en ocasión de los trágicos sucesos del 11 de septiembre de 2001 en Estados Unidos. Señalé en el quinto párrafo de este ensayo: “Tras el atentado dinamitero contra el Centro Mundial de Comercio de Nueva York, los estadounidenses se han apoderado de la paranoia europea contra el islam, al que conciben como una oscura fuerza que se cierne sobre la virtuosa civilización cristiana.” Estas palabras no fueron escritas en 2001, sino en el otoño de 1993, luego del estallido de un auto bomba en aquel centro neoyorquino.

Al momento de enviar este libro a la imprenta, en el otoño de 2001, aún era muy pronto para saber cuál será el verdadero impacto de los sucesos del 11 de septiembre. Es indudable, sin embargo, que afectarán profundamente la trama de las relaciones entre las sociedades occidentales y orientales, en especial las islámicas. La mutua comprensión entre las culturas nunca había sido más urgente que ahora.

Salta a la vista que si deseamos impedir que la tesis de Huntington se vuelva realidad —deseo que seguramente hoy compartimos todos los seres humanos—, tenemos que aprender a desactivar las posibles causas de un choque entre las civilizaciones. Huntington tiene razón al asegurar que nos esperan grandes cambios en el equilibrio mundial del poder. Como argumenté en este ensayo, el principal desafío del siglo XXI consistirá en formular una

estrategia de largo plazo para resolver adecuadamente los cambios en el peso relativo de las civilizaciones.

En las principales capitales occidentales priva una honda sensación de incertidumbre frente al futuro. La seguridad de que Occidente seguiría siendo la fuerza dominante en el siglo XXI, tal como lo ha sido en las últimas cuatro o cinco centurias, ha dado paso a la agorera impresión de que factores como el surgimiento del islam fundamentalista, el ascenso del este de Asia y el derrumbe de Rusia y Europa oriental podrían amenazar esa certeza. Esto ha generado una mentalidad de acoso. Así, era inevitable que, en el marco de esa preocupación, el ensayo “¿Choque de civilizaciones?” de Samuel P. Huntington tuviera amplia resonancia. Sin embargo, a muchos occidentales les sorprenderá enormemente saber que el resto del mundo teme a Occidente —y en particular al peligro de un Occidente herido— más de lo que éste teme a aquél.

Huntington tiene razón: el poder está cambiando de manos, de una civilización a otra. Pero cuando las placas tectónicas de la historia mundial se mueven tan drásticamente como ahora, la percepción acerca de los cambios resultantes depende del sitio en que se encuentre el observador. El principal propósito de este ensayo es sensibilizar al público occidental respecto de las percepciones del resto del mundo.

El repliegue de Occidente no es universalmente bienvenido. No existe aún un liderazgo que remplace al occidental, en especial al estadounidense. Aunque improbable, el súbito retiro del apoyo de Estados Unidos a aliados suyos en el Medio Oriente o el Pacífico podría detonar grandes cambios que a nadie agradarían. El repliegue de Occidente podría ser tan funesto como su predominio.

Con base en cualquier patrón histórico, la época reciente de dominación occidental, sobre todo bajo el liderazgo estadounidense, ha sido notoriamente benigna. Asusta pensar qué habría sido del mundo si la Alemania nazi o la Rusia stalinista hubieran triunfado en las “guerras civiles occidentales” del siglo XX. Paradójicamente, la benigna naturaleza de esa dominación podría dar origen a muchos problemas. Hijos de su tiempo, hoy la mayoría de los políticos occidentales son incapaces de concebir la posibilidad de que sus palabras y actos causen males, no beneficios. Los medios de comunicación occidentales agudizan esa ceguera. La mayor parte de los periodistas occidentales viajan al exterior cargados de supuestos occidentales. No

pueden entender que se juzgue a Occidente de otro modo que no sea el de líder benévolo. La CNN no es la solución. Imágenes simultáneamente transmitidas a todos los hogares del mundo pueden suscitar percepciones distintas. Los hogares occidentales aplauden el lanzamiento de misiles sobre Bagdad. Pero lo que casi todos los demás advierten es que mientras que Occidente reacciona al instante contra iraquíes o somalíes, unos y otros de razas diferentes a la blanca, no procede de la misma manera contra los serbios, de raza blanca, peligrosa señal desde cualquier punto de vista.

LAS HORDAS ASIÁTICAS

Huntington se refiere al desafío representado por las civilizaciones islámica y confuciana. Tras el atentado dinamitero contra el Centro Mundial de Comercio de Nueva York, los estadounidenses se han apropiado de la paranoia europea contra el islam, al que conciben como una oscura fuerza que se cierne sobre la virtuosa civilización cristiana. Es irónico que Occidente tema cada vez más al islam cuando no cesa de recordar diariamente a los musulmanes su debilidad. “Las fronteras del islam rezuman sangre”, escribió Huntington. Lo cierto es sin embargo que, en todos sus conflictos con fuerzas pro-occidentales, los musulmanes están siendo derrotados, en forma por demás oprobiosa, así se trate de azeris, palestinos, iraquíes, iraníes o bosnios. El mundo islámico está tan dividido que dista mucho de aglutinarse en una sola fuerza.

Curiosamente, y pese a esa paranoia, todo indica que Occidente se ha propuesto, en forma casi deliberada, encolerizar al mundo islámico. Protesta por los reveses contra la democracia en Myanmar (la antigua Birmania), Perú o Nigeria, pero no en Argelia. Esa doble moral es escandalosa. Bosnia ha infligido daños incalculables. La absoluta pasividad de las poderosas naciones europeas ante el genocidio que ocurre a sus puertas ha rasgado el tenue velo de autoridad moral con que Occidente se había revestido en su reciente época de benignidad. Pero es de dudar que permanecería igualmente pasivo si la artillería musulmana atacara poblaciones cristianas de Sarajevo o Srebrenica.

Su conducta hacia China ha sido igualmente desconcertante. En el decenio de los setenta vivió un romance con una China goberna-

da por un régimen que había cometido grandes atrocidades durante el “gran salto adelante” y la revolución cultural. En cambio, castigó al indulgente régimen de Deng Xiao-ping por lo que, de acuerdo con la norma histórica china, fue en comparación un exceso menor: el incidente de Tienanmen.

Desafortunadamente, las transmisiones televisivas en vivo de la represión desatada en Tienanmen convirtieron a este episodio en leyenda occidental. El uso de armas fue desde luego un error, mas no la decisión de controlar. De no haber sofocado la rebelión estudiantil, el gobierno chino se habría expuesto a la desintegración política del país y al desbordamiento del caos, perenne pesadilla de esa nación. Los políticos occidentales lo admiten así en privado. También están al tanto de la deshonestidad de algunos periodistas occidentales, los cuales cenaban con estudiantes disidentes, e incluso los instaban a alimentarse, antes de filmar un reportaje sobre su pretendida “huelga de hambre”. Ningún importante diario occidental delató ese comportamiento ni tuvo el valor de sostener que China carecía de opciones. En vez de ello, ésta se hizo acreedora a sanciones que ponen en peligro su modernización. Los asiáticos comprueban de este modo que la opinión pública occidental —deificada por la democracia— puede inducir consecuencias irracionales. Ven con inquietud las oscilaciones de la política occidental hacia China, pues significan un riesgo para el de otro modo armónico progreso del este de Asia.

Son pocos quienes en Occidente aceptan que los gobiernos políticos occidentales son los responsables del incremento de la turbulencia entre los más de 2 000 millones de personas inscritas en las civilizaciones islámica y china. Por el contrario, los occidentales evocan imágenes de las dos hordas asiáticas a las que más temen, musulmanes y mongoles, a causa de haber invadido Europa en otro tiempo; Huntington plantea incluso la existencia de una conjura confuciana-islámica contra Occidente. No obstante, a nadie se le ocurriría pensar que la venta de armas estadounidenses a Arabia Saudita indica la existencia de un pacto cristiano-islámico, ni atribuiría designio semejante a la venta de armas chinas a Irán. Ambas son acciones oportunistas, y no producto de la empatía o de una alianza entre civilizaciones. El señalamiento de una conjura confuciana-islámica revela total incompreensión del verdadero desafío representado por esos agentes. El mundo islámico tendrá grandes dificultades para modernizarse. Hasta entonces, su turbulencia repercutirá en Occidente. El este de Asia, China incluida, tiende a equipararse con éste.

La sencilla verdad es que el este y sudeste asiáticos se identifican en mayor medida con la cultura occidental que con el islam.

La ausencia de una viable estrategia occidental para con el islam o China exhibe una deficiencia fatal: la incapacidad de entender los cambios en el peso relativo de las civilizaciones que Huntington documentó tan atinadamente. Dos importantes aseveraciones de su ensayo ilustran la naturaleza del problema: “En la política de las civilizaciones, los pueblos y gobiernos no occidentales han dejado de ser mero objeto de la historia y blanco de la colonización occidental para sumarse a Occidente como motores y constructores de la historia”; “Occidente se sirve de instituciones internacionales, poder militar y recursos económicos para mantener su predominio en el mundo, proteger sus intereses y promover sus valores políticos y económicos.” Esta combinación es una receta para el desastre.

La aritmética más simple evidencia la insensatez de Occidente: éste cuenta con 800 millones de habitantes; el resto del mundo, con casi 4 700 millones. Ninguna sociedad occidental aceptaría que el 15% de su población decidiera el destino del 85% restante. Pero esto es precisamente lo que Occidente se propone conseguir a escala mundial.

Es una tragedia, además, que Occidente haya vuelto la espalda al Tercer Mundo justo cuando por fin éste podía contribuir a resolver sus penurias económicas. Medido en dólares, el aumento en 1992 de la producción de las naciones en desarrollo fue superior al obtenido por América del Norte, la Comunidad Europea y Japón juntos. Dos tercios del incremento de las exportaciones estadounidenses se debieron asimismo a esas naciones. Pero en vez de estimularla con la consumación de la Ronda de Uruguay, Occidente obstaculiza esa tendencia. Pretende erigir barreras, no eliminarlas. El primer ministro francés, Edouard Balladur, justificó esa tentativa al declarar sin ambages en Washington que “la cuestión ahora es cómo organizarlos para protegernos de países que podrían hacernos daño en razón de que sus valores son diferentes a los nuestros”.

OCCIDENTE CAVA SU PROPIA TUMBA

Huntington no planteó una pregunta obvia: ¿por qué apenas ahora las demás civilizaciones representan una amenaza para Occidente si poseen una existencia de siglos? Un deseo sincero de resolver esta cuestión conduce a un ominoso defecto de la mentalidad occidental,

surgido hace sólo unos años: la imposibilidad de concebir que los sistemas de valores e instituciones básicos de Occidente contengan anomalías estructurales. Esa falta explica en parte la premura con que se ha adoptado el supuesto de que la historia ha llegado a su fin con el triunfo del ideal occidental: la libertad individual y la democracia garantizan la imperecedera preponderancia de la civilización occidental.

Sólo el engrimiento puede explicar que tantas sociedades occidentales pretendan desafiar las leyes económicas de la gravedad. La disciplina presupuestal se halla en peligro de extinción. Exorbitantes programas sociales y proyectos de patronazgo político se multiplican por doquier sin miramiento de los costos. Los bajos índices de ahorro e inversión en Occidente le restan competitividad ante el este de Asia. La ética laboral ha mermado, en tanto que los políticos pretenden hacer creer a los trabajadores que pueden conservar sus altos salarios pese a su pérdida de competitividad internacional. Se resiente una ausencia de liderazgo. El político que se atreve a emitir crudas verdades es de inmediato eliminado en las urnas. Los estadounidenses admiten francamente que muchos de sus problemas económicos se desprenden de las imperfecciones inherentes a su sistema democrático. Mientras que al resto de las naciones les intrigan esos dislates, fiscales, políticos y periodistas estadounidenses viajan por el mundo predicando las virtudes de la democracia, insólito espectáculo si los hay.

La idea de la libertad individual es objeto asimismo de extremo enaltecimiento. Esta noción ha sido sin duda sumamente provechosa. Puso fin a la esclavitud. Inspiró el reconocimiento universal de los derechos civiles. Pero la libertad no sólo resuelve problemas; también los causa. Los estadounidenses han emprendido un experimento babélico y han aniquilado una tras otra todas las instituciones sociales que restringen al individuo. Los resultados son desastrosos. Desde 1960 la población de Estados Unidos ha crecido 41%, mientras que el crimen violento en ese país ha aumentado 560%, el número de madres solteras 419%, el índice de divorcios 300% y el número de hijos que viven únicamente con el padre o la madre 300%. Esto trasluce una extrema descomposición social. Más de una sociedad se estremece ante la perspectiva de verse en la misma situación. Pero en lugar de mostrarse humildes en el extranjero, los estadounidenses predicán confiadamente las virtudes de la libertad individual desenfre-

nada, sin mencionar jamás las visibles consecuencias sociales de la aplicación de ese concepto.

Occidente sigue siendo el resguardo de las mayores posesiones y hazañas de la civilización humana. Muchos valores occidentales explican el espectacular avance de la humanidad: la confianza en la investigación científica, la búsqueda de soluciones racionales y la inclinación a cuestionar todo supuesto. Pero la jactancia de una sociedad que dice practicar esos y otros valores puede conducirla a un tipo de ceguera muy particular: la incapacidad de percatarse de que algunos de ellos podrían ser lesivos. Los valores occidentales no forman una tela inconsútil. Algunos son buenos, otros malos. Sin embargo, es preciso hallarse fuera del ámbito occidental para percibir esto con claridad y comprobar que el propio Occidente está causando su ruina. Ni siquiera Huntington fue capaz de advertirlo.

¿EL REPOSO DE OCCIDENTE?

BBC World Radio y la Royal Society of Arts de Londres me distinguieron en el verano de 2000 al invitarme a dictar una de las cuatro BBC World Lectures de ese año. La audiencia mundial de BBC World Radio se cuenta en millones. Tenía la esperanza de que mi conferencia llegara a la mayoría de ellos. Para su fortuna, la BBC fue más prudente. Dado que la radio no se presta al género oratorio, la emisión respectiva consistió en una entrevista. El texto de mi conferencia, mismo que doy aquí a la imprenta por primera ocasión, fue divulgado a través de la página en internet de esa estación radiodifusora.

Con este ensayo pongo fin no sólo a esta sección del libro, sino también a una fase de mi trayectoria autoral, pues en él culminan las líneas de argumentación cuya exposición inicié en “Occidente y los demás”. Como intenté demostrar en este trabajo, la historia universal ha sido escrita en su mayor parte desde la perspectiva de los intelectuales occidentales. Sin embargo, en él también pretendí probar que el ciclo de 500 años de predominio occidental está por concluir.

Mi afán de nivelar el terreno del intercambio intelectual entre Oriente y Occidente me ha obligado a ser muy crítico con la civilización occidental, dada la actual tendencia de los medios de comunicación —los libros incluidos— y la academia a desdeñar los puntos de vista no occidentales. Esto no quiere decir, sin embargo, que yo sea antioccidental; jamás lo he sido. Como me lo recordó recientemente uno de mis amigos occidentales, mi ensayo “Occidente y los demás”, por ejemplo, contiene encendidos elogios de las cualidades que permitieron a las sociedades de Occidente conquistar nuevas alturas.

Por lo tanto, la parte final de este ensayo podría sorprender a los lectores que me consideran antioccidental. Aun si la supremacía de Occidente llegara a su término, su civilización conservará pleno vigor durante muchos siglos. Pese a ello, su transformación será inevitable, aunque supongo que mis amigos de Occidente juzgarán optimistas mis previsiones a este respecto, como lo expresé en el último párrafo de esta conferencia.

Permítaseme comenzar citando dos proverbios árabes. Uno de ellos reza: “Quien vaticina miente aunque diga la verdad”; el otro: “Lanza dos adelante por cada mirada atrás”. Estos proverbios resumen a la

perfección el reto que me dispongo a enfrentar en esta conferencia: hablar del futuro, no del pasado, pese al sumo riesgo de hacerlo.

Mi tesis es simple: el siglo XXI será muy diferente a los siglos XIX y XX. Cuando concluya, el mundo —el equilibrio entre las civilizaciones— volverá a ser como fue entre los años 1000 y 1500. Ignoro el momento exacto en que ocurrirán los grandes cambios que darán origen a esa situación, aunque me gustaría verlos surgir en los próximos 25 años, para tener la oportunidad de presenciarlos. Pero aun si no fuera así, estoy seguro de que sucederán. Estoy convencido de ello en lo más profundo de mi ser.

Mi premisa básica es que Occidente ha ejercido una influencia inusualmente dominante en la historia mundial durante al menos los dos últimos siglos. Así lo aseguran numerosos historiadores, como William H. McNeill (en su clásico libro *The rise of the West*)¹ y J. M. Roberts. Éste señala en su obra *The triumph of the West*:

Creo que se estará de acuerdo conmigo en que en la historia “moderna” [...] se impuso el creciente predominio de Europa, y posteriormente de la civilización occidental, su sucesora. Por “predominio” entiendo la ocurrencia de dos hechos: la irreversible alteración de la historia humana por efecto de la acción occidental y la particular dirección seguida por ese cambio, el cual consistió en la adopción por otras culturas de las ideas, metas y valores de Occidente, no a la inversa.²

Para sintetizar toscamente lo ocurrido en los últimos 200 años, podría afirmarse entonces que en ese periodo Occidente y el resto del mundo fueron respectivamente sujeto y objeto de la historia mundial.

Como consecuencia de su hegemonía, Occidente ha tendido varias “capas” de influencia en el mundo, las que perpetúan su dominación. La mayoría de los occidentales no advierten esas capas, puesto que siempre han vivido sobre ellas; sólo quienes vivimos debajo sabemos cuán extensas y profundas son. Es probable, además, que quienes, como yo, las han escalado, perciban ambos lados del panorama. Esa transición es la que me mueve a exponer aquí razonamientos que habrán de parecer excéntricos.

¹ William H. McNeill, *The rise of the West: A history of the human community* Chicago, University of Chicago Press, 1963, 1991.

² J. M. Roberts, *The triumph of the West*, Little Brown, 1985.

Una anécdota personal me permitirá explicar cómo era la vida bajo esas capas. Cuando, hace 46 años, ingresé a la escuela en Singapur, entonces colonia británica, en cierta ocasión le pregunté a mi amigo Morgan dónde quería vivir cuando creciera. “En Londres”, respondió. Al preguntarle por qué, me contestó: “Porque sus calles son de oro.” Así de majestuosa era la imagen de Londres en nuestras jóvenes mentes. El régimen colonial inglés llegó a su ocaso hace mucho tiempo, pero con él se fue sólo una de las capas de la influencia occidental. Muchas otras permanecen aún.

La conclusión que deseo extraer de todo esto es que en el siglo XXI tendrá lugar lo que llamo “el reposo de Occidente”. El mundo occidental podrá descansar tranquilo luego de ver culminadas sus perennes aportaciones.

Me apresuro a añadir que no pertenezco al grupo de los catastrofistas: no pronostico la decadencia y caída de la civilización occidental. Pienso, por el contrario, que Occidente preservará su dinamismo en el siglo XXI y que es posible que su civilización siga siendo la más importante del mundo durante mucho tiempo. Lo que pongo en duda es la perdurabilidad de su supremacía, conclusión que no me parece triste ni afortunada. He sostenido muchas veces que Occidente ha asumido en los últimos siglos la mayor carga del progreso de la civilización. Sus extraordinarios avances científicos y tecnológicos han elevado enormemente el nivel y la calidad de vida de gran parte de la humanidad, en tanto que sus valiosas contribuciones a la filosofía política y social dieron origen a ideas tan revolucionarias como las de la libertad y la igualdad entre todos los seres humanos. La humanidad se hallaría hoy en un estado lamentable si la civilización occidental no se hubiera convertido en la más dinámica de la Tierra. Pero puesto que Occidente ya se ha hecho cargo durante varias centurias de la suerte humana, quizá haya llegado el momento de concederle un respiro.

Con todo, también me gustaría dirigir un mensaje de esperanza a las cinco sextas partes de la población mundial que no viven en Occidente. Si mi tesis es correcta, las personas que las componen dejarán de ser pasajeros del autobús, por así decirlo, para participar por fin en su conducción, siempre y cuando aprendan las lecciones de la historia. Para ser franco, el motivo de que haya elegido el reposo de Occidente como tema de mi alocución fue precisamente el deseo de transmitir ese mensaje de esperanza. La mayoría de los occidentales no comprenden la sensación de numerosos individuos del Tercer

Mundo de ser ciudadanos del mundo, sí, pero de segunda clase. Estos individuos deben saber que pueden convertirse en ciudadanos de primera clase.

Una de las principales lecciones de la historia es que el cambio nunca ha sido fácil ni tranquilo. Para dar cuenta de las complejidades de ese proceso me serviré del concepto dialéctico hegeliano-marxista de cambio, de acuerdo con el cual éste ocurre a lo largo de una secuencia de tesis, antítesis y síntesis. Mi tesis será que el mundo sigue sujeto al dominio de Occidente. Mi antítesis versará sobre los factores que pondrán fin a ese dominio, y mi síntesis sobre el reposo de Occidente. La primera se condensa en la imagen de que el mundo aún se halla cubierto por varias capas de influencia occidental; la segunda explicará el retiro de esas capas, y la tercera ofrecerá, o al menos así lo espero, un atisbo del mundo por venir.

LA TESIS

Argumentar en la actualidad, tras la desaparición del colonialismo, que Occidente sigue ejerciendo el poder hegemónico mundial parecería un absoluto desatino. En teoría, hoy todas las naciones son iguales, derecho consagrado en la Carta de las Naciones Unidas. En la práctica, sin embargo, su poder es desigual, como lo es también el de los seres humanos de cualquier sociedad. No obstante, lo destacable es que la arquitectura de las relaciones de poder de principios del siglo XXI sigue asemejándose en muchos y muy importantes sentidos a la del siglo XIX.

Los medios de uso o ejercicio de ese poder han cambiado considerablemente, desde luego. Tras la época colonial en general y la segunda guerra mundial en particular, la brutal invasión militar ha sido la excepción, no la regla, como en los casos de Afganistán y Camboya hace alrededor de un decenio. Sin embargo, el poder puede ser ejercido por muchas otras vías. Y si se mira bajo la superficie, salta a la vista cuán poco ha cambiado desde el siglo XIX.

En este breve ensayo no me es posible ofrecer una descripción enciclopédica de las relaciones de poder en el mundo entero. No obstante, bastarán unos cuantos ejemplos para ilustrar mi tesis. Documentaré persistentes desigualdades, con ejemplos primero de poder “manifiesto” y después de poder “sutil” (para utilizar la clasificación establecida por Joseph Nye, de la Harvard University).

Ocupémonos en primer término de la dimensión militar. El poder militar occidental no tuvo parangón en el siglo XIX. Tampoco lo tiene hoy. La Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) es en la actualidad la asociación militar más poderosa del mundo. Cuatro de las cinco potencias nucleares reconocidas (Rusia inclusive) son occidentales. Estados Unidos es el único país con capacidad suficiente para lanzar su fuerza militar sobre cualquier parte del mundo. Ninguna potencia no occidental puede soñar siquiera con hacerlo. Es cierto que ese poderío bélico es hoy en día de uso muy infrecuente... pero se le podría emplear de ser necesario, como bien lo saben los habitantes de ciudades como Belgrado y Bagdad.

Podría aducirse asimismo que tampoco en la arquitectura del poder económico han sucedido cambios fundamentales. La proporción correspondiente a Estados Unidos y Europa occidental (y ahora también a la oriental) del producto nacional bruto (PNB) del mundo sigue siendo aproximadamente la misma que en el siglo XIX. Es difícil disponer de estadísticas exactas sobre la materia. Aun así, resulta obvio que los países miembros del Grupo de los Siete (Japón entre ellos, potencia al mismo tiempo asiática y “occidental”) toman hoy las decisiones económicas mundiales. De igual forma, las naciones integrantes de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE), entidad aún esencialmente occidental, siguen realizando la mayor parte de las actividades de investigación y desarrollo que se efectúan en el mundo. A su vez, también los más importantes órganos económicos multilaterales —Fondo Monetario Internacional (FMI), Banco Mundial (BM), Banco de Liquidaciones Internacionales (BLI), Organización Mundial de Comercio (OMC) y Foro para la Estabilidad Financiera— se hallan bajo control de los estados occidentales. Ningún individuo no occidental, ni siquiera un japonés, tiene posibilidades de dirigir el FMI o el BM.

Si, al trasladarnos a la esfera política, pasamos del ámbito del poder “manifiesto” al del poder “sutil”, descubrimos que mientras que en el siglo XIX los países coloniales eran peones en el tablero mundial de ajedrez a merced de los europeos, en el siglo XXI todos los países miembros de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) son formalmente iguales. Esta igualdad oficial no debe menospreciarse; ha acendrado el mérito y dignidad de muchas personas en el mundo entero. Cuando de lo que se trata es, sin embargo, de tomar decisiones difíciles sobre cómo y cuándo asignar los recursos mundiales, no todas las capitales nacionales son iguales. Tal como ocurría en el si-

glo XIX, también hoy las grandes decisiones se toman en apenas unas cuantas capitales. En la actualidad éstas son Washington, Berlín, París, Moscú y Londres (aunque también, en creciente medida, Tokio y Beijing). Es probable que las del siglo XIX hayan sido las mismas. El lugar donde se toman las decisiones es determinante en la asignación de recursos. El ministro de Asuntos Exteriores de Uganda, Aama Mbabazi, describió vívidamente esta realidad al afirmar: “Los problemas de Kosovo se abordan al instante, y a su resolución se destinan miles de millones de dólares. Igual cosa ocurre con los de Timor Oriental. Pero frente a los de África siempre se aduce toda suerte de excusas.”³ Este comentario revela nítidamente las consecuencias de la disparidad del poder político.

Quizá a más de un lector le sorprenda mi argumento acerca de la persistencia de antiguas formas de poder. ¿Acaso el mundo no ha cambiado radicalmente en los dos últimos siglos? Desde luego que sí. Pero mi contradictorio argumento es que, pese a esos importantes cambios, la arquitectura básica de las relaciones de poder no ha cambiado en forma significativa ni en las “manifiestas” dimensiones militar y económica ni en las nuevas dimensiones “sutiles” del poder cultural e intelectual.

Piénsese, por ejemplo, en los campos de la información y la tecnología de la información, dos ámbitos clave del mundo actual. Quienes controlan el flujo de la información determinan el contenido al que miles de millones de personas tienen acceso a través de la radio, la televisión y la internet. Hoy todas las fuentes de información de alcance mundial —la Cable News Network (CNN) o la British Broadcasting Corporation (BBC), *The Wall Street Journal* o *Financial Times*, *Time* o *The Economist*— se hallan bajo control de Occidente. Asimismo, son individuos occidentales quienes establecen qué noticias son importantes y merecen ser difundidas en todo el mundo y cuáles no. Este asunto es crucial. Para citar un ejemplo llano, si mañana falleciera una princesa asiática, africana o latinoamericana sería muy improbable que su muerte se mencionara en los noticieros. En cambio, la muerte de la princesa Diana de Gales fue un acontecimiento mundial, porque así lo decidieron quienes controlan los flujos mundiales de la información. No pretendo juzgar si esto es bueno o malo. Sólo intento analizar desapasionadamente la realidad.

³ “The world: The U.S. and Africa: Extending a trembling, hesitant hand”, “The Week in Review”, *The New York Times*, 7 de mayo de 2000, p. 3.

Occidente también ocupa una posición dominante en muchas otras áreas: universidades, investigación y desarrollo, premios Nobel de ciencias e innovación tecnológica, por ejemplo. Prácticamente todas las actividades de vanguardia de la totalidad de las disciplinas científicas, incluidas tal vez las ciencias sociales, se llevan a cabo en esa región. De igual manera, la mayoría de los textos y libros sobre filosofía y valores humanos se generan ahí. Aunque a nosotros no nos sorprenda que Estados Unidos emita juicios morales sobre el respeto a los derechos humanos en China, a un visitante procedente de Marte tal vez le asombraría que una sociedad con 200 años de existencia juzgue a otra de 5 000 años de antigüedad. En pocas palabras, el desequilibrio de las relaciones de poder nos parece una característica normal, y quizá eterna, de la situación humana. Esto me conduce a la segunda parte de mi argumento: quizá en poco tiempo dejemos de considerar como normal y eterno lo que hasta ahora hemos estimado como tal. Aparece de este modo la antítesis: el mundo está cambiando drásticamente.

LA ANTÍTESIS

Una de las principales ideas de Marx fue que el mundo está regido por el cambio económico. Si hoy viviera, le sorprenderían el alcance y la celeridad del cambio económico actual. Pero también le pasmaría la muy difundida opinión de que ese cambio no habrá de producir grandes transformaciones políticas, ideológicas y culturales. Cuando les presenté una versión preliminar de este ensayo, mis amigos objetaron que en Occidente prive la idea de que en el futuro no ocurrirán cambios fundamentales. Citaré dos ejemplos para confirmar la validez de mi argumento. En un artículo publicado en el *Financial Times* en mayo de 2000, Michael Prowse dictaminó: “El siglo XXI será europeo.”⁴ Otro conocido autor, Robert Kaplan, recurrió a una vívida imagen para describir la perduración del predominio occidental: el mundo se asemejará en el nuevo siglo a “las accidentadas calles de Nueva York, repletas de mendigos”. Recorrerá esas calles una suntuosa limusina que, “provista de aire acondicionado”, estará “ocupada por las regiones postindustriales de América del Norte, Europa y la emergente cuenca del Pacífico”, concesión esta última, permítaseme apuntar, a

⁴ *Financial Times Weekend*, 13-14 de mayo de 2000, p. xxvii.

unos cuantos países no occidentales. Fuera de la limusina, “el resto de la humanidad seguirá una dirección completamente diferente”. Mi visión del futuro dista mucho de la de estos dos autores occidentales.

La globalización será el principal motor del cambio en el siglo XXI. Como todos sabemos, hoy se halla en marcha un apasionado debate sobre los vicios y virtudes de la globalización. Quienes recientemente se manifestaron contra ésta frente a las sedes de la reunión de la OMC en Seattle y de la asamblea del FMI en Washington pretendieron alertar contra sus nocivos efectos. Joseph Kahn se hizo eco de esa opinión al observar, en un artículo aparecido en el *New York Times* en mayo de 2000, que “entre los economistas ortodoxos y sus críticos de izquierda se ha vuelto axiomático el juicio de que la globalización dejará atrás a un incontable número de pobres”.⁵ En lo personal coincidido con Kofi Annan, secretario general de la ONU, en que “el remedio no está en protestar contra la globalización. Los pobres no lo son a causa del exceso de globalización, sino de la insuficiencia de ésta, motivo de su exclusión”.⁶

Por fortuna, ese debate es improcedente. Producto de la celeridad del cambio tecnológico, la globalización es irreversible. Nada podrá detener la marcha del reloj. La Tierra —antes planeta, ahora “nave espacial”— se ha contraído como resultado del dinámico cambio tecnológico. Hoy la humanidad está entrelazada por la compleja red de la interdependencia. Ello entraña enormes consecuencias para nuestro futuro.

La primera es que el bienestar económico de los demás ya no puede ser ajeno. La reciente crisis financiera de Asia lo demostró sin ambages. El desplome del baht tailandés del 2 de julio de 1997 dejó inicialmente indiferentes a las principales capitales financieras del mundo. Los responsables de las grandes decisiones económicas mundiales resolvieron ignorar esa ínfima crisis al otro lado del planeta.

Sin embargo, tal crisis no tardó en extenderse a otros países del sudeste asiático, desde donde se esparció a Corea, Rusia y Brasil hasta repercutir finalmente en los mercados de Estados Unidos. Este episodio exhibe el actual grado de la interdependencia mundial. El abultado monto de la circulación monetaria diaria global, de 1.5 billones de dólares estadounidenses, es ya imposible de controlar. La in-

⁵ *The New York Times*, 7 de mayo de 2000, sección 3, p. 4.

⁶ Discurso pronunciado por el secretario general de la ONU, Kofi Annan, ante el Foro del Milenio, Nueva York, 22 de mayo de 2000.

tegración en un solo sistema de la totalidad de las economías del orbe obliga a las economías fuertes a preocuparse por las débiles, dado que, como ha observado Claude Smadja, “hoy la economía mundial integrada es tan firme como el más débil de sus componentes”.⁷ Otro elocuente ejemplo de interdependencia es la rapidez con que, en cuestión de días, el virus “I love you” se propagó por todo el mundo desde una computadora en Filipinas.

Los positivos efectos de la globalización no pueden ser escamoteados. La nueva oleada de prosperidad económica que ya ha generado se ha traducido en la integración al mundo moderno de millones de individuos de las naciones en desarrollo, en particular de los dos países más poblados del planeta, la India y China. Pese al empecinamiento de la pobreza en estas dos naciones, la globalización ya ha tenido en ambas espectaculares efectos sociales y económicos. El éxito de China es bien conocido, pero pocas personas saben que también la India experimenta en la actualidad un explosivo crecimiento económico. En el informe de la reciente Cumbre del Milenio de la ONU se estimó que las ventas de la industria de computación de ese país ascenderán en 2008 a 85 000 millones de dólares, suma imponente desde cualquier perspectiva. A mediados del decenio de 1980 ya era previsible que el notorio éxito económico de Japón y los “cuatro tigres” (Corea, Taiwán, Hong Kong y Singapur) se diseminaría pronto entre otras sociedades asiáticas. Esta ascendente tendencia económica no se vio sustancialmente alterada por la crisis financiera de 1997-1998. Así, la superioridad económica occidental cederá en forma paulatina, de lo que resultará un terreno de juego más nivelado.

Además de patentizarse en la esfera económica, la interdependencia ya es palpable asimismo en la ambiental. Chernobil nos enseñó la valiosa lección de que los desastres ecológicos no respetan fronteras, como tampoco lo hacen, por cierto, las enfermedades infecciosas, velozmente propagables de un rincón a otro del orbe. El nivel de emisiones tóxicas de China y la India toca los intereses económicos de Occidente y el resto del mundo. Pese a que no soy experto en la materia, cabe deducir que el medio ambiente mundial se desestabilizaría seriamente si las emisiones per cápita de esos países alcanzaran un nivel equivalente a la mitad del que hoy priva en Estados Unidos.

⁷ Claude Smadja, “The end of complacency”, *Foreign Policy*, invierno de 1998-1999, p. 67.

Aunque sólo me he referido a sus secuelas económicas y ambientales, es lógico suponer que la extensión de la interdependencia a otros campos será inevitable. Esto producirá un cambio crucial en la relación entre Occidente y los de enfrente, pues ambas partes tendrán que cooperar una con otra si desean vivir en armonía en un mundo más estrecho. La interdependencia reducirá la posibilidad de que una prevalezca sobre la otra. Por esta razón, si no es que también por varias más, el Tercer Mundo debe aceptar gustosamente el aceleramiento de la globalización.

De cualquier modo, la interdependencia y el cambio económico no serán los únicos factores en la merma del poderío occidental. También los cambios en las relaciones demográficas ejercerán un profundo efecto. En siglos precedentes, la población occidental creció al mismo ritmo que la del resto del mundo. En el siglo XIX, por ejemplo, la población de Inglaterra —entonces el país hegemónico— casi se cuadruplicó, pues pasó de 10 millones de personas en 1801 a 37 millones en 1901. En el XX, en cambio, ni siquiera se duplicó, ya que sólo aumentó a 60 millones. Todo indica que en el siglo XXI no crecerá, lo mismo que la de la mayoría de las demás naciones europeas.

Esto ha generado grandes disparidades demográficas. En 1950 la población del mundo desarrollado constituía el 24% de la mundial, proporción que se reducirá a 10% en 2050. En 1950 seis de las doce naciones más pobladas del mundo eran occidentales; en 2050 lo será sólo una (Estados Unidos). En 1950 la población de África equivalía a menos de la mitad de la de Europa (incluida Rusia); hoy es prácticamente igual a ésta, y en 2050 será tres veces mayor.⁸ Es difícil creer que esos cambios demográficos no tendrán apreciables consecuencias sociales y políticas.

Como resultado de estos cambios, de las necesidades económicas y tecnológicas del nuevo poder intelectual y del conocimiento por los pobres, a través de la televisión, de la posibilidad de alcanzar una vida mejor, el flujo de inmigrantes ha aumentado en las sociedades occidentales. El ejemplo más llamativo y exitoso de ese fenómeno es el representado por el Valle del Silicio, una de las razones de cuya prosperidad, se dice, es el factor CI, lo cual no significa “circuitos integrados” sino “chinos e indios”. El cuantioso número de inmigrantes de esas nacionalidades ha provisto al Valle del Silicio de la

⁸ Peter G. Peterson, *Gray dawn*, Nueva York, Random House, 1999, pp. 52-55.

capacidad intelectual necesaria para el desempeño de sus actividades de desarrollo de *software* y *hardware*. Aunque quizás el principal beneficiario económico del talento de esos individuos sea el estado de California, su excelente rendimiento contribuye asimismo a la confianza cultural y autoestima de sus respectivos países de origen.

Pero si bien Estados Unidos está acostumbrado a recibir inmigrantes, el caso de Europa es distinto, algo que, sin embargo, cambiará en el siglo XXI. De acuerdo con un amplio artículo sobre la inmigración en Europa publicado por el *Economist* en mayo de 2000, la mayoría de las naciones europeas precisarán en los próximos años de mayor número de inmigrantes a causa del envejecimiento y reducción de su población: “Para mantener estable la proporción entre trabajadores y pensionados, el flujo de inmigrantes tendrá que aumentar en Alemania a 3.6 millones de personas al año, a 1.8 millones en Francia y a la increíble suma de 13.5 millones en toda la Unión Europea.”⁹

SIGNIFICADO DE ESTA ANTÍTESIS

La importancia que atribuyo a las tendencias demográficas podría parecer injustificada. Recuérdese, sin embargo, mi imagen del mundo cubierto por capas de influencia occidental. Consideremos la génesis de esas capas. ¿Cuál era la situación mundial a principios del siglo XIX? Según William H. McNeill,

al estallido en 1789 de la Revolución francesa, las fronteras geográficas de la civilización occidental aún podían definirse con razonable precisión (pues eran las mismas que las europeas). [...] [Pero] unas cuantas décadas después, grupos de origen o ascendencia europea ocuparon el centro y oeste de América del Norte, las pampas y regiones adyacentes de América del Sur y gran parte de Australia, Nueva Zelanda y Sudáfrica.¹⁰

Esos movimientos de población ejercieron enorme impacto en la naturaleza y carácter de las civilizaciones. J. M. Roberts señala que las civilizaciones que han cohabitado el planeta en los últimos 5 000 años siempre han estado separadas, y añade:

⁹ “Europe’s immigrants”, *The Economist*, 6-12 de mayo de 2000, p. 25.

¹⁰ William H. McNeill, *op. cit.*, pp. 730-731.

Aun en contacto o conflicto directo, las dividían invisibles membranas, suficientemente permeables para permitir la mutua influencia, pero en definitiva inexpugnables. Muchas civilizaciones han coexistido por siglos, e incluso compartido fronteras, aunque casi nada más. Así, en lugar de ocurrir cambios esenciales en ellas, su particular naturaleza permaneció intacta.¹¹

Concedamos, pues, que antes de la expansión occidental las civilizaciones sobrevivían sin afectarse entre sí, como indemnes bolas de billar. Éste es precisamente el punto de partida de la argumentación de Roberts, quien detalla después los cambios que las civilizaciones sufrieron en los siglos XIX y XX a causa de la expansión occidental.

Ese proceso de cambio fue unidireccional: de Occidente al resto del mundo. En el último capítulo de *The triumph of the West*, titulado "A post-Western world", este autor especula sobre el estado del mundo cuando concluya la fase de la expansión occidental. En su opinión, la civilización occidental marcará la pauta a las demás.

En ello estriba la mayor ironía de la historia postoccidental: el rechazo de Occidente en nombre de los valores occidentales y la emancipación con los instrumentos que él mismo creó. Los valores y supuestos occidentales han sido interiorizados en grado notable en casi todas las demás grandes culturas.¹²

Las mentes occidentales comparten profundamente la tácita conjetura de Roberts de que la civilización occidental representa la cúspide de la civilización humana. Pero no sólo ellas lo hacen. V. S. Naipaul, connotado autor de ascendencia india, también ha proclamado que la civilización occidental es la única universal.

LA SÍNTESES

Mi conclusión es muy simple. Historiadores como McNeill y Roberts están en lo cierto al caracterizar como unidireccional la historia de los últimos 200 años. Escribió el primero:

La expansión occidental precipitó a mediados del siglo XIX el decisivo avance de la vida civilizada en Asia. Durante los cien años posteriores, el mundo

¹¹ J. M. Roberts, *op. cit.*, p. 14.

¹² *Ibid.*, p. 278.

no occidental ajustaría su variada y profusa herencia cultural a ideas y técnicas procedentes de la Europa del siglo XIX.¹³

La historia mundial de los dos últimos siglos siguió, en efecto, un curso unidireccional.

Mi predicción respecto del siglo XXI es igualmente simple: por primera vez en centurias, el flujo de ideas, valores y personas será bidireccional. Esta noción es difícil de concebir para muchos intelectuales occidentales, convencidos de haber creado el mundo a su imagen. “Paradójicamente —comenta Roberts—, quizá Occidente esté a punto de ver consumado el mayor de sus triunfos, no sobre estructuras políticas y relaciones económicas, sino sobre la mente y el corazón, tal vez ya occidentales, de todos los seres humanos.”¹⁴

Lo que este autor no alcanza a colegir —pese a la modestia y sencillez que revela en su libro— es que si bien las ideas y prácticas occidentales se han abierto paso hasta la mente de todos los seres humanos, el corazón y espíritu de éstos permanecen intactos. El barniz con que Occidente lustró el mundo no ha penetrado hasta las profundas reservas de la fuerza espiritual y cultural de las sociedades. El retiro en el siglo XXI de las capas de la influencia occidental dejará asomar nuevos y exuberantes paisajes humanos.

Sólo quien haya vivido fuera de Occidente puede advertir su poderoso impacto en el resto del mundo y, al mismo tiempo, las grandes limitaciones de ese impacto en el espíritu de los pueblos. Lo realmente paradójico no es que la cultura occidental se haya apoderado del corazón y la mente de todos los seres humanos, como quiere Roberts, sino que las ideas y tecnología occidentales hayan de permitir a naciones del mundo entero acumular la riqueza suficiente para redescubrir sus raíces culturales.

Cuando los asiáticos adquirieron sus primeros televisores, veían producciones hollywoodenses. Muchos lo siguen haciendo. Pero así como a numerosos estadounidenses les cautivó la serie “Raíces”, por describir un pasado que conocían vagamente, también algunas sociedades no occidentales han vuelto a sus raíces, postergadas durante siglos. Las sociedades asiáticas, por ejemplo, ya han comenzado a vincularse con su pasado. En la India, los niños maman de su madre la gesta hindú de Ramayana y Mahabharata, cuya transmisión se res-

¹³ William H. McNeill, *op. cit.*, p. 730.

¹⁴ J.M. Roberts, *op. cit.*, p. 289.

tringe, sin embargo, a medios orales o impresos. Así, cuando esa historia se proyectó por televisión, cientos de millones de indios abandonaban sus tareas para ver, a través de televisores occidentales, la recreación de su legado cultural. Lo mismo está ocurriendo u ocurrirá en otras sociedades asiáticas, cuya cultura renacerá en consecuencia como no se ha visto en centurias.

Sé que sólo he proporcionado unos cuantos ejemplos de un mundo nuevo. Algunos colegas me han dicho que no terminan por comprender el orbe que prefiguro. Yo tampoco lo comprendo del todo. No obstante, creo que la Internet da indicio del mundo por venir. Se asegura que el contenido del 90% de sus actuales páginas se presenta en inglés. Empero, la determinación de ese contenido no depende únicamente de quienes lo producen, sino también de quienes lo consumen. Si mis previsiones son correctas, el número de páginas de Internet en inglés descenderá sostenidamente, en favor de la aparición de páginas en una amplia variedad de lenguas. La razón estructural de que haya elegido a la Internet como indicador es su flujo bidireccional, a diferencia del propio de las cintas cinematográficas de Hollywood, los programas televisivos occidentales y los reportajes mundiales de la CNN o la BBC. Así, si mi tesis acerca del futuro flujo bidireccional de ideas y valores es cierta, quizá la Internet sea la primera evidencia de ello.

La ocurrencia de estos grandes cambios no implica la desaparición de todas las capas de influencia occidental que hoy envuelven al mundo. Roberts atina al apuntar que muchas ideas occidentales han sido útiles para las sociedades no occidentales. La tecnología no sabe de razas ni color de piel; es valiosa para todos los seres humanos por igual. Los adelantos médicos de Occidente han beneficiado a la humanidad entera. Lo mismo podrá decirse en el futuro de numerosos conceptos sociales y políticos occidentales. Si, por ejemplo, el imperio de la ley (más que el imperio por la ley) arraiga en las sociedades asiáticas, ésta bien podría ser la variable crucial que les permita librarse de prácticas feudales. Si la meritocracia sustituye al nepotismo como norma de esas sociedades, su capacidad intelectual florecerá copiosamente. El verdadero desafío para las sociedades no occidentales en el siglo XXI será decidir qué capas occidentales conservar y cuáles desechar.

El fin del predominio occidental no será quieto ni fácil para estas sociedades. Si rechazaran toda la herencia occidental, lanzarán al niño junto con la bañera. Cada una de ellas —lo mismo China y la In-

dia que Indonesia e Irán— tendrá que decidir concienzudamente los aspectos de los sistemas y la cultura occidentales por retener y asimilar. Muchos asiáticos libran hoy una batalla espiritual para determinar su identidad futura. Buscan lo mejor de sus raíces culturales y lo mejor de Occidente. Esto también explica la presumible intensidad del nuevo capítulo de la historia.

El éxito del Valle del Silicio demuestra asimismo la existencia de un “engaste” natural entre el sustento intelectual (por ahora generado en Occidente) y la enorme capacidad intelectual asiática (aún desaprovechada). A menos que desastres políticos o militares lo impidan, el impulso económico llevará la tecnología, el capital y las exportaciones occidentales hasta los trabajadores y mercados asiáticos. Si los flujos comerciales del Pacífico rebasaran a los del Atlántico, los lazos de Estados Unidos con Asia se fortalecerán una vez más.

Todo ello podría derivar en otro gran acontecimiento histórico. Suele afirmarse que geografía es destino. Pese al vasto Océano Atlántico que los separa, Estados Unidos y Europa han mantenido hasta ahora su alianza gracias a sus raíces históricas y culturales comunes. Pero en los años venideros sus necesidades geográficas, económicas y políticas podrían empujarlos en direcciones diferentes. Es de imaginar que en el próximo siglo marcharán a ritmos distintos. Hasta la fecha han resuelto armoniosamente todas sus controversias comerciales y económicas. Pero no debería sorprendernos que el día de mañana surjan tensiones entre ellos.

Esto me conduce a la última de mis conclusiones paradójicas. Autores como McNeill y Roberts, cronistas de las brillantes contribuciones occidentales de los dos siglos pasados, comparten la honda convicción de que Occidente preservará su dinamismo. Justo por ello, creo yo, Occidente atraerá a un número cada vez mayor de inteligencias de otras culturas. Esto lo transformará en un microcosmos del nuevo mundo interdependiente, el cual dará cabida a abundantes culturas e ideas, todas ellas prósperas. Occidente podría cumplir al fin, así, sus más altos ideales, y verse convertido en una sociedad auténticamente cosmopolita.

Mis amigos también se quejan de la imposibilidad de visualizar el destino cosmopolita de Occidente. *National Geographic* publicó en su edición de junio de 2000 un excelente artículo sobre Londres, ciudad que, según esta fuente, quizá sea ya la más cosmopolita del globo:

El mundo vive en Londres. Basta pasear por Oxford Street para toparse con indios y colombianos, bengalíes y etíopes, paquistaníes y rusos, melanesios y malasios. En esta ciudad residen comunidades de 50 nacionalidades distintas con más de 5 000 integrantes y todos los días se hablan 300 idiomas. En 2010, se calcula, casi 30% de la población estará compuesta por miembros de minorías étnicas, la mayoría de ellos nacidos en el Reino Unido.¹⁵

Al inicio de este artículo describí la esencial función de Londres en la etapa precedente de la historia occidental, cuando se creía que sus calles eran de oro. Su transformación en ciudad genuinamente cosmopolita podría ser un anuncio de lo que le espera no sólo al Reino Unido, sino también al mundo occidental.

El reposo de Occidente podría entenderse entonces como la creación de una nueva civilización que integre lo mejor de todas las civilizaciones. Confío en que mis amigos occidentales considerarán optimista esta conclusión.

¹⁵ Simon Worrall, "London on a roll", *National Geographic*, junio de 2000, p. 10.

LA REGIÓN
ASIA-PACÍFICO

JAPÓN A LA DERIVA

Durante el año sabático que pasé en el Center for International Affairs de la Harvard University en 1991-1992, hube de redactar una tesis sobre un tema de mi preferencia. Decidí ocuparme de Japón, país que siempre me ha fascinado. El texto que aquí presento, originalmente publicado en la revista Foreign Policy en el otoño de 1992, fue resultado de mis investigaciones de entonces.

El de Japón es indudablemente un caso único en el mundo. Fue el primer país no occidental en modernizarse y en ser admitido en exclusivas asociaciones occidentales, como el Grupo de los 7 y la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE). Es también una de las naciones más admiradas de Asia, tanto por sus prodigiosos logros económicos como por su estabilidad social y espiritual.

Con todo, es asimismo una de las naciones más solitarias del mundo. A la conclusión de la guerra fría y la caída del Muro de Berlín, James Baker, entonces secretario de Estado de Estados Unidos, anunció el surgimiento de una nueva comunidad occidental “de Vancouver a Vladivostok”. El único gran país fuera de ese mágico círculo era Japón, pese a ser el principal aliado de Estados Unidos en el noreste asiático. Como resultado de ello, tras la guerra fría, se vio forzado a buscar una nueva función e identidad, búsqueda que aún sigue en marcha, pues Japón no ha encontrado todavía su sitio natural. Adicionalmente, ve con renuencia su integración a cualquier comunidad del este asiático, como lo demostró su malestar ante la idea del doctor Mahathir de componer una agrupación económica de los países del área.

La paradoja de inclusión y exclusión de importantes asociaciones internacionales es peculiarmente japonesa. En lo personal, sigo siendo rendido admirador de la sociedad nipona. Pero cuanto más la estudio, menos creo conocerla. En retrospectiva, me sorprende haber tenido la osadía de publicar un ensayo sobre Japón cuando obviamente no soy experto en ese país. No obstante, la idea central de este ensayo —la de que Japón aún está por encontrar su sitio natural en la comunidad de las naciones— sigue siendo válida. De igual forma, es probable que ese dilema no halle solución en el futuro inmediato. Así, tal vez Japón se mantenga a la deriva durante varios años más.

Una mañana de otoño, cuenta una leyenda popular japonesa, un niño que vivía en una aldea arrocera junto al océano se dirigió al campo a trabajar cuando de pronto vio, aterrorizado, que se acercaba un maremoto que destruiría la aldea. Al descubrir que ya no tenía tiempo para descender de la colina y dar la voz de alarma, prendió fuego a los arrozales, para que los lugareños corriesen al monte a proteger sus cultivos. Los preciosos arrozales fueron sacrificados, pero los aldeanos salvaron la vida. En este ensayo podrían arder algunos de los preciosos arrozales del discurso estratégico del este de Asia, pero con ello espero alertar a los lectores de la oleada de cambios que se aproxima a la región.

Se dice que Japón salió vencedor de la guerra fría. Así lo afirmó durante su campaña presidencial el ex senador estadounidense Paul Tsongas: “La guerra fría ha terminado; los japoneses triunfaron.” El estallido de la burbuja financiera japonesa ocurrido a mediados de 1992 restó contundencia a ese argumento, pese a lo cual nadie ha insinuado que la finalización de la guerra fría haya perjudicado a Japón. En realidad, sin embargo, éste emergió de ella más preocupado que satisfecho, más amenazado que seguro.

Los responsables de la planeación estratégica japonesa podrían referir los numerosos beneficios para su país del fin de la guerra fría. La amenaza soviética desapareció. El riesgo de una guerra de grandes proporciones en las cercanías o con la participación directa de Japón es mínimo. Tras haber aventajado a Japón, China ha visto disminuir su estatura, sobre todo después de la masacre de la plaza de Tienanmen, perpetrada en junio de 1989. El este asiático, patio trasero económico de Japón, sigue prosperando, impulsado ahora por el despegue económico de las provincias costeras chinas. Japón se ha erigido como la segunda potencia económica del mundo, con posibilidades de rebasar a la primera, Estados Unidos, en uno o dos decenios. Incluso en términos absolutos, ya invierte más en su futuro que Estados Unidos en el propio, pese a la superioridad económica de este país.

No obstante esos significativos beneficios, Japón enfrenta ahora su más difícil, si no es que precario, escenario estratégico desde la segunda guerra mundial. Junto con la amenaza soviética, la cual lo lanzó provechosamente al bando occidental, se disipó también el principal ligamento de su relación de seguridad con Estados Unidos. Ninguna de estas dos naciones, cada cual por sus propios motivos, está preparada aún para cancelar su Tratado de Seguridad Mutua

(TSM). Sin embargo, los pilares estratégicos sobre los que éste descansa se han corroído, lo que ha forzado a Japón a preguntarse si —y en qué circunstancias— Estados Unidos estará dispuesto a defenderlo en el futuro.

La noción de una superpotencia económica carente de seguridad estratégica es difícil de asimilar. Considérese lo siguiente: los responsables de la seguridad japonesa durante la guerra fría no imaginaron siquiera la posibilidad de una ruptura en su relación con Estados Unidos; los actuales sí. Si ese vínculo se rompiera, Japón se vería en condiciones de vulnerabilidad frente a al menos tres vecinos posiblemente inamistosos, si no es que enemigos: China, Corea y Rusia. Por lo pronto no avizora ningún conflicto militar con ninguno de ellos, desde luego. Así, no precisa en absoluto de planeación bélica. Pero mientras que durante la guerra fría esos vecinos no le causaron ninguna preocupación, ni él a ellos, ahora las cosas son distintas. En un artículo publicado en febrero de 1992 en la *Beijing Review* se advertía: “La política exterior japonesa ha cobrado un aliento más activo e independiente, en un intento por llenar el vacío dejado en la región Asia-Pacífico por la ahora reducida influencia estadounidense y rusa.” Por su parte, los estrategas de Corea del Sur aducen que la permanencia de fuerzas estadounidenses en su país es indispensable para protegerlo de Japón, aun si se consumara la reunificación de las dos Coreas.

La causa última de los problemas de Japón tras la guerra fría es su trastornada relación con Estados Unidos. Los principales intereses de seguridad que mantuvieron viva la alianza entre ambos, especialmente la contención de la Unión Soviética, se han atenuado o extinguido. Es increíble que ese sencillo aspecto sea omitido o ignorado en el análisis de la política exterior de Japón. Piénsese, por ejemplo, en el grado de divergencia de los intereses de Estados Unidos y Japón en torno a Rusia: mientras que el primero pretende rescatar a ésta, el segundo no está convencido de que ello convenga a sus intereses nacionales.

Esa divergencia es importante. Tras la segunda guerra mundial y en ocasión de la guerra de Corea, Estados Unidos y Japón sellaron un pacto tácito: el perdón de todo lo que éste había hecho en la segunda guerra a cambio de su conversión en leal y confiable aliado de Estados Unidos contra el bloque comunista.

Aunque ese nuevo trato no fue de ninguna manera una orden, resultaba manifiestamente desigual para Japón. En términos prácticos

equivalía a la relación entre Toro y el Llanero Solitario. A muchos japoneses podría ofenderles esta comparación, pero las evidencias que la confirman son abrumadoras. Las raíces de tal desigualdad se remontan a los orígenes mismos de la relación entre ambos países, cuando el comodoro Matthew Perry exigió a Japón abrirse al mundo. El patrón de “reclamante-reclamado” ha persistido durante más de un siglo. Los japoneses no han olvidado la demanda implícita del presidente estadounidense Franklin D. Roosevelt de retirarse de China y, después, la presentada por John Foster Dulles, secretario de Estado, al primer ministro Yoshida Shigeru para que Japón cesara en su intento de normalizar sus lazos con China, situaciones ambas que volvieron aún más afrentosa la decisión *shokku* de Richard Nixon de restablecer las relaciones estadounidenses con China sin consultar a Japón. Excepto en cuestiones comerciales y económicas, desde la segunda guerra mundial Japón casi nunca ha dicho “no” a ninguna importante demanda estadounidense, en especial en materia de seguridad internacional. Asimismo, ha financiado en forma sustancial la política exterior de Estados Unidos, lo que lo ha constreñido a adecuar sus políticas de asistencia para el desarrollo a la satisfacción de las necesidades de Estados Unidos. Su larga historia de sumisión a las exigencias estadounidenses explica el atractivo para los japoneses del libro *The Japan that can say no*, de Shintaro Ishihara, así como la aparición del término *kenbei*, el cual significa “antipatía por Estados Unidos”.

En tiempos recientes, Japón sólo ha dudado en una ocasión de dar cumplimiento a una demanda militar estadounidense: la de contribuir de modo sobresaliente a la guerra del Golfo Pérsico. Sus reservas tuvieron varias causas: la expectativa de que la invasión de Kuwait por Irak no afectaría sus provisiones de petróleo; la sorpresa de que Occidente abandonara tan fácilmente a Saddam Hussein luego de haberlo estimado de gran utilidad, y su aversión a la participación directa en conflictos militares. El precio que debió pagar por ese titubeo fue muy elevado. Su prestigio en Estados Unidos sufrió grave deterioro. Así, pese a que finalmente aportó 13 000 millones de dólares, la contribución más alta efectuada por un miembro no árabe de la coalición contra Irak, terminó por imponerse la impresión de que, una vez más, Japón abusaba de Estados Unidos.

La decisión del gobierno de Estados Unidos de utilizar a los medios de comunicación de su país para presionar públicamente a Japón con objeto de que proporcionara recursos financieros, si no es

que también efectivos, para la guerra del Golfo fue una jugada peligrosa en dos frentes. En primer término, muchos estadounidenses ya se sentían intimidados por el creciente poderío económico japonés. Como lo ha explicado Samuel Huntington, experto en ciencias políticas de Harvard, los estadounidenses consideran que Japón constituye una “gran amenaza” contra su primacía en un terreno esencial del poder: la economía. En consecuencia, es inevitable que muchos de ellos se pregunten: “¿Por qué hemos de gastar en la defensa de un competidor económico ‘abusivo’?” Así, la campaña en los medios intensificó el cuestionamiento del apoyo a Japón. En segundo término, también reforzó el creciente consenso entre los japoneses de que Estados Unidos los ha convertido en chivo expiatorio de sus problemas económicos internos. El análisis objetivo da sustento al alegato japonés de que las causas de fondo de los problemas económicos de Estados Unidos estriban en la incapacidad de los poderes tanto ejecutivo como legislativo de ese país para resolver problemas que ellos mismos han generado: déficit presupuestal, copiosa deuda interna y externa e insuficiente inversión de largo plazo en la industria y la fuerza de trabajo, por citar sólo unos cuantos elementos obvios.

La genuina admiración japonesa por Estados Unidos, debida en parte a la inusual generosidad con la que este país se comportó como potencia de ocupación, disminuye en forma sostenida. Japón ya no está dispuesto a seguir interpretando el papel de Toro. Más aún, cada vez en mayor medida se descubre superior al Llanero Solitario. Por consiguiente, en la relación psicológica entre Japón y Estados Unidos está teniendo lugar un cambio estructural, de la condescendencia unilateral a la condescendencia mutua.

Para impedir el quebranto de las relaciones entre ambos países, las altas esferas del gobierno japonés han tejido intencionalmente una densa red de interdependencia económica. Pero aun sin una seria desavenencia entre ellos, Japón podría verse abandonado a su suerte. Alimentadas por percepciones de rivalidad económica, las relaciones de Estados Unidos con Japón, sin dejar de ser amistosas, podrían volverse meramente ordinarias, como lo son, por ejemplo, sus relaciones con Suiza. Así, podría dejar de sentirse obligado a defender a Japón o a mantener tropas en el este de Asia para proteger las rutas marítimas de este país. Hoy todavía estrechas, por otra parte, las relaciones entre ambas naciones podrían resentir los efectos del resurgimiento del aislacionismo estadounidense: “Nos preocupa que Estados Unidos decida replegarse, política y económicamente”, aseguró en fecha recién-

te Takakazu Kuriyama, embajador de Japón en Washington. Los japoneses temen que la prolongación de los problemas económicos estadounidenses —exacerbada por la incapacidad gubernamental para resolverlos— indisponga e imposibilite a los estadounidenses a garantizar la permanencia de sus fuerzas militares en el exterior.

VECINOS DIFÍCILES

Privado de la protección nuclear estadounidense, Japón, el único país en el mundo que ha sufrido un ataque nuclear, se sentirá amagado por sus vecinos en poder de armas nucleares. ¿Qué harían sus fuerzas de autodefensa si China decidiera poner en ejecución su nueva ley sobre las islas Senkaku, en disputa con Japón, y destacara tropas ahí? ¿Una fuerza china podría ser echada tan fácilmente de la zona como lo fue hace unos años la simbólica presencia taiwanesa? Gracias a su potente economía, Japón supera hoy a China, Corea y Rusia, países todos ellos, sin embargo, con intereses de seguridad muy específicos. Una alianza hostil entre dos de esas naciones sería una pesadilla estratégica para un Japón solitario. Dada la nueva sensación de incertidumbre sobre la futura viabilidad de su relación de defensa con Estados Unidos, Japón debe adoptar una nueva visión de sus relaciones con esos tres vecinos.

De entre esos tres casos, sus relaciones con Rusia parecen ser las más accidentadas en el presente. La cuestión aún irresuelta de las islas Kuriles sigue enturbiándolas, aunque la desconfianza japonesa se nutre además de muchos otros episodios, como el brutal tratamiento dado por los soviéticos a sus prisioneros de guerra y la repentina y tardía incorporación de la Unión Soviética a la segunda guerra mundial contra Japón en violación del tratado entonces existente entre ambos. Aun si la disputa sobre las Kuriles se resolviera, Japón seguiría teniendo motivos para preguntarse si conviene a sus intereses de largo plazo contribuir al restablecimiento de Rusia.

En virtud del caos económico, social y político en el que se halla sumida, es improbable que Rusia amenace a Japón en el futuro próximo; pero de persistir en su frialdad hacia aquélla, Japón podría causarse problemas con sus aliados occidentales. En mayo de 1992 el canciller alemán, Helmut Kohl, criticó públicamente a Japón por la parquedad de su asistencia a Rusia. La clamorosa visita a Washington del presidente ruso, Boris Yeltsin, en junio de ese mismo año fue

un claro indicio del estrechamiento de las relaciones entre Estados Unidos y Rusia. ¿Durante cuánto tiempo más podrá Japón, miembro formal del bando occidental, oponerse a esa tendencia?

Los japoneses han concebido tradicionalmente a Corea como una “daga dirigida al corazón de Japón”. Hasta ahora no han dudado en intervenir en ese país o invadirlo, motivo por el cual los coreanos desconfían inmensamente de ellos. Es muy indicativo que, 47 años después de la segunda guerra mundial, los japoneses no hayan hecho siquiera el intento de moderar esa desconfianza.

Japón no tuvo razones para preocuparse por Corea durante la guerra fría. Los dos grandes ejércitos coreanos representaban una amenaza entre sí, no para Japón. Pero si Corea se reunifica, el nuevo estado podría heredar, como la Alemania unida, una temible capacidad militar, situada a escasa distancia de Japón. En 2002 las posibilidades de una pronta reunificación no parecen halagüeñas, al menos hasta que muera el líder de Corea del Norte, Kim Il Sung. Pero la solución al problema coreano empieza a perfilarse. Es probable que Corea del Sur emerja como el estado sucesor de las dos Coreas, a la manera de Alemania occidental en la Alemania reunificada.

Las dos potencias que hicieron posible que Corea del Norte preservara su independencia muestran ahora menor interés en que Corea siga dividida. Como lo demostraron las acciones de Mijaíl Gorbachov, Rusia ya se inclina a favor de la reunificación bajo el predominio de Corea del Sur, puesto que eso le permitiría jugar la “carta coreana” contra Japón. Los intereses de China a este respecto aún no son del todo claros. Quizás a Beijing no le agradaría la desaparición de uno más de sus aliados ideológicos (aunque basta con visitar Beijing y Pyongyang para comprobar que parecerían existir en universos ideológicos distintos). Sin embargo, la política exterior china se distingue por su pragmatismo. El concepto chino de “poder flexible” (*quan bian*) se adelantó varios siglos a Maquiavelo. Si sus intereses de largo plazo se verían favorecidos por la unificación de la península coreana, China no vacilará en abandonar a un aliado ideológico. Por lo tanto, Japón haría bien en dar por sentada la reunificación de Corea —con todos los problemas que ello entrañaría para él—, aun si, prevenidos por las dificultades que Alemania occidental ha debido encarar, los sudcoreanos preferirían que ese proceso siguiera un ritmo más pausado.

Hoy inquieta enormemente a los japoneses, no sin razón, que Corea del Norte desarrolle armas nucleares. Su alarma no se reduciría

en absoluto si Corea del Sur heredase esa capacidad nuclear. Dada la tradicional antipatía entre japoneses y coreanos, y tal como lo han afirmado confidencialmente diversos funcionarios nipones, Japón puede tolerar que Rusia y China posean armas nucleares, mas no así Corea. La existencia de arsenal nuclear coreano lo obligaría casi inexorablemente a responder con el desarrollo de sus propias armas nucleares.

El riesgo de que Corea del Norte produzca armas nucleares ilustra la complejidad del escenario de seguridad del noreste de Asia. Estados Unidos y Japón encabezan públicamente la campaña contra esa posibilidad. China sabe que el desarrollo nuclear de Corea del Norte impelería a Japón a hacer lo propio, pero también que ella no puede impedirlo: sólo Estados Unidos podría hacerlo. De ahí que, aunque China en principio se opone a la presencia militar estadounidense en la región, no hay nada que tema más que el retiro militar estadounidense puesto que ello induciría a Japón a desarrollar su capacidad nuclear.

La relación de Japón con China es en definitiva la de más difícil resolución para aquél entre las relaciones con sus vecinos. A diferencia de lo que ocurre con Rusia, Japón no puede conceder a China el simple trato de adversario. No obstante, la desaparición de la amenaza soviética y el riesgo del repliegue estadounidense hacen temer a ambos que se les abandone como únicos luchadores en el cuadrilátero. Estas dos naciones se acechan ya cautelosamente, para indagar sus respectivas intenciones.

El ascenso de Japón ha sido probablemente una sorpresa desagradable para China. La rendición japonesa en la segunda guerra, la adopción de la constitución de paz y la servil entrega a la política exterior estadounidense dieron a China motivos más que sobrados para no percibir a Japón como amenaza ni como igual. Su propia capacidad nuclear, su participación como miembro permanente del Consejo de Seguridad de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) y el asiduo cortejo de que fue objeto por Estados Unidos y otros países occidentales durante la guerra fría garantizaban su superioridad. Así, China ignoró confiadamente la creciente fuerza económica de Japón. Ni durante la vida de Mao ni después se interesó en forjar con él un *modus vivendi* de largo plazo. Sus políticas hacia ese país se han derivado de otros propósitos: en el decenio de 1950 se sirvió de Japón para mitigar su aislamiento internacional, y procedió de la misma manera tras los acontecimientos de Tienanmen.

A Japón no le satisface la idea de entenderse con China en calidad de iguales. Durante la mayor parte de la guerra fría vio a China con respeto. Su rendición en la segunda guerra y su tradicional relación con China, de la que fungía como satélite cultural y político, le facilitaron la aceptación de una posición de inferioridad. Pero hoy ya no la venera, quizá ni siquiera culturalmente. Líderes y funcionarios japoneses tienen que disimular su desdén por China. Censuran en particular que, a más de 100 años de la restauración Meiji de 1868, época en la que su país emprendió reformas para enfrentar el desafío de la superioridad tecnológica occidental, China aún no armonice con el mundo moderno.

A corto plazo, el riesgo de inestabilidad en China provocaría, de consumarse, la migración masiva de refugiados a Japón; en escala mucho menor, desde luego, los japoneses ya han resentido el arribo de pequeñas embarcaciones de pescadores chinos. A largo plazo, Japón teme verse de nueva cuenta subordinado a China en caso de que este país prospere. Aunque por ahora nada apunta en esa dirección, los japoneses admiran la creatividad y dinamismo de los científicos y empresarios chinos en el exterior. Ven surgir una nueva sinergia económica entre Hong Kong, Taiwán y China. Saben que, de organizarse, China podría volver a dejarlos atrás, como ocurrió durante la dinastía Tang.

China posee la clave de la solución a muchos de los más apremiantes problemas del área, como los representados por Corea, la península de Indochina y Taiwán. Pese al relativo grado de su comunidad de intereses, sin embargo, aún no están dadas las condiciones para que Japón trate esos problemas con China, con la excepción quizá del caso de Corea. China podría rechazar toda discusión sobre Taiwán, al que considera un asunto interno. Le alarmaría sobremedida que la reducción de la presencia estadounidense en Asia alentara a Japón a estrechar sus relaciones políticas con Taiwán. Hasta ahora, sin embargo, Japón se ha mostrado extremadamente respetuoso de las formas en lo referente a este caso.

El problema de la península de Indochina ilustra la dificultad para el surgimiento de un nuevo *modus vivendi* entre China y Japón. Aunque en forma simbólica, Vietnam ha vuelto a capitular ante China, gracias esta vez al derrumbe soviético, con lo que China ha visto reafirmarse su histórica influencia en la península de Indochina. Aun así, no está en posición de ayudar a Vietnam a salir de su aprieto económico. Japón podría hacerlo, pero China no está dispuesta a

permitir que Vietnam (ni ningún otro estado del sudeste asiático) se convierta en satélite económico de Japón.

El logro de un pronto entendimiento entre China y Japón es, en consecuencia, muy poco probable. En tanto Beijing siga relativamente aislado, no hará nada para provocar a Japón. Pero ese sosiego no será de duración indefinida. China saldrá de las sombras de Tienanmen, y Japón podría intensificar su influencia económica en el área. En afán de “contener” esa influencia en su periferia, los chinos han planteado la formación de un “pequeño triángulo” en sustitución del antiguo “gran triángulo”, con la participación, como en este último, de Estados Unidos y China, pero en el que Japón remplazaría a la Unión Soviética. Así, se halla en gestación una nueva estructura de poder. Pese a las inocultables evidencias de los nuevos desafíos que les esperan en sus relaciones tanto con Estados Unidos como con sus vecinos, a los japoneses les resultará muy difícil admitir que enfrentan un nuevo y agitado escenario estratégico. No sólo han arribado indemnes al fin de la guerra fría, sino que, además, aparentemente hoy gozan de una posición de preeminencia mundial. En los funerales del emperador Hirohito, por ejemplo, se dieron cita tantos ilustres personajes como no se había visto en tiempos recientes.

LAS FUERZAS DE LA DERIVA

Aun si los japoneses advierten sus nuevos desafíos, cinco poderosas fuerzas los incitarán a seguir a la deriva.

En primer lugar, la reestructuración de sus relaciones con Estados Unidos será difícil. En ellas prevalecen grandes divergencias de necesidades, actitudes, percepciones y relaciones de poder. Estados Unidos es indispensable para la seguridad de Japón, mas no a la inversa. Desde tiempos del comodoro Perry, Estados Unidos tiene por costumbre imponer exigencias a Japón, el cual jamás ha obrado en correspondencia. Japón se siente a la sombra de Estados Unidos. No obstante, entre los estadounidenses se extiende cada vez más la impresión de que los japoneses encarnan la única amenaza real a su prolongado predominio económico. Las diferencias raciales ahondan esa sensación de amenaza. Este desequilibrio de poder puede ejemplificarse con una analogía. Washington concibe su relación con Japón como una amistosa partida de ajedrez. Pero mientras que participa en un juego entre dos, Tokio ve a otros tres jugadores en el

mismo tablero: China, Corea y Rusia. Cualquier movimiento suyo respecto de Estados Unidos afectaría sus vínculos con los otros tres países. En su opinión, así, interviene en un juego desnivelado.

A primera vista, la esfera de la seguridad no parecería entrañar ningún problema. Estados Unidos jamás ha puesto en duda su compromiso con el Tratado de Seguridad Mutua (TSM), pese al costo que le representa mantener tropas en Japón. No ha inducido tampoco el debate público sobre el tratado. “¿Por qué arriesgarse a cambiar?”, es entonces la actitud de los políticos japoneses. Para reestructurar la relación, sin embargo, Japón tendrá que persuadir a Estados Unidos de seguir protegiéndolo, y demandar al mismo tiempo que se le trate como igual. Solicitar protección y exigir en forma simultánea condiciones de igualdad no le sería fácil a ninguna nación. A ambas partes también les será difícil admitir que si bien la forma de su relación de defensa se mantendrá invariable (lo que significa que el TSM no cambiará), la sustancia habrá de ser distinta. En lugar de protegerlo de una ya inexistente amenaza soviética, el tratado deberá restringir la nuclearización y militarización de Japón, para brindar garantías a los vecinos de éste de la preservación de su postura pacifista. En pocas palabras, el principal propósito del TSM en el futuro habrá de ser contener el crecimiento de Japón como potencia militar. El principal problema de esa enunciación será, desde luego, arribar a ella en forma clara y pública, a fin de que la clase política estadounidense comprenda y apoye el tratado sin ofender al pueblo japonés.

En segundo lugar, si los japoneses admiten hallarse en un nuevo escenario estratégico y que el sostenido compromiso de defensa de Estados Unidos está en duda, su única y temible opción al TSM sería desarrollar su capacidad militar y nuclear. Japón no es de ninguna manera un gnomo militar. Su actual capacidad defensiva merece respeto. Sin protección nuclear ni sólida capacidad ofensiva, sin embargo, no puede imaginar siquiera una confrontación militar con sus vecinos dotados de armas nucleares. Algunos japoneses se inclinan a favor de que su país desarrolle su propia capacidad nuclear, pero saben que esto alarmaría al mundo. De suyo afectados por un complejo de inferioridad respecto de los japoneses, muchos países occidentales verían con gran preocupación el intento de éstos de ajustar su poder militar a su superioridad económica. Occidente no toleraría que un país no occidental acumulara indisputable poder en todos los campos, por más que, en términos formales, Japón sea miembro del grupo “occidental”.

En tercero, la intención de Japón de acercarse a sus vecinos supondría el abandono de su centenaria política de asociación de su destino con Occidente. Yukichi Fukuzawa, el gran reformador de la época Meiji, decretó que su país debía “escapar de Asia e integrarse a Europa”. Si ahora éste revirtiera el curso y se “integrara” a Asia, se expondría a la aparición de tensiones con sus socios occidentales. Concluida la guerra fría, por ejemplo, la promoción de la democracia y los derechos humanos ocupa ahora un elevado sitio en el esquema occidental de prioridades. Japón se ha unido en general a esa campaña, aunque más por conveniencia que por convicción. No obstante, el voluble pragmatismo de Occidente en la aplicación de sus nuevas políticas según se trate de países a los que atribuye mayor o menor importancia estratégica (Argelia se encontraría en el primer caso, por ejemplo), tenderá a remarcar sus diferencias de intereses geográficos con Japón. Sabedor de que una rigurosa política de promoción de los derechos humanos no haría sino instar a varios países asiáticos a exhibir su historial sobre el particular hasta la segunda guerra, Japón se halla así entre la espada y la pared en su intento por equilibrar sus intereses como país a un tiempo “occidental” y asiático. Ésta es una razón más de que, por lo pronto, haya de mantenerse a la deriva.

En cuarto, para corregir y reformar sus relaciones con sus tres vecinos Japón tendrá que hacer frente a fantasmas del pasado que se ha empeñado en ignorar desde la segunda guerra. Tendrá que reconocer su responsabilidad como autor de algunos de los capítulos más penosos en la historia de China y Corea. Sin esa admisión es difícil que pueda establecer nuevos lazos de confianza con tales naciones. Hasta ahora ha expresado con recato su “pesadumbre” y “contrición”, pero, a diferencia de los alemanes, no se ha disculpado aún en forma directa con esos pueblos.

En vida del emperador Hirohito se evitó el asunto de los crímenes de guerra, para no incomodarlo. Esa tendencia se fortaleció a causa de la decisión de Estados Unidos de ignorar las atrocidades cometidas por Japón durante la segunda guerra para conseguir su alianza en la guerra de Corea. Los japoneses creen, además, que sus actos en Corea y China no se diferenciaron de los actos de los colonizadores occidentales en otras partes del mundo; que su violencia en Nanking no se distinguió de la masacre británica contra manifestantes indios en Amritsar. ¿Por qué, se preguntan, hemos de expiar nuestras faltas coloniales cuando Occidente jamás lo hizo? No obstante, no ganarán la confianza de sus vecinos si no admiten su responsa-

bilidad sobre ciertos hechos del pasado. Consideran igualmente que la reaparición del tema de la segunda guerra mundial es una conspiración para ensuciar el nombre de su país. No reparan en que ese hecho es consecuencia inevitable de su éxito. Si Japón fuera Bangladesh, a nadie le interesaría discutir su pasado. Pero dada su creciente influencia, es natural que sus vecinos precisen de confirmaciones de que ejercerá mesuradamente su poder.

En quinto lugar, el seguimiento de un nuevo curso también obligaría a Japón a enfrentar sus limitaciones culturales y políticas. Su sociedad es sumamente armoniosa, pero etnocéntrica y excluyente. Un extranjero no tiene en ella prácticamente ninguna esperanza de ser aceptado como igual, sin importar cuán “japonesa” sea su conducta. La incapacidad (o indisposición) de los japoneses para acoger a los varios cientos de miles de coreanos que han vivido por generaciones en su territorio deja ver claramente la exclusividad de su sociedad. Pero como se demostró en Sudáfrica, la exclusividad étnica no fomenta la buena vecindad.

A esos obstáculos culturales se añaden la debilidad, divisiones internas y proclividad al escándalo de la dirigencia política japonesa. Los frecuentes cambios de primer ministro, la asignación de puestos políticos de importancia a individuos ineptos y la ausencia de líderes visionarios para los nuevos tiempos agudizan la inercia del país. Esto se trasluce en las reuniones del Consejo de Cooperación Económica Asia-Pacífico. A diferencia de las demás, la delegación japonesa se presenta en ellas con dos jefes, uno del Ministerio de Comercio Internacional e Industria y otro del Ministerio del Exterior. Aunque no es inusual que delegaciones internacionales se compongan de representantes de múltiples organismos, sí lo es que una delegación nacional tenga dos voceros. Como resultado de ello, la política japonesa suele estancarse y emitir señales híbridas y confusas.

UNA NUEVA ARQUITECTURA REGIONAL

Pese a que los cinco motivos anteriores explican que Japón se mantenga a la deriva, lo cierto es que este país resiente asimismo intensas presiones para fijar un nuevo y enérgico curso a su política exterior. La creación de numerosas comisiones tanto en el Partido Liberal Democrático, actualmente en el gobierno, como en el parlamento revela la existencia de una nueva eferescencia en el pensamiento japonés.

La posición de Japón como “gigante económico” y “enano político” ha dejado de ser viable. Su economía ya es mayor que la de todos los demás países del este de Asia juntos, en tanto que su producto nacional bruto (PNB) equivale al 70% del de toda Asia, sin contar a las antiguas repúblicas soviéticas. Ningún país europeo se halla en situación semejante. Sólo la economía estadounidense es comparable a la japonesa, en relación en este caso con la magnitud de su PNB respecto de las economías de América Latina. Sin embargo, Japón ejerce en el este de Asia una influencia política relativamente limitada, mucho menor que la de Estados Unidos en América Latina. Para comprender su anómala categoría en esa región, bastaría imaginar que la influencia política de Estados Unidos en América Latina fuera inferior a la de Brasil o el Pacto Andino. Tal es efectivamente la actual situación de Japón en referencia a China o la Asociación de Naciones del Sudeste Asiático (Association of South-East Asian Nations, ASEAN). Esta situación no puede perdurar.

El problema es, así, que Japón debe crear desde la nada una nueva arquitectura política en la región. La historia no le será para ello de ninguna utilidad. La única arquitectura política precolonial descansaba en el concepto de “reino medio” e implicaba el pago de tributo a Beijing por el este y sudeste asiáticos. Japón no puede recrear ese modelo. Tampoco China puede hacerlo, dada su actual debilidad. En la erección de esa nueva arquitectura, Japón habrá de construir al menos cinco pilares.

El primero de ellos es la reafirmación de su neutralidad nuclear. Aun si en privado lamentan que a su país no se le confíen armas nucleares, los líderes japoneses saben que la adquisición de éstas pondría en riesgo todos los beneficios que han acumulado desde la segunda guerra mundial. Japón se aislaría no sólo de sus tres vecinos, sino también de Occidente: una auténtica pesadilla estratégica. Una rotunda (más que renuente) reafirmación de su neutralidad nuclear daría seguridades a sus vecinos acerca de sus pacíficas intenciones. El rechazo del militarismo por el pueblo japonés dejaría de ser un defecto para convertirse en virtud.

El segundo pilar es la reestructuración de las relaciones de Japón con Estados Unidos. Fundamentalmente, los japoneses deben preguntarse si el hecho de permitir que esas relaciones sigan sin rumbo fijo habrá de desembocar naturalmente en el fortalecimiento y estrechamiento de sus vínculos con Estados Unidos, o si la conservación del patrón actual —en el que el pueblo japonés se siente constante-

mente amedrentado por el estadounidense mientras que éste considera que Japón se enriquece a sus expensas— provocará un deterioro progresivo del estado de cosas hoy imperante entre ambas naciones.

Japón ha concentrado hasta ahora sus esfuerzos en el incremento de su interdependencia económica con Estados Unidos: contribuye a financiar su política exterior, acepta que vete sus propias iniciativas de política exterior y asume, en favor del Pentágono, la mitad del costo de la presencia militar estadounidense en su territorio. En privado, es común que los japoneses aludan a Estados Unidos como una fiera temperamental a la que es preciso apaciguar de vez en cuando. Pero puesto que el gobierno estadounidense no ha exteriorizado el deseo de modificar sus relaciones con Japón, es probable que éste no vea motivo para alterarlas. No obstante, debería tomar nota de la naturaleza profundamente democrática de la sociedad estadounidense. El compromiso del gobierno de Estados Unidos con la defensa de Japón sólo es real si cuenta con el apoyo de la ciudadanía. Japón no puede permitirse el error que cometieron los generales sudvietnamitas en 1975, cuando concedieron validez al acuerdo de Washington para defender a Saigón sin considerar a la opinión pública estadounidense.

Hoy Japón debe convencer tanto al gobierno como al pueblo de Estados Unidos de que su relación de seguridad los beneficia a ambos; de que no pretende abusar de ellos, y de que su neutralidad nuclear sirve a los intereses de Estados Unidos, Occidente y la región. La cancelación por Estados Unidos del TSM lo colocaría, en efecto, en una situación delicada. Si Japón optara por desarrollar armas nucleares, Estados Unidos tendría que vérselas con una capacidad nuclear quizá tecnológicamente superior a la suya, a diferencia de la desarrollada en su momento por la Unión Soviética. Japón podría erigirse asimismo en nuevo competidor de los exportadores estadounidenses de armamento, terreno en el que no se ha aventurado hasta la fecha.

De igual forma, ambos países deben abordar de frente sus tensiones económicas. Estados Unidos debe admitir públicamente que convirtió a Japón en el chivo expiatorio del desorden de su economía. Por su parte, Japón debe reconocer más expresamente que el robustecimiento económico de Estados Unidos obra en su beneficio y en el de la región Asia-Pacífico en su conjunto, y manifestar su disposición a trabajar con sus vecinos en la formulación de una política economi-

ca que favorezca la competitividad y los intereses económicos estadounidenses en la región. Complementado con acciones concretas, ese nítido anuncio contribuiría a menguar la creciente sensación de que los japoneses debilitan a la economía estadounidense.

La necesidad de Japón de seguir contando con la protección estadounidense y su deseo de valerse por sí solo encierra una contradicción aparente. Sin embargo, ésta es producto de su peculiar relación con Estados Unidos, por efecto de la cual no le está permitido poseer armas nucleares pese a ser una gigantesca potencia económica. Si Japón pudiera convertirse en potencia nuclear, podría comportarse con Estados Unidos como lo hacen Francia o el Reino Unido; pero puesto que carece de esa opción, Estados Unidos debe permitirle ampliar su influencia en otras esferas con objeto de que deje de ser un satélite de su política exterior.

El tercer pilar de la nueva arquitectura regional es el establecimiento por Japón de políticas de “buena vecindad” con China, Corea y Rusia. La historia reciente de Europa occidental demuestra que es posible desvanecer antiguas animosidades. Pese a que el motivo original de su reciente alianza fue la amenaza soviética, Inglaterra, Francia y Alemania se han mantenido unidas a causa de las intrincadas redes entre sus sociedades. Japón puede hacer lo mismo con sus vecinos. El camino se ha abierto ya gracias a los flujos comerciales y de inversión, a los que los japoneses deben agregar el fomento de una mayor comprensión intercultural. Se ha dicho que el sudeste asiático son los Balcanes de Asia. Las numerosas razas, lenguas, culturas y religiones que en él conviven son efectivamente tan variadas como las de los Balcanes, y origen asimismo de una historia igualmente triste y compleja. No obstante esos obstáculos, los países de la ASEAN han conseguido crear el órgano de cooperación regional más exitoso del Tercer Mundo. Sería imposible que Tokio fuera a la zaga si emprendiera audaces iniciativas, como la resolución de la disputa por las islas Kuriles con Rusia y la disculpa a los pueblos coreano y chino por los horrores del pasado. Los japoneses se resisten a esto último, pero deben percatarse de que así como ellos jamás volverán a confiar en los rusos hasta que Moscú les ofrezca disculpas por el brutal tratamiento concedido a sus prisioneros de guerra tras la segunda guerra mundial, sus vecinos nunca confiarán en ellos hasta que Tokio haga lo propio.

El cuarto pilar consiste en generar la sensación de que existe una casa asiática común. Europa se libró de siglos de rivalidades y ani-

madversiones gracias a que, a partir del fundamento de una herencia grecorromana compartida, creó la sensación de una casa europea común mucho antes de que Gorbachov enunciara esa frase. El mayor desafío de los japoneses es producir una sensación similar en el este de Asia. Sólo la común percepción de que todas las naciones de la región viajan en el mismo barco impedirá que ésta se disuelva en amargos y peligrosos conflictos. La decisión de chinos, japoneses, coreanos y otras comunidades procedentes del este de Asia asentadas en Los Ángeles de hacer a un lado sus diferencias y unirse tras los recientes disturbios ocurridos en esa ciudad podría tener un efecto demostrativo en sus países de origen.

La creación de esa sensación de crear una casa común asiática supondrá otro cambio psicológico difícil para los japoneses. Desde la restauración Meiji, han hecho equivaler su éxito con la aceptación occidental. Pero para conquistar la confianza de sus vecinos —y en especial de gigantes como China, la India e Indonesia—, es evidente que Japón debe demostrar que los respeta. No puede tratarlos con la condescendencia con la que a él se le trata en ocasiones en Occidente. Sus políticas de asistencia, por ejemplo, no deben ser simple prolongación de las occidentales, así sea sólo porque sus intereses geográficos son distintos. En su trato con Asia, Japón se ha inclinado hasta ahora, en forma casi deliberada, a los intereses estadounidenses u occidentales, aunque ni él mismo ni Estados Unidos tolerarían ninguna forma de coerción a este respecto. Cuando Malasia sugirió la integración de una agrupación económica del este de Asia, por ejemplo, Japón acató la oposición estadounidense a la fundación de ese organismo antes siquiera de considerar sus posibles beneficios para la región. De igual manera, tras la formalización del acuerdo de paz con Camboya, Japón intentó levantar el embargo de inversión que había impuesto a Vietnam y poner fin a la moratoria del Banco Asiático de Desarrollo sobre préstamos con destino a Vietnam, pero también esta vez cedió a la negativa estadounidense.

Estados Unidos no vacila en realizar tales demandas a Japón, en confirmación de sus derechos como protector. No obstante, Washington haría bien en ser más prudente. Dejar de exigir a Japón, adecuarse a sus políticas, cuyo principal móvil es, naturalmente, la defensa de sus propios intereses; eso ya no le rendirá buenos resultados en el futuro. La oposición de Estados Unidos al establecimiento de nuevos vínculos multilaterales en la región Asia-Pacífico ilustra palpablemente su cortedad de miras. El explosivo crecimiento del comercio

y la inversión entre las sociedades del este de Asia vuelve indispensable el fortalecimiento de sus vínculos multilaterales, tanto para facilitar sus nuevos contactos como para brindarles vías de resolución de problemas.

La casa asiática común despierta inquietud en Estados Unidos y en Occidente en general, sobre todo por temor a la formación de otro club racial excluyente. Sin embargo, eso no indica sino la ignorancia occidental de las enormes divisiones raciales y culturales que prevalecen en Asia. Lo mismo que de la europea, la principal función de la casa asiática común (la cual incluiría a Australia y Nueva Zelanda) sería reducir o anular identidades raciales, no favorecerlas.

Finalmente, el quinto pilar implica la transformación de Japón en ciudadano del mundo. Su interés en convertirse en miembro permanente del Consejo de Seguridad de la ONU sigue precisamente esa dirección. Sin embargo, tal propósito representa un caso clásico de pretender poner el carro delante del caballo. Sin antecedentes en la resolución de conflictos internacionales, ¿qué haría Japón en el Consejo de Seguridad? En cambio, su intención se vería claramente favorecida si, tal como lo ha hecho Estados Unidos en Medio Oriente, demostrara que es capaz de tomar la iniciativa en la solución de conflictos internacionales.

Considérese, por ejemplo, el proceso de paz en Camboya. No obstante haberse logrado un excelente acuerdo de paz, su ejecución está en entredicho a causa de la falta de fondos, dada la imposibilidad para Estados Unidos de incrementar las cuotas que destina a las operaciones de pacificación de la ONU. Si, como es de suponer, los japoneses adoptan en este caso su tradicional conducta, esperarán a que el gobierno de Estados Unidos les solicite asistencia financiera con ese fin, solicitud a la que accederán luego de ciertos titubeos. Por el contrario, el gobierno japonés debería comprometerse, por iniciativa propia, a resolver tanto los aprietos financieros de las operaciones de la ONU en Camboya como las necesidades de reconstrucción económica de ese país. Si tomara a su cargo la definitiva conclusión de la larga pesadilla del pueblo camboyano, cumpliría sus responsabilidades con la región y la humanidad. Esa operación le significaría un costo de entre 1 000 y 2 000 millones de dólares, suma muy inferior a la que aportó en beneficio de la guerra del Golfo, pero la cual le rendiría grandes dividendos en la región, en Occidente y especialmente en Estados Unidos. Ese acto modificaría por completo la percepción pública de que los japoneses son individuos estrictamente

calculadores y que carecen por lo tanto de todo propósito moral. Éste es el tipo de grandes decisiones que Japón debe acostumbrarse a tomar.

Pero las grandes decisiones no han sido, desde luego, la marca distintiva de la política exterior japonesa desde la segunda guerra mundial. Cautela ha sido la palabra clave. Pero una nueva crisis transpacífica se está gestando. Por fortuna tanto los riesgos como las oportunidades son claros. El este asiático experimenta hoy el que quizá sea el crecimiento económico más espectacular en la historia humana. Tal auge comenzó en Japón y se extendió a toda la zona. Empero, los gobiernos de la región saben que ese crecimiento se vería en peligro si los japoneses tropezaran. Japón, por consiguiente, no puede eludir la considerable influencia que le corresponde ejercer en la forja de la nueva arquitectura política de la región. Pero para tener éxito en ese empeño, habrá de satisfacer no sólo sus propios intereses, sino también los de sus tres vecinos inmediatos, el este asiático y Estados Unidos. No cabe duda entonces de que el futuro someterá a dura prueba la visión y habilidad diplomáticas de sus líderes.

EL ÍMPETU DEL PACÍFICO

En septiembre de 1994 pronuncié uno de los discursos inaugurales de la 36ª conferencia anual del International Institute of Strategic Studies, realizada en Vancouver. Esas reuniones congregan en particular a especialistas estadounidenses y europeos en asuntos geoestratégicos, cuyos supuestos naturales son que Europa supera al resto del mundo en la teoría y práctica de la estrategia, que los principales conceptos y paradigmas de esta disciplina son asimismo de factura europea, y que el resto del mundo no puede hacer nada mejor que emular a Europa. Mi discurso sorprendió a los asistentes por dos motivos: en primer lugar, aduje que la región Asia-Pacífico ofrecía mayores perspectivas de paz que Europa; en segundo, esbocé la manera en que el Pacífico puede brindar a los especialistas en estrategia una nueva Weltanschauung. La reacción a mis palabras fue evidentemente hostil, aunque recibieron mejor acogida al publicarse, en versiones abreviadas, en Foreign Affairs (bajo el título "The Pacific way") y Survival (bajo el de "The Pacific impulse"). Gareth Evans, entonces ministro del Exterior de Australia, las citó en varios discursos, en particular la previsión de que en la región Asia-Pacífico habrá de desatarse una oleada de explosiva creatividad gracias a la fusión en ella de las civilizaciones asiática y estadounidense.

Seis años después, mi tesis se ha visto sujeta a una prueba decisiva. La crisis financiera asiática de 1997-1998 fue una de las mayores crisis económicas del siglo XX. Muchas economías del este asiático sufrieron grandes estragos. Los pensadores occidentales refieren a menudo que, cuando son acompañadas por trascendentales cambios en el equilibrio de poder, las crisis económicas suelen desembocar en conflictos militares, como sucedió en la segunda guerra mundial.

Ninguna otra parte del mundo experimenta hoy cambios en el equilibrio de poder de escala semejante a los que ocurren en la región Asia-Pacífico. En ésta abundan además explosivas fronteras geopolíticas: Rusia-Japón, Japón-China y China-Mar Meridional de China, para no mencionar la emergente relación estratégica más importante del globo: la relación entre Estados Unidos y China.

¿A qué se debe entonces que, en trance tan difícil, la paz haya prevalecido en la región? ¿Por qué no han surgido tensiones en ese escenario? Lo úni-

co que puedo decir es que, seis años después de haber escrito este ensayo, me siento reivindicado en algunos de mis razonamientos sobre el ímpetu del Pacífico. Este ímpetu sobrevive, pese a lo cual ese escepticismo no ha cesado. La mayoría de los expertos occidentales en asuntos estratégicos siguen pensando que la región Asia-Pacífico es un polvorín que podría estallar en cualquier momento. Sólo el tiempo dirá quién está en lo cierto. Por el bien de mis hijos y nietos (si es que llego a tenerlos), espero estarlo yo.

El siglo XXI atestiguará el enfrentamiento entre el “ímpetu del Atlántico” y el “ímpetu del Pacífico”. El primero ha determinado el curso de la historia mundial en las últimas centurias. Si mis suposiciones son correctas y el ímpetu del Pacífico desplaza al del Atlántico, los analistas estratégicos eurocéntricos tendrán que replantear sus conceptos y supuestos para comprender el flujo futuro de la historia.

El siglo XXI se distinguirá por el hecho de que el este de Asia se alzará como centro mundial de poder, junto con Europa (la cual lo ha sido desde hace varias centurias) y América del Norte (desde el siglo XX). Europa fijó hace siglos el curso de la historia: colonizó la mayor parte del mundo, suplantó a otros imperios y sociedades (como China, Japón y el mundo islámico) y, mediante la inmigración, ocupó espacios relativamente vacíos (América del Norte y Australasia). Las dos guerras mundiales del siglo XX, e incluso la guerra fría que las sucedió, fueron en esencia pugnas paneuropeas. El este de Asia ha ejercido, en cambio, escaso impacto en el resto del mundo.

Sería riesgoso tanto para Europa como para la humanidad entera que los analistas fueran incapaces de librarse de concepciones eurocéntricas del mundo. Al igual que las demás partes del orbe que gozaron de esplendor en otras épocas, Europa está exhausta. Ha llegado la hora de que otras regiones contribuyan tanto como ella al progreso mundial.

EL ASCENSO DEL ESTE DE ASIA

El este de Asia renunciará en el siglo XXI a su pasividad. Su prodigiosa fortaleza económica le concederá voz y voto. Apenas en 1960, Japón y el este asiático representaban juntos sólo el 4% del producto nacional bruto (PNB) mundial, en tanto que Estados Unidos, Canadá y México daban cuenta del 37%. Hoy la proporción de ambas áreas se ha equilibrado (en alrededor del 23 o 24%); pero mientras que Asia

está siendo responsable de más de la mitad del crecimiento económico mundial en el decenio de los noventa, las economías tanto de los países participantes en el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) como de las naciones europeas verán reducirse en el futuro su importancia relativa.¹ En un principio, lo más destacable de Asia será su peso económico. Quizá a esto se deba que los economistas e industrialistas europeos ya otorguen un trato respetuoso al este asiático, mientras que los ideólogos y estrategas, al no percibir en esta última región un vigoroso desafío intelectual, consideran que es poco lo que pueden aprender de ella.

Esto podría explicar la causa de que casi todos los analistas estratégicos den por sentado que el futuro del este de Asia sólo es discernible a partir de la experiencia europea. En las comparaciones con Europa que inevitablemente se desprenden de ese juicio, el este de Asia ocupa siempre el segundo lugar. Richard Betts asegura que “una de las razones del actual optimismo acerca de la preservación de la paz en Europa es la evidente satisfacción de las grandes potencias con el orden de cosas ahí establecido”, a diferencia de lo cual el este de Asia constituye “un profundo pozo de enconados agravios con mayor potencial de conflictos que durante la guerra fría, cuya naturaleza bipolar contribuyó a sofocar la intensificación de contiendas locales”.²

Aaron L. Friedberg asienta por su parte: “Aunque la guerra civil y el antagonismo étnico se mantendrán latentes en la periferia europea, todo indica que es mayor la probabilidad de que, a largo plazo, sea Asia la que se convierta en escenario de un conflicto entre las grandes potencias. El medio milenio durante el cual Europa fue el principal generador de guerras (así como de riqueza y conocimientos) está llegando a su fin. Pero, para bien o para mal, el pasado de Europa podría ser el futuro de Asia.”³

Tras revisar la historia de conflictos en el este de Asia, Barry Buzan y Gerald Segal afirman:

Considerados en conjunto, todos estos legados históricos, aún vigentes, indican que la fragmentación y la hostilidad políticas caracterizan a las relaciones

¹ Kenneth S. Courtis, “The centre of the world economy shifts to the Asia-Pacific: Challenges and opportunities for Canada”, discurso pronunciado ante el Pacific Basin Economic Council de Canadá, Toronto, 18 de abril de 1994.

² Richard K. Betts, “Wealth, power and instability”, *International Security*, vol. 18, núm. 3, invierno de 1993-1994, p. 64.

³ Aaron L. Friedberg, “Ripe for rivalry”, *International Security*, vol. 18, núm. 3, invierno de 1993-1994, p. 7.

internacionales de la región. Es poco lo que une a sus estados y sociedades, y mucho lo que los divide. Toda posibilidad de hallar un terreno común contra Occidente se esfumó hace mucho tiempo. Una vez desvanecidas las particulares distorsiones impuestas por la guerra fría, han reaparecido patrones históricos que fueron suprimidos o desplazados por la rivalidad ideológica y la de las superpotencias. [...] Así pues, la historia da sólido sustento a la conjetura de que Asia corre el riesgo de retornar al futuro.⁴

Muchos asiáticos temen que, además de contener meras predicciones analíticas, juicios como éstos representen en realidad la expectativa de Europa de no verse rebasada por el este de Asia.

LA GRAN OLEADA

Lo que más llama la atención de artículos como los anteriormente citados es la imposibilidad de advertir que el este de Asia es objeto en la actualidad de una oleada como no había visto nunca antes en su historia, razón fundamental de su dinamismo económico: la oleada del sentido común y de la recuperación de la confianza en sí mismo. En las dos últimas décadas ha tenido lugar una profunda revolución psicológica en la mayoría de las inteligencias del este asiático. Un creciente número de ellas han caído en la cuenta de que han perdido centurias intentando acceder al mundo moderno. Ya no pueden permitirse fracasar. Luego de muchos siglos, su momento ha llegado. ¿Acaso estarían dispuestas a perderlo en querellas históricas relativamente insignificantes?

A un europeo o norteamericano le resulta difícil comprender la trascendental naturaleza de esa revolución psicológica, puesto que le es imposible entender la mentalidad del este asiático. Su inteligencia jamás se ha visto envuelta por el celofán del colonialismo. Nunca ha tenido que luchar con el supuesto subconsciente de que es un ser humano de segunda clase, incapaz de arribar a la “primera”. La creciente constatación entre los asiáticos del este de que pueden igualar, si no es que superar, a otras culturas o sociedades ha producido una explosión de la confianza en sí mismos.

Esa confianza se ve acentuada por la comprobación de que el tiempo necesario para alcanzar al mundo desarrollado es cada vez

⁴ Barry Buzan y Gerald Segal, “Rethinking East Asian security”, *Survival*, vol. 36, núm. 2, verano de 1994, p. 7.

más corto. El periodo que las naciones tardan en duplicar su producción per cápita se está abreviando: el Reino Unido tardó 58 años (a partir de 1780), Estados Unidos 47 (desde 1839), Japón 33 (desde el decenio de 1880), Indonesia 17, Corea del Sur 11 y China 10 años. Entre las complejas razones de ello está el aceleramiento tanto de la difusión de tecnología, ideas y prácticas de negocios como, desde luego, de la circulación de capitales a través de las fronteras.

Gran número de asiáticos del este han cobrado conciencia asimismo de que sus sociedades están haciendo correctamente cosas fundamentales, en contraste con muchas sociedades europeas. Numerosos pensadores europeos celebran como bien inmarcesible la firme implantación de la democracia en sus sociedades, especialmente por cuanto que ésta impide la guerra. Pero los sistemas democráticos también pueden ser muy resistentes al cambio. Las pesadas cargas de bienestar social acumuladas por Europa no pueden ser desechadas fácilmente, dado el hecho, sobre todo, de que son transferidas a las nuevas generaciones. La American Bureau of the Budget pronosticó en fecha reciente que cada bebé que nazca este año en Estados Unidos estará obligado a pagar en impuestos, de continuar vigentes los programas hoy en vigor, el 82% de los ingresos que percibirá durante toda su existencia. William Rees-Mogg señala que “esa cifra es obviamente insostenible”, aunque agrega que “las erogaciones gubernamentales europeas son aún más elevadas que las estadounidenses”.⁵

Varias de las políticas socioeconómicas europeas son absolutamente indefendibles. Mientras que de 1977 a la fecha Estados Unidos y Canadá han generado 30 millones de empleos, Europa sólo ha creado 9 millones. La mayoría de los nuevos empleos estadounidenses han sido responsabilidad del sector privado, en tanto que en el caso europeo lo han sido del sector público. Como consecuencia de ello, la tributación va en aumento en Europa, donde, además, el costo social del salario duplica en promedio al de Estados Unidos.⁶

Algunos pronósticos indican que el ingreso real disponible en Europa se reducirá en los próximos 25 años a un índice del 1% anual. Un niño europeo que nazca hoy se enfrenta a la perspectiva de obtener menos ingresos que sus padres. Los asiáticos del este, por el con-

⁵ William Rees-Mogg, “Money moves East, as welfare goes West”, *The Straits Times* (Singapur), 9 de julio de 1994, p. 35.

⁶ Stephanie Gazelline, “World competitiveness today: New rules for a new era”, *European Business Report*, primavera de 1994, p. 22.

trario, están a punto de abordar la cresta de una ola ascendente. Este año, el PIB total —en términos de poder de compra real— de los 2 500 millones de habitantes de China, la India, Japón y la cuenca asiática del Pacífico equivaldrá a alrededor de la mitad del PIB de los 800 millones de habitantes de Europa y América del Norte. En 2025, el PIB asiático será del doble del euronorteamericano.⁷

Hace más de 100 años, durante la restauración Meiji, Japón fue la primera sociedad asiática en intentar integrarse al mundo moderno. No obstante, a ese intento habrían de seguirle decenios de conflictos militares que, luego de éxitos iniciales en las guerras contra China y Rusia, desembocarían en el desastre y la ignominia. No es concebible que, un siglo después, el este de Asia proyecte seguir el mismo camino. ¿O acaso la modernización económica conduce inevitablemente al conflicto militar y el desastre?

Lo cierto es que entre lo que Japón intentó lograr hace 100 años y lo que hoy se propone el este de Asia existe algo decisivamente distinto. Japón estaba convencido de que garantizaría su éxito con sólo sumarse a los países colonizadores. Como ha señalado Richard J. Samuels, “la industrialización temprana de Japón fue comandada por la industria militar, con objeto de afianzar la seguridad nacional mediante la ‘nivelación y superación de Occidente’.” Ese cometido se compendió en el lema “Nación rica, ejército fuerte” (*fukoku kyohei*).⁸ Así, la modernización económica japonesa no fue una meta en sí misma, sino, a la manera de Europa en el par de siglos anteriores, un escalón hacia la conquista militar.

La actual dinámica del este asiático no podría ser más diferente al escenario en el que Japón se hallaba a fines del siglo XIX. Aquella región persigue algo mucho más sustancial: el éxito por mérito propio, no para incorporarse al club europeo. La batalla para elaborar las normas sociales, políticas y filosóficas que recojan fielmente las aspiraciones de su pueblo será sin duda inmensa, pero también incansable. De este modo, lo más descabellado que una sociedad del este de Asia podría hacer hoy sería dar la espalda a ese grandioso desafío e incurrir en las tradicionales rivalidades militares: volver a arrancar el fracaso de las fauces de la victoria.

⁷ William Rees-Mogg, *op. cit.*

⁸ Richard J. Samuels, *Rich nation, strong army: National security and the technological transformation of Japan*, Cornell University Press, 1994.

COMPARACIÓN DE ESCENARIOS GEOESTRATÉGICOS:
EUROPA Y EL ESTE DE ASIA

Es probable que a los pensadores europeos convencionales les tenga sin cuidado esta descripción del gran drama humano que se desenvuelve en el este de Asia. Su mirada sigue fija en antiguas y latentes rivalidades o en la carrera armamentista. Como ya se indicó, entre ellos prevalece la opinión de que el este de Asia habrá de enfrentar un escenario estratégico mucho menos favorable que el europeo.

Buzan y Segal apuntalan ese argumento en el papel de lo que llaman la “sociedad internacional” en la preservación de la paz y la estabilidad. Aseguran: “El concepto de sociedad internacional rebasa la mera noción específica de asociación de regímenes. Propone una situación en la que un vasto conjunto de regímenes, organizaciones multilaterales y reglas permite a los estados comunicarse con regularidad para establecer modalidades y hábitos de consulta y cooperación, coordinar y conducir sus relaciones e impedir que sus controversias degeneren en conflictos bélicos.” Y añaden: “Europa en particular y Occidente en general son sociedades internacionales avanzadas y ampliamente desarrolladas. Las sociedades industrializadas de Asia componen en cambio una sociedad internacional regional de tan pobre desarrollo que ni siquiera es posible compararla con las de África y Medio Oriente.”⁹

En esas convencionales ideas se pierde de vista, sin embargo, un factor fundamental en la comparación entre Europa y el este de Asia: el de que mientras que en esta última región las armas guardan silencio, Europa se halla rodeada por un anillo de fuego, el cual brota en Argelia —con repercusiones a todo lo largo del norte de África—, reaparece en la perversa confrontación en Bosnia y alcanza su clímax en el Cáucaso. Desde los conflictos en Georgia hasta los inminentes estallidos en Kosovo, Macedonia y Albania, en la periferia europea se pierden diariamente más vidas que en la totalidad de la región Asia-Pacífico, de población mucho más numerosa.

Al comparar el este de Asia con Europa, varios autores destacan que la existencia de firmes instituciones regionales, como la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), la Unión Europea (UE) y la Organización para la Seguridad y la Cooperación Europeas (OSCE), concede a Europa una ventaja competitiva de paz y seguridad. La OSCE ha sido

⁹ Barry Buzan y Gerald Segal, *op. cit.*

propuesta incluso como modelo para la región Asia-Pacífico. Sin embargo, un buen número de los 53 miembros de ese órgano —Serbia, Croacia, Bosnia, Armenia, Azerbaiján, Georgia, Moldavia y Tajikistán— experimentan hoy conflictos internos o externos reales, para no mencionar los potenciales de Macedonia y Kosovo. El silencio de las armas en la región Asia-Pacífico y su rugir en torno a Europa no son hechos accidentales, sino resultado de la incoherencia estratégica con la que Europa se ocupa de su escenario inmediato, así como de las decisiones estratégicas relativamente atinadas del este de Asia.

Las incoherentes políticas estratégicas europeas resienten en efecto varias fallas. La primera de ellas es la creencia de que Europa puede asegurar la paz concentrándose en su unificación y desinteresándose de su periferia. Para un observador del este de Asia, los esfuerzos por dotar de profundidad a la Unión Europea mediante el Tratado de Maastricht o de ampliarla mediante la incorporación a ella de naciones europeas “compatibles” semejan el deseo de reacomodar el mobiliario de la sala mientras el agua del diluvio se cuele a raudales por la puerta. Es incomprensible que Europa pretenda amurallarse para separarse de sus vecinos y excluirlos permanentemente de su crecimiento y prosperidad. En contraste con ello, al este de Asia lo impulsa el afán estratégico de atraer con su dinamismo a todas las sociedades de la región, comenzando por Myanmar (la antigua Birmania) y Vietnam y terminando con Corea del Norte.

Europa no tiene otra opción que enfrentar a tres grandes fuerzas a su puerta: Rusia, África y el islam. En un mundo en contracción, la turbulencia de esas tres áreas se filtrará en Europa. La estrategia europea hacia Rusia ha tenido un éxito marginal (aunque cabe cuestionar su viabilidad a largo plazo), pero la dirigida a África y el islam representa un rotundo fiasco.

Desde una perspectiva de largo plazo, quizá haya sido un error estratégico que la UE haya admitido a estados social y culturalmente afines antes que a Turquía. Emitió de ese modo una señal en el sentido de que siempre tenderá a distanciarse del mundo musulmán; de que ningún estado islámico —por secular, moderno o “europeo” que pueda ser— accederá jamás a la “casa de Europa”. Perdió así la oportunidad de permitir que una sociedad islámica demostrara su capacidad para cruzar fronteras culturales y asemejarse a cualquier estado europeo moderno. Quizá también haya perdido la de patentizar que puede trascender sus fronteras culturales para crear instituciones regionales que den cabida a las culturas más diversas, tal como ya ocu-

rre en la región Asia-Pacífico con organizaciones como la Asociación de Naciones del Sudeste Asiático (Association of South-East Asian Nations, ASEAN), la Conferencia de Cooperación Económica Asia-Pacífico (Asia-Pacific Economic Cooperation Conference, APEC) y el Foro Regional de la ASEAN (ASEAN Regional Forum, ARF).

La exclusión del mundo islámico se ha visto magnificada por la pasividad europea ante el genocidio en Bosnia. Es de dudar que Europa habría mostrado igual indiferencia si la artillería musulmana hubiera atacado a poblaciones cristianas de Sarajevo o Srebrenica. Asimismo, es ridículo que condene el tropiezo de la democracia en Myanmar si al mismo tiempo se muestra indulgente con un tropiezo semejante en Argelia. Esa doble moral es fácilmente perdonable por europeos cínicos. Sin embargo, éstos subestiman el enorme precio que Europa paga ya por ignorar al islam, con el que tendrá que convivir durante los próximos mil años. Europa se hapreciado en los últimos decenios de su liderazgo moral: frente a grandes crisis emite casi invariablemente las respuestas éticas correctas y presta abundante asistencia humanitaria. Así, aunque en forma gradual, los líderes europeos ya toman conciencia de la magnitud del problema del islam. El canciller alemán, Helmut Kohl, afirmó este año que “el avance del fundamentalismo islámico en el norte de África es la mayor amenaza” para Europa, mientras que, por su parte, el primer ministro francés, Edouard Balladur, ha calificado a la revolución fundamentalista argelina como el principal peligro para su país.¹⁰

La segunda deficiencia estratégica de Europa radica en el supuesto de que lo mismo sus vecinos que el resto del mundo seguirán la senda social trazada por ella; de que la progresión natural de la historia convertirá a todas las naciones en sociedades liberal-democráticas y capitalistas. Para la mayoría de los europeos, la validez de ese supuesto se confirmó con su cumplimiento por el presidente ruso Mijaíl Gorbachov, y adicionalmente con el posterior derrumbe y desaparición de la Unión Soviética. De ahí que tantos de ellos hayan abrazado la idea de que la aplicabilidad universal del modelo occidental equivalía al “fin de la historia”.

Esa profunda creencia en la superioridad del modelo occidental tiene un pernicioso y peculiar efecto en Europa: el de la imposibilidad de aceptar la sencilla noción de que otras culturas o sociedades

¹⁰ Daniel Pipes, “Why the stakes are so high in Algeria”, *International Herald Tribune*, 13 de agosto de 1994.

pueden poseer igual valor que las suyas propias. El ensayo "Islam and the West", recientemente publicado en el *Economist*, permite constatar esa anomalía.¹¹ En él se da por hecho que las sociedades islámicas no progresarán hasta asemejarse a Occidente. En ningún momento se sugiere que éste también tenga algo que aprender del islam. Para introducir aquí un contraste simple, nada indica que ni el estado islámico más poblado del mundo (Indonesia) ni el de mayor éxito económico en el orbe (Malasia), ubicados ambos en la región Asia-Pacífico, habrán de alterar su actual modelo. La certidumbre en la universalidad del modelo occidental podría obstruir la aceptación del principio de la diversidad e impedir que una comarca viva en paz con otras culturas. A diferencia de Europa, la región Asia-Pacífico sí está acostumbrada a la diversidad.

La tercera deficiencia estratégica de Europa es la pretensión de "encerrar" sus relativamente elevados niveles de vida detrás de nuevas barreras al libre comercio y del mantenimiento de sus onerosos subsidios. A este respecto salta a la vista la discrepancia entre las estrategias estadounidense y europea. Estados Unidos ya ha dado el paso, relativamente audaz, de cruzar una frontera cultural y socioeconómica para establecer con México un tratado de libre comercio. En realidad no tenía otra opción, puesto que de no exportar a ese país empleos subremunerados para obtener a cambio empleos altamente remunerados (presumible acuerdo de "beneficio mutuo"), México habría persistido en la exportación de población a su vecino.

La única solución permanente al ineludible y prolongado problema de la inmigración ilegal a Europa consiste en que ésta exporte empleos subremunerados (a cambio de empleos altamente remunerados) y formalice tratados de libre comercio, inicialmente con el norte de África. La probabilidad de que esta estrategia dé buenos resultados a largo plazo sería mayor si, en vez de obstaculizarlas, Europa promoviera normas mundiales de libre comercio que permitan tanto a ella misma como a sus vecinos integrarse a la oleada de prosperidad de la región Asia-Pacífico. Pero para conceder a sus vecinos la posibilidad de aprovechar su ventaja comparativa natural, Europa tendría que abolir sus subsidios agrícolas. Es sumamente preocupante que una solución tan sencilla y sensata a un problema estratégico de largo plazo se considere prácticamente inconcebible.

¹¹ "Islam and the West", *The Economist*, 6-12 de agosto de 1994.

La población europea constaba en 1990 de 498 millones de personas, mientras que la africana era de 642 millones. De acuerdo con proyecciones de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) basadas en la extensión media de la fertilidad, en 2050 las cifras correspondientes serán de 486 millones y 2 270 millones de personas, proporción comparable a la actualmente existente en Sudáfrica entre las poblaciones blanca y negra. Así, Europa occidental enfrentará en un par de decenios a masas empobrecidas en sus fronteras, las cuales se sumarán en número creciente a las ya existentes.¹² A menos que esas masas se sientan partícipes de la prosperidad europea en su propia patria, no tendrán otro remedio que seguir mudándose a la “casa de Europa”.

Algunos autores admiten ya que África es el gran problema de Europa. William Pfaff preguntó en fecha reciente: “¿Quién es el responsable de la catástrofe africana?” Y respondió: “Las potencias europeas, las cuales colonizaron África en el siglo XIX por un complejo conjunto de buenas y malas razones y destruyeron sus sistemas sociales y políticos, sus instituciones y su ley.” A la pregunta adicional “¿Para quién es más urgente, fuera de África, salvarla?” contestó así: “Para los europeos. Más allá de que éstos sean los principales consumidores de las exportaciones mineras y agrícolas de África, el naufragio de este continente seguirá empujando a cientos de miles, y aun millones, de personas a emigrar a sitios en los que puedan hallar orden, empleo y seguridad: un futuro. Difícilmente controlable, su desplazamiento a Europa ya ha producido graves problemas sociales y serias tensiones políticas.”¹³

Exportadas al resto del mundo, estas deficiencias estratégicas europeas esparcen un ánimo al que llamo el “ímpetu del Atlántico”: la inclinación a la unificación continental, no a la integración global; la exportación del desarrollo político antes que del económico, al tiempo que se ignoran diferencias sociales y culturales y se erigen nuevas barreras proteccionistas para “encerrar” insostenibles políticas de bienestar. Si Europa prosigue en esa dirección, perderá no sólo ella, sino también el resto del mundo, el que en otro tiempo tanto se benefició de la creatividad y dinamismo europeos.

¹² Kishore Mahbubani, “The West and the rest”, *The National Interest*, núm. 28, verano de 1992, pp. 5-6.

¹³ William Pfaff, “Africa needs Europe to get involved again in a different spirit”, *International Herald Tribune*, 15 de agosto de 1994, p. 4.

UN EJEMPLO CONCRETO DEL ÍMPETU DEL ATLÁNTICO

El estancamiento de 1989 a 1993, a causa de la intransigencia europea, de las negociaciones de la Ronda de Uruguay (RU) del Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio (General Agreement on Tariffs and Trade, GATT) ilustra el hecho de que el ímpetu del Atlántico puede dañar los intereses del mundo. Quizá esta circunstancia habría terminado en desastre de no haber sido por la crucial reunión celebrada en Seattle, en noviembre de 1993, por los presidentes de los países miembros de la APEC. Acertadamente, Estados Unidos emitió entonces una señal en el sentido de que si la RU fracasaba, sería inevitable proceder a la creación de un área o régimen de libre comercio en la región Asia-Pacífico. Los demás integrantes de la APEC apoyaron ese mensaje y, luego de importantes consultas telefónicas entre Bonn y París, en diciembre de 1993 Europa consintió finalmente firmar los acuerdos de la RU.

Se determinó entonces que la ceremonia de formalización se llevaría a cabo en Marrakech, Marruecos. Dada la proximidad de esta ciudad al Atlántico, el ímpetu de éste hizo inoportuno acto de presencia en un acontecimiento que estuvo a punto de simbolizar el infortunio del acuerdo definitivo. Tras haber obtenido el apoyo de los países de la APEC para lograr que Europa aprobara el acuerdo de la RU, Estados Unidos cambió súbitamente de bando y se asoció con Europa en el intento por incorporar al acuerdo la "cláusula social". El pretendido propósito de ésta es mejorar las condiciones de trabajo en el Tercer Mundo. Muchos europeos la defienden como emblema de un anhelo moral. Pero ello es un insulto a la inteligencia del resto del mundo, el cual se percata de que el repentino interés europeo en la suerte de los trabajadores surge precisamente en el momento en que los ingresos de éstos han comenzado a elevarse, en tanto que fue inexistente mientras tales ingresos se mantuvieron inamovibles. La cláusula social representa una trampa que no será de ningún beneficio para Europa.

La coalición con los europeos tuvo consecuencias adversas para Estados Unidos, pues no resultó del agrado de los socios de este país en la APEC, hecho que algunos sensibles funcionarios estadounidenses admiten en privado. No obstante, este episodio tuvo aún mayores repercusiones. Demostró que, dada su ubicación geográfica, en los decenios por venir Estados Unidos se verá dividido entre los ímpetus del Atlántico y el Pacífico. En los próximos 10 años, las decisiones es-

tadunidenses habrán de ser quizás el factor más trascendente en las relaciones internacionales.

ESTADOS UNIDOS: ¿ATLÁNTICO O PACÍFICO?

El escenario geopolítico de Estados Unidos fue muy claro durante la guerra fría: la amenaza procedía de la Unión Soviética, y la alianza atlántica era la más importante prioridad de seguridad. Al consumarse la victoria, el entonces secretario de Estado, James Baker, condensó las mieles del momento al proclamar la aparición de una comunidad que se extendería de Vancouver a Vladivostok (círculo que comprendía prácticamente al mundo entero, con excepción del Océano Pacífico). Ése fue tal vez el instante más glorioso del ímpetu del Atlántico.

Los intereses que, a través de los océanos Atlántico y Pacífico, unen a Estados Unidos con Europa y el este de Asia, respectivamente, serán cada vez más divergentes. Culturalmente, Estados Unidos buscará sus raíces en Europa. De igual manera, las instituciones políticas y militares del Atlántico preservarán su actual predominio: organismos tan variados como el Grupo de los Siete (G-7), la OSCE, la OTAN y la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE) atraerán a los líderes estadounidenses al Atlántico. Esos vínculos perdurarán.

Pero la seguridad económica y, sobre todo, la seguridad nacional de Estados Unidos estarán crecientemente determinadas por lo que ocurra en el Pacífico. El año pasado, el comercio transpacífico ascendió a un total de 330 000 millones de dólares, cifra superior en 50% a la correspondiente al trasatlántico. Tal proporción alcanzará el nivel de 2 a 1 para fines de este mismo decenio.

No cabe la menor duda acerca de dónde se encuentran los mercados de mayor crecimiento en el futuro. La incorporación de cuatro estados más a la UE en enero de 1995 representó para ésta la integración de 29 millones de consumidores. La probable suma a ella de los estados más grandes de Europa oriental (República Checa, Eslovaquia, Hungría y Polonia) significaría un incremento adicional de 65 millones de consumidores. Por su parte, sólo el este de Asia aloja a 1 840 millones de consumidores, cuya demanda de productos aumentará conforme se acerquen a la marca decisiva de 1 000 dólares de ingreso mensual per cápita. Vecino inmediato de la región, la India cuen-

ta a su vez con una ascendente clase media (compuesta en la actualidad por 200 millones de personas, y por 400 millones dentro de un decenio) y una boyante clase alta (formada por 40 millones de personas).

Dado que su tema predilecto es la proliferación nuclear, a los analistas de asuntos estratégicos no suelen interesarles los productos de consumo. Sin embargo, los mercados de consumo son determinantes en las principales decisiones estratégicas. En junio de 1994, Estados Unidos disipó por fin una de las mayores nubes que pendían sobre la región Asia-Pacífico al desvincular de asuntos no comerciales la condición de nación más favorecida (NMF) de China. El factor crucial de esa decisión fue la potencial magnitud del mercado de consumo chino. (Todo indica que fue el férreo y determinado liderazgo estadounidense el que desvaneció la crisis nuclear de Corea del Norte. Futuros historiadores registrarán que, en última instancia, la dinámica regional condicionó incluso a líderes como Kim Il Sung y Kim Jong Il para no comportarse como Saddam Hussein.)

Pero la economía no será lo único que atraerá a Estados Unidos al Pacífico. Los escenarios sociopolítico y de seguridad militar, de aún mayor envergadura, así como el bienestar cultural, serán factores igualmente decisivos. Entre los analistas estratégicos europeos, tanto como entre los atlanticistas situados en las inmediaciones del litoral atlántico estadounidense, priva la aferrada certeza de que Estados Unidos comerciará con el Pacífico pero seguirá siendo miembro de la comunidad atlántica. Más aún, descartan la idea misma de la existencia de una comunidad pacífica, dada la diversidad y divisiones de la región.

De esta forma, resulta conveniente describir la apariencia de una posible comunidad del Pacífico, así como sus probables diferencias respecto de la comunidad atlántica. A muchos europeos les sorprenderá saber que ya ha empezado a configurarse una visión acerca de esa comunidad y, sobre todo, que ya se han tendido algunos de sus fundamentos iniciales. Esto explica a su vez el motivo de que en Estados Unidos se intensifique día a día el ímpetu del Pacífico.

LA COMUNIDAD DEL PACÍFICO: UNA VISIÓN

Jamás ha existido una comunidad del Pacífico. De ahí que quienes intentan indagar el futuro en el pasado sean incapaces de advertir

sus posibilidades. Esa comunidad diferirá de todas las anteriores, puesto que no será asiática ni americana. El Pacífico se convertirá quizá en la región más dinámica del mundo, gracias a que podría reunir lo mejor de diversas corrientes de las fecundas civilizaciones asiáticas y occidentales. De prosperar esa fusión, la creatividad consecuente alcanzaría una escala nunca antes vista ni experimentada.

Ya contamos con indicios de tal creatividad. El dinamismo del este de Asia no se reduce al renacimiento de esplendorosas culturas antiguas: es resultado de la exitosa fusión de Oriente y Occidente en la reconstrucción de sus sociedades. Japón ya ha demostrado cuán exitosa puede ser esa fórmula. En lo cultural, sigue siendo acendradamente japonés, lo cual no obsta para que su administración civil (tal vez la burocracia racional “occidentalizada” más poderosa del mundo), empresas, ciencia y tecnología se hallen entre las mejores del mundo. Se ha modernizado y no es más una sociedad feudal (los asistentes a las principales ceremonias imperiales visten de rigurosa etiqueta occidental, pues la corte de Japón sobresale por su europeísmo), pero los japoneses siguen siendo japoneses. Aunque, por su apariencia, muchos adolescentes nipones se asemejan a los europeos o estadounidenses, sus hogares son japoneses y su alma es japonesa (como lo confirma, entre otras cosas, el sincero respeto con que tratan a los ancianos). Además, la delincuencia juvenil es en Japón relativamente escasa. El resistente lazo que mantiene unidas a las sociedades y familias asiáticas no se ha desgastado a causa de la modernización.

A ojos de muchas personas, el resultado es un milagro económico e industrial. La productividad japonesa en la mayoría de los sectores manufactureros no puede ser igualada por ninguna otra fuerza de trabajo del mundo. Sin embargo, ese éxito no se debe ni a la cultura japonesa ni a los métodos occidentales: es consecuencia de la combinación de ambos elementos.

Ése es el motivo de que muchos asiáticos consideren superflua la pretensión de los negociadores estadounidenses de recurrir a intrincadas reglamentaciones comerciales para procurar un “terreno de juego parejo”. En un terreno de juego totalmente parejo, las industrias japonesas batirían a las estadounidenses (si bien éstas seguirían descollando en muchas áreas). En un discurso pronunciado el 18 de abril de 1994 ante el Pacific Basin Economic Council de Canadá, Kenneth Courtis señaló: “En 1993, por ejemplo, el tercer año de su más severa recesión en los últimos cuatro decenios, Japón destinó el

18.2% de su PNB a inversiones de capital, mientras que la cifra estadounidense correspondiente fue de sólo 12%. En la cumbre, punto más alto del incremento de sus inversiones de ese tipo como porcentaje de su PNB, la inversión japonesa en plantas y equipo fue en ese año de 5 777 dólares per cápita, en tanto que la estadounidense fue de 2 519 dólares.” Estados Unidos alcanzará a Japón cuando emprenda una ósmosis paralela: la absorción de lo mejor de las civilizaciones del este de Asia junto con lo mejor de Occidente.

El éxito de la comunidad del Pacífico dependerá de convertir en bidireccional un proceso de aprendizaje hasta ahora unidireccional. A China y otras sociedades del este asiático les llevará mucho tiempo aceptar el sabio consejo de Yukichi Fukuzawa, el gran reformador Meiji, de “progresar y aprender de Occidente”. En Sapporo se venera a un estadounidense, William Smith Clark, por haber inspirado a los jóvenes japoneses a ser ambiciosos. La exaltación como héroe de un japonés (o cualquier otro asiático del este) en una ciudad estadounidense marcará el inicio del flujo bidireccional de las ideas.

Con todo, ya se han conseguido ciertos progresos. Métodos japoneses de control de calidad (los cuales fueron concebidos por un estadounidense, Arthur Demming) ya han sido trasplantados a Estados Unidos. La industria automotriz de este país por fin se muestra ansiosa de aprender de Japón, y otras industrias específicas están muy interesadas en estudiar métodos japoneses.

El verdadero aprendizaje demanda humildad. Afortunadamente, el pueblo estadounidense es en esencia abierto y comprensivo. No posee presunciones históricas, abundantes en cambio entre los europeos. Sólo esto puede explicar que Estados Unidos haya sido hasta ahora la superpotencia más benévola de la historia. Dotadas de igual poder, las naciones europeas lo habrían utilizado únicamente en beneficio de sus intereses nacionales. Los estadounidenses impulsaron una idea. Y han contribuido al mejoramiento de la sociedad del este asiático. Éste no ocuparía su actual posición de no ser por la extraordinaria generosidad del espíritu estadounidense. Las brillantes mentes jóvenes del este de Asia responsables de la efervescencia económica de la región proceden en número creciente de universidades estadounidenses. Estados Unidos tiende así los puentes necesarios para la fusión de Oriente y Occidente en el Pacífico.

La historia demuestra que el comercio no se reduce a dinero y bienes; también implica ideas. La grandiosa explosión del comercio bidireccional no puede dejar intactas a las culturas a ambos lados del

Pacífico. Éstas habrán de fusionarse con el paso del tiempo. Cuando el aparato político estadounidense perciba esa fusión como un acontecimiento positivo para la revigorización de su sociedad, aumentará el consenso, en favor por ejemplo de la permanente y pujante presencia militar estadounidense en Asia como factor de estabilización de la zona. Es evidente que esa fusión ya ha comenzado, y que ya produce efectos favorables, especialmente en la seguridad regional.

LA REGIÓN ASIA-PACÍFICO: SEGURIDAD REGIONAL

No es por accidente que la región que experimentó algunas de las mayores guerras del siglo XX sea ahora la más pacífica del mundo. Varios profundos motivos explican ese fenómeno. Ya me he referido a algunos de ellos. Otros son de más difícil sustanciación, pero aun así merecen ser considerados. Uno de ellos es la desaparición de la seguridad del este asiático entre las preocupaciones europeas. Las dos grandes guerras libradas en el este de Asia, las de Corea y Vietnam, fueron “producto en gran medida del presunto vínculo de la seguridad del área con la europea”.¹⁴ Asimismo, es preciso cuestionar explicaciones fáciles. La superioridad militar estadounidense no puede ser la única causa (pese a su indudable importancia) de la paz que prevalece en la región. Si la superioridad militar fuera decisiva, la OTAN habría impedido la crisis de Bosnia.

En la región Asia-Pacífico se desarrolla actualmente una singular “cultura corporativa” en torno a la seguridad regional, mezcla inusual de Oriente y Occidente. En ella, conceptos occidentales como los de soberanía nacional y organización regional se combinan con actitudes orientales referentes a la resolución de diferencias. El mejor modelo de este tipo hoy en operación es el implantado en el sudeste asiático.

Al igual que Europa, también Asia tiene sus Balcanes, ocultos asimismo en su extremo sudeste. En dimensión y diversidad, sin embargo, el sudeste asiático excede con mucho a los Balcanes. Aloja a más de 450 millones de personas, 10 veces la población de los Balcanes. En términos tanto étnicos como religiosos, es también mucho más variado: en él coexisten el islamismo, el cristianismo, el budismo (en dos corrientes), el hinduismo, el taoísmo y el confucianismo. Hace

¹⁴ Richard K. Betts, *op. cit.*

apenas 10 años, el sudeste asiático suscitaba mayor pesimismo que los Balcanes. Hasta 1984 el sudeste asiático había experimentado revueltas comunistas y más muertes que ninguna otra región durante la guerra fría, mientras que en Europa las armas habían callado desde la segunda guerra mundial.

En fecha tan reciente como 1965, las perspectivas del sudeste de Asia eran desoladoras. Indonesia había sufrido inestabilidad y ruina económica bajo el gobierno de Sukarno; la confrontación entre Malasia y Singapur persistía; Filipinas y Malasia se disputaban Sabah; Singapur había padecido una problemática y gravosa fusión con Malasia, y las revueltas comunistas iban en aumento. Todos esos países creían que, por fin, la historia debía favorecerlos. De ahí que, como solía decirse entonces, hace menos de 30 años, los estados del sudeste asiático estuviesen condenados a “caer como piezas de dominó”. Nada alentaba el optimismo.

¿Cómo fue posible, entonces, que el sudeste asiático se convirtiera en la región más exitosa del Tercer Mundo? Su paz actual es la envidia del planeta. Paradójicamente, además, hoy son sus armas las que han enmudecido, en tanto que el estruendo de la metralla en los Balcanes indica que es Europa, no Asia, la que “retorna al futuro”.

El sudeste asiático se ha servido de varios elementos de la “cultura corporativa” de la seguridad regional. El primero de ellos es la arraigada tradición asiática (representada por la costumbre de los lugareños a descalzarse antes de introducirse en una casa ajena) de respetar el hogar de los demás y reconocer que se entra a él como invitado. A eso se debe que prácticamente todas las sociedades asiáticas respalden el principio de no interferencia en los asuntos internos de otras naciones. Este antiguo adagio también tiene raíces en Europa. Pero ahí se ha desgastado a causa de la adopción de los supuestos universalistas de las sociedades occidentales.

En Europa y América del Norte se considera “legítimo” intervenir en los asuntos internos de un estado cuando se violan ciertos principios universales, especialmente los relativos a los derechos humanos. En América del Norte o en una Europa exhausta por la guerra, eso no produce ningún conflicto. Pero como lo demuestra la experiencia del sur de Asia, la intervención en asuntos internos puede derivar en enfrentamientos entre estados menos desarrollados. Una de las razones esenciales de que durante más de 25 años no haya estallado la guerra entre los países miembros de la ASEAN es precisamente su apego al precepto de no interferencia en asuntos internos.

La ASEAN ha sido duramente criticada por guardar silencio en el caso de Timor Oriental. Pero tal vez la causa de que la mayoría de las naciones asiáticas no hagan comentarios sobre los actos internos de las demás sea que creen en la validez del antiguo proverbio cristiano “Quien esté libre de culpa que tire la primera piedra.” Todas nuestras sociedades son imperfectas; pero si lo que efectivamente deseamos es que las cosas mejoren, ¿para qué mecer la balsa? La decisión de Japón de no hacer comentarios sobre China encierra profunda sabiduría. Esta actitud presumiblemente “inmoral” podría salvar a la larga millones de vidas, gracias a que induce la prevención de conflictos.

El segundo elemento de la “cultura corporativa” de seguridad del que se ha valido el sudeste de Asia es el estilo asiático para el manejo de relaciones difíciles. Más allá de la propaganda que cruza la frontera ideológica entre las Coreas del Norte y el Sur (y, en menor medida, también entre China y Taiwán), es de llamar la atención cuán pocas naciones del este de Asia incurrir en “duelos de improprios” entre sí. El honor es importante en la región, y de su pérdida pueden derivarse problemas, como cuando Vietnam humilló a China al invadir Camboya, a despecho de las explícitas advertencias de que lo evitara. Diplomáticos vietnamitas han admitido en privado que ese franco desaire a China fue contrario a 2 000 años de cordura colectiva.

Pero los asiáticos también respetan las jerarquías. Cuando éstas no son infringidas, reina la paz. Uno de los mayores enigmas de las relaciones entre China y Japón se refiere al esclarecimiento de cuál de ambas naciones sobrepasa a la otra. Japón marcha adelante en términos económicos, mas no en los políticos y militares. Hoy es, asimismo, más estable que China, la cual precisa de su asistencia económica y de inversión. Pero Japón necesita del mercado chino, así como de la estabilidad social de ese país. Aunque, finalmente, su cultura se deriva de China, Japón tiene más peso que ésta en el ámbito internacional. ¿Cómo determinan entonces estas naciones cuál de ellas es superior? Para ello no recurren de ningún modo a declaraciones ni acuerdos explícitos. Fue muy significativo, por ejemplo, que el emperador japonés haya visitado China en 1992, en un momento en que Beijing era víctima del aislamiento internacional. Ese gesto inusitadamente generoso quizá le haya rendido a Japón uno o dos decenios de estabilidad en sus relaciones con China. Los gestos simbólicos son muy importantes en Asia.

Estos elementos ponen de manifiesto las diferencias de dinámica entre el Atlántico y el Pacífico. El primero confía en la edificación de sólidas instituciones: la OTAN, la UE y la OSCE son los órganos más poderosos en su género. Juntos vigilan que ninguno de sus miembros se vea directamente amenazado por una invasión militar. Pero en una época en la que las invasiones son casi inconcebibles, a no ser en los polvorines habituales (como Medio Oriente o el sur de Asia), tales instituciones parecen inútiles para defender a sus miembros contra nuevas fuentes de inseguridad (inmigración y terrorismo, por ejemplo) o para prevenir conflictos en zonas aledañas (como Argelia y Bosnia).

El Pacífico carece de instituciones comparables, pero, en cambio, crea redes incluyentes (no excluyentes). Por insólito que parezca, además, y contrariamente a lo que afirman numerosos libros de texto europeos sobre relaciones internacionales, la iniciativa para la formación de tales redes no suele proceder de las grandes potencias de la zona, sino de potencias medianas o pequeñas (en especial los países miembros de la ASEAN). Ninguna de las recientes propuestas de cooperación regional ha sido concebida ni promovida por las grandes capitales del área.

Originalmente, en las reuniones anuales de los ministros del Exterior de los países integrantes de la ASEAN, celebradas cada mes de julio, sólo participaban los representantes de los seis estados miembros de ese órgano. Al paso de los años, sin embargo, otras naciones u organizaciones han solicitado intervenir en ellas (se indica entre paréntesis el año inicial de su participación): la Comunidad Europea (1972); Australia (1974); Nueva Zelanda (1975); Japón, Canadá y Estados Unidos (1977), y Corea (1991). En esas conferencias no se estila trabajar con programas abrumadores, emitir comunicados formales ni crear “canastas” como la de Helsinki. Por el contrario, se privilegia el contacto personal y la generación de confianza.

Esas reuniones dieron origen a dos instituciones regionales de mayor alcance: la APEC y el ARF. La propuesta australiana para la formación de la APEC fue rechazada en un principio por Estados Unidos, el cual la aceptaría más tarde dado el amplio respaldo de los demás países involucrados. Inicialmente, Estados Unidos no mostró mayor entusiasmo por el nuevo organismo hasta que, en ocasión de la presentación por Malasia de un proyecto para el establecimiento de una Comisión Económica del Este de Asia, Washington decidió que la mejor manera de combatir a esta Comisión era fortaleciendo a la APEC. Se ofreció así como sede de la primera reunión de presidentes de los

países miembros —sin duda la concentración de líderes más importante del mundo, en virtud de la porción del PNB y población mundiales representada en ella—, la cual se llevó a cabo en Seattle en noviembre de 1993. Las reuniones sucesivas, de periodicidad anual, han acrecentado la influencia de este órgano, surgido prácticamente de la nada. Su rápida y firme consolidación sólo se explica por la dinámica que impera en la zona.

El ARF inició sus labores en Bangkok en julio de 1994. Autor de la propuesta original, Japón jamás la materializó. La ASEAN tomó la estafeta, con el beneplácito de las grandes potencias de la región. Visto desde dentro, el proceso que caracteriza a este organismo produce una impresión de caos. Pero, desde fuera, parece increíble que el ARF se haya establecido tan presta y vigorosamente. Es probable que pronto se efectúe una reunión cumbre de sus miembros.

La excepcionalidad de la APEC y el ARF estriba en el hecho de que su cultura es una mezcla de Oriente y Occidente. Las reglas de procedimiento son occidentales; el inglés es su idioma oficial; el golf, de origen escocés, es el único deporte que sus miembros practican. Pero su conducta es asiática: en ambas organizaciones se evita la confrontación directa, pues el honor es sagrado; además, es un deber que todos se sientan complacidos. También la diversidad fortalece a esas organizaciones. La existencia en la región Asia-Pacífico de “países” tan diversos en lo cultural pero tan dispuestos a entenderse —como Australia e Indonesia, Canadá y Corea, Japón y Tailandia, Estados Unidos y la ASEAN y China y Malasia, por nombrar sólo unos cuantos— es uno de los rasgos distintivos de su singularidad.

Dado lo reciente de su aparición, ambas instituciones son lógicamente frágiles. Su desaparición en uno o dos años, o incluso en un decenio, restaría todo mérito a numerosos supuestos sobre el futuro de la región. Yo mismo habré de someter mis tesis a esa verificación empírica.

Pero hay buenas razones para confiar en su supervivencia. La APEC será tan emprendedora como lo determine su presidente. A diferencia de la UE, su conducción no corre a cargo de una burocracia. No fue de sorprender que, asignada la coordinación al presidente estadounidense Bill Clinton, la reunión de Seattle haya sido un éxito. Pero la presidencia no habría podido pasar a más distintas manos que las del presidente de Indonesia, Suharto, líder eminentemente javanés. Aun así, la reunión que éste encabezó, en Bogor, fue todavía más exitosa que la de Seattle, principalmente

porque en ella se estableció un calendario preciso para la transición de la región al libre comercio.

La próxima cumbre de la APEC se realizará en Japón, país que ya ha expresado reservas ante la celeridad que la organización ha impreso a la liberalización comercial. Hay quienes piensan que los burocratas japoneses intentarán retardar el progreso de la APEC. No obstante, los japoneses saben que los resultados de la cumbre por verificarse en su país no pueden desmerecer de los obtenidos en las dos reuniones anteriores, en Estados Unidos e Indonesia, como tampoco de los que se espera alcanzar en las dos cumbres posteriores ya previstas, cuyas sedes serán Filipinas y Canadá. La insuficiencia de la contribución de Japón mellaría el liderazgo internacional de este país. Sobre él se acumularán sin duda expectativas de eficiencia a medida que se acerque la fecha de la cumbre de Osaka, por celebrarse en noviembre de 1995.

Si la APEC consigue oscilar sin contratiempos de un extremo al otro del espectro cultural de la región Asia-Pacífico, se confirmará que instituciones como ella misma y el ARF discurren en una dinámica más vasta y poderosa, a la que llamo el “ímpetu del Pacífico”.

Sin embargo, ni el ímpetu del Pacífico ni el del Atlántico están geográficamente delimitados. Nada impide que Europa se vincule estrechamente al este de Asia, como ya lo hace América del Norte. La reciente decisión de la Unión Europea de lanzar una “política asiática” no puede menos que ser bienvenida. Si América del Norte y Europa confluyeran en el ímpetu del Pacífico, quizás en los próximos 50 años disfrutaríamos no sólo de relativa paz mundial, sino también de una grandiosa ola de prosperidad. Las oportunidades son previsiblemente inmensas.

SIETE PARADOJAS DE LA SEGURIDAD DE LA REGIÓN ASIA-PACÍFICO

El desplazamiento, en el siglo XXI, del centro de gravedad de la economía mundial a la región Asia-Pacífico irá acompañado de desplazamientos geopolíticos igualmente significativos. Las tres principales potencias de la región (y tal vez del mundo) serán Estados Unidos, China y Japón. La interacción entre ellas determinará el futuro del área, y ejercerá también profundos efectos en el resto del planeta. Un paradójico proverbio árabe advierte del riesgo de hacer predicciones: "Quien vaticina miente aunque diga la verdad." Esta paradoja me movió a analizar desde otra perspectiva los probables resultados de los enigmas sobre la región. Intenté comprobar si la concepción de paradojas podía ofrecer un mejor atisbo del futuro del área que el que ofrecen las proyecciones lineales. Así, cuando en febrero de 1998 se me invitó a pronunciar un discurso ante el Europa Asia Forum, decidí presentar las siguientes siete paradojas, las que, sin embargo, se han reducido a seis a causa de la resolución de la séptima de ellas con la final anuencia de Estados Unidos al ingreso de China a la Organización Mundial de Comercio (OMC) y la expedición de las leyes respectivas.

No fue en este artículo, sino en el precedente, donde consigné la que es de cualquier forma la mayor paradoja sobre la región: la de que el área que experimenta los mayores cambios de equilibrio de poder vistos en la historia de la humanidad sea una de las comarcas más apacibles del mundo. Esta paradoja podría remplazar a la que a continuación sigue apareciendo con el número 7.

Ignoro el motivo de mi afición a las paradojas. Quizá se deba al contacto con las ideas de Heráclito que sostuve durante mis estudios de filosofía. Pero lo que sí puedo afirmar es que las paradojas son un instrumento óptimo para comprender las nuevas realidades de una época de cambio y turbulencia sin precedentes. Los puentes más firmes son lo suficientemente flexibles para resistir niveles variables de tensión. De igual manera, la comprensión de las nuevas realidades demanda de nosotros una mente muy flexible. La búsqueda y el escrutinio de paradojas contribuyen precisamente a tal flexibilidad, lo que a su vez nos permitirá resistir la tensión de las numerosas contradicciones que habrán de aparecer en los años venideros.

Vivimos tiempos de grandes cambios, de escala quizá nunca antes vista en la historia de la humanidad. El Océano Pacífico habrá de convertirse por vez primera en el centro de la historia mundial (tal como el Atlántico y el Mediterráneo lo fueron en los siglos XIX y XX). Estados Unidos, China y Japón serán las tres mayores economías del siglo XXI. En consecuencia, la interacción entre ellas determinará inevitablemente el curso de la región Asia-Pacífico, y aun el de la historia mundial, afirmación que no realizo sin cierta turbación en esta sala colmada de europeos.

Esa relación triangular será rica y compleja. Por lo tanto, resulta difícil apresarla en enunciados elementales. De ahí que haya decidido exponer ante ustedes siete paradojas, en afán de develar la complejidad aludida y de evitarnos sorpresas en los meses y años venideros.

Paradoja 1: en la región Asia-Pacífico, cambio significa preservar el orden establecido

La primera paradoja es que, en un periodo de grandes cambios, el estado imperante en la región Asia-Pacífico es de paz. Hoy asistimos a lo que quizá sea una curiosidad de la historia: presenciamos el surgimiento de una nueva gran potencia (China), pero sin indicios inmediatos de conflicto. La región no se prepara para la guerra. Se prepara para la prosperidad. Éste es el ánimo que se respira en ella. Sus recientes dificultades económicas no han hecho sino afianzar el argumento de que las cuestiones económicas, y no las políticas, son las que ahora ocupan el centro del escenario.

El valor del estado de cosas imperante se confirmó con la crisis de marzo de 1996. En respuesta al deseo atribuido a Taiwán de dejarse seducir por la idea de la independencia, China realizó pruebas balísticas en el Estrecho de Taiwán. Estados Unidos reaccionó con el envío de portaviones. El aire se cargó de tensiones.

Pero quizás esa crisis haya sido benéfica para la región. El vocablo chino que significa “crisis” se compone de dos caracteres: “riesgo” y “oportunidad”. Enfrentamos entonces un riesgo, pero también descubrimos una nueva oportunidad, puesto que las determinantes inteligencias de Washington, Tokio y Beijing tomaron conciencia de la importancia de preservar el estado de cosas prevaleciente en el área. Surgió así en ella un nuevo consenso: “Dejemos dormir a los lobos.” A ello se debe que en el este de Asia no haya vuelto a ocurrir desde

esa fecha ninguna gran crisis geopolítica, no obstante los fenomenales cambios que vive actualmente nuestra comarca.

Paradoja 2: pese a su histórica rivalidad, China precisa de un Japón fuerte

La segunda paradoja es que conviene enormemente a los intereses de China que las otras dos potencias permanezcan aliadas. Ese país crítico ásperamente en 1997 la alianza defensiva entre Estados Unidos y Japón, y en especial la posibilidad de incluir en ella a Taiwán. Así, lanzó una vasta campaña contra tal propósito. Por razones históricas, la inclusión de Taiwán en esa alianza sería ciertamente inaceptable para China. Parecería lógico suponer, entonces, que a ésta le beneficiaría la disolución de esa liga, pues con ello se disiparía la situación de “dos contra uno”.

Contradictoriamente, sin embargo, a China le favorecería sobremanera la permanencia de la alianza defensiva entre Estados Unidos y Japón, puesto que, de fracturarse ésta —lo que obligaría a los japoneses a defenderse en adelante por sí solos—, Japón contemplaría sin duda la opción nuclear. Forzar a este país a seguir el derrotero nuclear no obra en favor de China, como tampoco de Estados Unidos. Así, aquélla debe percatarse de que la preservación de tal coalición en realidad le favorece, aun si, en virtud de la conclusión de la guerra fría, el objetivo de esa alianza no es ya la Unión Soviética, sino la defensa de Japón contra ella misma.

Paradoja 3: a China le unen innumerables vínculos con Japón, pero guarda mayor afinidad cultural con Estados Unidos

La perduración de la alianza entre Estados Unidos y Japón no significa que aquél haya de mantenerse invariablemente más cerca de Japón que de China. La tercera paradoja es que, a pesar de las semejanzas entre Estados Unidos y Japón en lo que se refiere a su sistema político —democracia liberal— y económico, y no obstante la larga historia de compromisos entre ellos, no sería de sorprender que Estados Unidos alcanzara un mayor entendimiento cultural con China que con Japón.

Me apresuro a añadir que este tema es especialmente controvertido. Parecería muy arriesgado proponer, en efecto, que una sociedad

patentemente comunista como China puede lograr mayor entendimiento cultural que Japón con una sociedad abierta como Estados Unidos. Pero habiendo observado a estudiantes chinos y japoneses en Estados Unidos, tengo la impresión de que los chinos se integran mejor que los japoneses a la cultura estadounidense. Junto con la de su peculiaridad cultural, una de las mayores virtudes de Japón es su cohesión social (al grado de que podría afirmarse que es la sociedad más cohesionada del mundo). La singular estirpe japonesa es un tesoro para la humanidad.

En términos relativos, sin embargo, China es una sociedad más abierta. Durante la dinastía Tang, una de sus épocas más gloriosas, fue notablemente cosmopolita. Si, al acrecentarse su prosperidad en el siglo XXI, China emulara a la dinastía Tang, atestigüaremos el retorno de una sociedad cosmopolita. Así pues, bien podría ocurrir que mientras Japón conserva su alianza de defensa con Estados Unidos, China consiga mayor proximidad cultural con éste que aquél.

Paradoja 4: la franqueza y benevolencia de Estados Unidos acercarán a China y Japón como nunca antes

La cuarta paradoja es que, pese a que la alianza Estados Unidos-Japón-China contendría a dos sociedades asiáticas y una occidental, aquéllas se relacionarían mejor con la occidental que entre sí.

Japón y China han convivido durante milenios. Estados Unidos es el nuevo chico de la cuadra. Tiene sólo 200 años de edad, y su presencia en Asia se remonta a apenas poco más de 100. Por lo tanto, las relaciones de Japón y China con Estados Unidos no están sobrecargadas de historia. Estados Unidos es asimismo una potencia excepcional, quizá la gran potencia más benévola de la historia. Más allá de sus intentos colonialistas en Filipinas y Cuba, en general no ha tenido propósitos expansionistas. En consecuencia, la región Asia-Pacífico no se beneficiaría tanto del abandono de Estados Unidos como de su permanencia.

Además de su indulgencia, Estados Unidos aporta un estilo netamente occidental de comunicación abierta, más eficaz que los ceremoniosos métodos asiáticos, con los cuales nunca es posible decir lo que se piensa. La reunión en Seattle de los jefes de estado de los países miembros de la Conferencia de Cooperación Económica Asia-Pacífico (Asia-Pacific Economic Cooperation Conference, APEC) dio abundantes muestras del genio estadounidense para la informalidad.

Paradoja 5: las alianzas en el Este Asiático contribuirán al compromiso de Estados Unidos con la región Asia-Pacífico

La quinta paradoja es que si concedemos que conviene al interés de China y Japón (y en realidad de todas las naciones del este de Asia) que Estados Unidos mantenga su presencia en la región, la mejor manera de cumplir ese objetivo consiste en el estrechamiento de las relaciones entre los países del área.

El valor de la cooperación en el este asiático se confirmó a principios del decenio de los noventa. Inicialmente escéptico ante la formación de la APEC (organización de carácter multilateral), Estados Unidos se interesó en ella a partir de la presentación por Malasia de la propuesta de creación de una Comisión Económica del Este de Asia, para evitar la cual el recurso ideal era proceder a la constitución de la APEC. Asimismo, el resultado de la histórica reunión de Kuala Lumpur, en diciembre de 1997, entre los países de la ASEAN, China, Japón y Corea fue muy positivo. Si todo marcha bien, el PNB combinado del este de Asia terminará por ser mayor que el de América del Norte y Europa juntos. La unión del este asiático dará bríos al argumento de que Estados Unidos no debe retirarse del área. Esto contribuirá a su vez a contener las tendencias aislacionistas o unilaterales de este país. El mecanismo estadounidense para la toma de decisiones del más alto nivel se caracteriza por su fragmentación. El este de Asia no estimulará con su disgregación, sino con su unidad, la persistencia del compromiso estadounidense.

Paradoja 6: las contradicciones y divisiones del gobierno estadounidense benefician a Asia

La sexta paradoja es que aunque la cualidad fragmentaria del proceso de toma de decisiones en Estados Unidos causa inquietud o irritación a muchos países asiáticos, en realidad beneficia a Asia tanto como a Estados Unidos. Un ejemplo: China. Muy a pesar del apego de Estados Unidos a la política de una sola China, el congreso de Estados Unidos aprobó la ley de relaciones con Taiwán, la cual contradice esa política. Aun así, y no obstante el disgusto que ello les provoque, los países del este de Asia deben ver con agrado el sistema de contrapesos de Estados Unidos, puesto que por lo general el resultado neto de ese sistema es una política benevolente.

La principal razón de que los estadounidenses operen con mano ligera en el exterior es que en su país el ejecutivo no tiene en sus manos todo el poder. Bastaría imaginar cómo se habría comportado Estados Unidos si el presidente Clinton hubiera tenido tanto poder como Stalin. En consecuencia, los asiáticos deben tolerar los debates anuales sobre la renovación de su condición de nación más favorecida (NMF), derechos humanos o déficit de la balanza comercial, puesto que son parte indisoluble del sistema estadounidense. Nuestro reto es ilustrar a quienes toman las decisiones políticas, con lo que adoptarán una posición más moderada en los debates en el congreso.

Paradoja 7: Estados Unidos niega a China al ingreso a la OMC cuando nada le sería más favorable

La séptima paradoja es que si bien es Estados Unidos quien ha opuesto las principales objeciones a la pronta integración de China a la Organización Mundial de Comercio (OMC) —y les prevengo que me dispongo a hacer otra afirmación controvertida—, en realidad la incorporación de China a ese organismo sería más beneficiosa para Estados Unidos que para la propia China. El ascenso económico chino es irrefrenable. China misma no puede evitar crecer. En estas condiciones, cuanto más pronto se ciña a las reglas internacionales, mejor para Estados Unidos y la comunidad internacional. No obstante, si Estados Unidos pretende instruir a China para que cumpla las reglas de la OMC, tendrá que poner el ejemplo y revisar sus leyes (como la Helms-Burton, D'Amato, etc.) discordantes con las reglamentaciones de esa organización. De cualquier forma, si ese país estudiara de verdad sus intereses de largo plazo, haría exactamente lo contrario de lo que hoy hace y urgiría la incorporación de China a la OMC.

En conclusión, espero que mis siete paradojas no los hayan confundido respecto de la circunstancia geopolítica de la región Asia-Pacífico. Creo, sin embargo, que en mi condición de espectador de primera fila del mayor y más rápido cambio en la historia humana, es mi deber alertarlos de estos deslumbrantes acontecimientos. Así pues, he aquí mi última paradoja: por favor no se sorprendan cuando los acontecimientos de nuestra región los tomen por sorpresa.

ASUNTOS MUNDIALES

LA ONU: ¿ORGANIZACIÓN AURORAL O CREPUSCULAR EN EL SIGLO XXI?¹

Una de las peculiaridades de mi carrera diplomática es que he sido nombrado embajador de mi país ante la Organización de las Naciones Unidas (ONU) no una, sino dos veces. Mis antepasados hindúes lo habrían creído sin duda obra del destino: nací el día de las Naciones Unidas.

Así pues, guardo profundo afecto por esa organización. Los razonables especialistas en asuntos estratégicos consideran irracional defender a la ONU. Por lo tanto, ésta precisa de una defensa razonable. Eso fue precisamente lo que me propuse hacer en este ensayo, originalmente publicado en el otoño de 2000.

Para ello no tuve otra opción que abordar de frente la mayor amenaza que pende sobre la ONU: la actitud que ha adoptado ante ella la actualmente única superpotencia del orbe. La gran paradoja en este caso es que una ONU fuerte favorece, en lugar de perjudicar, los intereses de Estados Unidos. Por desgracia, pocos intelectuales estadounidenses han mostrado interés o valor para defender a la ONU, y de ahí que haya resuelto escribir este ensayo, el cual he complementado con el texto de un artículo que publiqué en el Wall Street Journal el 30 de octubre de 1986 (véase la página 187).

Los acontecimientos del 11 de septiembre de 2001 alteraron por completo el panorama político de la ONU, especialmente en relación con Estados Unidos. Como escribió Francis Fukuyama en un artículo aparecido en el Financial Times el 15 de septiembre de 2001, “es probable que Estados Unidos emerja de esta agresión convertido en un país distinto: más unido, menos ensimismado y mucho más necesitado de la ayuda de sus amigos para ejecutar lo que habrá de convertirse en un nuevo proyecto nacional de combate al terrorismo. Quizá también se convierta en un país ordinario, con intereses concretos y debilidades reales, y deje de creerse capaz de definir la naturaleza del mundo.” Si este augurio es correcto, también la naturaleza de la relación entre Estados Unidos y la ONU cambiará.

La simple pero alarmante paradoja del presente estado de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) es que, pese a que en este mo-

¹ Representante permanente de Singapur ante la Organización de las Naciones Unidas, presento este ensayo en mi calidad de autor, no de diplomático.

mento histórico resulta más necesaria que nunca, podría correr la misma suerte que su predecesora, la Sociedad de Naciones. Aunque improbable, este destino es perfectamente posible.

Una realidad igualmente deplorable es que, aun en caso de que sobreviva, la ONU podría arrastrar al nuevo siglo su atrofia actual: aceptada como parte del aparato internacional, se ve impedida sin embargo de asumir una función más trascendente. La posibilidad más remota es que se transforme en una dinámica institución multi-lateral cuyo momento histórico por fin ha llegado; es decir, en un órgano capaz de enfrentar el nuevo, interdependiente e interconectado mundo surgido de la globalización. Para comprender la posibilidad y motivos de que ese momento histórico ya haya arribado, convendría leer en su integridad el excelente informe que el secretario general de la ONU presentó en la Cumbre del Milenio, en el cual describió claramente, en el marco de un análisis sobrio y preciso, las tareas que aguardan a los “pueblos del mundo” en el siglo XXI y los útiles servicios que la ONU podría prestar para acometerlas. La lectura de ese documento vuelve casi inverosímil el hecho de que la ONU se vea reducida a su precario estado actual.

El propósito de este artículo es explicar qué condujo a la ONU hasta el dilema en que hoy se encuentra. En demasiados textos sobre esta cuestión, incluso en los elaborados por los estridentes críticos estadounidenses de la ONU, se elude el tratamiento de los verdaderos problemas en juego. En este artículo intentaré brindar nuevas perspectivas sobre las razones de los presuntos fracasos de la ONU. Quizá en el curso de este análisis, es posible que asomen algunas propuestas sobre cómo revitalizarla. Confieso que las probabilidades de que esto último ocurra parecen nulas en este momento, pese a la impresión en contrario producida por las ceremonias de la Cumbre del Milenio de septiembre de 2000.

La ONU ha sido objeto desde su creación de una “conjura” silenciosa: el tácito entendido entre las grandes potencias, como lo fue entre la Unión Soviética y Estados Unidos durante la guerra fría, de que lo que más conviene a sus intereses es una ONU débil. Si ésta no ha decaído tanto como aquellas potencias hubieran deseado ha sido a causa de la neutralización de sus respectivas y contrapuestas intenciones. De este modo, la inhabilitación que la ONU ha sufrido durante la mayor parte de su existencia no ha sido obra de la casualidad, sino del cálculo.

UN MOMENTO DE VULNERABILIDAD

La crisis por la que actualmente atraviesa la ONU es sólo en apariencia de carácter financiero. Estados Unidos, principal tributario del organismo, ha retenido el pago de sus cuotas desde los años del gobierno de Ronald Reagan, de tal forma que su deuda acumulada asciende hoy a 1.7 billones de dólares. Con el supuesto propósito de resolver este problema, el senado estadounidense aprobó a fines de 1999 la ley Helms-Biden, en la que, entre otras cosas, se preveía el pago de hasta 926 millones de dólares a todos los órganos de la ONU a condición de que las aportaciones estadounidenses a los presupuestos general y de pacificación de aquélla se redujeran de 25 y 31%, las tasas respectivamente convenidas, a 22 y 25 por ciento.²

Estas demandas son inmoderadas. Justo en el momento en que Estados Unidos goza de mayor prosperidad económica (como lo demuestra el hecho de que su producto nacional bruto [PNB] equivalga a alrededor del 27% del mundial), solicita nada menos a otras naciones subsidiar sus cuotas a la ONU. Ello es doblemente desproporcionado si se considera que ese país es uno de los principales beneficiarios del sistema de la ONU, tanto en términos financieros como de otra especie.³ Al menos, sensatos funcionarios estadounidenses admiten en privado que esas pretensiones son excesivas.

Sería absurdo de mi parte hacer una predicción de cómo se resolverá la más reciente crisis financiera de la ONU. En beneficio de los intereses de largo plazo de la organización, sería deseable que el problema se solventara de una vez por todas. El dinámico cuerpo diplomático estadounidense ante la ONU, encabezado por el representante permanente de Estados Unidos, el embajador Richard Holbrooke, podría hallar la cuadratura al círculo y requerir de las naciones pobres, en representación de las ricas, pagos más cuantiosos. Esa tentativa podría fracasar, sin embargo, por la sencilla razón de que conseguir que los otros 187 estados miembros de la ONU aprueben una nueva escala de tasas a fin de que el estado más rico del mundo pague menos, es una labor increíblemente difícil y compleja.

² Cabe referir que cuando, por efecto del anterior ajuste de la aportación de Estados Unidos a la ONU, aquélla se redujo al 25% del presupuesto general de 1972, el delegado estadounidense declaró categóricamente que ése sería “el último paso”. Véase documento A/8952 de la Vigésimoséptima Asamblea General de la ONU, del 12 de diciembre de 1972.

³ Véase más adelante la sección “La ONU no entraña costos excesivos para Estados Unidos”, de Kishore Mahbubani, *The Wall Street Journal*, 30 de octubre de 1986.

EL VERDADERO PROBLEMA: PODER

Sea cual fuere el resultado de esta crisis financiera, seguirán prevaleciendo los factores reales de la inhabilitación de la ONU: consideraciones de poder. Desde los días de Dag Hammarskjöld, el último secretario general de la institución que intentó convertirla tanto en propulsora de la conciencia humana como en actor internacional independiente, las grandes potencias se han inclinado en forma acorde, pese a todas sus discrepancias, a favor de una ONU dependiente y sumisa. De ahí que en los últimos decenios ésta haya sido relegada a funciones internacionales periféricas. Se le hizo saber claramente, por ejemplo, que debía mantenerse ajena a problemas vitales (como la guerra de Vietnam y el proceso de paz de Medio Oriente, en el que intervino parcialmente en un principio), pese a que la Carta de las Naciones Unidas atribuye expresamente al consejo de seguridad “la responsabilidad primaria sobre la paz y la seguridad internacionales”.

Cabe aclarar que, aunque baldada, la ONU no ha permanecido pasiva en los últimos decenios. Sus perspicaces secretarios generales han sabido asignarle tareas complementarias de los intereses de las grandes potencias. Su notable labor de pacificación le valió justificadamente el premio Nobel de la Paz. Bajo sus auspicios fue posible resolver la crisis de los misiles en Cuba y llevar a exitoso término la guerra del Golfo Pérsico. Javier Pérez de Cuéllar atinó a obtener provecho del fin de la guerra fría para dar solución a prolongados conflictos, como los de El Salvador, Namibia, Mozambique y la guerra entre Irán e Irak. Un asistente de alto nivel, Gianni Picco, puso en riesgo su vida para contribuir a resolver la crisis de los rehenes estadounidenses en Líbano, aunque de ninguna manera ha sido el único miembro del personal de la ONU en arriesgar la vida para salvar la de ciudadanos de Estados Unidos. La ONU ha realizado asimismo destacadas labores humanitarias. En pocas palabras, ha ejecutado magníficas acciones durante muchos años, por la mayor parte de las cuales no ha obtenido reconocimiento ni recompensa. Es una verdad irrefutable que sus numerosas contribuciones nunca le han rendido el pleno reconocimiento que merece.

Cuando se escriba la historia del siglo XX, la ONU será mencionada, en el mejor de los casos, en unas cuantas notas al calce.⁴ Es improbable que se le describa como uno de los principales actores de

⁴ Véase, por ejemplo, el índice analítico de J. M. Roberts, *Twentieth century: The history of the world, 1901 to 2000*.

entonces. Para que esto no ocurra en el siglo XXI, sería preciso que las grandes potencias advirtieran los beneficios que para ellas representa el fortalecimiento de la ONU, algo que, sin embargo, están muy lejos de hacer.

Ninguna otra potencia había hecho tanto daño a la ONU como el que Estados Unidos le ha infligido en los dos últimos decenios. Ello ha sido producto en gran medida del irracional enfado de ese país con el predominio de los intereses del Tercer Mundo en el programa de la asamblea general de la ONU y otros foros multilaterales durante el decenio de los setenta y principios del posterior. Pero pese a la desaparición de esa tendencia, Estados Unidos persistió en sus agresiones contra la ONU, a menudo en forma incoherente. Como ha señalado Gene Lyons, “la justificada obsesión estadounidense con la reforma administrativa de la ONU para reducir su excesiva burocracia, evitar la duplicación de funciones y sujetar sus finanzas a auditorías no se ha visto acompañada por un análisis del curso que sigue el mundo y del papel que la ONU cumple en ello”.⁵ La reciente ofensiva estadounidense contra la ONU es de conocimiento público, de manera que no es necesario repetirla aquí.

Paradójicamente, sin embargo, Estados Unidos constituye la mayor esperanza de la ONU. En el mundo unipolar de principios del siglo XXI, las decisiones de Washington son cruciales. No obstante, hoy ningún personaje estadounidense de importancia considera que el fortalecimiento de esa organización sea beneficioso para los intereses vitales de su país. Sólo así puede explicarse que a la ONU se le conceda en Washington un tratamiento que se diría digno de un balón de fútbol, en favor de otros intereses (como lo demuestran, por ejemplo, las maniobras del congresista Chris Smith para aplazar una resolución sobre el financiamiento de la ONU mediante el recurso de vincularla con el problema del aborto).

Si una valerosa personalidad estadounidense estuviera dispuesta a sortear los vientos de la circunspección política, podría argumentar con facilidad que ha llegado el momento de replantear radicalmente la estrategia de Estados Unidos para con la ONU. Como ha sostenido Gene Lyons, “pese a que el mundo ha cambiado, las relaciones de Estados Unidos con la ONU siguen uncidas a la costumbre”.⁶ Puesto que la estadounidense es una sociedad abierta, sus ideas —y en es-

⁵ Gene M. Lyons, “The UN and American politics”, *Global Governance*, núm. 5, 1999, p. 501.

⁶ *Ibid.*, p. 500.

pecial las referentes a asuntos internacionales— tienden a seguir los cauces establecidos. El caso de la ONU no es la excepción.

GLOBALIZACIÓN

Lo más sorprendente en la ausencia de nuevas ideas sobre la ONU es que la tesis a favor de su fortalecimiento es increíblemente simple, además de obvia. La tecnología estadounidense lo ha cambiado todo. Las distancias han desaparecido por efecto de la transformación del mundo en aldea global, y toda aldea precisa de un consejo. La ONU es el único consejo de que disponemos. No existe ningún otro.

La globalización genera a diario mayor interdependencia. Lo que sucede en un rincón del orbe puede influir con relativa rapidez en cualquier otro. Quienes no viven en Estados Unidos experimentan y comprenden cotidianamente el impacto de la globalización, pues todos los días constatan cierta pérdida de autonomía. Esto no les acontece a los estadounidenses, o no todavía. El suyo es uno de los países más poderosos en la historia humana. Ese poder y dos grandes océanos les impiden darse cuenta de los cambios que están ocurriendo en el mundo. No deja de ser paradójico que la sociedad más abierta del globo sea también una de las peor informadas acerca del impacto de los cambios mundiales. Pero una oleada de cambio ya se abre paso hacia las playas de Estados Unidos. El aislamiento geográfico e inmenso poder de este país conforman en el mejor de los casos un dique provisional contra el impostergable impacto de la globalización. Cuando ese dique se venga abajo, Estados Unidos lamentará no haber aprovechado la oportunidad de fortalecer a la ONU en momentos en que gozaba inocultablemente de mayor poder que el resto del mundo, con lo que habría facilitado su inserción en el estrecho e interdependiente mundo nuevo. Muchos estadounidenses creen firmemente que su país nunca dejará de ser el más poderoso de la Tierra. Pero la historia nos enseña que están equivocados.

Quizá otra simple analogía pueda explicar a los estadounidenses el motivo de que el fortalecimiento de la ONU conviene a sus intereses. Todos comprendemos la necesidad de las reglas de tránsito. Sin ellas, carreteras y cruceros serían un caos. La globalización abre a diario nuevas autopistas, en sentido literal y figurado. Así, la circulación de personas, dinero, ideas, bienes, etc., alrededor del mundo aumentará en forma exponencial. ¿Qué ocurrirá si destruimos o debilitamos

a la única organización (o, mejor aún, familia de organizaciones) capaz de brindar las condiciones necesarias para la enunciación de nuevas reglas mundiales?

Algunos estadounidenses ya reparan en el impacto de la interdependencia. Saben que si en África brotara un virus semejante al ébola, podrían verse afectados de inmediato. Los virus no necesitan pasaportes. No respetan fronteras, como tampoco los desastres ambientales. Los estadounidenses no han sufrido aún una desgracia similar a la de Chernobyl, pero algunos de ellos comprenden ahora que su país no está exento de los efectos de cambios climáticos en el mundo. En lo que se refiere a las finanzas, que se dirían coto vedado de Estados Unidos, una crisis económica reciente demostró que las dificultades de un distante país del sudeste asiático (Tailandia) pueden causar grandes trastornos en los mercados bursátiles estadounidenses (por intermedio de Corea, Rusia y Brasil). Aun así, esta sacudida resultó saludable. Gracias a ella, los altos funcionarios de las finanzas estadounidenses adquirieron mayor conocimiento de la interdependencia global que el que poseen sus colegas de otras áreas. Sería una lástima que para que otros funcionarios estadounidenses abran los ojos deban ocurrir sacudidas y desastres similares.

Nadie puede predecir el futuro con exactitud. Por ahora lo único que sabemos con certeza es que la tecnología cambiará al mundo, como lo revela su crecimiento exponencial en nuestros días. En la India se dice que es posible predecir el nivel de las crecidas del río Ganges si se sabe cuánta nieve cayó en los montes Himalaya en el invierno anterior. Ambos hechos están inextricablemente ligados. Hoy presencia-mos una “intensa nevada” de nueva tecnología. Las crecidas del cambio son inminentes. Podemos estar seguros de ello. Es absurdo entonces que aún no hayamos comenzado a prepararnos para lo que nos espera.

EL PAPEL DE LA ONU

¿Qué puede hacer la ONU para contribuir a que el mundo salga ileso de las inundaciones por venir? ¿Cómo puede una institución frágil y estropeada convertirse en líder mundial del cambio? La ONU ha tropezado en crisis de países tan pequeños como Ruanda y Bosnia. ¿Es realista suponer que puede asumir cargas mayores? Todas estas preguntas son más que razonables.

Para responder razonablemente a ellas, antes es preciso aclarar ciertos conceptos. Suele creerse que la ONU es una sola institución, cuando en realidad es una familia de instituciones. Algunas de ellas son totalmente independientes, como la Organización Internacional del Trabajo (OIT) y la Organización Mundial de la Salud (OMS). Otras dependen de la institución central, como el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) y el Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (United Nations International Children's Emergency Fund, UNICEF). Sin embargo, el núcleo de la organización está integrado por tres órganos de funciones muy diversas: el consejo de seguridad, la asamblea general y la secretaría general.

El consejo de seguridad representa la aristocracia. Sus cinco miembros permanentes (Estados Unidos, Rusia, China, el Reino Unido y Francia) poseen amplias facultades formales e informales. En virtud de la "responsabilidad primaria sobre la paz y la seguridad" que le confiere la Carta de las Naciones Unidas, éste es el único órgano autorizado para tratar los delicados asuntos de la guerra y la paz. Sus decisiones, tomadas por sus 15 miembros, son obligatorias para los 188 estados miembros de la organización.

La asamblea general representa las masas. Constituida por los 188 estados miembros, todos ellos cuentan con voz y voto en forma equitativa, en reconocimiento de su soberana igualdad. No obstante, aunque en su mayoría adoptadas por consenso, sus decisiones no son obligatorias, sino, cuando mucho, de aplicación recomendable. Por último, técnicamente la secretaría general es sólo el brazo ejecutor de la institución. En teoría rinde cuentas a la asamblea, pero en la práctica está sujeta a las opiniones del consejo (el cual nombra a su titular). El secretario general está facultado para emprender iniciativas en forma independiente y actuar como fuerza moral. Así, su prestigio y honorabilidad son importantes.

En consecuencia, cada una de estas unidades contribuirá de manera diferente a la adopción por la ONU de un nuevo papel en un mundo crecientemente interdependiente, como lo confirmarán un par de ejemplos. En primer lugar, el *establecimiento de normas* será el día de mañana una de las funciones más importantes de la ONU. Los cambios en el mundo obligarán a la creación de nuevas normas aplicables a la arquitectura y procesos multilaterales. Para asegurar el cumplimiento de esas normas, su formulación habrá de ser un ejercicio consensual (lo que casi por definición significa que será complejo). Su conversión en obligaciones legales formales deberá correr

a cargo de la ONU, bajo la égida de cuya asamblea general o en conferencias mundiales desprendidas de ella (como las de Río de Janeiro, El Cairo, Copenhague y Beijing) se han forjado hasta ahora todas las nuevas normas mundiales: derecho marítimo, convenios ambientales, minas terrestres y el Tribunal Internacional de Justicia. Sin la asamblea general de la ONU (o su equivalente), el mundo seguiría asido a normas anacrónicas. Los avances mundiales en el respeto a los derechos humanos, por ejemplo, han sido posibles gracias a su legitimación por los procesos de ese órgano.

En segundo lugar, para abordar las ocasionales crisis que atraen la atención general (como las recientemente surgidas en Timor Oriental, Kosovo y Sierra Leona), el mundo debe disponer de un mecanismo para la *distribución de responsabilidades*. Conflictos que, como el de Kosovo, en la actualidad se resuelven sin la intervención de la ONU son finalmente sometidos a su competencia para otorgar legitimidad internacional a su desenlace. La identificación de los países participantes en la resolución de una controversia específica depende de consideraciones asociadas con factores geográficos, intereses políticos, tratados vigentes y vínculos culturales. Australia, por ejemplo, encabezó el destrabamiento de la crisis de Timor Oriental a causa de sus lazos históricos y geográficos con este país, aunque también en razón de la expresa solicitud de Estados Unidos. Sin embargo, no habría podido proceder por iniciativa propia; para ello fue necesaria la intervención legitimadora del consejo de seguridad de la ONU y la participación de otros países de la región. Toda operación de pacificación (OP) de este organismo significa de igual modo que el mundo, y no una región, asume la responsabilidad de un problema específico. Antes de que el consejo de seguridad mediara en Sierra Leona, la conclusión del conflicto de ese país corrió a cargo del Economic Community of West African States Cease-Fire Monitoring Group (ECOMOG). Pero una vez que la ONU hizo acto de presencia, sus 188 miembros se adjudicaron la responsabilidad sobre el caso. Todas estas decisiones son atribución exclusiva del consejo de seguridad.

Al secretario general de la ONU le corresponde por su parte asumir un liderazgo moral e intelectual. Sin duda es asombroso que sólo uno de los 6 000 millones de habitantes del planeta simbolice los intereses de la humanidad. Su voz atrae, así, atención sin paralelo. El actual secretario general de la institución, Kofi Annan, ha propuesto audaces ideas. En respuesta a las crisis de Bosnia, Ruanda y Kosovo, por ejemplo, instó a la comunidad internacional a efectuar interven-

ciones humanitarias en estados soberanos siempre que ocurran infracciones flagrantes a los derechos humanos. Ningún otro líder mundial había tenido el valor de proponer idea tan concluyente.

Estos tres ejemplos ilustran la constructiva tarea que la ONU puede desempeñar en el nuevo mundo. Ninguna de las funciones descritas podría ser fácilmente ejercida por otras asociaciones. Los dirigentes de los países miembros del Grupo de los Siete (G-7, hoy G-8), por ejemplo, toman a veces decisiones sobre asuntos mundiales, las que en ocasiones repercuten en los mercados financieros (como en el caso de los Acuerdos del Plaza). Puesto que, sin embargo, están desprovistos de una autoridad legal comparable a la del consejo de seguridad de la ONU, carecen de medios para imponer sus resoluciones a otros países, así como de legitimidad ante la comunidad internacional en ausencia del respaldo de la asamblea general de ese organismo. En ninguna nación moderna los ricos están facultados para tomar decisiones que afectan a la sociedad entera. De igual forma, el G-7 no puede hablar en nombre de la comunidad internacional; sólo la ONU y su secretario general poseen la legitimidad institucional y moral para hacerlo. Fue por ello que, en septiembre de 1999, el entonces presidente de Estados Unidos, William Clinton, aseguró ante la asamblea general de la ONU que esta institución es indispensable.

COLABORACIÓN CON LA POBLACIÓN MUNDIAL

En la preparación para el futuro es preciso tomar en cuenta, no obstante, otro elemento indispensable: los deseos de los 6 000 millones de habitantes del planeta. Los estadounidenses suelen creer que lo que es bueno para Estados Unidos lo es naturalmente para todo el mundo (como prolongación quizá del antiguo adagio de que lo que es bueno para la General Motors es bueno para Estados Unidos). Aun así, entre los 6 000 millones de seres humanos existe una gran diversidad de necesidades, intereses y aspiraciones, los cuales es necesario armonizar y equilibrar.

Es lógico que las necesidades e intereses de ricos y pobres difieran: los pobres desean desarrollo económico, y los ricos la permanencia del orden establecido. De ahí, por ejemplo, la preocupación de Estados Unidos y los demás países desarrollados por impedir la proliferación de armas de destrucción masiva, y en especial de las nuevas armas químicas y biológicas. Por torpes y lentos que sus procedimientos puedan

parecer, en el seno de la asamblea general de la ONU se han negociado y aprobado convenios para restringir la carrera armamentista. Sin embargo, la única vía para el efectivo refrenamiento de esa carrera es la generación de un consenso mundial sobre el particular, por efecto del cual todas las naciones se comprometan a preservar la paz y prosperidad mundiales. La obtención de ese compromiso implica, no obstante, que todas las sociedades —ricas y pobres, grandes y pequeñas— se sientan partícipes de la comunidad mundial.

Los procesos instaurados en la ONU confieren precisamente tal sensación de participación. Es imperativo que todas las naciones se convenzan, tanto psicológica como materialmente, de que intervienen en la conducción del mundo. Así como la democracia insta a los ciudadanos a respetar los resultados de las elecciones y las posteriores decisiones del gobierno electo, las votaciones en la ONU comprometen a las naciones a aceptar las resoluciones colectivas. La operación de procesos como éste no es perfecta en el ámbito nacional ni en el internacional. Aun así, hasta la fecha la importancia de la ONU en la incitación de la participación de todos los países en el acontecer mundial no ha sido suficientemente comprendida ni apreciada.

Dada la indisputable superioridad de su economía y la amplitud de sus intereses mundiales, Estados Unidos es el mayor beneficiario de la función de estabilización de la ONU. Ed Luck ha aseverado en varias ocasiones que ese país debería conceder alta prioridad a tal institución en virtud de su incuestionable valor para la ley, el orden y la estabilidad internacionales. Por desaliñada que la ONU pueda ser en el cumplimiento de esa función, contribuye de cualquier manera, y en forma decisiva, al logro de un mundo ordenado, predecible y respetuoso de la ley, y en consecuencia estable.

Pese a la obviedad de este hecho, muy pocos ciudadanos y políticos estadounidenses lo perciben, y menos aún lo comprenden. La razón de ello es muy sencilla: los medios de comunicación les han hecho creer que la asamblea general de la ONU es “antiestadunidense”. Lo cierto es que, tras las críticas implícitas y explícitas a Estados Unidos en las resoluciones del decenio de los setenta contra el *apartheid* en Sudáfrica y la ocupación israelí de territorios árabes, obtenidas gracias a la estrecha alianza entre países árabes y africanos para la generación de consenso en su favor, entre los estadounidenses se puso de moda protestar contra la “tiranía de la mayoría” en la asamblea general. La consecuente andanada del congreso de Estados Unidos contra la ONU, la cual se prolongó una década, se tradujo en la imposición de

condiciones cada vez más absurdas para el otorgamiento a aquélla de fondos que en derecho le correspondían.

Pocos estadounidenses comprenden que la independencia de la asamblea general, a causa de la cual los intereses de corto plazo de Estados Unidos no siempre resultan favorecidos, es benéfica para los intereses de largo plazo de su país. Si la asamblea general se hubiera convertido en dócil instrumento de Estados Unidos, habría perdido el respeto, confianza y compromiso de los 5 750 millones de no estadounidenses del planeta. Cuanto más independiente sea la asamblea general, mayor confianza se tendrá en ella, mayor será el compromiso con las normas emanadas de su seno y mayor también el beneficio para los intereses vitales de Estados Unidos.

La incompreensión de esta paradoja por los políticos (y particularmente los congresistas) estadounidenses los ha empujado al vano intento de presionar por ambos extremos el tubo de la pasta dentífrica, para emplear una pedestre analogía. Con ese procedimiento no saldrá pasta jamás, e incluso el tubo podría romperse. La ONU encontrará igual destino si Estados Unidos porfía en presionar los dos extremos: someterla a sus intereses y esperar al mismo tiempo que satisfaga convenientemente los del mundo.

Así, los políticos estadounidenses deberían guardar silencio y apoyar a la ONU en lugar de protestar cada vez que la asamblea general o (anormalmente) el consejo de seguridad incumple sus exigencias o deseos. El retiro de la espada de Damocles (la renuencia financiera del congreso estadounidense) que pende sobre la ONU no lanzará a ésta contra Estados Unidos, por la sencilla razón de que la casi totalidad del mundo comparte el esencial deseo de ese país de preservar, como dice Ed Luck, “la ley, el orden y la estabilidad internacionales”.

En el caso ocasional de divergencia de intereses, es probable que los intereses estadounidenses de corto plazo no sólo no favorezcan a los mundiales, sino tampoco a los estadounidenses de largo plazo. Un revelador ejemplo aclarará esta idea. Los ciudadanos de Estados Unidos creen disponer del inalienable derecho a pagar a bajo precio la gasolina que consumen. Un aumento suscita inmediatas protestas. Pero si el consumo de gasolina per cápita del resto del mundo fuera igual al estadounidense, el planeta se vería en grave aprieto económico y ambiental. En nombre de los intereses mundiales (y por lo tanto también estadounidenses) de largo plazo, la comunidad internacional haría bien en presionar a Estados Unidos para que aumente los precios de la gasolina y racionalice sus patrones de consumo. Pero

quienquiera que se atreva a sugerirlo será abucheado al punto por los estadounidenses.

Muchas otras políticas de Estados Unidos son contrarias a sus intereses de largo plazo y a los mundiales. La negativa de este país a ratificar el Comprehensive Test Ban Treaty fue un acontecimiento funesto, como lo admitieron incluso sus aliados europeos. La misma amenaza pende sobre el Tratado de Misiles Antibalísticos, acuerdo de carácter bilateral que la asamblea general de la ONU ha reconocido como imprescindible para el control multilateral en la materia. Si Estados Unidos, principal sostén del orden establecido, revoca tratados que le imponen ciertas obligaciones, no hará sino abrir la puerta para que otras naciones procedan de la misma manera. Así, debió agradecer, no increpar, la exhortación que la asamblea general de la ONU le dirigió en noviembre de 1999 para que cumpliera las obligaciones derivadas del Tratado de Misiles Antibalísticos.

ASIMILACIÓN DE PARADOJAS

Los políticos estadounidenses no están acostumbrados a pensar en términos de paradojas. Su visión del mundo, aparentemente arraigada en mitos caducos, posee sólo dos matices: blanco y negro. Su país es experto en vencer a “enemigos” clara y rudimentariamente perfilados: los “cazadores de cabelleras” (los indígenas americanos), las oscuras fuerzas de la esclavitud, el imperio nazi del terror o la “amenaza roja”. El enemigo ha de ser preciso y fácilmente satanizable para que Estados Unidos se sienta movido a actuar.

La suerte o la invisible sensatez han salvado a la ONU de la satanización. El embajador Richard Holbrooke tuvo la audacia de invitar al senador estadounidense Jesse Helms a pronunciar un discurso en las augustas cámaras del consejo de seguridad. Este acto, así como las fotografías que Kofi Annan se tomó con la familia del senador (y la conferencia que posteriormente Annan dictó en Carolina del Sur, en el alma máter de Helms), libraron a la ONU de la condenación.

Sin embargo, a los políticos estadounidenses les será imposible caracterizar a la ONU en blanco y negro. Al intentar formular coherentes estrategias de largo plazo respecto de la ONU, tendrán que aprender a vérselas con paradojas y contradicciones.

He aquí algunos ejemplos. En la comunidad mundial inexorablemente forjada por la tecnología estadounidense, será ineludible entender y abordar los intereses mundiales. Hoy la única organización de alcance mundial capaz de dar debido curso a los intereses globales es la ONU, la que, pese a lo que afirma la Carta de las Naciones Unidas, no defiende los intereses de la humanidad, sino que funge más bien como cámara de compensación de los intereses de sus 188 miembros. En su informe ante la Cumbre del Milenio, el secretario general de la organización aludió sucintamente a este nuevo reto:

El centro del problema actual es que si bien el sistema multilateral de la posguerra alentó la globalización, ésta ha vuelto crecientemente anticuados los diseños de aquél. Para decirlo llanamente, las instituciones de la posguerra fueron útiles para un mundo *inter-nacional*, mientras que ahora vivimos en un mundo global. Responder con eficacia a ese cambio es el principal reto institucional de los líderes mundiales del presente.⁷

En la defensa de los intereses de sus respectivas naciones, líderes y diplomáticos podrían promover inadvertidamente los intereses mundiales. Pero casos como el de la Conferencia del Derecho Marítimo demuestran que a los diplomáticos estadounidenses les resulta muy difícil conciliar los intereses nacionales con los mundiales.

Entre los intelectuales de Estados Unidos y otras naciones occidentales se ha puesto de moda conceder a representantes de la sociedad civil y de organizaciones no gubernamentales (ONG), en razón de la indefensión de los intereses mundiales a manos de egoístas funcionarios gubernamentales, la categoría de símbolos de la conciencia de la humanidad. En teoría, esta calificación es justa. Pero como lo evidenció la batalla de Seattle en ocasión de la conferencia de la Organización Mundial de Comercio (OMC), también las ONG y la sociedad civil están atadas a sus intereses sectoriales. Su autoridad moral se debe a que, de acuerdo con el esquema mental estadounidense, defienden el bien común más denodadamente que los funcionarios gubernamentales. En Seattle, sin embargo, a la mayoría de los diplomáticos del Tercer Mundo les extrañó que las ONG alegaran representar a 6 000 millones de personas cuyas necesidades prácticamente desconocían.

⁷ Informe presentado por el secretario general de la ONU a la Cumbre del Milenio, titulado "We the peoples: The role of the United Nations in the twenty-first century", 27 de marzo de 2000.

Máscara de uso frecuente en la historia, el altruismo rara vez se hace realidad. En ésta, el comportamiento de las organizaciones no gubernamentales no se distingue en esencia de la conducta de gobiernos y compañías: cada cual defiende sus propios intereses (así sean identificables con los de la humanidad). Si el gobierno estadounidense aboga por las patentes de grandes compañías farmacéuticas, cabe prevenir contra la privación de medicamentos y la pérdida de millones de vidas, como ocurrió en el debate sobre el sida sostenido en el consejo de seguridad de la ONU en enero de 2000. De igual manera, si Greenpeace afirma que hace un favor a la humanidad al proteger de balleneros japoneses a las ballenas, podría aducirse que la lista de especies en peligro de extinción no se reduce en absoluto a tales ejemplares. ¿Por qué, además, se elige sólo a Japón como destinatario de esas acciones? ¿Quién y cómo debe tomar decisiones como éstas?

Todos estos ejemplos apuntan en la misma dirección: la inexorable formación de una comunidad mundial. En esta etapa, así, podría adoptarse la elemental y juiciosa política de establecer con toda anticipación los procesos e instituciones multilaterales que habrán de ser necesarios en el mundo del mañana. Pero como contemporánea muestra de la ligereza que de tiempo en tiempo ha aquejado a la humanidad a lo largo de su historia, hoy la única potencia capaz de implantar esa política está haciendo exactamente lo contrario: atender a estrechas consideraciones políticas para defender intereses locales sobre los mundiales. A los futuros historiadores les asombrará seguramente que Estados Unidos haya impuesto medidas crepusculares a una de las organizaciones que el mundo más necesitaba en el amanecer del siglo XXI. ¡Pero así es la vida!

LA ONU NO ENTRAÑA COSTOS EXCESIVOS PARA ESTADOS UNIDOS

The Wall Street Journal, 30 de octubre de 1986

A fines de octubre de 1986, la ONU se hallaba al borde de un precipicio financiero. Días antes, Estados Unidos había informado que sólo le haría entrega de 100 millones de dólares, menos de la mitad de su cuota obligatoria conforme a la Carta de las Naciones Unidas. Además, la Unión Soviética le adeudaba entonces 242 millones de dólares, producto del incumplimiento de sus aportaciones durante varios años consecutivos. Junto con los de otras naciones, los adeudos de las dos superpotencias ponían en peligro la sobrevivencia de la institu-

ción. Ese difícil trance dio a conocer los diez hechos siguientes, los que, como suele suceder en toda crisis, corren el riesgo de pasar inadvertidos muy a pesar de su importancia.

Hecho 1

El presupuesto de la ONU jamás ha arrojado déficit. Las organizaciones y gobiernos que gastan más de lo que ingresan se ven obligados a solicitar préstamos. La ONU nunca se ha visto en necesidad de recurrir a créditos.

Hecho 2

El presupuesto de la ONU no está fuera de control. En respuesta a presiones de sus principales sostenedores, su presupuesto de los últimos años ha registrado un incremento nulo. Es de sorprender, así, que su buen comportamiento sea recompensado con sanciones financieras como la retención de aportaciones.

Hecho 3

La causa de la actual crisis financiera de la ONU es el ilícito incumplimiento de pagos de algunos de sus miembros. Así lo ha reconocido en una declaración oficial no un país del Tercer Mundo, sino la Comunidad Europea: "La responsabilidad de la presente crisis financiera de la ONU recae en los estados miembros que no cumplen las obligaciones financieras a que los sujeta la Carta de las Naciones Unidas." De acuerdo con la misma fuente, tales obligaciones financieras son equiparables a las obligaciones contraídas por efecto del establecimiento de tratados internacionales.

Hecho 4

Ésta no es la primera crisis financiera de la ONU. En 1964 su asamblea general se vio forzada a suspender sus deliberaciones a causa del incumplimiento técnico en que incurrió la Unión Soviética tras omitir durante dos años el pago de su cuota. En todas las manifestaciones públicas al respecto se hizo notar que el gobierno soviético actuaba ilícitamente.

Hecho 5

Aunque Estados Unidos es la principal fuente de financiamiento del presupuesto de la ONU, no paga más de lo que en justicia le corresponde. Las aportaciones a la ONU se calculan normalmente como

porcentaje del ingreso nacional, pese a lo cual Estados Unidos (en su calidad de principal sostenedor de la institución) disfruta de un tope al monto de sus cuotas. Si se le gravara como a cualquier otro estado miembro, sin ninguna preferencia especial, debería aportar el 28 o 29% del presupuesto de la organización, no el 25. Esto significa que los demás estados miembros subsidian el 3 a 4% restante.

Hecho 6

El sistema tributario de la ONU es regresivo, no progresivo. Esto quiere decir que los estados miembros pobres aportan una proporción de su ingreso mucho mayor que la que aportan los estados ricos. Con base en el porcentaje de su ingreso nacional destinado a la institución, los cinco principales sostenedores de la ONU son Guinea-Bissau (.93%), Zambia (.45%), el Congo (.44%), São Tomé y Príncipe (.40%) y Yemen del Sur (.35%). Si Estados Unidos pagara la misma proporción que Guinea-Bissau, aportaría 18 000 millones de dólares, en lugar de 200 millones.

Hecho 7

Estados Unidos es también el mayor beneficiario financiero de la ONU. Ésta gasta en Nueva York 800 millones de dólares al año, lo que concede a Estados Unidos una tasa de rendimiento de 4 a 1 sobre su cuota. Por extraño que parezca, la ONU representa un beneficio económico neto para ese país.

Hecho 8

La ONU no gasta en actividades políticas la mayor parte de su presupuesto. Destina a ese rubro únicamente el 10% de sus recursos.

Hecho 9

La ONU no es instrumento de la diplomacia soviética. La Unión Soviética desconfía de ella tanto como Estados Unidos. Más allá de sus desacuerdos, las dos superpotencias coinciden en que una ONU fuerte y vigorosa, conducida por una personalidad tan dinámica como lo fue el desaparecido Dag Hammarskjöld, no conviene en absoluto a sus intereses.

Hecho 10

La administración de la ONU no recae por igual en sus 159 estados miembros. Ésta no es una sociedad sin clases. Los estados miembros se

dividen en dos grupos: los cinco miembros permanentes del consejo de seguridad —Estados Unidos, la Unión Soviética, el Reino Unido, Francia y China— y el resto, la masa, entre ellos Singapur. Como señaló Inis Claude en *Swords into plowshares*, su ya clásico estudio sobre las organizaciones internacionales:

El veto al que tiene derecho el consejo de seguridad de la ONU es un recurso de ponderación, un reconocimiento de la desigualdad de los estados y un medio para hacer efectivo el principio de que los estados más poderosos e importantes deben gozar de una categoría especial en las organizaciones internacionales. Representa, así, un privilegio especial para los cinco países más grandes.

En cualquier organización, los derechos van acompañados de deberes, los privilegios de obligaciones. Los cinco miembros permanentes del consejo de seguridad de la ONU disfrutaban de privilegios especiales sin las correspondientes obligaciones especiales, ni siquiera la obligación ordinaria de pagar sus cuotas. Tan es así que cuatro de ellos (incluyendo a la Unión Soviética y Estados Unidos) han incurrido ilícitamente en el incumplimiento de pagos.

Estos diez hechos no agotan el caso. Las fallas administrativas de la secretaría general de la ONU y el irresponsable comportamiento de algunos de sus cuerpos legislativos han sido ampliamente documentados. Muchas de las críticas por esos motivos son válidas. Pero, ¿el mundo estaría mejor sin la ONU?

La ONU nunca había sido más necesaria que ahora, en condiciones de contracción del mundo. La aldea global precisa de un consejo. Si volviéramos a empezar, ¿superaríamos a quienes en 1945 diseñaron la Carta de las Naciones Unidas? ¿La Unión Soviética y Estados Unidos conservarían los privilegios de que hoy disfrutaban? Irónicamente, tras haber urgido durante varios años la realización de reformas, los estados desarrollados pretenden deslindarse justo en el momento en que la reforma ha sido patentemente puesta en marcha. Quizá sería aconsejable conceder a la ONU un respiro para que consume satisfactoriamente ese proceso.

En los últimos decenios, la visión dominante de los países del Tercer Mundo ha consistido en una letanía de sus fracasos. Se escribe mucho menos sobre sus éxitos, los que, aunque significativos, han sido lamentablemente escasos. El segundo volumen de las memorias de Lee Kuan Yew llena un gran vacío en los estudios sobre el desarrollo, pues en él detalla las complejas políticas que explican el triunfo de Singapur. Kofi Annan señaló: “El título de este libro, Del Tercer Mundo al primero, expresa una aspiración de todos los países en desarrollo, muy pocos de los cuales, sin embargo, la han visto cumplirse. Singapur es uno de ellos. Este relato sobre los años inmediatamente posteriores a la independencia de esta nación, escrito por su fundador, Lee Kuan Yew, atraerá por lo tanto la atención de los demás países en desarrollo y de todos los interesados en los destinos de esas sociedades.”

No obstante, la historia del éxito de Singapur continúa siendo en gran medida desconocida. Los medios de comunicación, en particular los occidentales, han decidido que el juicio común sobre ese país debe ser: “Sí, Singapur ha triunfado, pero...”. El énfasis está siempre puesto en las sentencias que siguen al “pero”, no en la declaración que lo precede.

Lo pernicioso de ello es que, dado su alcance mundial, los medios occidentales, han suprimido un caso muy ilustrativo para la población del Tercer Mundo. Mi experiencia internacional me ha demostrado que existe gran interés en la historia de Singapur. De ahí que en enero de 2001 haya aceptado gustosamente entregar este artículo para su publicación en el nuevo diario del Foro Económico Mundial de Davos.

Cuando Singapur obtuvo su independencia en 1965, sus líderes se sintieron preocupados antes que dichosos. La idea de que una diminuta ciudad-estado insular de 2 millones de habitantes y carente de territorio interior pudiera sobrevivir en lo que era entonces una región difícil y agitada semejaba una quimera inasequible. Todo se había opuesto siempre al éxito de Singapur. Así, lo notable no es sólo que este país haya desafiado todas las circunstancias, sino que se haya convertido en una de las naciones en desarrollo más exitosas del mundo.

Además de serlo para estados tan pequeños y vulnerables como Singapur, hay el desafío de los estadounidenses también es un reto para el orbe entero.

En las proximidades del siglo XXI, una de las mayores preocupaciones en todo el mundo es la sobrepoblación del planeta y la amenaza ecológica que pende sobre él. En 100 años, la población de la Tierra se triplicó, pues pasó de 1 600 millones de habitantes en 1900 a 6 000 millones en 2000, lo que representa un promedio mundial actual de 35 personas por kilómetro cuadrado. Bangladesh, moderna alegoría de la sobrepoblación, aloja a 855 personas por kilómetro cuadrado. Sin embargo, el país más sobrepoblado del mundo es Singapur, con 5 900 personas por kilómetro cuadrado.

Hoy se tiene relativo conocimiento de éxito de Singapur, pese a las críticas que este país recibe con regularidad de algunos medios de comunicación occidentales. A causa, sin embargo, de la difusión mundial de esas críticas, pocas personas están enteradas de las aún más interesantes e innovadoras estrategias sociales y económicas que se hallan en la raíz de tal éxito. Las novedosas soluciones que Singapur ha dado a problemas económicos y sociales muy comunes bien merecen la atención de quienes pugnan por cruzar la cada vez más notoria frontera que divide a las naciones de nuestro caótico planeta. Es muy oportuno, entonces, que el Foro Económico Mundial de Davos aborde este asunto, así como que el *Forum News Daily* abra sus páginas a la indagación de la historia de Singapur.

El éxito económico de Singapur es bien conocido. Su economía ha crecido a un índice anual superior al 7% desde su independencia en 1965, lo cual ha derivado en un ingreso anual per cápita de 29 610 dólares estadounidenses (el noveno más alto del mundo). Hay quienes aseguran que Singapur posee los servicios portuarios, aeroportuarios, de aerolíneas y civiles más eficientes del orbe. Asimismo, su capacidad de refinación de petróleo es la tercera mayor del mundo, y es uno de los centros financieros más importantes del globo. Su comercio total es tres veces superior a su producto nacional bruto (PNB). Las prescripciones políticas que permitieron lograr todo esto son relativamente simples: sostenimiento de una economía libre y abierta, eliminación de todos los subsidios, apertura a la inversión extranjera y busca de superávit presupuestales. El trabajo arduo, el ahorro y las virtudes implicadas por el incremento de la productividad laboral fueron permanentemente alentados.

Detrás de esta historia económica, sin embargo, se oculta otra, sorprendentemente muy poco conocida. Las sociedades deben ser juzgadas en última instancia por su capacidad para satisfacer las necesidades de sus ciudadanos: alimento, vivienda, salud, educación, medio ambiente sano, comunidad y propósito en la vida. Es justamente en estas dimensiones en las que quizá Singapur pueda brindar recetas para un planeta sobrepoblado.

Las políticas socioeconómicas de Singapur son difíciles de caracterizar. El segundo volumen de las memorias de Lee Kuan Yew, titulado *Del Tercer Mundo al Primero*, ofrece excepcionales referencias de primera mano sobre la forma en que fueron elaboradas las políticas de ese país. No se ajustan al paradigma capitalista ni al socialista. Las anima más bien un saludable pragmatismo y la apertura a la innovación y la experiencia. Los alimentos son baratos y abundantes gracias al estímulo de importaciones procedentes del mundo entero. En este renglón Singapur no produce nada en absoluto, pese a lo cual el trabajador promedio puede adquirir un almuerzo a cambio de 2 o 3 dólares estadounidenses. La vivienda también es profusa. El 90% de la población habita elevados edificios públicos que cubren sólo un sexto de la isla. El espacio habitacional promedio por familia es superior al promedio mundial. Prácticamente todos los singapurenses ocupan viviendas de su propiedad, gracias a un programa de ahorro obligatorio (el Central Provident Fund, CPF). Un trabajador con ingresos mensuales de 1 000 dólares estadounidenses (y muchos ganan esta cantidad) ahorra al menos 400: 200 procedentes de su salario y 200 de la aportación equiparable de su empleador. Su inversión en vivienda ha sido compensada, porque el departamento promedio triplicó su valor en los últimos 10 años.

El plan del CPF permite asimismo a muchos singapurenses realizar ahorros para gastos médicos. El sistema de salud ha pasado del total subsidio gubernamental a un esquema de creciente cofinanciamiento. Sin embargo, a nadie se le niega tratamiento médico, en virtud de un sistema de protección de tres niveles: ahorros personales mediante el programa Medisave, un plan de seguros de bajo costo financiado por el gobierno mediante Medishield y la asistencia gubernamental por medio de Medifund. La población es más sana cada año. El índice de mortalidad infantil se ha reducido de 26.3 por cada 1 000 nacimientos en 1965 a 3.2 en la actualidad. La esperanza de vida va en aumento. La educación no es totalmente gratuita ni obligatoria, pero hoy el 90% de los niños que ingresan anualmente a la escuela

concluye al menos 10 años de estudios, 20% termina estudios universitarios, 40% realiza estudios politécnicos y 30% completa estudios vocacionales. La experiencia educativa temprana garantiza la identificación y desarrollo del talento desde la más tierna edad.

La historia del aspecto ambiental también es digna de examen. Mucho antes de la aparición del movimiento ecologista, el entonces primer ministro del país, Lee Kuan Yew, expresó: "Siempre he creído que un paisaje urbano marchito, una selva de concreto, destruye el espíritu humano. Necesitamos el verdor de la naturaleza para elevar nuestro espíritu." Gracias a una cuidadosa planeación de uso del suelo, sólo el 49% de la isla sirve a propósitos residenciales, comerciales e industriales. De ahí que la mitad de la isla se componga de reservas forestales, áreas de captación de agua, ciénagas y otras áreas libres de construcciones. Es, así, una isla verde, pese a que el Banco Mundial clasifique a la población como "ciento por ciento urbanizada". Curiosamente, la biodiversidad de Singapur es mayor que la de Estados Unidos.

Desde los primeros días de su existencia, Singapur advirtió la amenaza representada por los automóviles. Así, tanto los autos de propiedad personal como los de uso público están sujetos a altos impuestos. Para comprar un vehículo, antes se debe adquirir un documento: el certificado de titularidad (Certificate of Entitlement, COE). Cada mes se subasta un número limitado de ellos, para controlar el incremento de unidades automotrices. Hoy, un COE promedio tiene un costo de 30 000 dólares. Incluidos impuestos, el costo de un Mercedes-Benz es superior a los 150 000 dólares. En 1998 se puso en marcha el Plan de cotización electrónica de uso de avenidas (Electronic Road Pricing Scheme, ERPS), para controlar el uso de autos y resolver el congestionamiento vial. La sanción del transporte en automóvil se compensa con el suministro de eficientes servicios de tren subterráneo y autobuses, los que, asombrosamente, no están subsidiados. Las compañías de autobuses prosperan porque en Singapur la palabra "subsidio" es tabú.

El cuidado en la satisfacción de las necesidades físicas y materiales de la población se complementa con el de sus necesidades sociales y espirituales. En este aspecto, sin embargo, Singapur se ha alejado deliberadamente de las prescripciones propias del estado de bienestar de las sociedades pertenecientes a la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE). En Singapur no hay personas sin hogar, desamparadas o desnutridas. La pobreza ha sido

erradicada, aunque no por medio de un programa de asistencia (los que prácticamente no existen), sino mediante una peculiar asociación entre el gobierno, las compañías privadas, grupos de autoayuda e iniciativas voluntarias. El estado actúa como catalizador: aporta apoyos financieros equiparables, patrocina la atención preventiva y social y garantiza la satisfacción de las necesidades básicas. Es de hacer notar que el 5% más pobre de los hogares registra niveles de propiedad de vivienda, televisor, refrigerador, teléfono, lavadora y videogradora casi iguales al promedio nacional. En combinación con el estricto régimen de ley y orden, quizás esto explique el motivo de que Singapur posea uno de los índices criminales más bajos del mundo, de 1 005 infracciones por cada 100 000 habitantes.

La sociedad singapurense concede gran importancia a la familia. Las políticas gubernamentales alientan expresamente a las familias extensas a vivir en la misma comunidad y hacerse cargo de sus ancianos. El tradicional aprecio asiático por el clan y el parentesco sirve como valioso ligamento social, aun cuando la sociedad se moderniza y desarrolla.

Igual relevancia se confiere a la armonía entre los grupos raciales, dada la conflictiva experiencia a este respecto previa a la independencia. El gobierno publica sus informes en las cuatro lenguas oficiales (chino mandarín, malayo, tamil e inglés). Todos los niños singapurense deben ser bilingües, y no hay discriminación étnica en las escuelas ni en el servicio civil. Para evitar la aparición de guetos raciales, todas las comunidades están obligadas a alojar cierto porcentaje de población minoritaria. Se alienta la composición multirracial de grupos ciudadanos y comunitarios. Todos los distritos cuentan asimismo con un centro comunitario, abierto a todos los ciudadanos. Una densa red de grupos consultivos integrados por ciudadanos permite a éstos participar en la conducción de los asuntos de su comunidad.

Singapur no es una sociedad perfecta. No es tampoco un paraíso. La abundancia ha engendrado malos hábitos sociales: consumismo y generación de desechos. De acuerdo con el Programa Ecológico de las Naciones Unidas (PENU), los singapurense generan 1.1 kilogramos diarios de desechos domésticos por persona, mientras que la cifra correspondiente en Alemania es de 0.9 kilogramos. El lanzamiento de basura en la calle es un mal hábito persistente. Singapur no está exento tampoco de los problemas sociales de las ciudades modernas —drogadicción, delincuencia juvenil, vandalismo y crímenes cometidos por adolescentes—, aunque las disuasiones son muy severas.

La lucha por la sobrevivencia y el mejoramiento social será eterna en Singapur. Pero los éxitos que el país ha conseguido hasta ahora brindan un mensaje de esperanza. Si el resto del mundo aceptara las condiciones de vida de los singapurenses, los 6 000 millones de habitantes de nuestro planeta precisarían para vivir de únicamente un área equivalente a la de Sudáfrica. Esta posibilidad causa por sí sola la impresión de que es factible resolver los problemas del mundo y cruzar la frontera que nos separa.

LOS DIEZ MANDAMIENTOS PARA LOS PAÍSES EN DESARROLLO EN LOS AÑOS NOVENTA

*En 1990 se me invitó a asistir a la conferencia anual del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) en Antalya, Turquía, rincón del mundo verdaderamente precioso. Sabía poco acerca de la teoría del desarrollo, pero estaba seguro de que la teoría convencional transmitida a las sociedades del Tercer Mundo no había contribuido en absoluto a su desarrollo. La verdadera tragedia de muchos países en desarrollo era que, tras la euforia posterior a su independencia del régimen colonial, descubrieron que el autogobierno era difícil. Algunos progresaron. Muchos retrocedieron. Era injusto e incorrecto que al Tercer Mundo se le siguieran propinando nociones convencionales cuya aplicación en la práctica las había revelado ineficaces. Así, decidí exponer en aquella reunión algunas ideas poco convencionales sobre el desarrollo. Para mi sorpresa, mis comentarios corrieron con suerte. Fueron publicados en numerosas revistas, así como en *Change: Threat or opportunity for human progress* (edición a cargo de Uner Kırdar, vol. II, Nueva York, Organización de las Naciones Unidas, 1992).*

1. Te culparás sólo a ti por tus fracasos de desarrollo. Culpar al imperialismo, el colonialismo y el neoimperialismo es una excusa cómoda para evitar el análisis.

2. Admitirás que la corrupción es la principal causa de fracasos de desarrollo. Los países desarrollados no están exentos de corrupción, pero su riqueza les permite tolerar escándalos en el ramo del crédito y el ahorro.

3. No subsidiarás ningún producto. Tampoco castigarás al agricultor para beneficiar al habitante de las ciudades. Los altos precios son la única señal eficaz para el incremento de la producción. De surgir disturbios a causa de la falta de alimentos, renunciarás a tu puesto.

4. Abandonarás el control estatal de los mercados libres. Tendrás fe en tu población. Una población vivaz y productiva genera desarrollo en forma natural.

5. No pedirás prestado un solo centavo más. Atraerás inversión extranjera, que se paga sola. Construirás sólo la infraestructura necesaria y no levantarás elefantes blancos ni ferrocarriles terminados en

desiertos. No aceptarás asistencia, cuyo único propósito es subsidiar a industrias en problemas de países desarrollados.

6. No reinventarás la rueda. Millones de personas han recorrido ya el camino del desarrollo. Sigue los caminos ya andados. No te aferras a ideologías muertas.

7. Expulsarás de tu mente las ideas de Karl Marx y las remplazarás por las de Adam Smith. Los alemanes ya tomaron esa decisión. Los seguirás.

8. Serás humilde al desarrollarte y no recriminarás sus culpas al mundo desarrollado. Éste escuchó cortésmente en las décadas de 1960 y 1970. No lo hará en los años noventa.

9. Desertarás de todos los foros para el diálogo Norte-Sur, los que sólo incitan discursos hipócritas y gestos estudiados. Recordarás que los países que han recibido mayor asistencia per cápita han fracasado espectacularmente en su desarrollo. Desecharás todas las teorías del desarrollo.

10. No abandonarás la esperanza. Todos los seres humanos del mundo son iguales. Lo que Europa logró ayer, el mundo en desarrollo lo conseguirá mañana. Es posible.

ÍNDICE ANALÍTICO

- África, inexistencia de clase media en, 50
población de, 114
y Europa, 149, 152
- afroestadunidenses, emancipación de los, según los medios de comunicación, 70-71
- aldea global, efectos de la, 49
- Alemania, lección de la segunda guerra mundial para, 40
- altruismo, como máscara, 187
- América. *Véase* Estados Unidos
- American Bureau of the Budget, 146
- Angkor Wat, 37, 38
- aniquilación humana, 30
- Annan, Kofi, 112, 181, 185, 191
- árabes. *Véase* sociedades islámicas
- Arabia Saudita, derechos humanos en, 57
- Argelia
ausencia de sanciones contra, 77
experiencia democrática de, 57
población de, 50
revolución fundamentalista de, 150
vs. vuelco de la democratización en Perú, 57-58
- Asian Wall Street Journal*, 27
- Asociación de Naciones del Sudeste Asiático (ASEAN), 136, 150, 159, 161
- Atlantic Monthly*, 16
- Aung San Suu Kyi, 82
- autonomía, pérdida de, 32
- Ayodhya, incidente de, 72
- baht tailandés, devaluación del, 31, 112
- Baker, James, 123, 154
- Balladur, Edouard, 102, 150
- Banco de Liquidaciones Internacionales (BLI), 109
- Banco Mundial, 27, 109
- Barre, Mohammed Siad, 77
- Becker, Elizabeth, 93
- Betts, Richard, 144
- Bosnia, pasividad de Europa en, 150
- Brzezinski, Zbigniew, 30
- buen gobierno
definición práctica de, 56
en China, 34
en el Tercer Mundo, 56
y migración, 56
y prensa libre, 71
y vulnerabilidad financiera, 34-35
- Buzan, Barry, 144, 148
- cambio económico, 111
- cambio
e interdependencia, 111-113
económico, 111
en la región Asia-Pacífico, 165
en las relaciones demográficas, 114
resistencia al, 39, 146
resistencia de la democracia al, 146
y globalización, 112
- cambios en el equilibrio de poder y China, 101-102
y el islam, 101-102
véase también región Asia-Pacífico; este asiático
- Camboya, 47
circunstancias atenuantes en relación con, 76
comunismo; principal error de Pol Pot, 94; rechazo del, 96
cooperación con Pol Pot en, 89
chams en, 89

- fracaso de la conferencia de paz de, 78, 88
- genocidio en, 58-9, 73
- Khmer Rojo; agresiones contra delegados del, 92; negativa occidental a colaborar con Pol Pot, 87; tácticas inteligentes contra el, 94-95
- necesidad de un análisis desapasionado de, 93
- Occidente; negativa a colaborar con Pol Pot en, 87; papel de la opinión pública de, 88-91
- Organización de las Naciones Unidas; acuerdo de paz de la, 91-93, 95, 96; elecciones supervisadas por la, 91
- recuperación de, 87
- responsabilidad moral sobre el genocidio en, 58
- temor a la desaparición de, 89
- Vietnam; explotación de las inquietudes occidentales por, 90; papel de, en el fracaso de la conferencia de paz, 78, 88; único motivo de la invasión por, 89; y trayectoria de Pol Pot al poder, 88-89
- capitalismo, 39, 62
- Carter, Jimmy, 70
- casa asiática común, sensación de, 139, 140
- Centro Mundial de Comercio de Nueva York, atentado del 11 de septiembre de 2001, 21, 98, 173
- ciencia, predominio en la, 111
- Citicorp, 70
- civilizaciones confucianas. *Véase* China
- Clark, William Smith, 157
- clase media, inexistencia de, 55
- Clinton, William, 162, 182
- cobardía, 79
- códigos mínimos de conducta civilizada, 84
- colonización mental, 25
- colonización, 25
- cooperación de la academia con la, 73
- culpa de la, 197
- de Goa, 25
- de las sociedades asiáticas, 25
- emancipación mental de la, 81
- fin de la, 49
- mental, 25, 81
- por Portugal, 25
- transitoriedad de la, 52
- comercio, e ideas, 157-8
- Comisión Económica del Este de Asia, 161, 168
- comunidad del Pacífico, visión de la. *Véase* región Asia-Pacífico
- Comunidad Europea
- política agrícola común de la, 61
- y fracaso de las conversaciones de la ronda de Uruguay del GATT, 62
- comunismo
- efecto del derrumbe del, 54
- en el sudeste asiático, 159
- predicción del comportamiento del, 95
- y régimen de Pol Pot, 94-95
- Conferencia de Cooperación Económica Asia-Pacífico (APEC), 150, 161, 163, 167
- Conferencia de Derecho Marítimo, 186
- Conferencia de Paz de París. *Véase* Conferencia Internacional sobre Camboya (París)
- Conferencia Internacional para el Análisis (7ª), 21
- Conferencia Internacional sobre Camboya (París), 77-78, 88
- confianza cultural
- excelencia educativa como prerrequisito de la, 27

- y factor CI, 114
- confianza, renovada, 29
- conjura confuciana-islámica,
 - insinuación de, 101
- consideraciones morales
 - aplicación calculada de principios morales, 59
 - gobierno imperfecto, como opción moral preferible, 79
 - resultados inmorales de la rectitud, 7
- cooperación con gobiernos en funciones, 83
- Corea del Norte
 - armas nucleares de, 129
 - independencia de, 129
- Corea del Sur
 - desafíos económicos de, 31
 - impacto de la crisis financiera sobre, 34
 - ritmo del desarrollo económico de, 26
 - surgimiento como “tigre” económico, 26
 - y compromiso de los gobiernos autoritarios, 79
 - y desarrollo, 56
 - y globalización de la economía moderna, 32
- Corea
 - del Norte. *Véase* Corea del Norte
 - del Sur. *Véase* Corea del Sur
 - guerra de, 125, 134
 - Japón; comprensión intercultural de, 138-139; desconfianza de, 129; necesidad de una disculpa de, 134, 138
 - reunificada; amenaza para Japón de una, 129; interés de Rusia en una, 129
- corporaciones multinacionales, y talento asiático, 40
- corrupción
 - en las sociedades asiáticas, 40
 - y fracaso del desarrollo, 197
 - y medios de comunicación occidentales, 68
- Courtis, Kenneth, 156
- Covering Islam* (Said), 72
- Cramer, Jean Antoine, 70
- crimen, 28, 81, 103, 195
- crisis financiera asiática, 113, 142, 179
- crisis, interpretación china del término, 32, 165
- “cuatro tigres”, surgimiento de los, 26
- cultura, creciente interés en la, 29
- Cumbre del Milenio de la ONU, 113, 174
- chams, 89
- Change: Threat or opportunity for human progress* (Kirdar), 197
- China
 - acontecimientos de la Plaza de Tienanmen, 74, 101
 - antigua destreza tecnológica de, 24
 - buen gobierno en, 34-35
 - comportamiento occidental con, 100-101
 - condición de nación más favorecida de, 155
 - conjura confuciana-islámica, insinuación de, 101
 - crisis, su denominación en, 32, 165
 - desempeño económico de, 26
 - dinastía Tang de, 167
 - en el año 997, 23
 - en el siglo XVI, 24
 - Estados Unidos; entendimiento cultural de, 166; normalización de relaciones con, 126; política de una sola China de, 168; y relación con Japón, 167
 - este asiático; efecto de las alianzas en el, 168; impacto del éxito económico del, 53
 - fuerza militar de, 155
 - ingreso de, a la Organización Mundial de Comercio, 169

- Japón; comprensión intercultural en, 138; condición nuclear de, 130, 166; cuestión de la jerarquía de, 160; desdén de, 131; necesidad de la fortaleza de, 166; necesidad de una disculpa de, 134, 138-139; percepción de, 131; posibilidad de malos entendidos de, 132; y alianza con Estados Unidos, 167
- mercado de consumo en, 155
- “poder flexible” (*quan bian*) en, 129
- posible retorno de la época cosmopolita de, 167
- pragmatismo de, 35
- prensa libre en, 72
- ritmo del desarrollo económico de, 26
- sanciones contra, 101
- sinergias económicas en, 131
- y factor CI, 114-115
- y Taiwán. *Véase* Taiwán
- y una Corea reunificada, 129
- y Vietnam, 131
- véase también* sociedades asiáticas; este asiático
- ¿*Choque de civilizaciones?* (Huntington), 17, 45, 98, 99
- Churchill, Winston, 75
- defectos institucionales de la democracia, 60-63
- Del Tercer Mundo al primero* (Lee Kuan Yew), 191, 193
- Demming, Arthur, 157
- democracia
- antes que desarrollo económico, 55
- como ingrediente del éxito, 39
- defectos institucionales de la, 60-63
- déficit presupuestal
- estadunidense, como ejemplo de defecto institucional de la, 61
- e intereses nacionales, 58
- exportación de la, 16
- inmediata, complicaciones de la, 57
- interés de la clase media en la, 55
- objeciones a la aplicabilidad universal de la, 65
- políticas de corto o largo plazo, 60
- problemas de una exitosa transición a la, 54-55
- promoción de la, 54
- prudencia en la promoción de la, 58
- resistencia al cambio en la, 146
- valores de la, 54
- y corrupción, 41
- y exigencia de reforma radical, 55-56
- y nuevas élites, 39
- y política agrícola común de la Comunidad Europea, 62
- y restricciones a los derechos humanos, 57
- Deng Xiao-ping, 40, 82, 101
- derecho internacional, 49
- desafíos de las sociedades asiáticas, 31, 33, 34
- desafíos económicos, 31
- devaluación del baht tailandés, 31
- globalización como factor de los, 32
- pérdida de autonomía, 32
- responsabilidad ante los mercados financieros internacionales, 32
- desafíos sociales, 33
- desarrollo económico

- antes que democracia, 55
- compromiso con el, 83
- compromiso de los gobiernos autoritarios con el, 79
- costos de promoción del, 60, 82
- GATT como detonador de, 62
- impacto del fomento de expectativas de, 53
- ritmo del, en las sociedades del este asiático, 26
- subsidios agrícolas, abolición de los, 82
- y derechos humanos, 82-83
- y liberación del Tercer Mundo, 82
- despotismo, 66
- Dictionary of the history of ideas*, 66
- división intelectual, 21
- doble moral, 76, 77, 100, 150
- drogadicción, 28
- Dulles, John Foster, 126
- Durant, Will, 23, 38

- economía mundial, centro de la, 19
- Economist, The*, 93, 115, 151
- Egipto, crecimiento de la población en, 50
- emulación de Occidente, 27
- enfermedades infecciosas, 113
- época posterior a la guerra fría
 - abandono del Tercer Mundo en la, 48
 - deficiente identificación y definición de problemas en la, 46
 - desequilibrios demográficos en la, 51
 - India en la, 49
 - inestabilidad del Tercer Mundo en la, 48
 - intensificación de nuevas amenazas en la, 62
 - Paquistán en la, 49
 - reorientación de la estrategia occidental en la, 62
 - y Japón. *Véase* Japón
- estabilidad política, desafíos de, 33
- Estados Unidos
 - véase también* sociedades occidentales
 - este asiático; efecto de las alianzas en el, 168; prolongación de la presencia en el, 168
 - impulso del Atlántico o del Pacífico en, 154-155
 - incremento del mal gobierno en, 70
 - índice de criminalidad de, 103
 - indisciplina fiscal de, 70
 - industria automotriz; uso de métodos japoneses en la, 157; y competencia japonesa, 61
 - intervención gubernamental en, 61
 - Japón; como “principal amenaza”, 127; como “socio abusivo”, 127, 137; condescendencia mutua con, 127; demandas sobre, 126; diferencia de intereses geográficos con, 134, 139; entendimiento cultural con, 167; interdependencia con, 127, 128; relaciones antes de la guerra fría, 126; relaciones tras la guerra fría, 125-126, 136-137; tensiones económicas con, 137-138
- Organización de las Naciones Unidas; beneficiario de la función de estabilización de la, 184; crisis financiera de la, 175; daño a la, 177; e intereses de largo plazo, 185; fortalecimiento de la, 173; impacto de la globalización en la, 178-179; independencia de la, 184; ofensiva contra la,

177, 183-184; paradoja de la, 185-187

paranoia contra el islam en, 100

periodistas de. *Véase* medios de comunicación occidentales

proceso dividido de toma de decisiones en, 168

resurgimiento del aislacionismo en, 127

tratado de libre comercio con México, 151

y fusión de Oriente y Occidente, 157

y guerra del Golfo Pérsico, 127

y Tratado de Misiles Antibalísticos, 185

este asiático

 aumento del producto interno bruto del, 147

 desempeño económico del, en las últimas décadas, 26

 efecto de las alianzas en el, 168

 Europa, comparaciones con, 144

 explosión de confianza en el, 146

 fusión de Oriente y Occidente en el, 156, 157

 impacto del éxito económico de Japón en el, 53

 importancia del honor en el, 160

 mercado de consumo del, 154-155

 paz en el, 158

 prolongación de la presencia de Estados Unidos en el, 168

 rendimiento académico del, 27

 revolución psicológica en el, 145

 ritmo del desarrollo económico del, 26, 144

 vínculo de la seguridad europea con la seguridad del, 158

 y visión de la comunidad del Pacífico, 155-158

véase también región Asia-Pacífico

Etiopía, 47

Europa

 abolición de los subsidios agrícolas en, 151

 avances en, 25

 barreras al libre comercio en, 151

 cambios en las proporciones demográficas de, 50, 152

 certeza en la superioridad del modelo social de, 150

 comparaciones con el este asiático, 144

 concentración en la unidad interna de, 149

 controversias con Estados Unidos, 119

 e impulso del Atlántico, 153

 edad oscura de, 23

 en el siglo XVI, 24

 existencia de instituciones regionales en, 148-149

 gasto gubernamental en, 146

 generación de empleos en, 146

 guerra durante el periodo de crecimiento de, 40

 inmigración; de África, 152; ilegal, 152; necesidad de, 115

 Islam; exclusión del, 150; paranoia en torno al, 100

 liderazgo moral de, 150

 mercado de consumo de, 154

 optimismo en, 30

 políticas socioeconómicas de, 146

 predominio de, 24

 redes de seguridad social en, 28

 reducción del ingreso disponible en, 146-147

 subsidios en, 151

 y África, 50, 149, 152

 y conflictos circundantes, 148-149

 y pasividad en Bosnia, 150

 y Rusia, 149

Europe Asia Forum, 164

Evans, Gareth, 142

- excelencia educativa. *Véase*
rendimiento académico
- excelencia musical, 28
- “explosión demográfica”, como
frase hecha, 51
- factor CI, 114
- factores psicológicos
de la derrota de Rusia por
Japón, 52
del éxito económico de Japón,
52-53
- Fallows, James, 64
- familia, descomposición de la, 28
- Federalist*, 55
- Filipinas
fracaso de las reformas
socioeconómicas de, 56
prensa libre en, 71
- Fire in the lake*, 73
- Fondo Monetario Internacional, 109
y baht tailandés, 31
- Foreign Affairs*, 20, 98, 142
- Foreign Policy*, 123
- Foro de Estabilidad Financiera, 109
- Foro Económico Mundial de Davos,
20, 191, 192
- Foro Regional de la ASEAN (ARF),
150, 162
- foros Norte-Sur, ausencia en, 198
- Francia
población de, 51
y revolución fundamentalista de
Argelia, 150
- Friedberg, Aaron L., 144
- Fujimori, Alberto, 58, 79
- Fukuyama, Francis, 46
- Fukuzawa, Yukichi, 27, 134, 157
- fusión de las civilizaciones, como
esperanza del futuro, 19
- GATT
y desarrollo económico, 62
creación de un “terreno de
juego nivelado” por el, 62
- ronda de Uruguay del, 62, 102,
153
- General Motors, 70
- globalización
analogía con el tránsito, 178-179
e interdependencia, 112-113,
178-179
efectos positivos de la, 113
fuerza irreversible de la, 112
impacto en la Organización de
las Naciones Unidas, 178-179
vicios y virtudes de la, 112
y aparición de una mentalidad
asiática globalizada, 32
y asuntos económicos, 32
y cambio en el siglo XXI, 112
y medio ambiente, 113-114
y surgimiento de nuevo talento, 39
- Goa, colonización de, 25
- gobernantes genocidas, cooperación
con, 74-6, 89
- gobierno imperfecto, como opción
moral preferible, 79
- gobiernos autoritarios, y desarrollo,
56
- Gorbachov, Mijaíl, 129, 150
- Greenpeace, 187
- guerra de Vietnam
cobertura por los medios de
comunicación, 73
secuelas y Camboya, 90
- guerra del Golfo Pérsico, 127
- guerra fría
conflictos amparados por la, 48
época posterior a la. *Véase* época
posterior a la guerra fría
importancia del Tercer Mundo
durante la, 48
políticas inmorales durante la, 77
y Camboya, 48
- guerra
de Corea, 125
de Vietnam. *Véase* guerra de
Vietnam
del Golfo Pérsico, 127

- democracia antes que desarrollo económico, 55
- durante el periodo del crecimiento europeo, 40
- en la sociedades occidentales, 33
- fría. *Véase* guerra fría
- nulas perspectivas de, 33
- segunda guerra mundial. *Véase* segunda guerra mundial
- y mentalidad feudal, 40
- Hammarskjöld, Dag, 176
- Hare, R. M., 75
- Harries, Owen, 17
- Head, Ivan, 51
- Helms, Jesse, 185
- Holbrooke, Richard, 175, 185
- honestidad, 40-41
- Hong Kong
 - impacto de la crisis financiera sobre, 34
 - surgimiento como "tigre" económico, 26
- Hun Sen, 89, 90, 92, 95
- Huntington, Samuel P., 17, 45, 98, 99, 127
- Hurgronje, C. Snouck, 73
- Hussein, Saddam, 126
- "I love you", virus de computadoras, 113
- IBM, 70
- identidad asiática, 119
- igualdad formal, 109-110
- imperio de la ley, 41, 118
- imperio otomano, 24
- ímpetu del Atlántico
 - daño a los intereses mundiales por el, 153
 - firmes instituciones del, 161
 - instituciones militares del, 154
 - instituciones políticas del, 154
 - y fin de la guerra fría, 154
 - y ronda de Uruguay del GATT, 153
- Ímpetu del Pacífico El* (Mahbubani), publicación de, 19
- India
 - consumidores en, 154-155
 - crecimiento económico de, 113
 - en la época posterior a la guerra fría, 49
 - impacto del retorno de estudiantes a, 40
 - incidente de Ayodhya, 72
 - prensa libre en, 71-2
 - y factor CI, 114
- Indonesia
 - antiguas perspectivas pesimistas de, 159
 - desafíos económicos de, 31
 - desempeño económico de, 26
 - impacto del éxito económico de China en, 53
 - ritmo del desarrollo económico de, 26
- influencia, occidental, 106-107
- "información objetiva", falsedad de la, 72-74
- información
 - control occidental de la, 110
 - flujo de la, 110
- Inglaterra, desarrollo económico de, 26
- inmigración. *Véase* migración e inmigración
- instituciones parlamentarias, 49
- integración
 - a la economía mundial, 32
 - y valores asiáticos, 35
- interconexión, 63
- interdependencia
 - aumento de la, 114
 - de Japón y Estados Unidos, 126, 137
 - económica, 112-113
 - y crisis financiera asiática, 179
 - y globalización, 113, 178-179
 - y medio ambiente, 113, 179

- y predominio occidental, 113
- y transformación de Occidente, 119
- International Institute of Strategic Studies, 19
- intervención humanitaria, 87
- Irán, restricción a los derechos humanos en, 57
- Ishihara, Shintaro, 126
- Islam and the West*, 151
- Italia, reducción de la población de, 50-151
 - paranoia occidental contra las, 100
 - posible impacto del éxito económico del este asiático en las, 53
 - preservación de los frutos de las civilizaciones griega y romana por las, 29
- Japón
 - adaptación de, a su escenario económico, 35
 - aprendizaje de Occidente en, 27
 - aversión pública a los conflictos militares en, 126
 - casa asiática común, sensación de, 139, 140
 - ciudadanía mundial de, 140
 - condición nuclear de, 130, 133, 136, 166
 - conquista de Singapur por, 46
 - Corea; armas nucleares de, 130; comprensión intercultural de, 138; guerra de, 134; necesidad de una disculpa a, 134, 138; reunificada, 129)
 - cumbre de Osaka, 163
 - China; comprensión intercultural de, 138; cuestión de la jerarquía de, 160; desdén por, 131; necesidad de un Japón fuerte por, 166; necesidad de una disculpa a, 134, 138; nuclearización de Japón y, 130; posibilidad de malos entendidos de, 132; refugiados procedentes de, 131; Taiwán, relación con, 131; y alianza con Estados Unidos, 167
 - derechos humanos y, 80, 134
 - desarrollo comparable al occidental de, 26
 - desarrollo económico de, 26
 - destino de, y Occidente, 134
 - en un terreno de juego nivelado, 156
 - época posterior a la guerra fría; beneficios en la, 124; cambio de estrategia en la, 125; identidad y función en la, 123, 124; relación con Estados Unidos en la, 125
 - Estados Unidos; condescendencia mutua con, 126; demanda de trato igualitario a, 133; diferencias de intereses geográficos con, 134, 139; diferencias raciales con, 132; entendimiento cultural de, 166-167; industria automotriz de, 61; interdependencia con, 127; opinión pública de, 137; reestructuración de la relación con, 132-133, 136-137; relación con China, 167; relación con, antes de la guerra fría, 126; relación con, tras la guerra fría, 125-126, 136-137; relación de defensa de, 133; sumisión a demandas de, 126; supuesta amenaza para, 127; tensiones económicas con, 137-138; y guerra del Golfo Pérsico, 127
 - este asiático (efecto de las alianzas en el, 168; influencia política en el, 136)
 - exclusividad de la sociedad de, 135
 - éxito económico de, 26

- fusión de Oriente y Occidente en, 156
- impacto en el Tercer Mundo, 52-53
- impacto psicológico de la derrota de Rusia por, 52
- intervención gubernamental en, 61
- liderazgo débil de, 135
- limitaciones culturales de, 135
- limitaciones políticas de, 135
- métodos de control de calidad de, 157
- nación rica, ejército fuerte” (*fukoku kyōhei*), 147
- poder económico de, 124
- poder militar de, 133
- preocupaciones de seguridad de, 128-132, 133
- reformas socioeconómicas en, tras la segunda guerra mundial, 56
- resolución de conflictos internacionales de, 140
- restauración Meiji de, 25
- Rusia; comprensión intercultural de, 138; impacto psicológico de la derrota de, 52; relación con, 128
- segunda guerra mundial; como tema incómodo, 134; lección de la, 40; problema de los crímenes en la, 134-135
- seguridad internacional de, 126
- y *kenbei*, 126
- y Taiwán, 131
- y Vietnam, 131; embargo de inversión sobre, 139
- véase también* sociedades asiáticas; este asiático
- Jay, John, 55
- Johnson, Lyndon, 70
- judíos, sufrimiento de los, 22
- Kahn, Joseph, 112
- Kaplan, Robert, 16, 111
- Karadzic, Radovan, 76
- Kennedy, John F., 69
- Khieu Samphan, 92
- Khmer Rojo. *Véase* Camboya
- Kim Il Sung, 129, 155
- Kim Jong Il, 155
- King, Rodney, 71
- Kirdar, Uner, 197
- Kohl, Helmut, 128, 150
- Kuriyama, Takakazu, 128
- Lee Kuan Yew, 191, 193, 194
- lengua, creciente interés en la, 29
- ley D’Amato, 169
- ley de relaciones con Taiwán, 169
- ley Helms-Biden, 175
- ley Helms-Burton, 169
- liberalismo occidental, 16
 - afroestadunidenses, información sobre la emancipación de los, 70-71
 - agresiones de los, y mal gobierno, 70
 - aumento del poder de los, 64
 - cobertura del islam por los, 72
 - como opio de la sociedad estadounidense, 69-70
 - corrupción y, 68
 - deshonestidad de los, 101
 - distorsión de percepciones por los, 65
 - e incidente de Ayodhya, 72
 - efectos de los intereses de Estados Unidos sobre los, 74
 - guardianes autodesignados de la prensa libre, 85
 - hipocresía de los, 67
 - imagen de Singapur en los, 192
 - impacto de las acciones de los, sobre no estadounidenses, 74
 - “información objetiva”, falsedad de la, 72-74

- infidelidades, información sobre, 67
 más allá del, 29
- liberalismo. *Véase* liberalismo occidental
- libertad intelectual, inicios de la, 25
- libertad
 individual, 103
 de prensa. *Véase* medios de comunicación occidentales
- libertades individuales, 103
- libre mercado
 como ingrediente del éxito, 39
 como meta del Tercer Mundo, 197
 no emulación del sistema de, 52
- Lon Nol, 88
- Londres, 119-120
- Luck, Ed, 183, 184
- Lyons, Gene, 177
- Macao, colonización de, 25
- Malaca, colonización de, 25
- Malasia
 desafíos económicos de, 31
 desempeño económico de, 26
- Mao Tse-tung, 82
- Marruecos, población de, 50
- Marx, Karl, 111, 198
- Mbabazi, Amama, 110
- McNeill, William H., 106, 115, 116-117, 119
- medio ambiente, 113, 179, 194
- medios de comunicación occidentales
 poder absoluto de los, en el Tercer Mundo, 68-69
 promoción de la libertad de prensa por los, 66
 tendencia "antiestadunidense" de la Organización de las Naciones Unidas según los, 183
 Tercer Mundo; poder absoluto en el, 68; abandono del, como aliado, 77
- Vietnam; guerra de, 73; uso de, 78
 y acontecimientos de la Plaza de Tienanmen, 74, 101
 y cobardía, 78-79
 y consecuencias morales de las acciones, 73-74
 y China, 74
 y declaración de finanzas personales de los políticos, 67-68
 y doble moral de los gobiernos, 77
 y mito del periodista como justiciero, 68-69
 y respeto mutuo, 80-81
 y sociedad ordenada, 71-72
 y supuestos occidentales, 100
- mentalidad feudal, 40
- mercados de consumo, 155
- mercados financieros internacionales, responsabilidad ante los, 32
- meritocracia, 39, 118
- México, población de, 51
- migración e inmigración de África, 152
 masivas, 47
- Mill, John Stuart, 55
- Mobutu Sese Seko, 77
- Moi, Daniel Arap, 77
- Myanmar (antigua Birmania), 76-77, 84, 149
- nación-estado, 49, 108
- Naipaul, V. S., 19, 116
- National Geographic*, 119
- National Interest*, 17, 21, 45
 necesidad europea de, 115
 prevención de, masivas, 62
 reducción mediante expectativas de desarrollo económico, 53
 y buen gobierno, 56
 y búsqueda de una vida mejor, 50
 y Tercer Mundo, 47
- Nehru, Jawaharlal, 27, 52

- nepotismo, 34, 118
- Niebuhr, Reinhold, 18
- Nimmanhaeminda, Tarrin, 32
- Nixon, Richard, 70, 74, 126
- normas éticas, reblandecimiento de las, 28
- normas, mundiales, 180
- Occidente y los de enfrente*
(Mahbubani), publicación de, 17
- opciones sociales, respeto a las, 81
- opinión pública occidental
consecuencias irracionales de la, 101
papel de la, en Camboya, 88-91
y Japón, 136-137
- opinión pública. *Véase* opinión pública occidental
- optimismo, 30
- organismos económicos multilaterales, 109
- Organización de las Naciones Unidas
analogía del tránsito, 178
asamblea general de la, 180
benevolencia de, 167
camarillas privadas en, 61
Camboya (acuerdo de paz de, 91-93; elecciones en, 91)
Carta de la, 186
comercio transpacífico de, 154
como familia de instituciones, 180
comunicación abierta en, 167
conciliación de, con los intereses mundiales, 186
consejo de seguridad de la, 180
controversias con Europa, 119
crisis financiera de la, 175
China; entendimiento cultural de, 166-167; ingreso de, a la Organización Mundial de Comercio, 169; normalización de relaciones con, 126; y política de una sola China, 168-169
- debate sobre el sida en el consejo de seguridad de la, 187
- déficit presupuestal de, 61, 70
- desarrollo económico de, 26
- desintegración de instituciones sociales en, 103
- escepticismo de, frente a la APEC, 186
- establecimiento de normas por la, 180
- Estados Unidos; como beneficiario de la función de estabilización, 183; como mayor esperanza, 177; daño causado por, 177; enfrentamiento de paradojas por, 185-187; interés de, 173; intereses de corto o largo plazo de, 184; intereses de largo plazo de, 184; necesidad de independencia respecto de, 184; reacción de, al predominio del Tercer Mundo, 177; tendencia "antiestadunidense" según los medios de comunicación de, 183
- fortalecimiento de la, 173
- función de estabilización de la, 183
- globalización; impacto de la, 178-179; intereses mundiales comunes y, 186
- imagen en los medios de comunicación, 183
- informe del Milenio del secretario general de la, 186
- labor de pacificación de la, 176, 181
- labores humanitarias de la, 176
- papel de la, 179-182
- participación de todas las naciones en la, 183
- poder, problema del, 176-178
- proceso de distribución de responsabilidades de la, 181

- secretaría general de la, 180
sobrevivencia, en malas condiciones, 174
supuesta debilidad de la, 174
tendencia "antiestadunidense" de la, según los medios de comunicación, 183
vulnerabilidad de la, 174
y Tercer Mundo, 177
organización en clanes, 34
Organización Mundial de Comercio, 109, 169
Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE), 109, 154
OTAN, 109
Out of control (Brzezinski), 30
- Pacific Basin Economic Council of Canada, 156
países del Grupo de los Siete Estados Unidos e ímpetu del Atlántico, 154
poder económico de los, 109
sin legitimidad para representar a la comunidad internacional, 182
- Paquistán, en la época posterior a la guerra fría, 49
Patten, Chris, 81
Paz
como orden imperante en la región Asia-Pacífico, 165-166
en Camboya, 78, 88, 91-93, 95, 96
en el sudeste asiático, 158
sociedad internacional y, 148
y sociedades exitosas, 40
Peligros de la decadencia: Lo que los de enfrente pueden enseñar a Occidente, Los (Mahbubani), publicación de, 17
- Pérez de Cuéllar, Javier, 176
periodistas. *Véase* medios de comunicación occidentales
- Perry, Matthew, 126
Perspectivas asiática y estadounidense sobre el capitalismo y la democracia, seminario, 64
Perspectivas del desarrollo político y la naturaleza del proceso democrático: derechos humanos y libertad de prensa (Mahbubani), 17
Perú, sanciones contra, 58, 79
Pfaff, William, 152
Picco, Gianni, 176
Plaza de Tienanmen, acontecimientos de la, 74, 101
población de Asia, 22
población mundial. *Véase* población
población
asiática como porcentaje de la mundial, 22
cambios en las proporciones de, 50-11, 114, 152
de África, 114
de Bangladesh, 192
de Singapur, 192
del sudeste asiático, 158-159
impacto de desequilibrios extremos de, 51
promedio mundial, 192
y predominio occidental, reducción de, 114
poder "sutil", 109
poder
arquitectura de las relaciones de, 108, 110
persistencia de antiguas formas de, 110
económico, 109
ejercicio del, cambios en los medios de, 108
desequilibrio de, 111
militar, 109
"sutil", 109
y asignación de recursos, 109
y Organización de las Naciones Unidas, 176-178

Pol Pot, 75, 76, 78, 89

véase también Camboya

Pol Pot: La paradoja de la rectitud

(Mahbubani)

como respuesta, 20

publicación de, 17

Política como vocación La (Weber),
78, 97

políticas de derechos humanos

aspecto absurdo de las, 59, 65

beneficios de las, 59

cinismo en las, 57-59

consecuencias; inmorales, 77-79;

responsabilidad moral sobre
sanciones, 5

desde la perspectiva del Tercer
Mundo, 59

disposición a sacrificar las, 76-77

e intereses nacionales, 58-59

efecto de las inconsistencias de
las, 59

en la práctica, 57

inconsciencia asiática respecto
de, 80

objeciones a la aplicabilidad
universal de, 65

promoción de, 54

restricción a, en regímenes
democráticos, 57

victorias simbólicas de, 82

y abandono de aliados del
Tercer Mundo, 77

y códigos mínimos de conducta
civilizada, 84

y desarrollo económico, 82-83

y respeto mutuo, 80-81

y responsabilidad moral sobre
las consecuencias de
sanciones, 58

Portugal, colonización por, 25

pragmatismo, 35, 60

predicción sobre el siglo XXI, 117

predominio cultural occidental,
27-28

predominio occidental

capas de influencia mundial del,
106

consecuencias de dos siglos de,
106

e interdependencia, 113

en información y tecnología de
la información, 111

en la asignación de recursos,
109

en la ciencia, 111

en organismos económicos
multilaterales, 109

persistencia del, 108

y cambios en las relaciones
demográficas, 114

y poder económico, 109

y poder militar, 109

predominio. *Véase* predominio
occidental

prensa libre. *Véase* medios de
comunicación occidentales

problemas económicos, en las
sociedades occidentales, 28

problemas sociales, de las
sociedades occidentales, 28

proceso de aprendizaje, 38

Programa de las Naciones Unidas
para el Desarrollo, 54

proliferación de armas, 182

Prowse, Michael, 111

¿Pueden pensar los asiáticos?

(Mahbubani), reacciones
negativas al título, 21

rectitud. *Véase* Camboya

recursos, asignación de, 109

redes de seguridad social, 28

redes mundiales de comunicación,
49-50

Rees-Mogg, William, 146

región Asia-Pacífico

calendario del libre comercio
en la, 162-163

- cambio en la, 165
- cultura corporativa para la
 - seguridad regional de la, 158
- excepcionalidad de la, 162
- familiaridad con la diversidad
 - en la, 151
- pares culturalmente diversos en la, 162
- paz en la, 165
- preservación del orden
 - establecido en la, 165-166
- redes en la, 161
- surgimiento de los “cuatro tigres” de la, 26
- visión de la comunidad de la, 155-158
 - véase también* sociedades asiáticas; este asiático; sudeste asiático
- reglas morales, 75
- relaciones demográficas, cambios en las, 114
- renacimiento cultural de Asia, 29, 117
- renacimiento de Asia, 29, 117-118
- rendimiento académico
 - de la civilización del este asiático, 27
 - y factor CI, 114-115
- reposo de Occidente, 107
- respeto mutuo, 80-1
- restauración Meiji, 25
- revolución industrial, 25, 33
- Roberts, J. M., 106, 116, 117, 118, 119
- ronda de Uruguay. *Véase* GATT
- Roosevelt, Franklin D., 126
- Rusia
 - Japón; comprensión intercultural de, 138; relación con, 128
 - y Europa, 149
- Said, Edward W., 72
- Samuels, Richard J., 147
- Segal, Gerald, 144, 148
- segunda guerra mundial
 - Alemania, lección para, 40
 - Japón; lección para, 40; como tema incómodo en, 134; problema de los crímenes de guerra de, 134-5
- Servia, 76
- Shigeru, Yoshida, 126
- sida, debate en el consejo de seguridad de la ONU sobre el, 187
- siglo XVI, 24
- Singapur
 - analogía de la conquista japonesa de, 46-47
 - Central Providence Fund de, 193
 - delincuencia en, 81, 195
 - e imagen en los medios de comunicación, 192
 - éxito económico de, 192
 - impacto de la crisis financiera sobre, 34
 - importancia de la armonía multirracial en, 195
 - importancia de la familia en, 195
 - necesidades espirituales de la población de, 194-195
 - población de, 192
 - pobreza en, 194-195
 - políticas socioeconómicas de, 193
 - propiedad de automóviles en, 194
 - riqueza en, 195
 - sistema de salud de, 193
 - surgimiento como “tigre” económico, 26
 - victoria de, sobre las circunstancias, 192
 - y medio ambiente, 194
- sistemas políticos y vulnerabilidad financiera, 34
- Smadja, Claude, 113
- Smith, Adam, 198
- Smith, Chris, 177
- soberanía nacional, 49
- sociedad global, creación de la, 49-50
- sociedades asiáticas
 - aceptación de las jerarquías en las, 160

- colonización mental de las, 25
- compromiso con el desarrollo económico de las, 83-84
- confianza renovada de las, 29
- corrupción en las, 40-41
- decadencia de las, 24
- desafíos de las, 31; de estabilidad política, 33; económicos, 31; sociales, 33-34
- divisiones culturales entre las, 140
- divisiones raciales en las, 140
- emulación de Occidente en las, 27
- fortaleza cultural de las, 117
- fortaleza espiritual de las, 117
- imperio de la ley en las, 41, 118
- importancia de los gestos simbólicos en las, 160
- importancia del honor en las, 160
- inexistencia de clase media en las, 55
- integración con la economía mundial de las, 32
- manejo de las relaciones difíciles en las, 159-160
- mentalidad feudal en las, 40
- meritocracia en las, 118
- nepotismo en las, 118
- no interferencia en asuntos internos de las, 159
- optimismo de las, 30
- políticas de derechos humanos en las, como concepto occidental, 80
- proceso de aprendizaje de las, 38
- redescubrimiento de su herencia por las, 29
- revinculación con el pasado de las, 117-118
- riqueza del legado de las, 29
- y guerra, 33
véase también China; este asiático; Japón
- sociedades exitosas
- democracia en las, 39
- élites eficientes en las, 40
- honestidad en las, 40-41
- imperio de la ley en las, 41
- libre mercado en las, 39
- meritocracia en las, 39
- paz en las, 40
- sociedades islámicas
 - cobertura de los medios de comunicación sobre las, 72-73
 - conjura confuciana-islámica, insinuación de, 101
 - elecciones democráticas en las, 57
 - en el año 997, 23
 - exclusión europea de las, 150
- sociedades occidentales
 - afinidad étnica entre las, 33
 - atrofia del desarrollo político de la, 33
 - comportamiento con China, 101
 - cooperación con gobernantes genocidas, 74-76
 - cultura de las, 28
 - delincuencia en las, 28
 - descomposición de la familia en las, 28
 - drogadicción en las, 28
 - en la época posterior a la guerra fría. *Véase* época posterior a la guerra fría
 - éxito de las, 27-28
 - guardianas autodesignadas de la prensa libre, 85
 - indeseable repliegue de las, 99
 - libertades individuales en las, 103
 - necesidad de liderazgo, 62
 - nulas perspectivas de guerra entre las, 33
 - preservación de los frutos de la civilización asiática por las, 29
 - problemas económicos de las, 28, 103
 - problemas sociales de las, 28

- reblandecimiento de las normas éticas en las, 28
- sacrificio de los derechos humanos por las, 76-77
- transformación de las, 119
- véase también* Estados Unidos
- Solarz, Stephen, 78
- soluciones de blanco y negro, creencia en, 20
- Somalia
 - desintegración de, 49
 - utilidad de, durante la guerra fría, 79
- Sorel, Nancy Caldwell, 75
- Stalin, José, 75
- Stiglitz, Joseph, 26
- subsidios agrícolas
 - abolición de los, 82, 151
 - en el Tercer Mundo, 197
- subsidios, 151, 197
- véase también* subsidios agrícolas
- sudeste asiático
 - comunismo en el, 159
 - cultura corporativa para la seguridad regional del, 159
 - diversidad en el, 158-159
 - no interferencia en asuntos internos, desgaste del principio de, 159
 - paz en el, 159
 - población del, 158-159
- Suharto, 162
- Sun Yat-sen, 27
- superioridad moral, supuesto de, 67
- Survival*, 19, 142
- tabúes en el discurso occidental, 65-66
- Tailandia
 - baht tailandés, devaluación del, 31, 112
 - crisis financiera de, 31, 34
 - desafíos económicos de, 31
 - desempeño económico de, 26
 - y globalización de la economía moderna, 31-32
- Taiwán, atractivo de la independencia para, 165
- impacto de la crisis financiera sobre, 34
- impacto del retorno de estudiantes a, 39
- surgimiento como "tigre" económico, 26
- y compromiso de los gobiernos autoritarios, 79
- y desarrollo, 56
- y Japón, 131
- Tercer Mundo
 - abandono por Occidente, 48, 77
 - atención al desempeño gubernamental en el, 56
 - buen gobierno en el, 56
 - conceptos occidentales en el, 49
 - costos del desarrollo económico del, 60
 - derechos humanos, disposición a sacrificar los, 76-77
 - deuda del, 197
 - diez mandamientos para el, 197-198
 - exigencia de reforma radical al, 55
 - explotación de la guerra fría por el, 47
 - foros Norte-Sur, ausencia en, 198
 - importancia durante la guerra fría, 47
 - incremento de la producción en dólares del, 102
 - incremento demográfico en el, 51
 - inestabilidad del, 49
 - libre mercado en el, 197
 - Occidente; abandono por, 48-49; fin de la injerencia de, 48; poder de los medios de comunicación de, 68-9; políticas de derechos humanos de, 59-60
 - Organización de las Naciones Unidas y, 177

- subsidios en el, 197
- y “cláusula social”, en el acuerdo de la ronda de Uruguay, 153
- y éxito económico de Japón, 52-53
- y globalización, 113
- y organizaciones no gubernamentales, 186
- terreno de juego nivelado
 - ejercicio fútil de, 156
 - necesidad de un, 66
 - y GATT, 62
- Terrorism*, 86
- Thach, Nguyen Co, 77, 88
- Thatcher, Margaret, 75
- The age of faith* (Durant), 23
- The Japan that can say no* (Ishihara), 126
- The rise of the West* (McNeill), 106, 115
- Timor Oriental, 160, 181
- Tratado de Misiles Antibalísticos, 185
- Tratado de Prohibición de Pruebas Nucleares, 185
- Tratado de Seguridad Mutua, 124, 133
- Triumph of the West, The* (Roberts), 106, 116
- Tsongas, Paul, 124
- Türkenverehrung*, en el siglo XVI, 24
- Unión Soviética. *Véase* guerra fría; Rusia
- universidad, primera en el mundo, 23
- valores asiáticos
 - crisis financiera y, 32-33
 - debate sobre los, 17, 19, 34
 - desarrollo de los, 34
 - integración con el mundo moderno de los, 35
 - reafirmación de los, 34
 - verdadera prueba de los, 34
- valores occidentales
 - aplicación pragmática de los, 57
 - buenos y malos, 104
 - convicción en la importancia de los, 35
 - deficiencias estructurales de los, 103
 - y ceguera, 104
 - y valores democráticos, 54
- valores
 - asiáticos. *Véase* valores asiáticos
 - occidentales. *Véase* valores occidentales
- Valle del Silicio, 114-115, 119
- Van Ness, Peter, 64
- Vayan a Oriente, muchachos* (Mahbubani), publicación de, 17
- “velo de ignorancia”, 41
- ventajas competitivas, 38
- Vietnam
 - conflicto, en la pérdida de honor, 160
 - explotación de inquietudes occidentales por, 90
 - invasión de Camboya por, único motivo de la, 89
 - papel en el fracaso de la conferencia de paz, 78, 88
 - Thach, Nguyen Co. *Véase* Thach, Nguyen Co
 - y Japón, 132
 - y trayectoria de Pol Pot al poder, 88-89
- virus ébola, 179
- vulnerabilidad financiera
 - y buen gobierno, 34-35
 - y sistemas políticos, 34
- Washington Quarterly*, 17
- Weber, Max, 18, 78, 97
- Yeltsin, Boris, 128
- Yugoslavia, utilidad de, durante la guerra fría, 79
- Zakaria, Fareed, 16

ÍNDICE

| | |
|--|-----|
| PREFACIO | 11 |
| INTRODUCCIÓN | 15 |
| ¿PUEDEN PENSAR LOS ASIÁTICOS? | 21 |
| EL MILENIO PERDIDO DE ASIA | 37 |
| LOS VALORES ASIÁTICOS | |
| OCCIDENTE Y LOS DEMÁS | 45 |
| UNA PERSPECTIVA ASIÁTICA SOBRE LOS DERECHOS HUMANOS Y LA LIBERTAD DE PRENSA | 64 |
| POL POT: LA PARADOJA DE LA RECTITUD | 86 |
| LOS PELIGROS DE LA DECADENCIA: LO QUE LOS DEMÁS PUEDEN ENSEÑAR A OCCIDENTE | 98 |
| ¿EL REPOSO DE OCCIDENTE? | 105 |
| LA REGIÓN ASIA-PACÍFICO | |
| JAPÓN A LA DERIVA | 123 |
| EL ÍMPETU DEL PACÍFICO | 142 |
| SIETE PARADOJAS DE LA SEGURIDAD DE LA REGIÓN ASIA-PACÍFICO | 164 |
| ASUNTOS MUNDIALES | |
| LA ONU ¿ORGANIZACIÓN AURORAL O CREPUSCULAR EN EL SIGLO XXI? | 173 |
| CRUZAR LA FRONTERA: LA EXPERIENCIA DE SINGAPUR | 191 |
| LOS DIEZ MANDAMIENTOS PARA LOS PAÍSES EN DESARROLLO EN LOS AÑOS NOVENTA | 197 |
| ÍNDICE ANALÍTICO | 199 |

tipografía: carácter tipográfico
en tipos new baskerville 10/12
impreso en impresores aldina, s.a.
obrero mundial 201,
col. del valle,
03100, méxico, d.f.
dos mil ejemplares y sobrantes
30 de julio de 2002